

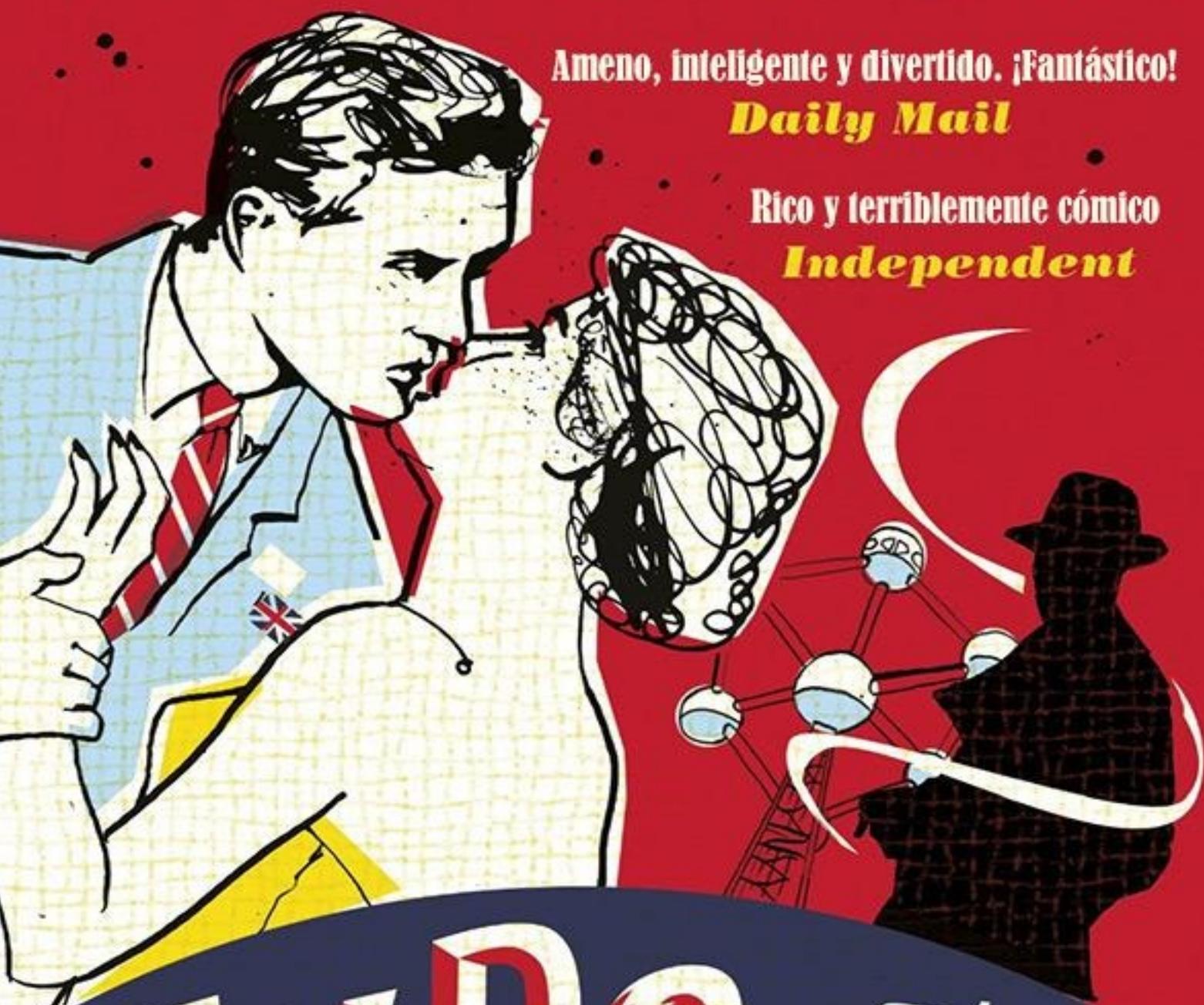
JONATHAN COE

Ameno, inteligente y divertido. ¡Fantástico!

Daily Mail

Rico y terriblemente cómico

Independent



EXPO 58

Chicas, espías y un
inglés en el extranjero.

Lectulandia

Bruselas, primavera de 1958. Bajo el plateado resplandor de las icónicas bolas del Atomium se inaugura la Exposición Universal. Un acontecimiento adornado con bonitos mensajes de concordia en plena Guerra Fría que pretende ser un escaparate de la floreciente sociedad de consumo: la energía nuclear se presenta como una inocua fuente de abastecimiento ilimitado y las aspiradoras y demás artilugios domésticos americanos dejan boquiabierto al público europeo. El rancio comité británico sobrelleva como puede las inevitables concesiones a la modernidad. Como contrapeso y orgullosa muestra de las viejas tradiciones, decide colocar un pub en su pabellón. Para supervisar el buen funcionamiento de este estandarte de las esencias patrias y de paso controlar las tendencias dipsómanas del encargado, envían a un joven funcionario, Thomas Foley, casado y con una hija pequeña. En la Expo de Bruselas, Foley descubrirá un mundo cosmopolita muy alejado de la grisura de su vida en Londres; coqueteará con Anneke, una encantadora azafata flamenca, y conocerá a un periodista ruso, a dos flemáticos espías británicos dados a filosofar y a una ingenua actriz americana contratada para hacer demostraciones del funcionamiento de las aspiradoras en el pabellón de su país. Mientras de la retaguardia le llegan indicios preocupantes de que su obsequioso e insufrible vecino está intentando seducir a su mujer, en la capital belga se verá empujado a hacer de espía amateur, tomando como modelo al héroe de las novelas de Ian Fleming. Y acabará descubriendo que entre las bambalinas del festival de la cooperación mundial que pretende ser la Expo, nada es lo que parece y nadie es quien dice ser. Mezclando comedia y novela de espías, Jonathan Coe ha escrito una estupenda muestra del mejor humor británico, pero también una certera reflexión sobre el engaño y las oportunidades perdidas.

Lectulandia

Jonathan Coe

Expo 58

ePub r1.1

Titivillus 28.10.15

Título original: *Expo 58*
Jonathan Coe, 2013
Traducción: Mauricio Bach
Ilustración de cubierta: Delius

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para papá, que no pudo terminarlo

Sabe, estoy medio inclinado a creer que hay algún tipo de explicación racional para todo esto.

NAUNTON WAYNE a BASIL RADFORD
en *Alarma en el expreso* (1938)

Cuando llegó el día de la inauguración, el pabellón estadounidense se había convertido en un arma de espionaje contra la Unión Soviética y sus aliados.

ROBERT W. RYDELL,
*World of Fairs: The Century-of-Progress
Expositions*

TODOS ESTAMOS ENTUSIASMADOS CON LO DE BRUSELAS

En una nota fechada en 3 de junio de 1954, el embajador belga en Londres hizo llegar una invitación al gobierno de Su Majestad la Reina de Gran Bretaña; una invitación para tomar parte en la nueva Exposición Universal que los belgas llamaban «Exposition Universelle et Internationale de Bruxelles 1958».

Cinco meses después, el 24 de noviembre de 1954, la aceptación formal de la invitación por parte del gobierno de Su Majestad se presentó ante el embajador, coincidiendo con la visita a Londres del barón Moens de Fernig, el comisionado general nombrado por el gobierno belga para emprender los trabajos de organización de la exposición.

Iba a ser el primer evento de estas características desde el final de la Segunda Guerra Mundial. Se iba a celebrar en un momento en que los países europeos que tomaron parte en esa guerra se estaban acercando más que nunca entre ellos hacia la cooperación pacífica e incluso hacia la unión; y en un momento en que, en cambio, las tensiones políticas entre la OTAN y los países del bloque soviético estaban en su punto álgido. Se iba a celebrar en un momento de optimismo sin precedentes sobre los recientes avances de la ciencia nuclear; y en un momento en que ese optimismo estaba atemperado por una inquietud sin precedentes por lo que podía suceder si esos avances se utilizaban con fines destructivos en lugar de benignos. Simbolizando esta gran paradoja, y plantado en el mismísimo corazón del recinto de la exposición, iba a construirse una enorme estructura de metal conocida como el Atomium; concebida y diseñada por un ingeniero belga nacido en Inglaterra llamado André Waterkeyn, se elevaría hasta más de cien metros y tendría la forma de la celda unitaria de un cristal de hierro ampliada ciento sesenta y cinco mil millones de veces.

En la primera carta de invitación, el propósito de la exposición se explicaba en términos de:

facilitar la comparación de las diversas actividades de diferentes personas en los campos del pensamiento, el arte, la ciencia, la economía y la tecnología. El método consiste en presentar una visión exhaustiva de los logros actuales, tanto espirituales como materiales, y de las aspiraciones de futuro de un mundo que está cambiando muy rápido. El propósito final es contribuir al desarrollo de una genuina unidad de la humanidad basada en el respeto de la personalidad humana.

No hay constancia histórica de cómo reaccionó el secretario de Estado de Asuntos Exteriores británico cuando leyó por primera vez estas impresionantes palabras. Pero la suposición de Thomas fue que, viendo ante él cuatro años de estrés, discusiones y gastos, dejó que la invitación se le escurriese de los dedos, se llevó las manos a la

cabeza y murmuró: «Oh, no... Esos malditos belgas...».

Thomas era un hombre tranquilo. Ése era su rasgo distintivo. Trabajaba en la Oficina Central de Información en Baker Street y, a sus espaldas, sus colegas lo llamaban «Gandhi» porque había días en que creían que había hecho un voto de silencio. Al mismo tiempo, y también a sus espaldas, algunas secretarias lo llamaban «Gary» porque les recordaba a Gary Cooper, mientras que una facción rival se refería a él como «Dirk», debido a que, según ellas, se parecía mucho más a Dirk Bogarde. En cualquier caso, lo que estaba claro es que Thomas era apuesto, aunque él se habría quedado perplejo si alguien le hubiese dicho en alguna ocasión tal cosa y, una vez en posesión de la información, no habría sabido qué hacer con ella. La dulzura y la humildad eran las cualidades que primero llamaban la atención a la gente cuando lo conocían, y sólo más tarde (en todo caso) podían empezar a sospechar la presencia de cierta seguridad en sí mismo bordeando la arrogancia, asomando por detrás de esas cualidades. Entretanto, era en general considerado «un tipo decente» y «una persona modesta y de fiar».

Llevaba catorce años trabajando en la OCI, donde había empezado en 1944, cuando todavía se llamaba Ministerio de Información y él tenía sólo dieciocho años. Había empezado como chico de los recados y fue ascendiendo de forma sistemática —aunque muy, muy lentamente— hasta su actual rango de redactor adjunto. Ahora tenía treinta y dos años y se pasaba la mayor parte de sus jornadas laborales esbozando folletos sobre salud y seguridad públicas, que aconsejaban a los peatones el mejor modo de cruzar la calle y a los acatarrados la mejor manera de evitar esparcir los gérmenes en los lugares públicos. A veces echaba la vista atrás para recordar su infancia, pensaba en cómo había empezado su vida (Thomas era hijo del propietario de un pub) y consideraba que le estaba yendo muy bien; otras veces su trabajo le parecía tedioso y contemplativo, tenía la sensación de que llevaba años haciendo lo mismo y se moría de ganas de encontrar otro empleo.

Lo de Bruselas había insuflado un poco de vidilla, eso estaba claro. Le habían dado a la OCI toda la responsabilidad del contenido del pabellón británico de la Expo 58 y eso había generado de inmediato un frenesí de dedos rascando cabezas y estruje de sesos en torno al exasperante y elusivo asunto de la «britanidad». ¿Qué significaba ser británico en 1958? Nadie parecía saberlo. Gran Bretaña estaba impregnada de tradición, todo el mundo estaba de acuerdo en eso: sus tradiciones, su boato, sus ceremoniales, eran admirados y envidiados en todo el mundo. Al mismo tiempo, estaba empantanada en el pasado, atemorizada ante la innovación, enrocada en un arcaico sistema de clases, sometida a una hermética e intocable clase dirigente. ¿Hacia dónde se suponía que había que mirar a la hora de definir la britanidad? ¿Hacia delante o hacia atrás?

Era un enigma de difícil resolución y el secretario de Estado de Asuntos

Exteriores no era la única persona a la que en los años previos a la Expo 58 se podía encontrar sentada en su despacho murmurando «esos malditos belgas...» en tardes interminables, cuando no parecía fácil dar con las respuestas.

Se dieron algunos pasos positivos. James Gardner, muchas de cuyas ideas para el Festival de Gran Bretaña siete años atrás habían resultado magníficas, fue reclutado como diseñador del pabellón; y no tardó en aparecer con un diseño exterior geométrico que, según la opinión generalizada, transmitía la perfecta combinación de modernidad y tradición. Se le había asignado una muy buena ubicación en el recinto de la Exposición en la meseta de Heysel al norte de Bruselas. ¿Pero qué iban a meter dentro? Se esperaba que millones de visitantes acudiesen a la Expo en manada, procedentes de todo el mundo, incluidos los países africanos y los de la órbita soviética. Los americanos y los soviéticos estaban obligados a exhibir gigantescas demostraciones de poderío nacional. ¿Qué tipo de imagen querían proyectar los británicos en ese escaparate global y ante unos espectadores tan curiosos y diversos?

Nadie parecía conocer la respuesta. Pero, según la opinión generalizada, el pabellón de Gardner iba a ser una preciosidad; eso estaba fuera de toda duda. Y si eso podía servir de consuelo, había otro punto en el que todo el mundo estaba de acuerdo: el pub. Habría que dar de comer y beber a los visitantes de la Expo, y se trataba de expresar el carácter nacional, eso significaba que, de una u otra manera, junto al pabellón habría que construir un pub inglés. Y para que nadie se despistase, el nombre del pub no dejaría margen a la ambigüedad: se llamaría Britannia.

Esa tarde de mediados de febrero de 1958, Thomas estaba revisando las pruebas de un folleto para vender en el exterior del pabellón que había ayudado a crear: «Imágenes del Reino Unido». Incluía un breve texto intercalado entre unos fascinantes grabados de Barbara Jones. Thomas estaba revisando la versión francesa.

«*Le Grand-Bretagne vit de son commerce*», leyó. «*Outre les marchandises, la Grande-Bretagne fait un commerce important de “services”: transports maritimes et aériens, tourisme, service bancaire, services d’assurance. La “City” de Londres, avec ses célèbres institutions comme la Banque d’Angleterre, la Bourse et la grand compagnie d’assurance “Lloyd’s”, est depuis longtemps la plus grand centre financier du monde.*»

Thomas estaba dándole vueltas a si el *la* de la última frase era un error y había que ponerlo en masculino, cuando sonó su teléfono, y Susan, de la centralita, le dio la sorprendente noticia de que el señor Cooke, director de exposiciones, quería verlo en su despacho. A las cuatro en punto de esa misma tarde.

La puerta estaba entreabierta y Thomas oía voces al otro lado. Voces suaves, bien moduladas y de acento culto. Las voces de la clase dirigente. Levantó la mano para llamar a la puerta, pero el miedo le hizo dudar. Durante los últimos diez años o incluso más tiempo, había estado rodeado por voces como ésas en el trabajo, así que

¿por qué dudaba ahora, con la mano casi temblando mientras la acercaba a la madera listada de la puerta? ¿Qué hacía que esa situación fuese diferente?

Era asombroso comprobar cómo el miedo parecía no desaparecer nunca.

—¡Entre! —dijo una de las voces en respuesta a su suavísimo golpeteo.

Thomas respiró hondo, abrió la puerta y entró. Era la primera vez que se le permitía acceder al despacho del señor Cooke. Era predeciblemente grande: una estancia silenciosa y relajante con muebles de roble y cuero rojo, y dos enormes ventanales que llegaban casi hasta el suelo y mostraban una vista de las copas de los árboles de Regent's Park mecidas por el viento. El señor Cooke estaba sentado ante su escritorio y su adjunto, el señor Swaine, sentado a su derecha, cerca de la ventana. De pie frente a la chimenea, con su calva entre rosácea y grisácea cruelmente reflejada en el espejo de marco dorado, había un hombre al que Thomas no reconoció. Su traje oscuro de estambre y el cuello blanco y rígido eran muy neutros, pero hacían juego con la corbata azul marino, discretamente decorada con lo que podía identificarse sin asomo de duda como el escudo de un college de Oxford o Cambridge.

—Ah, Foley. —El señor Cooke se puso en pie y le tendió la mano. Thomas se la estrechó con languidez, más desconcertado que nunca por ese despliegue de afabilidad—. Gracias por venir. Es usted impecablemente cumplidor. Seguro que todavía tiene un montón de trabajo por acabar. Ya conoce al señor Swaine, ¿verdad? Y éste es el señor Ellis, del Ministerio de Asuntos Exteriores.

El tipo que no le era familiar se le acercó y le tendió la mano. El apretón fue cauteloso, carente de firmeza.

—Encantado de conocerle, Foley. Cooke me ha hablado de usted.

Thomas no acababa de creer que eso fuese cierto. Le estrechó la mano y asintió con un gesto de impotencia, incapaz de articular palabra. Finalmente se sentó, obedeciendo el gesto de invitación del señor Cooke.

—Bueno —dijo el señor Cooke, mirándolo desde el otro lado del escritorio—. El señor Swaine me ha contado que está haciendo usted un buen trabajo en el proyecto de Bruselas. Un excelente trabajo.

—Gracias —murmuró Thomas, inclinando la cabeza hacia el señor Swaine con un gesto entre el asentimiento y la reverencia. Alzando un poco más la voz, sabedor de que se esperaba que dijese algo, añadió—: Ha sido un reto. Un reto apasionante.

—Bueno, todos estamos entusiasmados con lo de Bruselas —dijo el señor Swaine—. Estamos tremendamente excitados. Puede estar seguro de ello.

—De hecho lo de Bruselas —añadió el señor Cooke— es el motivo por el que he querido hablar con usted. Swaine, mejor que se lo explique usted.

El señor Swaine se puso en pie y, con las manos detrás de la espalda, empezó a pasearse por el despacho tal como haría un profesor de Latín a punto de lanzarse a repasar un listado de conjugaciones verbales.

—Como todos ustedes saben —empezó—, la exposición británica en Bruselas

está dividida en dos partes. Por un lado está el pabellón oficial del gobierno, que es el niño de nuestros ojos aquí en la OCI. Todos nos hemos dejado la piel en eso durante los últimos meses, por supuesto también el joven Foley aquí presente, que se ha pasado horas y horas redactando eslóganes, folletos turísticos y todo lo demás, y ha hecho un trabajo estupendo, si me permiten decirlo. El pabellón del gobierno, claro está, es fundamentalmente una muestra cultural e histórica. Estamos ya muy cerca de la línea de meta y todavía no hemos..., ejem..., todavía no hemos afinado todos los detalles, pero la... la estructura básica del asunto está más o menos armada. La idea es vender, o quizá debería decir *proyectar*, una imagen del carácter británico. Mostrando... mostrando, como digo, nuestros logros tanto históricos como culturales, y también científicos. Evidentemente, echamos la vista atrás e intentamos hacer un repaso a nuestra rica y variada historia, pero al mismo tiempo intentamos también mirar hacia delante. Mirar hacia delante para hablar del... para hablar del...

Se atascó. Parecía tener la palabra en la punta de la lengua.

—¿Del futuro? —sugirió el señor Ellis.

El señor Swaine le sonrió agradecido.

—Exacto. Una mirada al pasado, pero también hacia el futuro. Las dos al mismo tiempo, si entienden lo que quiero decir. —El señor Ellis y el señor Cooke asintieron al unísono. Ambos parecieron entender lo que les explicaba sin ningún problema. Que Thomas lo entendiese o no, parecía tener poca relevancia en ese momento—. Y, por otro lado —continuó el señor Swaine—, está el pabellón de la industria británica, que es un asunto completamente distinto. De eso se ha encargado British Overseas Fairs, con la ayuda de gente importante de la industria, y el propósito en este caso es, en comparación, bastante... bastante singular. Entendemos el pabellón industrial mucho más como un escaparate. Una enorme cantidad de empresas se han mostrado entusiasmadas de poder participar, y todas ellas pagan por su participación en la muestra, de modo que la idea es..., bueno, la idea es, esperamos, que se puedan hacer buenos negocios. Por lo que parece, éste será el único pabellón importante financiado de modo privado en toda la feria y naturalmente estamos encantados de que Gran Bretaña sea pionera en este terreno.

—Por supuesto. «Un país de tenderos»^[1] —dijo el señor Ellis. Soltó la cita con ironía, pero al mismo tiempo había cierto orgullo en su sonrisa.

El señor Swaine pareció bastante desconcertado por esa intervención. Se quedó unos largos segundos mirando fijamente la chimenea que —incluso en esa lúgubre tarde de febrero— permanecía fría y vacía. Finalmente, el señor Cooke se vio obligado a intervenir:

—De acuerdo, Swaine, de modo que tenemos el pabellón oficial y el pabellón industrial. ¿No hay otra cosa?

—¡Ah! Sí, por supuesto. —Recuperó el ánimo y volvió a pasearse por la habitación—. Hay algo más, sin duda. Algo que, de hecho, estaría situado entre esos dos. Naturalmente me estoy refiriendo a... —Se volvió hacia Thomas—. Bueno,

Foley, no hace falta que se lo especifique. Usted ya sabe perfectamente qué va a haber entre los dos pabellones.

En efecto, Thomas lo sabía.

—El pub —dijo—. El pub es lo que va en medio.

—¡Exacto! —dijo el señor Swaine—. El pub. El Britannia. Un pintoresco mesón tan británico como... el bombín o el *fish and chips*, representando la mejor hospitalidad que nuestra nación es capaz de ofrecer.

El señor Ellis se encogió de hombros.

—Pobres belgas. Eso es lo que les vamos a dar, ¿no es así? Salchichas, puré de patatas y el pastel de carne de cerdo de la semana pasada, todo regado con una pinta de cerveza tibia. Basta para que te entren ganas de emigrar.

—En 1949 —le recordó el señor Cooke—, en Toronto construyeron una posada de Yorkshire para la Feria Internacional del Comercio. Se consideró un gran éxito. Esperamos repetir ese éxito; y de hecho superarlo.

—Bueno, sobre gustos no hay nada escrito —aceptó el señor Ellis encogiéndose de hombros—. Cuando visite la feria, iré a la caza de un cuenco de *moules* y una botella de Burdeos aceptable. Entretanto, mi objetivo, nuestro objetivo debería decir, es que esta dudosa empresa esté bien organizada y supervisada.

Thomas se preguntó la fuerza que tenía ese plural. ¿En nombre de quién hablaba el señor Ellis? Presumiblemente, del Ministerio de Asuntos Exteriores...

—Exacto, Ellis, exacto. Todos pensamos lo mismo. —El señor Cooke rebuscó difusamente por su escritorio, localizó una pipa de madera de cerezo y se la deslizó entre los labios, aparentemente sin intención de encenderla—. El problema con ese pub, ¿sabe?, es su... *origen*. Lo van a montar y gestionar los de Whitbread. De modo que en este sentido no tiene nada que ver con nosotros. Pero el hecho es que está junto a nuestros pabellones. De modo que inevitablemente se verá como parte de la presencia oficial británica. A mi modo de ver... —dio una chupada a la pipa como si ésta estuviese felizmente encendida— esto presenta un claro problema.

—Pero no un problema insoluble —aseguró el señor Swaine, separándose de la chimenea—. De ningún modo insoluble. Lo único que significa es que tenemos que estar presentes allí. De alguna manera, para poner nuestro sello, por decirlo de algún modo, y asegurarnos de que..., bueno, de que las cosas se hacen como es debido.

—Desde luego —dijo el señor Ellis—. Así que, en efecto, lo que necesitamos es que alguien de su oficina esté disponible, y de hecho allí presente, para encargarse de todo. O, al menos, para supervisarlos.

Resultaba sumamente obtuso por su parte, pero a esas alturas Thomas todavía no entendía dónde encajaba él en todo aquello. Observó con creciente estupor cómo el señor Cooke abría la carpeta que tenía junto a él y empezaba a rebuscar parsimoniosamente entre su contenido.

—Bien, Foley —le dijo—, he estado mirándome su ficha, y hay un par de cosas... Un par de cosas que me sorprenden; aquí dice... —(alzó la vista y miró a

Thomas con aire interrogativo, como si la información que había estado leyendo no fuese del todo creíble)—, aquí dice que su madre era belga. ¿Es eso cierto?

Thomas asintió.

—Aún lo es, si me permite la precisión. Nació en Lovaina, pero tuvo que marcharse al estallar la guerra, la Gran Guerra, cuando tenía diez años.

—Así que, en otras palabras, ¿es usted medio belga?

—Sí, pero nunca he estado allí.

—Lovaina..., me temo que no me suena.

—El nombre en francés es Louvain. Pero mi familia hablaba en flamenco.

—Ya veo. ¿Y habla usted el idioma?

—La verdad es que no. Sólo cuatro palabras.

El señor Cooke volvió a concentrar su atención en la carpeta.

—También he leído algunas cosas sobre su padre..., sobre el historial de su padre.

—En esta ocasión negó ostensiblemente con la cabeza mientras ojeaba los informes, como presa de un atribulado asombro—. Aquí dice... dice que su padre es propietario de un pub. ¿También eso es cierto?

—Me temo que no, señor.

—Ah. —El señor Cooke parecía debatirse entre el alivio y la decepción.

—Tuvo un pub durante casi veinte años. Fue propietario del Rose and Crown, en Leatherhead. Pero mi padre falleció hace tres años. Era bastante joven. Cincuentón.

El señor Cooke bajó la mirada.

—Mis condolencias, Foley.

—Cáncer de pulmón. Fumaba como una chimenea.

Los tres hombres le miraron, desconcertados por la información.

—Un estudio reciente ha demostrado —explicó con tacto Thomas— que puede haber un vínculo entre el hecho de fumar y el cáncer de pulmón.

—Qué curioso —caviló el señor Swaine en voz alta—. Yo siempre me siento más sano después de dar un par de caladas.

Se produjo un incómodo silencio.

—Bueno, Foley —dijo el señor Cooke—, esto sin duda habrá sido duro para usted. Cuenta usted con nuestra conmiseración.

—Gracias, señor. Tanto mi madre como yo lo echamos mucho de menos.

—Ejem..., sí, está lo de la pérdida de su padre, por supuesto —dijo el señor Cooke apresuradamente, aunque parecía que no era a eso a lo que se estaba refiriendo—. Pero más bien le estábamos expresando nuestra conmiseración acerca de su... despegue en la vida. Porque entre una cosa y otra, el pub y el tema belga, debió usted sentirse seriamente acomplejado.

Incapaz de articular palabra durante un rato, Thomas no tuvo otro remedio que dejar que siguiera hablando.

—Ya he visto que estudió usted en el colegio de su barrio; eso marca. Pero, de todos modos, creo que ha hecho usted un enorme esfuerzo para llegar a donde ha

llegado. ¿No les parece, caballeros? ¿Que el joven Foley aquí presente ha demostrado tener agallas y determinación?

—Desde luego —afirmó el señor Swaine.

—Sin ninguna duda —corroboró el señor Ellis.

En el silencio que siguió, Thomas sintió que se hundía en un estado de absoluta indiferencia ante la conversación. Miró a lo lejos a través del ventanal, hacia el parque, y mientras esperaba que el señor Cooke reanudase su discurso, sintió un deseo irrefrenable de estar allí, paseando con Sylvia, empujando el cochecito, los dos contemplando a la pequeña profundamente dormida, en un sueño puramente animal, sin sueños.

—Bueno, Foley —dijo el director de exposiciones de la Oficina Central de Información, cerrando la carpeta de golpe con repentina firmeza—, está bastante claro que es usted nuestro hombre.

—¿Su hombre? —preguntó Thomas, volviendo al mundo real.

—Nuestro hombre, sí. Nuestro hombre en Bruselas.

—¿Bruselas?

—Foley, ¿no ha estado usted escuchando? Tal como el señor Ellis ha explicado, necesitamos a alguien de la OCI para supervisar el funcionamiento del Britannia. Necesitamos a alguien allí, al pie del cañón, durante los seis meses que dura la feria. Y ese alguien va a ser usted.

—¿Yo, señor? Pero...

—¿Pero qué? Su padre fue dueño de un pub durante veinte años, ¿no es así? Así que algo habrá aprendido usted durante todo ese tiempo.

—Sí, pero...

—Y su madre procede de Bélgica, por el amor de Dios. Tiene sangre belga en las venas. Será como un segundo hogar para usted.

—Pero... ¿Pero qué pasa con mi familia, señor? No puedo abandonarlos durante tanto tiempo. Tengo esposa. Acabamos de tener una hija.

El señor Cooke sacudió la mano quitándole importancia.

—Pues lléveselos con usted, si quiere. Aunque, si le soy franco, muchos hombres aprovecharían la oportunidad para alejarse de los pañales y los sonajeros durante seis meses. Yo desde luego, a su edad, lo hubiera hecho. —Dedicó a los presentes una sonrisa radiante—. Entonces, ¿tema zanjado?

Thomas preguntó si podía pensárselo durante el fin de semana. El señor Cooke parecía perplejo y ofendido, pero aceptó.

A Thomas le resultó difícil concentrarse en el trabajo durante el resto de la tarde, y cuando dieron las cinco y media todavía estaba nervioso. En lugar de tomar el metro directamente, fue al Volunteer y se tomó media pinta con un chupito de whisky. El pub estaba lleno de humo y de gente y no tardó en tener que compartir la mesa con

una chica morena y un hombre mucho mayor que ella que lucía un bigote militar: parecía que tenían una aventura y que no les preocupaba demasiado mantenerla en secreto. Cuando se hartó de escuchar sus planes para el fin de semana y de que un grupo de estudiantes de música de la Royal Academy chocasen con su hombro una y otra vez, acabó su consumición y se marchó.

Hacía rato que había oscurecido y el tiempo era de perros. El viento soplaba con tal fuerza que casi podía doblar un paraguas. Al llegar a la estación de Baker Street, Thomas se percató de que iba a llegar tardísimo a casa y que habría bronca si no telefoneaba. Sylvia respondió casi de inmediato.

—Tooting dos cinco uno uno.

—Hola, cariño, soy yo.

—Ah, hola, cariño.

—¿Cómo va todo?

—Estupendamente.

—¿Y la niña? ¿Está durmiendo?

—Ahora mismo no. ¿Dónde estás? Se oye mucho ruido.

—Estoy en Baker Street.

—¿En Baker Street? ¿Y qué haces todavía ahí?

—Me he tomado un trago rápido. Si te soy sincero, lo necesitaba. Ha sido un día complicado. Esta tarde me han llamado de arriba y me han soltado un bombazo. Tengo unas cuantas noticias que darte cuando llegue a casa.

—¿Buenas o malas?

—Creo que buenas.

—¿Te has acordado de pasar por la farmacia a la hora de almorzar?

—Maldita sea, no.

—Oh, Thomas.

—Lo sé, lo siento. Se me ha ido el santo al cielo.

—No queda ni una gota de jarabe para los cólicos. Y se ha pasado toda la tarde berreando.

—¿No puedes acercarte a Jackson's?

—Jackson's cierra a las cinco.

—Pero el hijo hace reparto a domicilio, ¿no?

—Sólo si lo pides por teléfono. No puedo llamarles ahora, han cerrado hace horas. Tendremos que apañárnoslas hasta mañana.

—Lo siento, cariño, soy un desastre.

—Sí, lo eres. Y vas a llegar terriblemente tarde para la cena.

—¿Qué has preparado?

—Pastel de carne. Lleva listo más de una hora, pero aguantará.

Thomas colgó y salió de la cabina; pero, en lugar de dirigirse directamente hacia las escaleras mecánicas, encendió un cigarrillo, se apoyó en la pared y contempló a la gente que pasaba ante él apresuradamente. Pensó en la conversación que acababa de

mantener con su esposa. Había sido cariñosa, como siempre, pero algo en ella lo había alterado. En estos últimos meses tenía la creciente sensación de que el eje de su relación con Sylvia se había desplazado. Sin duda el motivo era la llegada de la pequeña Gill; evidentemente ese acontecimiento los había unido más en algunos aspectos, y sin embargo... Sylvia estaba tan preocupada por la responsabilidad diaria de cuidar de la niña, de atender sus inacabables e impredecibles necesidades, que Thomas no podía evitar sentirse de algún modo marginado, excluido. ¿Pero qué podía hacer? La fugaz imagen que le había venido a la cabeza en el despacho del señor Cooke —la imagen de ambos empujando el cochecito por Regent's Park— había sido muy intensa, ¿pero qué tipo de hombre se sentía subyugado por estas visiones? ¿Qué tipo de hombre prefería pasear por el parque con su esposa y su hija al reto diario de progresar? Una mañana Carlton-Browne y Windrush le habían oído hablar por teléfono con Sylvia sobre el hipo de su hija y después se pasaron varios días machacándolo con eso. Y con razón. No había dignidad alguna en todo aquello, ninguna solemnidad. En estos momentos y a su edad, un tío tenía, después de todo, responsabilidades. Un papel que interpretar.

Sería una locura no aceptar el trabajo en Bruselas. Cuando, cincuenta minutos más tarde, llegó a la puerta de su casa, ya lo tenía decidido. Pero había algo más: había tomado la decisión de no comentarle a Sylvia la propuesta del señor Cooke. Al menos no todavía. Al menos no hasta que tuviese claro si ella y la niña debían ir con él. Mientras tanto, se lo guardaría para sí. Durante la cena le contó que «el bombazo» que le había anunciado por teléfono era un pequeño aumento de las cuotas de su pensión.

LO PASADO, PASADO ESTÁ

Cuando huyó con su madre de Bélgica a Londres en 1914, se llamaba Marte Hendrickx. Pero a los ingleses tanto el nombre como el apellido les resultaban difíciles de pronunciar: su madre los había anglicanizado de uno en uno, y cuando cumplió los dieciocho ya se llamaba Martha Hendricks. Y desde el día de su boda en 1924 se llamaba Martha Foley. Sin embargo, durante más de treinta años había sentido que su propio nombre era una peculiaridad. Y ahora que el hombre cuyo apellido había tomado estaba muerto, esa sensación de extrañamiento se había acentuado, era más apremiante que nunca.

Hoy Martha Foley, si ése era su nombre, estaba sentada en la parada del autobús esperando pacientemente a que llegase el que tenía que tomar. Eran las 11.32. El autobús no pasaba hasta las 11.43. No le importaba tener que esperar. No le gustaba apurar y arriesgarse a perderlo.

Tenía cincuenta y tres años. Cumpliría cincuenta y cuatro en septiembre. De haber querido, podría haberse puesto guapa. Pero había optado por vestirse con un recato de mujer de mediana edad, con zapatos planos y el canoso cabello peinado al decoroso modo de una dama madura (bastante parecido al de la Reina Madre) y evitando el maquillaje excepto por un ligero toque de rojo en los labios y un poco de colorete. Después de todo, era abuela. Tenía que mantener cierta circunspección.

Martha Foley contemplaba tranquilamente la franja de calle que se extendía ante ella, en la frondosa periferia de su pequeña ciudad, entre los suaves contornos de las colinas de Surrey que se alzaban en las proximidades. La mañana era absolutamente silenciosa, como sólo puede serlo una mañana de domingo inglesa.

Faltaban seis minutos para que llegase el autobús. Martha estiró las piernas y dejó escapar un callado suspiro de satisfacción. Adoraba esa quietud inglesa. Nunca tenía suficiente.

A la una y cinco Thomas se sirvió un whisky y le añadió un chorrito de soda del sifón que tenía en el mueble bar. A Sylvia y a su madre les sirvió una copa de jerez dulce de color castaño.

—Aquí tienes, mamá. Éste es para ti —le dijo.

Apareció Sylvia, retocándose el pelo. Había echado un vistazo al asado y ya casi estaba a punto. Lo único que faltaba era acabar la salsa.

—¿Qué tal está, señora Foley? —le preguntó, inclinándose para plantarle un beso a su suegra en la mejilla rebotante de colorete—. ¿Los autobuses han llegado puntuales esta mañana? Ya sabe que en cuanto tengamos coche, Thomas podrá ir a buscarla a Leatherhead y traerla. Ya no tendrá que hacer más este viaje tan pesado.

—No me importa —respondió ella—. No me importa en absoluto.

—Es bueno que mantenga su independencia —intervino Thomas.

Su madre lo miró indignada.

—Haces que me sienta vieja. Éste es el tipo de comentario que deberías hacer dentro de veinte años, cuando sea verdaderamente vieja.

—De todos modos —aclaró Thomas, intentando ser conciliador—, todavía falta mucho para que podamos tener coche. Falta un montón. Tardaremos años en acabar de pagar esta casa.

—Bueno, será un dinero bien gastado —opinó la señora Foley, echando un vistazo a su alrededor—. Es una casa muy bonita.

Después de que el comentario quedase suspendido en el aire hasta disolverse, se produjo un largo silencio, durante el cual el reloj de la repisa de la chimenea pareció que marcaba los segundos con un inusitado estruendo. Con la sensación de que ya se le habían acabado los temas de conversación, Thomas miró anhelante el ejemplar del *Observer* de ese día, que se había visto obligado a dejar a medio leer en la mesilla auxiliar. Era una edición que realmente invitaba a la reflexión. Un contundente artículo de Bertrand Russell apoyando la Campaña para el Desarme Nuclear se compensaba con un editorial más ecuánime en la página opuesta, que sostenía que en la precipitación por condenar la proliferación de armas la gente no debía olvidar los increíbles beneficios que les proporcionaría la energía nuclear. De entrada, se trataba de una fuente potencialmente infinita de energía limpia y barata. Thomas todavía no tenía claro qué posición tomar en ese debate y con los argumentos contrapuestos todavía frescos en la cabeza le hubiera gustado discutirlos con alguien. De haber estado en el trabajo, tal vez habría podido debatirlos con Windrush y Tracepurcel en la cantina de la oficina, pero Sylvia era, por lo general, demasiado insegura para emitir una opinión sobre ese tipo de temas. De hecho, a veces Thomas pensaba que sus mentes estaban empezando a transitar por vías completamente distintas. Y eso no era bueno. No esperaba que ella fuese una experta en política internacional o en ciencia nuclear —tampoco él pretendía serlo—, pero consideraba que era importante (incluso una obligación) demostrar cierto interés por esos asuntos. Leer sobre ellos, estar informado, formaba indiscutiblemente parte de la cotidianeidad de Thomas. Tenía que mantener el convencimiento de que más allá de los silenciosos confines del mundo suburbano de Tooting había un universo de ideas, cambios, descubrimientos y transformaciones trascendentales, un mundo que estaba en un estado de constante debate consigo mismo, un debate al cual algún día él podría (¿quién sabe?) hacer su propia aportación.

—Será mejor que empiece a ocuparme de las zanahorias —dijo Sylvia, dejando su copa en la mesa.

Estaba a punto de ponerse en pie, pero Thomas la detuvo.

—Están en el patio, ¿verdad? —le preguntó, y ya se dirigía hacia allí antes de que su mujer pudiese hacer nada para impedirselo.

A solas, Sylvia y su suegra se sintieron incómodas.

—Qué foto más deliciosa —dijo la señora Foley levantando la voz, después de

que ambas hubiesen dado un sorbito al jerez.

Era una fotografía de la pequeña Gill, tomada hacía dos semanas en el pequeño estudio de High Street y que les habían entregado el día anterior por la mañana con un vistoso marco de haya. La niña aparecía sentada sobre una alfombra de piel de carnero, con mirada vivaracha y un gorrito de encaje que escondía su todavía escaso cabello. La fotografía era en blanco y negro, pero el fotógrafo había pintado artísticamente los mofletes de la niña con unos toques de rosa.

—Va a ser un bellezón —predijo la señora Foley.

—¡Cielos! Ni me lo había planteado —dijo Sylvia, bajando la mirada como si fuese ella la destinataria del piropo.

—Mira, tiene tu tono de piel. La tendrá suave, como la tuya. Si eso lo hubiese heredado de Thomas, entonces tendríamos un problema. De niño tenía una piel horrible. Espantosa. Bueno, ya ves que todavía le salen granos. Le viene de la familia de su padre. —Todo eso lo expuso de un modo absolutamente flemático. La experiencia, de la que acumulaba grandes cantidades, le había enseñado a la señora Foley un montón de cosas, pero nunca la conveniencia de ser diplomática—. Está dormida, ¿verdad?

—Sí, lo cierto es que debería ir a echarle un vistazo.

Habría sido una pobre excusa para salir de la habitación. Por suerte se presentó una mejor cuando sonó el teléfono en el pasillo.

—Discúlpeme.

Era su madre, Gwendoline, que llamaba desde Birmingham. Thomas, en plena faena de pelar las zanahorias, asomó la cabeza desde la cocina y le susurró:

—Dile que llame más tarde.

Pero ella no le hizo caso. Por lo visto la llamada obedecía a algún asunto familiar serio, pero Thomas no lo supo hasta un rato después, cuando ya estaban sentados en la mesa del comedor y ya habían cortado la pieza de carne.

—Disculpe la interrupción —dijo Sylvia, mientras le servía las verduras a la señora Foley—, pero mi madre tenía que darme una noticia bastante preocupante.

—No me pongas tanto de eso, querida —dijo la señora Foley, vigilando atentamente las patatas—. Ya llevo la faja suficientemente ajustada. No quiero engordar más.

—Vaya, ¿qué ha sucedido, querida? —le preguntó Thomas.

—Se trata de la prima Beatrix.

—¿Ah, sí?

Thomas siempre era todo oídos cuando surgía el nombre de Beatrix. Era en cierto modo el miembro más interesante (y menos respetable) de la familia de Sylvia, una compulsiva aventurera romántica a la que raramente le echaba para atrás el hecho de tener una hija pequeña a su cargo. El placer de regodearse en el último escándalo protagonizado por Beatrix era de los pocos que Thomas y Sylvia podían compartir: sus proezas provocaban en ambos automáticos aspavientos de reprobación y secretas

punzadas de envidia en igual medida.

—No me lo cuentes —dijo él—. Ya ha dejado plantado al pobre canadiense y ha encontrado una nueva víctima. Estaba seguro de que eso no duraría más allá de uno o dos años.

Pero se mascaba en el ambiente que las novedades eran mucho más dramáticas.

—Ha tenido un accidente horrible —les explicó Sylvia—. Estaba parada en una rotonda con su coche y un enorme camión la embistió por detrás.

—Dios mío —exclamó Thomas—. ¿Está grave?

Sylvia asintió.

—Se ha roto el cuello, pobrecita. Se va a pasar meses en el hospital.

Se produjo un solemne y respetuoso silencio.

—Por lo que cuentas, parece que ha tenido suerte de salir con vida —comentó la señora Foley.

—Así es. Hay que dar gracias al menos por eso.

Rompiendo el silencio que se produjo a continuación, Thomas dijo:

—Hablando de dar gracias...

—Oh. Sí, por supuesto. —Sylvia juntó las manos y cerró los ojos. Thomas y su madre hicieron lo mismo—. Te damos las gracias, Señor, por los alimentos que vamos a recibir.

—Amén —concluyeron Thomas y su madre.

Empezaron a comer y al poco rato se produjo otro de esos incómodos silencios.

—Estos mantelitos son encantadores —comentó la señora Foley en un intento cercano a la desesperación de encontrar algún tema de conversación—. Son escenas alpinas, ¿verdad?

—En efecto —respondió Thomas sin levantar la vista de su plato.

—Los compré en Basilea —explicó Sylvia—. Aunque no fueron los únicos souvenirs que me traje de esas vacaciones. —Y le lanzó una coqueta y conspirativa sonrisa a su marido, pero él estaba concentrado en su pudín de Yorkshire y no dio muestras de haber oído el comentario. Desairada, Sylvia siguió mirándolo unos instantes, con los ojos clavados en el meticuloso esfuerzo de él por recoger la mayor cantidad de salsa posible antes de meterse el tenedor en la boca. Su ensimismamiento la turbó, llenándola de una intensa y vertiginosa combinación de amor y desazón. Ése era el hombre al que le había confiado su vida. A veces se preguntaba si había cometido un error.

Sylvia tenía poca experiencia en materia de relaciones masculinas, y la poca que había tenido había resultado desafortunada. Se había casado tarde, con treinta y dos años. Durante la mayor parte de la veintena había vivido en la casa familiar de Birmingham con su padre y su madre, un periodo durante el que había desperdiciado (ahora se lo parecía) buena parte de los mejores años de su vida en un compromiso con un hombre mucho mayor que ella, un representante comercial del norte. Se habían conocido un viernes por la tarde en la cafetería de unos grandes almacenes,

donde él había insistido en pagarle el café y el *éclair*. Tras ese primer encuentro, ella no había vuelto a verle durante meses, pero se habían enviado una sucesión de apasionadas cartas, que culminaron en otro encuentro en una cafetería y una oferta de matrimonio. Ahora Sylvia se estremecía al pensar en su ingenuidad de entonces. Continuaron viéndose dos, tal vez tres veces al año. Las cartas habían seguido llegando a intervalos irregulares y cada vez más distanciados. Finalmente, una mañana apareció en el buzón un sobre con una nota anónima que la informaba de que su prometido ya estaba casado, era padre de tres hijos y tenía un repertorio de novias como ella repartidas por todo el país.

Tras recibir esta noticia, Sylvia se sumió en un largo periodo de depresión, del que su médico le había sugerido que probablemente se recuperaría mejor con aire fresco y ejercicio extenuante. Con la ayuda de sus padres, en el verano de 1955 viajó a Suiza para unas vacaciones con largas caminatas por los Alpes. Viajó con otras dos mujeres, ambas hijas solteras de colegas del trabajo de su padre. No las conocía previamente y al conocerlas durante el viaje no le cayeron especialmente bien. Pero no todo estaba perdido. Al final del viaje, durante los días que pasaron en Basilea descansando, las tres chicas habían reunido el coraje para hacer una visita a una cervecería y allí conocieron a Thomas. Un chico inglés —y además soltero— que estaba de vacaciones solo y parecía encantado de tener compañía femenina. Y para colmo era encantador y tenía una mandíbula impresionante. Una de las compañeras de viaje de Sylvia consideró que sus ojos azul claro tenían algo de Gary Cooper; la otra le encontró un notable parecido con Dirk Bogarde. Sylvia no le vio ninguna de las dos semejanzas, pero lo que sí vio —en potencia— fue a un futuro marido, y en la feroz competición que se puso en marcha en los siguientes días ella fue la que salió triunfante. Aun así, esta vez no se precipitó en comprometerse; mantuvo a Thomas en ascuas durante semanas después de regresar a casa; pero no le cabía la menor duda de que lo aceptaría tras un intervalo decente. Parecía un partido estupendo. Su trabajo en la OCI era estable y respetable, y no estaba mal pagado. Y la perspectiva de mudarse a Londres al principio le había parecido glamourosa y fascinante...

Sylvia se percató de que su suegra le estaba diciendo algo.

—Lo siento, señora Foley. No he oído lo que me decía.

—Te preguntaba —repitió la señora Foley, limpiándose los labios con una servilleta de cuadros— si has vuelto a pensar en el escurridor de ropa. Yo apenas lo uso ya, como te dije. Ya sé que hay gente que los considera anticuados, pero los métodos antiguos suelen ser los mejores, como sabes. Y estoy segura de que debes tener que hacer muchas más coladas desde que está la niña.

—Bueno —dijo Sylvia—, es muy amable... ¿Qué te parece, cariño?

Después de comer, la niña se despertó y Sylvia subió para darle de mamar. Thomas le preparó a su madre una taza de té y ambos salieron a echar un vistazo al jardín. A

través de la masa de nubes se colaba un atisbo del sol de la tarde que proporcionaba una calidez suficiente para sentarse fuera uno o dos minutos alrededor de la pequeña mesa de hierro forjado que él, optimista, había comprado el verano pasado, anticipando sosegadas tardes leyendo el periódico mientras la niña jugaba feliz en el (todavía por montar) cajón de arena. El jardín estaba hecho un desastre.

—Tienes que arreglar todo esto —le dijo su madre.

—Lo sé.

—¿Qué demonios es ese enorme agujero que hay allí?

—Empecé a construir un estanque para peces —le explicó Thomas.

—Pensaba que querías montar un pequeño huerto.

—Lo haré. Plantaré patatas y judías. Pero todavía es demasiado pronto.

Y entonces le contó a su madre su cita con el señor Cooke, el señor Swaine y el señor Ellis del Ministerio de Asuntos Exteriores. Le contó que le habían pedido que fuese a Bélgica durante seis meses.

—¿Y qué opina Sylvia? —le preguntó ella.

—Todavía no se lo he comentado. Estoy esperando el momento adecuado.

—¿Te las podrías llevar contigo?

—Es una posibilidad. Pero no creo que sea lo mejor. Todavía no sé dónde me voy a alojar. Puede que me den un apartamento muy espartano.

Su madre parecía llena de dudas.

—No me lo tendrías que haber comentado a mí primero. Deberías haberlo hablado con tu esposa.

—Lo haré.

Ella alzó un dedo admonitorio.

—No la descuides, Thomas. Compórtate como un buen marido. Ya sabes que esto... —señaló a su alrededor, más allá del estanque inacabado, más allá del refugio antiaéreo en el que Thomas guardaba sus escasos artilugios de jardinería, más allá del terraplén del ferrocarril, hacia la deprimente extensión de terreno llano de Tooting— no es su hogar. No es a lo que está acostumbrada. Y no es precisamente divertido estar lejos de casa con un hombre que no te cuida.

Thomas sabía que estaba hablando de su propia experiencia, del matrimonio con su padre. No quería oír hablar de eso.

—Ya sabes que tu padre tenía aventuras.

—Sí, lo sé.

—Yo lo toleraba, pero eso no significa que no me importase. —La señora Foley sintió un escalofrío y se ciñó con más fuerza el chal alrededor de los hombros—. Vamos. Creo que será mejor que entremos, empieza a hacer frío.

Se dispuso a levantarse, pero Thomas le puso la mano en el hombro para que no lo hiciese y le dijo en tono serio:

—Estaré en Bruselas, mamá. Cerca de Lovaina, cerca de donde estaba la granja. A sólo una media hora de allí, puedo ir y... Ya sé que la casa ya no existe..., pero

puedo visitar el lugar en el que estaba y... hablar con la gente y... tomar fotografías...

La señora Foley se levantó como movida por un resorte.

—Por favor, no lo hagas. No lo hagas por mí. Ya no pienso en nada de todo eso. Lo pasado, pasado está.

VIVIMOS EN TIEMPOS MODERNOS

El martes a las cuatro y media de la tarde, Thomas caminaba por St. James's Park hacia su reunión en Whitehall. Pese a la persistente lluvia, avanzaba con un garbo inusual e iba tarareando para sí una alegre canción que había oído en el Light Programme^[2] la noche anterior: *The Boulevardier* de Frederic Curzon.

Las cosas habían ido como la seda desde el fin de semana. La noche anterior, durante la cena, finalmente le había contado a Sylvia lo del trabajo en Bruselas. Ella al principio se quedó perpleja; no pareció que la idea de irse allí con él se le pasase siquiera por la cabeza (ni él se la sugirió) y la perspectiva de quedarse sola seis meses sin duda la inquietó. Pero las promesas de Thomas resultaron convincentes: le escribiría, la llamaría por teléfono y algunos fines de semana tomaría un avión para ir a verla. Y cuanto más le hablaba él de la feria, más claro tenía ella que era una oportunidad que él no podía dejar pasar. «La verdad», había dicho Sylvia, empezando por fin a verlo claro mientras servía el postre y echaba un poco de leche condensada por encima de la tarta de manzana, «es que es un gran honor que el señor Cooke te haya elegido como lo ha hecho. No ha tanteado a ningún otro. Y te vas a codear con gente de todas partes del mundo: belgas, franceses..., incluso americanos...». Y al decir esto, Thomas se había dado cuenta de que por un lado Sylvia ya estaba deseando que él se marchase, que a ojos de ella, por dolorosa que fuese la separación para ambos, a él esta experiencia le haría crecer. Ya no sería un mero chupatintas al servicio del gobierno, gracias a esos escasos seis meses pasaría a tener un trabajo mucho más interesante y desde luego glamouroso: tendría un papel (aunque fuese pequeño) en la escena internacional. La idea a ella le resultaba atractiva, incluso le entusiasmaba. Y tal vez fuese el ser consciente de eso, más que ninguna otra cosa, lo que incitaba a Thomas a caminar con paso ligero ese martes por la tarde y le añadía unos imaginarios centímetros de altura mientras cruzaba con paso resuelto la pasarela hacia Birdcage Walk. Sintió una repentina e inesperada familiaridad con las gaviotas de Londres que se lanzaban en picado al agua que había bajo sus pies y disfrutaban de la libertad del vuelo.

Media hora después, Thomas estaba sentado en la Sala de Reuniones 101 del Ministerio de Asuntos Exteriores, más cerca de lo que nunca había estado de los centros de poder.

La mesa de la sala era enorme y todas las sillas estaban ocupadas. El aire estaba cargado del humo de los cigarrillos. Con algunos de los presentes Thomas ya se había cruzado en la sala de espera del piso inferior. Otros eran figuras públicas a las que reconoció: Sir Philip Hendy, director de la National Gallery; Sir Bronson Albery, el famoso empresario teatral; Sir Lawrence Bragg, el físico y director de la Royal Institution. En los últimos meses, en las oficinas de la OCI en Baker Street, había

visto pasar en varias ocasiones a James Gardner, el diseñador del pabellón británico; pero hasta ese día no había visto al hombre con el que Gardner se pasó buena parte de la reunión enzarzado en discusiones: Sir John Balfour, caballero de la Gran Cruz y comisionado general para la participación del Reino Unido en la Expo 58.

Los problemas no tardaron en aflorar. Thomas notaba que había una sensación de pánico generalizada flotando en el ambiente. La exposición iba a abrir sus puertas al cabo de tres meses y era obvio que quedaba un montón de trabajo por hacer. Sir John tenía sobre la mesa, justo delante de él, una voluminosa pila de papeles cuya mera visión parecía generarle una ostensible aversión.

—Debo decir —empezó, con tono encendido, pero con un punto de cansancio en su voz— que nuestros amigos belgas han sido de lo más prolíficos en el envío de comunicados durante las últimas semanas. Esta montaña de papeles sólo representa una pequeña proporción de lo que nos han mandado. Y todavía hemos sido más selectivos a la hora de hacer copias para todo el mundo. Con lo cual tal vez lo mejor será que les haga un resumen. Empecemos con la vertiente musical del asunto, ¿de acuerdo? ¿Está Sir Malcolm por aquí?

Resultó que Sir Malcolm Sargent, director titular de la Orquesta Sinfónica de la BBC y asesor musical de la participación británica en la feria, no había podido acudir a la reunión.

—Me ha dicho que está en pleno ensayo —informó un joven ataviado con un traje de raya diplomática, que Thomas supuso que era un secretario en los inicios de su carrera—. Manda sus disculpas y demás. Pero asegura que la programación de conciertos está totalmente bajo control.

—¿No le ha dado información más detallada?

—Mencionó algunos nombres. Elgar, evidentemente. Un poco de Purcell. Por lo que me ha comentado, estarán todos los nombres esperables.

Sir John asintió.

—Perfecto. Debo decir que nos han llegado algunas ideas bastante... peculiares de los belgas. —Echó un vistazo a la primera hoja del montón—. Un festival de una semana..., de *una semana*, dice aquí..., de música electrónica y *musique concrète*, con estrenos mundiales de Stockhausen y..., ¿cómo demonios se pronuncia esto?... ¿Xenakis? —Paseó la mirada por la sala, frunciendo el ceño con incredulidad—. ¿Alguien ha oído hablar de estos tipos? Y me gustaría saber qué diablos es esto de «música concreta». ¿Alguien me lo puede aclarar?

Se produjo un movimiento de cabezas generalizado indicando que no alrededor de la mesa, en medio del cual Thomas se distrajo al percatarse de pronto de la presencia de dos curiosas figuras sentadas al fondo. ¿Qué había de particular en ellas que le llamó la atención? Seguían la discusión con la misma atención que el resto — incluso tal vez más — y sin embargo parecían de algún modo ajenos a ella. Pese a que en ningún momento hablaban entre ellos, ni parecían percatarse de la presencia del otro, estaban sentados bastante más juntos de lo que parecía estrictamente necesario y

daban la impresión de estar enfrascados en algún tipo de conspiración. Eran dos hombres recién llegados a la mediana edad (según sus deducciones). Uno de ellos llevaba el cabello negro repeinado hacia atrás y su rostro redondeado tenía una expresión ausente e inteligente al mismo tiempo. El otro tenía un aspecto más benévolo y menos vigilante; tenía la mejilla atravesada por una visible cicatriz, pero su aspecto no era en absoluto siniestro y no le restaba ni un ápice de su aire encantador y afable. Eran las dos únicas personas que, durante toda la reunión, en ningún momento fueron mencionadas o presentadas, y una vez se hubo fijado en ellos, a Thomas su presencia le resultó extrañamente entretenida.

—Bueno, no sé lo que opinan ustedes, pero a mí me parece una propuesta excelente —dijo Sir John.

Thomas se dio cuenta de que no había seguido la discusión. Por lo visto se le había pedido a Inglaterra que hiciese su propia contribución a la semana dedicada a la música contemporánea, y el sentimiento generalizado alrededor de la mesa era que un poco de música marcial podía cubrir perfectamente el expediente.

—¿Tal vez la Guardia de los Granaderos? —sugirió alguien.

—Perfecto —dijo Sir John, haciendo un gesto de asentimiento a la secretaria que tenía a su lado, quien diligentemente anotó la decisión.

Y en ese momento, de una esquina de la mesa, emergió lo que sólo puede ser descrito como un resoplido burlón:

—¡Ja!

Sir John alzó la mirada, con ofendida sorpresa.

—Señor Gardner..., ¿quiere formular una objeción?

El delgado y ascético personaje en cuestión, que miraba a través de unas recatadas gafas de carey pero llevaba el cabello desenfadadamente largo, movió la mano con gesto desdeñoso y dijo:

—La verdad, Sir John, no es un asunto que me incumba. No quiero formular una objeción. Pero su secretaria, si quiere, puede dejar constancia de que todo esto me resulta de lo más divertido.

—¿Y qué es, si me permite preguntárselo, lo que le resulta tan divertido de la música marcial?

—¿En este contexto? Bueno, si no lo ve usted, Sir John, lo único que puedo decir es que... probablemente es usted la persona ideal para presidir este comité.

Thomas se esperaba unas discretas risas, pero lo único que se produjo fue un desconcertado silencio.

—Señor Gardner —dijo Sir John, apoyando los codos en la mesa y juntando las puntas de los dedos en forma de pirámide—. Iba a aplazar la discusión de sus últimas propuestas para el pabellón británico, pero después de esta intervención tal vez sea un buen momento para valorarlas.

—Son sólo ideas —dijo Gardner displicente.

—La Exposición Universal de Bruselas —le recordó Sir John— abre sus puertas

dentro de tres meses. Los trabajos de construcción del pabellón llevan varias semanas de retraso sobre el plazo previsto. ¿No es un poco tarde para proponer nuevas ideas? Sobre todo ideas como... —echó un vistazo a sus papeles— «Una historia de los retretes británicos».

—Oh —dijo Gardner—, ¿no le ha gustado eso?

—Parece una nimiedad..., bueno, «una extravagancia» sería el modo educado de decirlo.

—No se sienta obligado a ser educado si no quiere, Sir John. Después de todo, estamos entre amigos.

—Muy bien, entonces reformularé el comentario y diré que esta sugerencia me parece... absolutamente estúpida y ofensiva.

En este punto, muchos de los hombres (no había ninguna mujer, aparte de la secretaria de Sir John) sentados alrededor de la mesa levantaron la vista, mostrando un repentino interés.

—Discrepo respetuosamente, Sir John —se defendió Gardner—. La contribución británica a la eliminación de los excrementos humanos nunca ha sido adecuadamente reconocida. Y eso no es simplemente mi opinión, es un hecho histórico.

—Gardner, está usted desvariando.

—Bueno —se escuchó la tosecilla cohibida de un joven pálido y malnutrido que se sentaba a la izquierda del señor Gardner y parecía formar parte de su equipo—, no exactamente, Sir John.

El comisionado enarcó una ceja.

—¿No exactamente?

El hombre que había hablado parecía más cohibido que nunca.

—Lo que quiero decir es que Jim..., me refiero al señor Gardner..., está en lo cierto. Los retretes son cruciales en nuestra vida diaria. Me refiero a que todos los utilizamos, ¿no es así? Todos... —tragó saliva— lo hacemos, después de todo.

—¿*Lo hacemos*, señor Sykes? ¿*Hacemos qué*?

—La verdad es que no tiene ningún sentido pretender lo contrario, ¿no?

—¿De qué demonios está usted hablando?

—Bueno, ya sabe. Todos hacemos... aguas mayores.

—¿*Aguas mayores*?

—¡Exacto! —Gardner se puso en pie de un salto y empezó a pasearse alrededor del perímetro de la mesa—. Sykes ha puesto el dedo en la llaga. Todos lo hacemos, Sir John. ¡Incluso usted! Todos hacemos aguas mayores. Puede que no nos guste hablar de ello, puede que ni siquiera nos guste pensar en ello, pero hace años, alguien *pensó* en ello, pensó en ello apretando con fuerza, si me permite la expresión, y el resultado fue que ahora todos podemos hacer aguas mayores de manera limpia y sin sentirnos incómodos, y como consecuencia de ello todo el país, ¡el mundo entero!, es un lugar mejor. De modo que ¿por qué no podemos celebrar este hecho? ¿Por qué no podemos celebrar el hecho de que, además de conquistar la mitad del mundo, los

británicos también presentaron batalla a sus aguas mayores y salieron victoriosos?

Volvió a sentarse. Sir John lo miró con frialdad desde la otra punta de la mesa.

—¿Ya ha terminado, Gardner? —Tomando su silencio por una respuesta afirmativa, añadió—: ¿Debo recordarle que a la entrada del pabellón que propone desvirtuar con su obscena exhibición los visitantes se encontrarán con un retrato de Su Majestad la Reina?

Gardner se inclinó hacia delante.

—¿Y puedo yo recordarle, Sir John, que incluso Su Majestad..., *incluso Su Majestad...*?

Sir John se puso en pie, con el ceño fruncido en un gesto de ira.

—Gardner, si acaba esa frase —dijo—, tendré que pedirle que abandone la sala. —Se produjo un largo y tenso silencio, mientras los dos hombres se sostenían la mirada a través de la mesa. Cuando quedó claro que el señor Gardner no iba a añadir nada, Sir John volvió a sentarse lentamente—. Bien —continuó—, espero que se olvide de esta ridícula propuesta y se concentre en idear algo que refleje no sólo los logros, sino también la dignidad de estas islas. ¿Le ha quedado claro? —Visiblemente aturullado, sin hacer una pausa para permitir una respuesta, echó un vistazo a la siguiente hoja y leyó las primeras líneas rápidamente y de forma mecánica, sin pensar en ellas—: Lo siguiente es... el proyecto ZETA: «La propuesta de transportar y exhibir una réplica de...».

—¡EJEM!

Sir John volvió a pasear su mirada alrededor de la mesa. La tosecilla de advertencia procedía de uno de los dos misteriosos hombres que un rato antes le habían llamado la atención a Thomas: el de la cara redondeada y el pelo repeinado hacia atrás. Se llevó a los labios un dedo conminatorio y negó con la cabeza de forma casi imperceptible. Fuese lo que fuese lo que hubiese motivado ese gesto, Sir John lo captó de inmediato y pasó la hoja como quien no quiere la cosa, dejándola boca abajo sobre la mesa.

—Muy bien, de acuerdo. Esto no es en absoluto prioritario. Podemos dejarlo para más tarde. Tenemos otros asuntos mucho más importantes que discutir, como... ¡Ah, sí! El pub. El famoso pub. —Su rostro se relajó y miró con ojos inquisitivos los rostros de los congregados—. Bueno, deberíamos contar con una nueva incorporación a nuestro equipo, ¿no es así? Señor Foley, ¿está usted presente?

Thomas hizo ademán de incorporarse, pero se dio cuenta de que eso resultaría probablemente ridículo y volvió a sentarse. Su voz, cuando por fin logró dar con ella, parecía inverosímilmente débil y titubeante.

—Sí, ése soy yo, Sir... Sir John.

—Bien, espléndido. —Siguió un largo y expectante silencio. Cuando quedó claro que Thomas no tenía la menor intención de romperlo, Sir John dijo:

—Me parece que estamos preparados para escuchar sus comentarios.

—Oh, sí. —Thomas echó un vistazo al círculo de distinguidos rostros cuyos ojos

estaban clavados en él y tragó saliva—. Bueno, el Britannia, como probablemente saben, será, en varios sentidos, el punto central de la muestra británica. La idea original, como probablemente saben —¿por qué se repetía a sí mismo?—, era construir una réplica de, y aquí cito literalmente: «una vieja posada inglesa», para mostrar a los visitantes lo mejor de la tradicional hospitalidad británica. Sin embargo, uno o dos factores llevaron a cambiar el plan inicial. Uno es que al parecer los propios belgas están construyendo un pueblecito en los terrenos de la feria al que llaman «La Belgique Joyeuse», lo que se puede traducir grosso modo como «La Alegre Bélgica»^[3], y eso incluirá la réplica de edificios del siglo XVIII y de épocas anteriores, incluyendo una auténtica posada. El otro, ejem, factor es que a la OCI, y creo que también al propio señor Gardner, aunque no pretendo hablar por él, siempre le ha preocupado que la aportación británica, haciendo obviamente justicia a nuestras grandes tradiciones, no resultase..., bueno, demasiado retrógrada. De modo que se decidió que había que pedirles a los diseñadores del Britannia que propusiesen un planteamiento más moderno. El Reino Unido, después de todo, es un país moderno. Estamos en la vanguardia de la innovación en el campo de las ciencias y la tecnología. —Ahora ya se estaba embalando y, para su sorpresa, empezaba a disfrutar—. Pero nuestra gran fuerza es nuestra capacidad de avanzar, sin romper jamás nuestros lazos con el pasado. Ésta es la paradoja que nuestros diseñadores han trabajado duro para plasmar en el interior del Britannia.

Llegado a este punto se produjo una mesurada interrupción.

—Lo que veo en estas fotografías —dijo uno de los miembros del comité de más edad, sentado a la derecha de Thomas— no representa lo que imagino cuando pienso en una posada inglesa. En absoluto. —Fue pasando varias fotos en blanco y negro mientras negaba con la cabeza—. Echo en falta... unos jaeces, unas vigas de madera, la espuma de una cerveza inglesa derramándose por el borde de una jarra de peltre...

—Pero eso es exactamente lo que quisimos evitar —explicó Thomas—. El Britannia se está construyendo en un lugar privilegiado, frente a un lago artificial. Hemos querido darle un aire de..., digamos, club marítimo. Tendrá grandes ventanales y paredes blancas. El interior es luminoso, espacioso y aireado porque eso lo hace moderno, ¿no les parece? ¡Vivimos en tiempos modernos! ¡Estamos en 1958! El Reino Unido va a presentar al mundo su nueva cara bajo la sombra del Atomium y debemos estar a la altura del desafío. Debemos movernos hacia delante. Debemos avanzar.

De pronto Sir John miraba a Thomas con marcado interés y aire aprobatorio.

—Excelentemente expuesto, señor Foley, si me permite decírselo. Tiene usted razón. El Reino Unido tiene que encontrar su lugar en el mundo moderno y debemos mostrarle al resto de los países cómo se puede hacer esto sin recurrir a moderneces absurdas como... la música concreta, o comoquiera que se llame. Creo que los diseños del señor Lonsdale son muy buenos. Excelentes. Y usted, según tengo entendido, estará al pie del cañón durante toda la exposición, encargándose de la

gestión del Britannia, ¿estoy en lo cierto?

—Así es, señor, sí. —Por el rabillo del ojo, Thomas vio que en el momento en que decía esto los dos misteriosos caballeros se miraron fugazmente—. La empresa cervecera ha contratado a su propio patrón y a sus propios camareros, pero yo estaré allí como representante de la OCI para supervisar y asegurarme de que todo funciona..., de que todo va sobre ruedas.

—Espléndido. ¿Y ya ha visitado el lugar?

—El jueves vuelo a Bruselas para una visita preliminar, señor.

—Excelente. Le deseamos toda la suerte del mundo en esa misión, señor Foley. Y estoy seguro de que usted y yo nos veremos en Bruselas.

Thomas mostró su agradecimiento con una sonrisa e inclinó la cabeza. Fue un gesto cauto y contenido, que no permitía atisbar el desbocado orgullo y la excitación que bullían en su interior en ese momento.

INTENTAMOS SACAR ALGO EN CLARO

—Un discurso de primera ahí dentro, señor Foley.

—Desde luego. De matrícula de honor.

Thomas se volvió para ver de dónde procedían las voces. Plantado sobre el pavimento mojado por la lluvia frente al Ministerio de Asuntos Exteriores, mientras decidía hacia qué lado tirar, no tenía ni idea de que a sus espaldas había alguien esperándole entre las sombras. De pronto emergieron dos figuras de la oscuridad, dos caballeros vestidos exactamente igual, con largas gabardinas beis y sombreros de fieltro. En cierto modo, a Thomas no le sorprendió descubrir que eran los dos hombres que le habían llamado la atención en la reunión.

—Qué asco de noche, ¿verdad? —comentó el primero para iniciar la conversación.

—Horrible —coincidió Thomas.

—¿Le importa si le acompañamos un rato? —preguntó el segundo.

—En absoluto. ¿En qué dirección van?

—Oh, creo que eso debe decidirlo usted.

—A nosotros nos da igual.

—De acuerdo —dijo Thomas, aunque no entendía nada—. Bueno, todavía no lo había decidido.

—¿Sabe qué? —El primero de los dos tipos alzó el brazo y de inmediato, como salido de la nada, apareció un Austin Cambridge negro que se arrimó al bordillo y se detuvo ante ellos—. ¿Qué le parece si le llevamos a casa?

—Es todo un detalle —dijo Thomas—. ¿Están seguros?

—Desde luego, muchacho.

—No es ninguna molestia.

Los tres se embutieron en el asiento trasero. Iban muy apretados. Thomas, sentado en medio, apenas podía mover los brazos.

—¿Adónde vamos, caballeros? —preguntó el chófer.

—A Tooting —indicó el primer tipo sin pensárselo. Y cuando Thomas lo miró perplejo, éste le dijo—: Disculpe. No tiene por qué ir a casa si no quiere. Podemos llevarle a donde quiera.

—No, no —rechazó la oferta Thomas—. Tooting está bien.

—No querrá tener a su esposa esperando, ¿verdad?

—Apuesto a que cuando llegue tiene alguna cosa apetitosa haciendo chup chup en el fuego.

—Un tipo con suerte.

—¿Un cigarrillo, señor Foley?

Mientras cada uno encendía el suyo, el de la cara redonda dijo:

—Bueno, creo que debemos presentarnos. Yo me llamo Wayne.

—Como la estrella de cine —apostilló su compinche—. Es gracioso, ¿verdad? No

se lo imagina uno con un Stetson.

—Y él es el señor Radford —dijo el señor Wayne.

Con cierta dificultad, dada la estrechez del asiento trasero, el señor Radford le dio amistosamente la mano a Thomas y le dijo:

—Encantado de conocerle.

—¿Ustedes dos forman parte del comité de Bruselas? —preguntó Thomas, a lo cual ambos respondieron con una risita.

—Oh, Dios mío, no.

—Dios nos libre.

—Nada más lejos de nuestra profesión, muchacho. Pero nos interesamos por este asunto. Desde la distancia.

—Hemos participado en unas cuantas reuniones.

—Para ir conociendo a las personas implicadas.

—El tal señor Gardner es todo un personaje, ¿verdad?

—Le gusta armar jaleo.

—Aunque es un tipo fiable.

—Desde luego. Es buena gente.

—Sólido como una roca. Interiormente, ya me entiende.

Se hizo un silencio. El señor Radford bajó la ventanilla en un intento de dispersar el humo. Pero la noche era tan húmeda y desapacible que no tardó en volver a subirla. El tráfico era fluido y el chófer circulaba rápido. A los pocos minutos ya avanzaban por Clapham High Street. Mientras el Cambridge estaba parado en un semáforo en rojo, el señor Wayne miró por la ventanilla y comentó:

—Oye, Radford, ¿no es ésa la cafetería donde estuvimos hace un par de días?

—Creo que sí —respondió el señor Radford mirando a través de la lluvia.

—¿Sabes? Me apetece una taza de café.

—Estaba pensando lo mismo.

—¿Qué dice usted, señor Foley?

—¿Le apetece una taza de café?

—Bueno, yo... Yo más bien esperaba llegar a tiempo a casa para...

—Entonces, decidido. ¡Chófer! ¿Puede dejarnos aquí, por favor?

—Espérenos en la esquina, por favor.

—Sólo será un momento.

Los tres se apearon del coche y recorrieron apresuradamente la acera, que estaba resbaladiza por la lluvia. El establecimiento que habían elegido se anunciaba como Mario's Coffee Bar. En el interior había media docena de mesas, todas vacías, y una chica de cabello oscuro aburrída detrás del mostrador, que mataba el tiempo pintándose las uñas de verde.

—Un café para mí —pidió el señor Wayne, con tono amable pero firme—. Con leche y dos terrones de azúcar.

—Lo mismo para mí —dijo el señor Radford—. Foley, ¿qué va a tomar usted?

—La verdad es que no suelo beber café —respondió Thomas.

—Tres cafés con leche, con dos terrones cada uno —pidió el señor Wayne.

—Y ponga un poco de esa espuma de leche encima, por favor —añadió el señor Radford—. Ya sabe, tal como lo toman los italianos.

—Supongo que ahora todo somos europeos —comentó el señor Wayne mientras se sentaba.

—Totalmente —dijo el señor Radford, tomando también asiento y sacudiéndose la lluvia de la gabardina—. Todos los países europeos empiezan a estar unidos.

—El Tratado de Roma y todo eso.

—El asunto de Bruselas va precisamente en esa dirección, si te paras a pensarlo.

—Totalmente. Va a hacer historia.

—Es una suerte poder formar parte de eso.

—¿Qué opina usted, señor Foley?

—¿Qué opino?

—De este guateque belga. La Expo 58. ¿Le parece una oportunidad histórica para que todos los países del mundo se unan por primera vez desde la guerra en un espíritu de cooperación pacífica?

—¿O le parece poco más que un sórdido mercado no movido en absoluto por el idealismo sino por las fuerzas del capitalismo?

Thomas apenas había tenido tiempo de sentarse cuando le lanzaron a bocajarro estas preguntas. Pese a que el paseo había sido corto, tenía la ropa empapada y le calaba.

—Tendría que... Bueno, tendría que pensarlo —dijo.

—Muy buena respuesta —admitió el señor Wayne aprobadoramente.

—Habla como un auténtico diplomático.

Apareció la camarera con el azucarero.

—Los cafés estarán listos en un minuto —les anunció—. La máquina no funciona del todo bien. Le cuesta calentarse.

En su camino de vuelta hacia el mostrador, se detuvo junto a la máquina de discos e introdujo algunas monedas. A los pocos segundos, se escuchó una ráfaga de música, rápida y torrencial, con una percuciente batería marcando el ritmo por debajo de tres o cuatro sencillos acordes y un vocalista masculino medio gritando, medio cantando a todo trapo algo sobre un tren de vapor. El señor Wayne se tapó las orejas con las manos.

—Dios bendito.

—Vaya cacofonía.

—¿Qué demonios es esto?

—Creo que lo llaman rock'n'roll —dijo el señor Radford.

—A mí me suena más a skiffle —dijo Thomas.

—Vaya, vaya —dijo el señor Wayne—. No tenía ni idea de que fuese usted una autoridad en tendencias musicales.

—¿Quién, yo? En absoluto. Mi esposa escucha de vez en cuando este tipo de música. La verdad es que yo prefiero la clásica.

—Oh, sí. Los clásicos. No hay nada como la música clásica, ¿verdad? Supongo que le gusta a usted Chaikovski.

—Por supuesto. ¿A quién no?

—¿Y qué me dice de los más modernos? Por ejemplo Stravinski.

—Oh, sí. De primera.

—¿Shostakóvich?

—No lo he escuchado mucho.

—¿Prokófiev?

Thomas asintió, sin saber muy bien por qué. No entendía de qué iba todo aquello. La camarera les llevó los cafés y los tres se echaron azúcar y dieron los primeros sorbos.

—Claro que —dijo el señor Radford— muchos jóvenes prefieren leer a escuchar música.

—Acurrucarse con un buen libro —convino el señor Wayne.

—¿Lee usted mucho?

—Un poco, sí. Probablemente no tanto como debería.

—¿Ha leído a Dostoievski? Hay gente que lo adora.

—¿Y qué me dice de Tolstói?

—Me temo que soy muy provinciano en mis gustos. Me gusta Dickens. Leo a Wodehouse para pasar un buen rato. ¿Les importaría explicarme de qué va todo esto? Parecen ustedes obsesionados con machacarme a preguntas sobre escritores y compositores rusos.

—Sólo intentamos sacar algo en claro.

—Conocer lo que le gusta y lo que no le gusta, ese tipo de cosas.

—Lo que sucede es que tengo que irme a casa con mi esposa.

—Por supuesto, muchacho. Nos hacemos cargo.

—Supongo que querrá estar con ella el máximo tiempo posible durante las próximas semanas.

Thomas frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Bueno, después de todo, ella no le acompañará a Bruselas, ¿no es así?

—Es cierto; no me acompañará.

—Seis meses es mucho tiempo para estar sin... las comodidades del hogar.

—Los placeres de la vida conyugal.

—Eso si a uno le gusta la vida conyugal, claro.

—A algunos hombres no les gusta. Quiero decir que se casan pero eso no es lo que de verdad les gusta.

—Sus verdaderos intereses están en otra parte.

—Es un tema sórdido.

—Tremendamente sórdido.

—Por ejemplo, un tipo al que conocía llevaba diez años casado, tenía tres hijos, pero apenas pasaba un rato en casa. Era más fácil encontrarlo en los aseos de caballeros de Hyde Park Corner.

—Un panorama horrible.

—Horrible. ¿Usted los conoce?

—¿Si los conozco? —repitió Thomas.

—Los aseos de caballeros de Hyde Park Corner.

Negó con la cabeza.

—No.

—Sabia decisión. Mejor mantenerse alejado de ese lugar, diría yo.

—Hay que evitar ese sitio.

—¿Por casualidad me están ustedes preguntando si soy homosexual? —preguntó Thomas con la cara enrojeciéndosele de ira.

Al señor Wayne eso le pareció una broma de lo más divertida.

—Querido muchacho, ¿qué le hace pensar eso?

—¡Vaya idea más disparatada!

—No se nos ha pasado por la cabeza.

—Nada podía estar más alejado de nuestros pensamientos.

—Vamos, obviamente usted tiene tanto de homosexual como de miembro del Partido Comunista.

Thomas se calmó.

—Muy bien. Porque hay ciertos temas con los que no deberían bromear.

—No puedo estar más de acuerdo, muchacho.

—Por cierto —dijo el señor Radford—, usted no es miembro del Partido Comunista, ¿verdad?

—No, no lo soy. Y vuelvo a repetir, ¿podrían explicarme de qué va todo esto?

El señor Wayne dio otro sorbo a su café y consultó su reloj de bolsillo.

—Escuche, Foley, ya le hemos entretenido demasiado rato. No tiene nada de que preocuparse. Usted, el señor Radford y yo... estamos todos en el mismo bando.

—Jugamos en el mismo equipo.

—Es sólo que tiene que entender que... esa juerga de Bruselas, bueno, de entrada es una idea estupenda, por supuesto, pero implica ciertos peligros.

—¿Peligros?

—Todo ese montón de países reunidos en un mismo sitio durante seis meses..., en teoría es una idea estupenda, pero alguien tiene que tomar en consideración los riesgos.

—¿Qué riesgos?

—Lo dijo usted mismo en la reunión.

—¿Yo?

—Vivimos en tiempos modernos. La ciencia está haciendo avances milagrosos.

—Pero no olvide que... la ciencia es una calle de dos sentidos.

—Una espada de doble filo.

—Exacto. Todos tenemos que estar alerta. Es el precio que pagamos. —De pronto el señor Wayne se puso en pie y le tendió la mano—. En cualquier caso, adiós, Foley. O tal vez *au revoir* sería más apropiado.

Thomas y el señor Radford también se pusieron en pie. Se produjo un frenesí de manos estrechándose.

—Supongo que puede tomar el autobús por aquí —dijo el señor Radford—. Es que Tooting queda un poco alejado de nuestro camino.

—Sí, por supuesto —balbuceó Thomas, más descolocado que nunca.

—No le entretenemos más. Váyase a cenar.

—Vuelva al seno de su familia.

—Y no se preocupe por los cafés. Nosotros los abonamos.

—Nos hacemos cargo.

—Un coste mínimo por haber disfrutado de su compañía.

Perplejo, Thomas les dio las gracias y se dirigió hacia la puerta. Fuera parecía que llovía más que antes. Se subió el cuello del abrigo antes de salir. Justo cuando estaba abriendo la puerta para enfrentarse a las primeras ráfagas de viento y gotas de lluvia, el señor Radford lo llamó.

—Eh, señor Foley.

Thomas se volvió.

—¿Sí?

—Recuerde una cosa: esta conversación jamás ha tenido lugar.

«WELKOM TERUG»

Al entrar en la modesta sala de llegadas del aeropuerto de Melsbroek a última hora de la mañana del jueves, Thomas buscó a una persona trajeada que pudiese ser David Carter, el miembro del British Council que había quedado en recibirlo allí. Sin embargo, no se le acercó nadie con esa pinta. En lugar de eso, se le presentó una mujer joven y atractiva vestida de uniforme.

—¿Señor Foley? —le dijo, tendiéndole la mano—. Me llamo Anneke y he venido a acompañarle al pabellón británico en la Exposición. Sígame, por favor.

Sin esperar su respuesta, se volvió y empezó a caminar hacia la salida, dos o tres pasos por delante de Thomas. Él se apresuró para alcanzarla.

—Esperaba encontrarme con el señor Carter —le dijo—, pero esto es una sorpresa muy agradable.

—El señor Carter estaba muy ocupado —respondió ella—. Se reunirá con usted en el pabellón.

El uniforme de Anneke era elegante, discreto y estudiadamente asexuado. Llevaba tacones, pero no demasiado altos. La falda azul marino llegaba holgadamente por debajo de la rodilla. Y bajo la ceñida chaqueta granate vestía una blusa con cuello y una corbata. Coronaba el modelito un alegre —pero sobrio— sombrero sin ala. Era un uniforme nada llamativo, pero a Thomas le provocó un ligero rechazo. Tuvo la sensación de que le hubiera resultado mucho más fácil entablar una conversación con Anneke si hubiese ido vestida de otro modo.

—Así que eres una de las famosas azafatas de la Expo —le dijo.

—¿Ya somos famosas incluso en Inglaterra? —preguntó ella—. Se lo comentaré a mis colegas. Les encantará saberlo.

Thomas se entretuvo con la fugaz imagen de un grupo de esas jóvenes, todas veinteañeras, todas con el mismo uniforme, sentadas alrededor de una mesa en un café o cantina de Bruselas, soltando una risita al descubrir que eran célebres en Inglaterra. Le hizo sentirse muy mayor.

En el exterior de la terminal, el sol de principios de primavera empezaba a asomarse furtivamente. Anneke se detuvo, miró a izquierda y derecha, y de pronto se mostró indecisa.

—Debería haber un coche esperándonos —le explicó—. Iré a buscarlo.

A solas durante unos minutos, Thomas intentó paladear lo que debería ser una ocasión muy especial para él: la primera vez que pisaba Bélgica, el país de su madre. Se había pasado toda la semana esperando ese momento, y agradecía poder disfrutarlo solo. Pero no tardó en sentirse como un idiota. La verdad es que no había nada especial en él. No era más que un país como cualquier otro. Había sido una ingenuidad creer que iba a sentir una inmediata sensación de pertenencia o algo por el estilo. En cualquier caso, tal vez la paradoja de Bélgica sería que le hacía sentirse más británico que nunca.

Llegó el coche. Era un Citroën verde claro, con el inconfundible logo en forma de estrella irregular de la Expo 58 pegado en la puerta del conductor. Anneke bajó y le abrió una de las puertas traseras. Y partieron rápidamente en dirección a Heysel.

—Es un trayecto corto —le prometió Anneke—. Unos veinte minutos o menos.

—Estupendo. ¿Por casualidad pasaremos cerca de Lovaina?

—¿Lovaina? —Anneke parecía desconcertada—. Lovaina no queda lejos, pero está en dirección contraria. ¿Quiere visitarla?

—Tal vez hoy no —dijo Thomas—. Otro día, espero. Mi madre nació allí. Mis abuelos tenían una granja en los alrededores.

—¡Ah, así que su madre es belga! ¿Habla usted el idioma?

—No, en absoluto. Sólo unas pocas palabras.

—Bueno, entonces supongo que debería decirle *Welkom terug*, señor Foley.

—*Dankuwel, dat is vriendelijk* —respondió Thomas procurando pronunciar correctamente.

Anneke sonrió encantada.

—*Goed zo!* Pero no le voy a poner más a prueba. No sería justo.

Después de eso, la conversación fue más fluida. Anneke le contó que ella procedía de Londerzeel, un pueblo al noroeste de Bruselas, donde seguía viviendo con sus padres. Era una de las doscientas ochenta chicas que habían tenido la suerte de ser elegidas como azafatas. Todas ellas hablaban cuatro idiomas —francés, flamenco, alemán e inglés— y a la mayoría las enviaban a puertos, estaciones de ferrocarril y aeropuertos donde debían recibir a los miles de visitantes extranjeros que se esperaban y asegurarse de que llegasen sin contratiempos a la Expo 58. A las azafatas se las consideraba las embajadoras más importantes de la Expo y se regían por estrictas normas de conducta: durante su jornada laboral no se les permitía mascar chicle, hacer punto o costura, fumar, beber alcohol, o leer novelas, periódicos o revistas.

—De hecho —le confesó Anneke—, se supone que ni siquiera debo aparecer en público acompañada por un hombre sin el permiso por escrito de las autoridades. Por suerte, en su caso lo tengo.

Volvió a sonreír a Thomas, y esta vez la sonrisa desprendía un aire menos profesional y más calidez humana. Thomas estaba empezando a percatarse de que la chica era realmente guapa.

—¡Mire! —dijo ella de pronto, inclinándose hacia él y señalando por la ventanilla—. ¿Lo ve?

Todo lo que Thomas fue capaz de distinguir al principio fue una hilera de copas de árboles altas y firmes a media distancia; pero de pronto, elevándose por encima de ellas, se atisbaba algo claramente fabricado por la mano del hombre: la parte superior de lo que parecía ser un enorme globo plateado. Y a medida que el coche avanzaba y la perspectiva cambiaba, aparecieron otros tres globos como el primero, a diferentes alturas y conectados unos con otros por brillantes tubos de acero. Todavía no se podía

ver la estructura en su totalidad, pero a Thomas ya le pareció que era algo gigantesco y majestuoso, algo sublime y sobrenatural que había sido imaginado con una magnitud épica por los creadores de alguna película o cómic de ciencia ficción y después transportado por un milagro de ingenio e ingeniería humana al mundo real.

—El Atomium —anunció Anneke orgullosa—. Lo veremos mejor cuando entremos en el recinto de la Expo.

La chica se inclinó hacia delante y se dirigió al chófer en francés.

—Le he pedido que no le lleve directamente al pabellón británico —le explicó a Thomas (aunque él había entendido la petición bastante bien)—. Creo que es mejor dar primero una pequeña vuelta por el recinto.

Al poco rato, el coche se detuvo ante una amplia verja de entrada rodeada de docenas de mástiles en los que todavía no se habían colocado las banderas. Un cartel a medio terminar anunciaba que ésa era la Porte des Nations. Un entusiasta guardia de seguridad que parecía conocer bien al chófer le indicó con gestos que podían entrar, e instantes después estaban ya dentro del recinto ferial, avanzando a unos prudentes diez kilómetros por hora por un amplio bulevar rodeado de árboles llamado Avenue des Nations.

Esta precaución era necesaria, porque la calzada estaba llena de obstáculos y había gente trabajando por todos lados. Al principio Thomas no entendía nada de lo que veía: era una melé de camiones, andamios, grúas, vigas, pilas de ladrillos, bloques de cemento, tablonos de madera acarreados de aquí para allá por obreros con gorros o pañuelos atados a la cabeza. Nunca había visto tal densidad de trabajos de construcción llevados a cabo en un espacio tan reducido. Se oían instrucciones, reprimendas, gritos de alarma y de ánimo en todos los idiomas imaginables. Sólo después de tomarse algunos segundos para acostumbrarse a la velocidad del coche y al ajetreo del exterior pudo Thomas empezar a fijarse en algunos detalles. El primer edificio que atrajo toda su atención apareció a su izquierda: de hecho, fue el propio edificio el que se les mostró, ya que era un espectacular diorama de acero, cristal y cemento, de más de un centenar de metros de diámetro, al que se accedía a través de una amplia pasarela peatonal rodeada de mástiles que daba la bienvenida al visitante. Por su escala, ambición y diseño, a Thomas le pareció una versión radicalmente moderna del Coliseo romano.

—Es el pabellón estadounidense —le explicó Anneke—. Y ahí está el soviético, justo al lado. Lo cual —añadió, con un resplandor en los ojos— es un típico ejemplo del sentido del humor belga.

El pabellón soviético creaba un potente contraste. No tenía nada que envidiar en cuanto a las dimensiones, pero la valiente sencillez de su diseño lanzaba una suerte de reprimenda a las pretensiones y vulgaridad del estadounidense. Era un gigantesco cubo de acero y cristal, que se elevaba hacia el cielo casi hasta donde Thomas alcanzaba a ver mientras el coche aminoraba aún más la velocidad al pasar junto al edificio y él asomaba la cabeza por la ventanilla y miraba hacia arriba boquiabierto.

Las paredes del pabellón eran de cristal corrugado, lo cual lo dotaba de una ligereza y amplitud que parecía aumentar su volumen, como reprendiendo a los occidentales que habían dado por hecho que el concepto de transparencia era desconocido en la Unión Soviética.

Después giraron a la izquierda por un camino más estrecho y cruzaron frente a un edificio que —aunque no era tan impresionante como los dos que acababan de ver— a Thomas le pareció más bonito que cualquiera de ellos: de entrada, menos pretencioso, de ángulos más sutiles, con una fachada más limpia y estilizada. Anneke se mostró de acuerdo.

—Éste es de lejos mi pabellón favorito —le dijo—. Es el de Checoslovaquia. Estoy deseando visitarlo.

Volvieron a girar a la izquierda y enfilaron la avenida del Atomium. Y esta vez, cuando Thomas vio la famosa estructura en toda su reluciente y escalofriante magnificencia, haciéndose más y más grande a medida que se acercaban, sintió que el corazón le palpitaba por el asombro y la excitación, y también porque empezaba a tomar conciencia de la trascendencia de la aventura en la que estaba embarcado. El domingo anterior estaba sirviéndole un jerez a su esposa y a su madre en Tooting como antesala de una inacabable comida familiar en la que no se había dicho nada remarcable ni había sucedido nada interesante. En aquel momento incluso había empezado a sentirse arrastrado casi hasta la enajenación por la ufana monotonía de esa letal zona residencial, por la aplastante indiferencia hacia los grandes acontecimientos que estaban sucediendo en el amplio mundo. Pero sólo cuatro días después, por alguna suerte de milagro, había aterrizado en el auténtico epicentro de esos acontecimientos. Aquí, durante los siguientes seis meses, coincidirían todos los países cuyas complejas relaciones, cuyos conflictos y alianzas, cuyas tensas y enmarañadas historias habían dado forma al destino de la humanidad y continuarían haciéndolo. Y esa radiante locura era el centro de todo eso: una gigantesca celosía de esferas interconectadas, imperecederas, cada una emblemática de esa minúscula y misteriosa unidad que sólo recientemente el hombre había aprendido a dividir, con unas consecuencias tan alarmantes como maravillosas: el átomo. La mera visión de ese edificio hizo que se le acelerase el corazón.

—¿Le gusta? —le estaba preguntando Anneke mientras el coche daba una vuelta completa a su alrededor—. ¿Le gusta, señor Foley?

—Me encanta —respondió Thomas, asomándose de nuevo por la ventanilla—. Lo adoro total y absolutamente.

Sus palabras le sonaron extrañas en cuanto las hubo dicho. ¿Cuánto hacía que no se expresaba de un modo tan extravagante? Tal vez no fuese el lugar lo que le generaba esos arrebatos de entusiasmo —y lo que es más, ni siquiera el Atomium—, sino la propia Anneke.

Rápidamente apartó de su cabeza este inquietante pensamiento. El coche pasó por delante de los pabellones de aire ultramoderno de Francia, Brasil, Finlandia y

Yugoslavia, y después frente al pabellón italiano, que rompía la tendencia e intentaba recrear la atmósfera de un pueblo de montaña. Recorrieron la sección escandinava, los pabellones turco e israelí; en unos pocos minutos más ya habían atravesado toda América del Sur y el Lejano Oriente. Thomas comenzaba a sentirse mareado por tanto ajeteo. Las variopintas arquitecturas empezaban a desdibujarse ante sus ojos.

—¿Y esto qué es? —preguntó, mientras pasaban junto a otra construcción ultramoderna, ésta consistente en un revestimiento circular con relucientes ladrillos metálicos al que se accedía por una escalera mecánica que ascendía por un túnel acristalado.

—¡Ah!, para nosotros los belgas —le dijo Anneke— ésta es una parte muy importante de la Exposición. Será la sección dedicada al Congo Belga y a Ruanda-Burundi. Al otro lado hay un jardín tropical con un poblado nativo dentro. Todo muy auténtico, ¡con pequeñas chozas con tejados de hierba! Incluso van a traer a algunos nativos a vivir aquí durante el tiempo que dure la Expo; me muero de ganas de verlos. No he visto nunca a un auténtico negro. En las fotografías parecen tan raros y graciosos...

Thomas no respondió al comentario, pero le hizo sentirse incómodo. En las calles de Londres ya se veían montones de rostros negros, y aunque conocía a personas a las que eso las incomodaba (de pronto le vino a la cabeza una acalorada discusión con el señor Tracepurcel en la cantina de la oficina), él se enorgullecía de no tener prejuicios por el color de la piel. Si lo que le acababa de contar Anneke era cierto, le pareció que esa parte de la Exposición chirriaba.

En cualquier caso, antes de que tuviese tiempo de pensar en una respuesta, el coche giró en una esquina y Thomas vio algo que reconoció de inmediato: el pabellón británico de James Gardner..., que, tuvo que admitir, parecía todavía más estrafalario, original e impresionante en la realidad de lo que resultaba en las fotografías. Las tres secciones triangulares parecían tan absolutamente modernas y dinámicas como el resto de los edificios que las rodeaban, aunque de algún modo también tenían un aire de catedral, de sucesión de campanarios de iglesias. Por muy deslumbrado que hubiese quedado ante los otros edificios, Thomas sintió una felicidad interior especial cuando el coche se detuvo ante este pabellón: era la felicidad del regreso al hogar.

Anneke le abrió la puerta del coche, pero después, en lugar de conducirlo hacia la entrada principal del pabellón (donde había varios operarios subidos a largas escaleras colocando unas cristaleras), doblaron la esquina y pasaron entre varias hayas para llegar al interior de la zona británica. Ahí había más edificios agrupados alrededor de un pequeño lago artificial y, en una esquina, con el mismo aire incongruente que tenía todo en ese ajeteado y heterogéneo universo en miniatura que Thomas acababa de recorrer, vio algo que le resultó al mismo tiempo familiar y extraño: el exterior de listones de madera de un pub, con el nombre escrito en negritas mayúsculas en la parte superior: THE BRITANNIA.

—¿Señor Foley? —dijo una voz en un inglés refinado, y Thomas vio que se le acercaba un joven ataviado con un traje blanco de lino, que bajaba por las escaleras del pub y le daba un firme y enérgico apretón de manos—. Me llamo Carter. Siento no haber podido ir a recibirle al aeropuerto.

—No pasa nada —dijo Thomas—. He estado perfectamente atendido.

Anneke le agradeció el comentario con una sonrisa y le dijo al señor Carter:

—Encantada de conocerle. —Después, volviéndose hacia Thomas, añadió—: Ahora tengo que irme. A las cuatro le recogerá un coche en el British Council y le llevará de vuelta al aeropuerto. Con una azafata para ayudarle con todos los trámites, por supuesto.

—¿Serás tú? —le preguntó Thomas, al que de pronto le dio igual lo directa que pudiese resultar la pregunta.

Anneke desvió la mirada, tratando de no sonreír y simplemente dijo:

—Veré si lo puedo arreglar.

Tanto Thomas como el señor Carter contemplaron melancólicamente cómo se alejaba y desaparecía entre los árboles, de vuelta al coche. Carter dejó escapar un leve silbido de admiración.

—Vaya hembra —dijo—. Y a menos que esté muy equivocado, muchacho, yo diría que la tienes en el bote.

—¿En serio? —dijo Thomas—. Quiero decir que... no era ésa mi intención.

—Claro que no, pero éste es un sitio peligroso, ¿sabes? ¿No lo sientes? Aquí pueden pasar cosas muy raras a menos que todos mantengamos la cabeza fría. — Antes de que Thomas pudiese preguntarle qué quería decir exactamente con este comentario, el señor Carter soltó una carcajada y le dio una palmada en la espalda—. Vamos adentro y veamos lo que el Britannia va a ofrecer a sus clientes. Creo que una pinta de cerveza te va a venir muy bien.

TODO UN PERSONAJE

Sin clientes, el Britannia parecía mucho más grande de lo que Thomas se esperaba. Tenía, eso sí —para su tranquilidad—, el aspecto de estar más o menos acabado. Faltaba colocar algunas decoraciones en las paredes y un trío de obreros estaban ultimando detalles en algunos de los equipamientos detrás de la barra, pero era evidente que todo estaba prácticamente listo. Después de haber visto tantos planos, dibujos y fotografías del interior durante los últimos meses, la culminación de la sucesión de placeres de aquel día era verlo por fin hecho realidad.

La primera impresión fue buena. Muy buena. Se percibía una inmediata sensación de luz y espacio. En la sala de la planta baja tres de las paredes estaban recubiertas de planchas de madera de pino y enlucido blanco; la cuarta era de ladrillo visto. El suelo era un tablero de cuadrados negros y verdes. La larga barra con un reborde de cuero rojo y una combinación de maderas claras y oscuras iba prácticamente de lado a lado, con una hilera de taburetes delante. Alrededor del resto de paredes se extendían los típicos bancos, mesas redondas con tableros de cristal y sillas bicolors amarillas y negras. De las paredes ya colgaban unos cuantos grabados con imágenes navales; también había maquetas de barcos en urnas de cristal y una maqueta de mayor tamaño de un avión Britannia de cuatro hélices colgado del techo como si estuviese en pleno vuelo.

El señor Carter irradiaba entusiasmo.

—Espléndido, ¿verdad? Va a costarte mantenerme alejado de este lugar durante los próximos seis meses. Un pedacito de Inglaterra transportado hasta la aburrida Bruselas.

Guió a Thomas escaleras arriba. El Britannia tenía dos plantas y en la superior había una amplia sala para fiestas privadas y un bar más pequeño o Club para el Personal de la Exposición. Estas salas tenían una moqueta negra y naranja, bancos fijos y butacas de cuero negro. Como aquí no había mucho que ver, el señor Carter llevó a Thomas a la terraza de arriba, con su entarimado de aire naval, sus pasamanos, sus salvavidas y su galería cubierta. Desde allí se podía ver toda la terraza de abajo, que pronto estaría repleta de visitantes circulando entre el pabellón del gobierno británico de James Gardner y el pabellón de la industria, o sentados en las mesas bajo las sombrillas de colores brillantes. Un poco más allá, entre los árboles, se veía el lago artificial y al final de éste un enorme mástil de acero que apuntaba con orgullo pero todavía sin finalidad hacia el cielo.

El señor Carter avanzó hasta el final de la galería y se apoyó en la barandilla para contemplar el lago. Thomas dedicó unos instantes a inspeccionar la carpintería de las columnas y después se unió a él.

—Esto va a ser una auténtica juerga, ¿a que sí? —dijo Carter, mirando más allá del lago y los árboles, hacia el otro lado, donde se veían camiones y tráilers avanzando o dando marcha atrás por la Avenue des Trembles—. Creo que nunca

había visto nada igual. —Se volvió hacia Thomas—. ¿Un cigarrillo?

—Muchísimas gracias, amigo. —Los encendieron, compartiendo la cerilla—. La gente está empezando a decir que son malos para la salud, ¿sabes?

—Oh, lo dicen de todo. El mundo está lleno de malditos aguafiestas. Así que... —dio una buena calada y le lanzó a Thomas una mirada mucho más escrutadora que las de antes— te envía la OCI para que vigiles esto, ¿no es así?

—Algo parecido —admitió Thomas—. Me atrevería a decir que es completamente innecesario. Probablemente sea una colosal pérdida de tiempo y dinero.

—Yo no estaría tan seguro —dijo el señor Carter—. ¿Ya has conocido al que va a llevar esto?

—¿Al señor Rossiter, el patrón? Todavía no. Esperaba poder reunirme con él hoy.

—Puedes hacerlo. Está en la bodega. Bajemos ahora.

—¿Hay algo que debería saber sobre él?

—No querría estropearle la primera impresión. ¿Cómo es que te eligieron para esta misión, si me permites que te lo pregunte? Seis meses en Bélgica. ¿Lo echasteis a suertes en la oficina y sacaste el palito más corto?

—No será tan horrible, ¿no?

El señor Carter reflexionó un instante.

—Oh, por supuesto. Podría ser peor. Llevo unos diez años en el Council y me han tocado algunos destinos complicados. Amán, Bergen. Todo tipo de sitios. Lo peor que se puede decir de los belgas es que son excéntricos.

—¿Excéntricos?

—Aquí el surrealismo es la norma, querido amigo. Prácticamente lo inventaron ellos. Y los próximos seis meses van a ser una auténtica locura.

—Ah, sí. Anneke, la azafata, me ha dicho algo sobre eso. Lo de colocar a los americanos y a los rusos unos al lado de los otros. Me ha dicho que era un chiste belga.

—Humm —murmuró el señor Carter mientras aplastaba la colilla del cigarrillo en la barandilla—. Me pregunto cuál será la gracia. Una cosa está clara, ambos pabellones van a estar repletos de espías. Bueno, pues vamos a encontrarnos con el Comodoro.

Y tras este enigmático comentario, guió a Thomas de nuevo hasta la planta baja y después hacia una ancha trampilla abierta en uno de los recovecos detrás de la barra. Desde allí unos escalones de madera descendían hasta una amplia y bien iluminada bodega. Al bajar, sus pasos repiquetearon con estruendo y una vez en el sótano se encontraron ante un montón de hileras de plataformas metálicas, esperando la llegada de los barriles de cerveza. Frente a uno de ellos se estaba desarrollando una confusa discusión. Un tipo alto, moreno, chorreando de sudor bajo su camisa blanca de franela arremangada, protestaba en francés; frente a él, dándole la espalda a Thomas, había otro hombre más corpulento y bajo, con las manos en las caderas. La nuca se le

veía roja de rabia por encima del cuello rígido de su camisa.

Thomas sabía lo suficiente sobre la gestión de un pub como para poder seguir la discusión. El tipo alto que hablaba en francés era de la empresa que había suministrado las plataformas y el otro se estaba quejando del sistema automático de inclinación que llevaban incorporado. Se lamentaba de que no era muy seguro y haría que la cerveza se removiese en los barriles. Y si eso sucedía, la cerveza estaría turbia cuando la sirvieran a presión en la barra. Quería saber por qué en lugar de con eso, no se podían inclinar los barriles con unas simples cuñas de madera. El que hablaba francés le decía que ése era un método anticuado. El otro parecía no entender su respuesta. Finalmente el que hablaba francés dejó de intentar explicar su postura y se largó murmurando para sí mismo y haciendo un gesto de enfado y rechazo mientras subía por los escalones de madera, antes de desaparecer por completo.

Sólo entonces el patrón del Britannia se percató de la presencia de sus dos visitantes.

—Buenas tardes, caballeros —dijo con recelo—. Humm..., *bonsoir, mes amis. Comment...* Quiero decir, ¿qué puedo hacer por ustedes?

—Carter —se presentó el señor Carter, tendiéndole la mano con una sonrisa desabrida—. Del British Council. Nos conocimos ayer.

—¡Ah, sí! Lo recuerdo —dijo el patrón, que era obvio que no lo recordaba.

—Éste es el señor Foley —continuó el señor Carter—. Le hablé de él. También va a trabajar aquí.

—¡Ah, genial! —dijo el patrón, estrechándole la mano a Thomas—. Me llamo Rossiter. Terence Rossiter. ¡Ajá! —Cogió la corbata de Thomas con el pulgar y el índice de una mano y se la acercó para inspeccionarla detalladamente—. Vaya, esto lo reconozco. El Radley College, ¿verdad? ¿O es de Marlborough? Dígame al menos que es una corbata de un colegio privado y que no soy tonto del culo.

—Es la corbata de un colegio, en efecto, pero no privado. Del instituto Leatherhead.

—Oh, vaya, me he equivocado. Así que es usted un chico de instituto, ¿eh? Bueno, tiene sentido, ¿qué iba a hacer un antiguo alumno de Radley trabajando en un pub? Vamos arriba, caballeros. Veré qué tenemos a mano para saciar su sed.

Se sentaron alrededor de una de las mesas con tablero de cristal de la sala de la planta baja y el señor Rossiter trajo tres botellas de cerveza rubia, disculpándose por la falta de cerveza de barril. Whitbread había creado una nueva cerveza de barril especial para la Expo —una cerveza amarga con mucho cuerpo que inevitablemente bautizaron con el nombre de Britannia—, pero todavía estaban esperando a que les llegasen los primeros barriles.

—No estarán aquí hasta una semana antes de que abramos —explicó el señor Rossiter—. Esperaba tener el tema del movimiento de los barriles resuelto antes, pero, para ser sincero, no tengo ni idea de qué me estaba diciendo ese tipo de Froggy. Tener que lidiar con un montón de extranjeros para todo sólo complica las cosas.

—Creo que lo que estaba diciendo —aventuró Thomas— es que consideraba su sugerencia de las cuñas de madera muy anticuada.

—Así que anticuada, ¿eh? Funcionaba a las mil maravillas en el Duke's Head de Abingdon, que gestioné durante once años después de la guerra, sin recibir ni una sola queja de los clientes, muchas gracias.

Dio un largo trago de su vaso, acción que dejó una gran cantidad de espuma adherida a las puntas de su anaranjado bigote. Ese bigote, no pudo evitar pensar Thomas, era una creación portentosa: se extendía en una horizontalidad perfecta y cada una de las dos mitades medía cinco centímetros. Las puntas gozaban de bastante autonomía, sin contacto alguno con la cara del señor Rossiter. En cuanto a la cara, era rubicunda, marcada por innumerables ramificaciones de venitas rojizas. La nariz tenía un tono purpúreo. Era tentador deducir que la vocación de patrón de pub del señor Rossiter había sido una buena elección, si el objetivo era estar permanentemente cerca del alcohol.

—El hecho es que —continuó el señor Rossiter—, si se me permite dar mi opinión, estos belgas son un cero a la izquierda en lo que a cerveza se refiere y en todo lo demás. Y sé de lo que hablo. Casi perdí una pierna en El Alamein y me pasé dos años durante la guerra en una especie de hospital cerca de Tonbridge. Allí estuvieron conmigo durante algunos meses un par de belgas y puedo asegurarles que eran los tipos más raros y chiflados con los que me he topado en la vida. Estaban como regaderas los dos.

—Uno de los propósitos de esta Exposición, tal como lo veo yo —intervino el señor Carter—, es que gente de diferentes países conviva durante cierto periodo de tiempo, y así lleguen a comprender sus diferencias y similitudes, y tal vez lleguen a entenderse mejor.

—Paparruchas —dijo el señor Rossiter—. No se ofenda, pero aquí mismo tiene un ejemplo. Yo no tengo pelos en la lengua, como supongo que habrá notado. Y me atrevo a decir que lo que usted propone está muy bien en teoría, pero no va a funcionar, se lo aseguro. Dentro de seis meses, todos estaremos haciendo las maletas sin haber logrado entendernos mejor de lo que nos entendíamos cuando empezó esto. Por otro lado, si los que mandan quieren despilfarrar unos cuantos millones montando esta locura de feria, pues les deseo buena suerte. Yo estoy encantado de echar una mano a cambio de recibir una tajada razonable.

El señor Carter miró incómodo en dirección a Thomas.

—Evidentemente, usted sabe el cargo que va a ocupar el señor Foley aquí...

—Puede empezar trabajando detrás de la barra. De momento la única otra persona contratada para trabajar aquí es mi sobrina, Ruthie. Ya le he dicho un montón de veces a los de la fábrica de cerveza que vamos a ir cortos de personal y me alegra saber que por fin se han dado por aludidos.

—Creo que aquí hay un malentendido —le interrumpió el señor Carter—. El señor Foley no es un barman. Trabaja para la OCI.

—¿La qué?

—La Oficina Central de Información.

El señor Rossiter los miró alternativamente a uno y a otro.

—No lo pillo.

—El hecho es que —intervino Thomas hablando en los términos más razonables que pudo encontrar— este estupendo pub, además de existir... por derecho propio, como es evidente, al mismo tiempo forma parte de la aportación británica a la exposición. Y, por tanto, mis superiores pensaron que sería apropiado..., creo que todo esto ya se le explicó a usted por carta..., que alguien de la OCI se instalase aquí durante el tiempo que dura la exposición para... para...

—Para tenerme controlado, supongo —dijo el señor Rossiter completando flemáticamente la frase.

—Yo lo no expresaría en estos términos —dijo Thomas. Hasta a él la excusa le sonaba demasiado endeble.

—¿De modo que usted no está aquí para echar una mano? ¿Se limitará a fisgonear y mirar por encima de mi hombro?

—Mi padre era dueño de un pub —le explicó Thomas—. Conozco bien el negocio. Estaré encantado de ayudarle en el día a día siempre que lo necesite.

El señor Rossiter no estaba ni muy convencido ni muy contento. A regañadientes, después de que sus dos invitados hubiesen tomado unos cuantos tragos más de cerveza, les enseñó el resto de las dependencias, en particular las cocinas, donde el encargado del restaurante del Britannia, el señor Daintry, prepararía sus menús de «comida tradicional inglesa» (cuando comentó esto, Thomas vio de reojo que el señor Carter se santiguaba). Después el patrón les dijo que tenía muchas cosas de las que ocuparse y volvió a desaparecer en la bodega: sin duda para darle vueltas a la ineptitud de los belgas en todo lo referente a plataformas para barriles, cuñas de madera y movimiento de barriles de cerveza.

—Todo un personaje —comentó Thomas mientras salían del pub y se dirigían a los límites de la zona inglesa.

—Ya te lo advertí. Pero creo que no te dará muchos problemas. Tendrás que controlar que no empine el codo, eso es todo. Es el tipo de personaje que, si no estás encima, puede tener demasiada resaca para estar en pie a las nueve en punto. Y recuerda, aquí no rigen los límites horarios británicos de servicio de alcohol. Así que tendrá acceso a bebidas alcohólicas doce horas al día.

El resto de la jornada pasó rápidamente. El señor Carter llevó a Thomas a las oficinas del British Council en el centro de Bruselas y comieron en el restaurante para el personal. Discutieron los planes para la celebración de una pequeña fiesta para festejar la apertura del Britannia dos noches después de la inauguración de la Expo.

En el coche que fue a recogerlo para acompañarlo al aeropuerto no había ninguna azafata y Thomas tuvo que dar por hecho que ese día no volvería a ver a Anneke; hasta que, cuando llegaron a la terminal cuarenta y cinco minutos antes de que su

vuelo despegase, se la encontró esperándolo delante de la sala de embarques. A esas alturas, cualquier atisbo de la neutra profesionalidad con la que le había saludado la primera vez se había desvanecido. Mientras se despedían con frases entrecortadas, ella se balanceaba ligeramente de un lado a otro casi como una niña, con las manos detrás de la espalda y bajando de vez en cuando la mirada como si no se atreviese a mirarlo directamente a los ojos para no perder la compostura. Thomas se percató de que tenía los ojos verdes, verde claro, con un toque ambarino, y de que su sonrisa era amplia, brillante y perfecta. Lo único en ella que no era en absoluto perfecto era el modo en que la obligaban a vestir. Antes de separarse, torpemente, Thomas intentó hacer algún comentario al respecto.

—Espero que nos podamos ver más veces durante la Expo —dijo Anneke.

—Sí —respondió Thomas—. Sí. Me encantaría volver a verte. —No parecía suficiente, de modo que añadió—: Tal vez sin el uniforme.

Anneke se sonrojó.

—Quiero decir... —tartamudeó Thomas—. Quiero decir que me gustaría verte vestida de calle.

—Sí. —Anneke intentó reírse, pero todavía estaba ruborizada—. Ya sé lo que querías decir.

Se produjo un largo silencio final, antes de que ella dijese:

—Vas a perder el vuelo.

Y entonces se dieron un largo y efusivo apretón de manos hasta que Thomas se separó y se apresuró a pasar por el control. Se volvió para mirarla por última vez. Ella lo saludó con la mano.

ALMOHADILLAS PARA CALLOS CALLOWAY

Durante las siguientes semanas, tal vez el error de Thomas fue que su entusiasmo ante la perspectiva de marcharse a Bruselas resultaba demasiado evidente. No fue una sorpresa que a Sylvia eso empezase a fastidiarle, y su previa tolerancia bienhumorada y resignada con respecto a su inminente separación temporal comenzó a transformarse en algo más hermético y melancólico.

El sábado por la mañana del fin de semana previo a la partida, Thomas fue propulsado por uno de los más enérgicos accesos de llanto de la pequeña Gill fuera de la casa y calle abajo en dirección a la farmacia de Jackson, en busca de más gotas para los cólicos, por las que parecía haber desarrollado una insaciable dependencia. Había una cola considerable, y ya resignado a una espera de como mínimo diez minutos, todavía le fastidió más descubrir que el cliente que tenía delante era Norman Sparks, uno de sus vecinos. El señor Sparks, soltero, compartía la casa con su hermana y era, en opinión de Thomas, un pelmazo en toda regla. Poco después de mudarse al vecindario, los Sparks los habían invitado a cenar a su casa; un experimento que no se repitió, porque había sido una noche inacabable y pesadísima. La hermana del señor Sparks, Judith, era una treintañera empalagosa que apenas le dirigió la palabra a nadie (incluido su hermano) y se retiró para acostarse poco después de las nueve, antes incluso de que se hubiera servido el postre. En cuanto la chica se marchó, su hermano procedió a describirles a sus huéspedes, con todo lujo de detalles obscenamente íntimos, la naturaleza de los muchos males que padecía su hermana y que, sumados, lamentablemente la mantenían postrada en la cama la mayor parte del día. El modo chismoso y totalmente carente de tacto en que les explicó todo eso no había hecho más que afianzar el ya creciente rechazo que su nuevo vecino le provocaba; un rechazo fortalecido por la sensación de que Sparks se había pasado la mayor parte de la cena mirando a su mujer con lo que sólo podía describirse como lascivia. Desde entonces, de todos modos, Thomas se había mostrado razonablemente amable con su vecino. Thomas no era una persona dada a la confrontación. Si alguna vez se cruzaban en la calle, él murmuraba un civilizado «Buenos días, Sparks», y los días soleados a veces se dejaba arrastrar a una insustancial conversación a través de la valla del jardín trasero. Sin embargo, no había olvidado esas miradas que devoraban a Sylvia a través de la mesa.

—Buenos días, Sparks —le saludó—. ¿Qué tal está esa pobre hermana tuya?

—Oh, ni mejor ni peor —respondió el señor Sparks, con su habitual despreocupación—. Llagas por pasar tanto tiempo en la cama, ésta es la novedad más reciente. Grandes y rojas. Por todo el trasero. Llevo dos semanas aplicándole crema.

Thomas le clavó la mirada.

—Vaya —dijo con el tono de voz más neutro que pudo encontrar. Era absolutamente consciente de que hasta el último cliente de la concurrida farmacia había oído la conversación y tenía claro que debía cambiar de tema lo más rápido

posible—. Sin embargo, al menos a ti se te ve estupendo. Doy por supuesto que, en lo que a ti respecta, no hay ningún problema de salud en el horizonte, ¿verdad?

—Te has precipitado en el diagnóstico —respondió el señor Sparks negando con la cabeza con una sonrisa triste—. Callos. Me martirizan. Son mis pies, ¿sabes? El inoportuno tamaño de mis pies.

Thomas bajó la mirada. Por lo que veía, no había nada raro en los pies de su vecino.

—Me dejas de piedra —dijo.

—Tengo una talla de pie intermedia —le explicó el señor Sparks—. El cuarenta y dos me va demasiado pequeño. El cuarenta y tres demasiado grande. No hay solución. Soy un espécimen único. —Había un toque de secreto orgullo en esta conclusión.

—De modo que supongo que o te rozan o te quedan demasiado sueltos —dijo Thomas mostrándole su conmiseración.

—O me rozan o me quedan demasiado sueltos. Exacto. Estoy entre la espada y la pared.

—¿Y no puedes encargarnos unos a medida? —preguntó Thomas, en respuesta a lo cual el señor Sparks soltó una carcajada.

—¿Crees que el dinero me sale por las orejas, muchacho? No me puedo permitir una cosa así. De ningún modo. Apenas me da para que Judy y yo vayamos tirando. No, estas preciosidades —y señaló un estante detrás del mostrador en el que había una pila de cajitas con la etiqueta Almohadillas para Callos Calloway— son mi única salvación. —De pronto llegó el turno de Sparks y con una lamentable tentativa de sonrisa seductora dirigida a la chica que atendía ese sábado por la mañana, pidió—: Por favor, querida, un paquete de los excelsos productos del señor Calloway. Y si eres tan amable, otro tubo de ese horrible ungüento para el alivio de las posaderas de la infortunada señorita Sparks.

Después, para irritación de Thomas, Sparks le esperó a la salida de la farmacia con la evidente intención de que volviesen juntos a casa. De modo que resultó inevitable seguir la conversación; Thomas logró alejarla hábilmente de las penurias físicas de la señorita Sparks y reconducirla hacia el menos desagradable tema del fútbol. Y cuando llegaron a las cancelas de sus pequeños jardines delanteros respectivos, se produjo otro infortunio: Sylvia estaba en el jardín, removiendo la tierra de su diminuto parterre de flores, preparando el terreno para plantar unas hileras de bulbos. Se puso en pie cuando los vio llegar, llevándose una mano a su castigada espalda, y dijo:

—Buenos días, señor Sparks. Acabo de poner el hervidor al fuego. ¿Le apetece tomar un té con nosotros?

Frunciendo el ceño, Thomas entró en casa detrás de su mujer y su vecino. Sabía exactamente lo que se estaba cocinando: su inminente partida agobiaba a Sylvia y, subconscientemente, prodigarle sus atenciones al señor Sparks era su modo de

castigarlo a él.

—Apuesto a que le gusta fuerte y dulce, ¿verdad, señor Sparks? —le dijo, mientras traía la tetera desde la cocina y se inclinaba innecesariamente pegada a él al llenarle la taza. Sylvia había recuperado rápidamente la figura después de dar a luz e incluso estaba más guapa: los pechos con los que alimentaba al bebé estaban más rebosantes y turgentes que antes, un hecho que era poco probable que hubiese escapado a la atención del señor Sparks, ya que se inclinó ligera pero ávidamente hacia ella, casi rozándole el escote del vestido con la nariz, con la que descaradamente la olisqueó.

—Leche y dos terrones, por favor, señora Foley —dijo con voz ronca, alzando la vista y clavando la mirada en los ojos color avellana de Sylvia demasiado rato. Thomas lo miró con indignada perplejidad.

—Debo decir, Foley —comentó el señor Sparks cuando Sylvia volvió a la cocina para cortar varias porciones de pastel de nueces—, que eres un maldito chiflado, si quieres saber mi opinión.

—¿Por qué? —preguntó Thomas, al que no le interesaba en absoluto.

—Dejar a esta dulce mujer aquí sola mientras tú te largas, de entre todos los sitios posibles, nada menos que a Bélgica. Yo que tú no la dejaría sola más de diez minutos.

Thomas removi6 su té, ocultando su irritación.

—No sé ad6nde quieres ir a parar, amigo —dijo.

—Bueno, después de todo, seis meses es muchísimo tiempo —reflexionó el señor Sparks—. ¿No te preocupa que te vaya a echar de menos?

—Es muy considerado por su parte pensar en eso —intervino Sylvia, que volvía con el pastel—. Pero creo que este aspecto del viaje a Thomas apenas le preocupa.

—Pues no me parece muy caballeroso por su parte.

—Evidentemente vendré los fines de semana —dijo Thomas—. Al menos algunos fines de semana.

—Y supongo que existen las cartas y el teléfono.

—Evidentemente. Mantendremos una correspondencia apasionada.

—De todos modos —intervino el señor Sparks—, hay algunas... tareas rutinarias que sólo puede llevar a cabo un hombre. Y me gustaría que supiese, señora Foley, que si en algún momento necesita alguna ayuda para ese tipo de cosas, me tiene a su disposición. Basta con que pulse el timbre y acudiré presto.

—¿A qué tipo de cosas se refiere, señor Sparks? —preguntó Sylvia sonriendo encantada.

El señor Sparks se ruborizó hasta la punta del pelo.

—Oh..., me refería —tartamudeó— a si necesitaba cambiar una bombilla o a colgar un estante o alguna otra cosa por el estilo...

—Ya le entiendo —respondió Sylvia, sin que se le borrara del todo la sonrisa mientras sorbía el té—. Bueno, es muy amable por su parte. ¿Qué te parece, querido? ¿No es todo un detalle por parte del señor Sparks?

Thomas le lanzó a Sylvia una mirada vidriosa y, tras unos instantes de silencio, se limitó a comentar:

—Sparks me estaba comentando hace un momento que estos días los callos lo tienen martirizado. Casi le obligan a pasarse el día postrado. Ha ido cojeando todo el camino de vuelta a casa.

Si la observación tenía el propósito de rebajar la complicidad que se estaba forjando minuto a minuto entre Sylvia y el señor Sparks, lo cierto es que tuvo el efecto contrario. Sylvia lanzó al aludido una mirada de sincera preocupación y dijo:

—Eso es terrible. Los callos pueden convertirse en una pesadilla. Mi madre los sufrió durante años. Y su madre antes que ella. Es un problema familiar.

—¿Su madre usa esto? —preguntó el señor Sparks, y sacó su paquete de almohadillas para callos—. Mire, se pegan encima de la zona afectada, pero tienen un agujero en medio, de modo que...

Thomas ya había escuchado suficiente. Lanzó un desdeñoso resoplido y le dio un generoso mordisco a su pedazo de tarta. Y después se fue a contestar el teléfono que había empezado a sonar en el recibidor. Al volver se encontró con que la demostración médica ya había concluido y el señor Sparks había retomado la campaña de garantizar su devota asistencia a la mujercita abandonada.

—Se sentirá usted muy enclaustrada aquí —le estaba diciendo a Sylvia—. Por supuesto que si necesita que la acompañe en coche a algún sitio..., a la estación, por ejemplo...

—¿Pretendes decirme que ese viejo cacharro tuyo todavía funciona, Sparks? —dijo Thomas, quien, sin embargo, no podía permitirse comprar un coche—. Pensaba que se había caído a pedazos hace años.

—¿Quién era? —preguntó Sylvia.

—Nadie. Sólo se oía crepitar al otro lado de la línea.

—Oh, es lo mismo que me ha sucedido a mí antes, cuando tú estabas fuera.

—¿En serio?

—Sí. Y dos veces ayer.

El señor Sparks ya tenía que marcharse y aplicar sus manos sanadoras a las afligidas zonas del cuerpo de su hermana. Thomas insistió en acompañarlo hasta la verja del jardín para así asegurarse de que realmente se largaba. Cuando volvió a entrar en el recibidor, Sylvia estaba allí de pie con el teléfono pegado a la oreja.

—Vaya cretino insufrible —murmuró Thomas, aunque no únicamente para sí mismo. Y, dirigiéndose a Sylvia, añadió—: ¿Ocurre algo?

—No. Sólo estaba un poco preocupada por el teléfono.

—¿Hay línea?

—Parece que sí.

—Entonces es que funciona.

—Es sólo que no dejo de oír esos ruiditos raros. Sucede desde que vino el técnico de la compañía.

Cuando ya se dirigía hacia la cocina, Thomas se detuvo y se volvió.

—¿El técnico? ¿Qué técnico?

—Vino un hombre de la compañía telefónica el jueves por la mañana. Se pasó aquí media hora, toqueteando los cables.

—¿En serio? ¿Y por qué no me lo comentaste?

Sylvia no le explicó por qué no se lo había comentado, aunque ambos conocían la respuesta: porque durante toda la semana apenas habían hablado.

—¿Apareció sin más en la puerta? —le preguntó Thomas—, ¿sin avisar?

—No. Los dos caballeros me avisaron de que vendría.

—¿Qué dos caballeros?

—Los dos caballeros que vinieron el día antes.

Lentamente, Thomas empezó a atar cabos y dedujo qué había sucedido.

—De acuerdo —dijo, con tono serio—. Y supongo que ellos también te dijeron que eran de la compañía telefónica.

—Sí. ¿Por qué? Nadie mentiría sobre una cosa así, ¿no?

Sylvia siguió a Thomas a la cocina y se sentaron alrededor de la mesa. Ella empezó a contarle detalladamente su encuentro con los dos simpáticos caballeros de la compañía telefónica el miércoles por la tarde. Se presentaron hacia las tres, le explicó, y le dijeron que estaban investigando una serie de quejas que se habían producido en la zona con respecto a líneas que se cruzaban, llamadas interrumpidas y todo tipo de interferencias y condiciones insatisfactorias en el servicio de telefonía local.

—¿Y sólo hablasteis de esto? —quiso saber Thomas—. ¿Sólo de teléfonos?

—Sí, claro —dijo Sylvia—. Les comenté que nosotros no habíamos tenido ningún problema en especial, ninguno del que pudiese acordarme, pero ellos me dijeron que pasaría un técnico al día siguiente, sólo para asegurarse de que todo estaba bien y para hacer algunos... trabajos rutinarios de mantenimiento. Y después me pidieron que rellenase un formulario...

—¿Un formulario?

—Sí.

—¿Con qué datos, nombre, dirección y ese tipo de cosas?

—Sí. Y había algunas otras preguntas como..., no sé, cosas raras como si militaba en algún partido político, dónde había pasado las vacaciones y cosas por el estilo.

Thomas suspiró y dijo con tono irónico:

—¿Necesitaban toda esa información sólo para reparar el teléfono?

—Sí, bueno, me pareció todo un poco raro. —Le miró con aire condescendiente y cándido, y le preguntó—: No creerás que había algo... extraño en todo eso, ¿no?

Thomas se puso en pie.

—Supongo que no —dijo—. Probablemente sólo estarían comprobando que el nuevo servicio de llamadas a larga distancia funciona correctamente o algo por el estilo.

Le llegó al alma la expresión de alivio que iluminó el rostro de Sylvia. En ocasiones su ingenuidad podía resultar frustrante, pero también tenía la capacidad de conmoverlo, o al menos de hacerle sentirse fuerte y necesario, lo cual, puestos a ser sinceros, le generaba una sensación de lo más agradable. Y en cuanto a sus crecientes sospechas de que alguien iba a estar vigilando las idas y venidas durante su ausencia, eso también, en cierto modo, le resultó extrañamente reconfortante.

El resto del fin de semana fue razonablemente tranquilo. Esa noche fueron al cine, a sugerencia nada menos que de la señora Foley. «Será la última noche de sábado que paséis juntos durante un largo tiempo», le dijo a su hijo. «Haced algo especial, por el amor de Dios. Prepárale a tu mujer una sorpresa». A Sylvia al principio le había inquietado la idea de dejar a Gill toda la noche, pero la madre de Thomas la tranquilizó y se ofreció a cuidar ella de la niña. «Me encantará hacerlo», había insistido. «Será más divertido que quedarme en casa sola. ¿Y para qué tenéis una habitación de invitados si nunca duerme nadie en ella?». Thomas y Sylvia tomaron el metro hasta Leicester Square y calentaron motores para la inmersión en la gastronomía continental de Thomas con una comida a base de lasaña y Chianti en un restaurante italiano. Después discutieron qué película ir a ver. Thomas quería continuar con el tema italiano con *Las noches de Cabiria*, que proyectaban en el Continental; una sugerencia que Sylvia vetó en cuanto descubrió que era una película para mayores de dieciocho años y que la protagonista era una prostituta. Ella proponía ir a ver *Peyton Place*, que la señora Hamilton de la oficina de correos ya había visto cuatro veces y recomendaba con fervor. «¡Cómo viven...!», le había comentado a Sylvia suspirando la última vez que había pasado a cobrar un giro postal. «Cómo viven en América. Esos coches enormes y esas carreteras tan anchas. Las casas son maravillosas y todo tiene unos colores preciosos y los hombres son guapísimos. Y ese actor que interpreta al profesor, que es tan buena persona y tiene unos principios tan sólidos, y al mismo tiempo te lo puedes imaginar, con esos hombros anchos y vistiendo uno de esos trajes impecables, abrazándote y...». Había dejado la frase a medias, perdida en su ensoñación, antes de plantarle el tampón al giro postal de Sylvia y entregarle los dos chelines y seis peniques. Thomas, después de escuchar esa conversación repetida por Sylvia mientras se comía un zabaglione, no estaba nada convencido. Hacía muchos años, sin darse cuenta, había adquirido en algún lado la profunda convicción de que Estados Unidos era un lugar trivial, vulgar y poco civilizado. Entendía la fascinación que generaba la imagen que se esforzaba por presentar al mundo —una potente y machacona imagen proyectada en Tecnicolor y VistaVision—, pero él era inmune a ella. Algo en su interior se rebelaba contra la perspectiva de ver una película que celebraba ese modo de vida, aunque fuese con el envoltorio (estaba seguro que hipócrita) de un melodrama escabroso que pretendía mostrar sus grietas y fisuras. De modo que, como solución de compromiso, acabaron

yendo a ver *Sombras acusadoras*, una película inglesa con Richard Todd y Anne Baxter. Estaba rodada en blanco y negro y, aunque la mayor parte de la acción sucedía en una villa española, a Thomas algunos de los planos de exteriores le parecieron sorprendentemente evocativos de Hertfordshire. Al final había un giro que cerraba esmeradamente la trama y les dio tema de conversación mientras encendían sus cigarrillos en el metro, de regreso a casa. Era una peliculita apañada y agradable de ver que les dejó a ambos insatisfechos y puso el colofón a esa noche de despedida con un tono de anticlímax.

La señora Foley regresó a Leatherhead a la mañana siguiente y, durante el resto del día, marido y mujer hicieron todo lo que pudieron por mantener la fachada de normalidad doméstica. Sylvia se pasó la mayor parte de la tarde planchando las camisas, camisetas y calzoncillos de su marido, mientras Thomas, que había colocado su butaca cerca de la tabla de plancha, leía el periódico dominical, que iba lleno de artículos sobre el señor Jruschov y su petición de que Estados Unidos abandonase las pruebas de misiles nucleares en el Pacífico. Sus intentos de interesar a Sylvia en este tema fueron infructuosos. Parecía deprimida y distraída, y olvidó untar con mantequilla la tostada antes de colocar encima las sardinas. Del único tema del que se avino a hablar mientras tomaban el té fue del zumaque que tenían en el jardín trasero, cuyas ramas seguían desnudas pese a que ya estaban a mediados de abril. «¿Y si no le vuelven a salir hojas?», dijo ella de pronto, inesperadamente. «¿Y si eso les sucediese a todos los árboles del jardín y del parque y de todas partes? ¿Y si no les volvieran a salir? ¿Qué pasaría si desapareciesen todas las hojas?». Thomas no estaba seguro de si simplemente estaba haciendo sus propias elucubraciones caprichosas y retorcidas, o si estas reflexiones estaban de algún modo conectadas con el tema de las pruebas de los misiles nucleares que él había mencionado. Era realmente imposible saberlo. De hecho, lo único que *podía* dar por seguro era que Sylvia estaba profundamente alterada y que ninguno de los dos tenía las agallas de hacer algo al respecto.

MOTEL EXPO

Durante la maniobra de aproximación a Melsbroek la tarde siguiente, el avión de Thomas sobrevoló los suburbios del noroeste de Bruselas. Él estiró el cuello hacia la ventana y miró hacia fuera, a través de los remolinos del humo de los cigarrillos, con la esperanza de ver el área de la Expo, pero el ángulo de aproximación no era el adecuado. En su lugar lo que vio fueron kilómetros y kilómetros de campos de cultivo, divididos en segmentos irregulares por largas y rectas hileras de setos y canales, y algún que otro pulcro y diminuto pueblo ocasional; y también vio, y eso resultaba más sorprendente y menos explicable, un bloque de barracones situados justo en el límite de uno de esos pueblos: edificios largos y bajos, agrupados en hileras de cuatro y entrecruzados por caminos impecables y simétricos. Debía haber unas cuarenta hileras en total, desplegadas sobre un terreno extenso, llano y desnudo, que parecía haber sido limpiado expresamente para ese propósito. Por el aspecto, Thomas hubiese aventurado que se trataba de un campo de prisioneros de guerra, pero la construcción era demasiado reciente, y de todos modos ni siquiera estaba seguro de que hubiese existido tal cosa en Bélgica. En pocos segundos el avión ya había dejado atrás esos edificios, que desaparecieron de su vista.

Después de recoger sus dos abultadas maletas, una de las azafatas belgas lo recibió en la zona de llegadas; pero en esta ocasión no era Anneke y sus obligaciones no parecían ir más allá de acompañarlo hasta la parada de taxis y darle las indicaciones pertinentes al taxista. El recorrido resultó más lento de lo esperado: el taxista, que hablaba en francés, se quejaba de que el tráfico en aquellas carreteras llevaba semanas aumentando y ahora, a sólo tres días de la inauguración de la feria, se estaba haciendo insoportable. Thomas murmuró su conformidad en algún que otro momento apropiado, pero no hizo ningún intento de reactivar la conversación cuando ésta decayó. En un sobre de papel manila que llevaba en el regazo estaba la dirección mecanografiada de su alojamiento. Le habían dicho que se le había adjudicado la Cabaña 419 de algo llamado el «Motel Expo» y que la compartiría con otro caballero inglés llamado A. J. Buttress. Pero con esta información Thomas no tenía ni idea de lo que se encontraría, excepto por el hecho de que la palabra «Cabaña» estaba impregnada de austeridad y el número 419 implicaba que, fuese como fuese finalmente la susodicha cabaña, sería una más entre un montón.

Tras unos veinte minutos de trayecto, Thomas pudo ver de nuevo a su izquierda las resplandecientes esferas del Atomium alzándose por encima de los árboles, lunas llenas plateadas contra el gris del cambiante cielo del atardecer. Se sintió conmovido. Al día siguiente volvería a estar debajo de ellas y al pensar en eso sintió un repentino cosquilleo de emoción. De un modo complejo y envolvente ese monumento representaba todo lo que la feria —y los siguientes seis meses de su propia vida formarían parte de ello— simbolizaba: progreso, historia, modernidad y lo que significaba ser una pieza del engranaje que ponía en funcionamiento todo eso. Y, sin

embargo, ¿cómo podía conciliarse todo esto con la vida que había dejado atrás temporalmente, la vida en la que Sylvia seguía sumergida? Ambas cosas resultaban profundamente contradictorias.

Diez minutos después el taxi giró, dejó atrás la carretera principal y se dirigió hacia un pequeño pueblo llamado Wemmel, que consistía únicamente en unas pocas docenas de respetables casas de ladrillo visto, la mayoría de ellas provistas de amplias parcelas en las que las cabras, gallinas y ovejas pastaban o pasaban el rato plácidamente, completamente ajenas a los importantes acontecimientos que se estaban desarrollando muy cerca de allí. El taxi cruzó el pueblo, giró a la izquierda y, tras menos de un minuto por una sinuosa y angosta carretera rodeada de álamos, llegó a un enorme complejo de edificios prefabricados que Thomas reconoció de inmediato, pese a que sólo los había visto desde el aire. Ahora se arrepintió de la comparación con un campo de prisioneros de guerra. Por lo visto éste iba a ser su hogar hasta octubre.

Justo detrás de la barrera que se levantó para dejarles paso había una solitaria caseta de madera con un pequeño mostrador de recepción. Detrás de él estaba sentado un hombre de mirada grave que parecía Iósif Stalin en sus años mozos.

—Bienvenido, señor Foley. Bienvenido al Motel Expo de Wemmel. Como ve, todavía estamos ultimando algunos detalles, pero creo que lo encontrará plenamente confortable. El desayuno se sirve todos los días en la cantina de siete a nueve de la mañana. Disponemos de un servicio de lavandería y también tenemos una capilla. La misa del domingo se celebrará en inglés y en otros idiomas. La verja de acceso se cierra a medianoche y pasada esa hora deberá tocar el timbre para que le abran. No se permite traer invitados a pasar la noche. Aquí tiene su llave.

El bungalow de Thomas estaba al final del recinto. Al dirigirse fatigosamente hacia allí cargando con sus maletas, tuvo que abrirse paso entre los equipos de obreros que todavía estaban dando los últimos retoques al motel: unos aplicaban una última capa de pintura azul claro a los revestimientos de madera; otros, subidos en escaleras, clavaban doseles de colores brillantes en los aleros para darles a los asépticos acabados de los tejados un poco de colorido. Un tipo que llevaba una carretilla llena a rebosar de húmeda tierra rojiza casi le aplasta un pie al cruzarse con él. Vio a otro trabajador que estaba pintando los últimos números en las puertas: ya iba por el 412; así que a Thomas le resultó fácil dar con su bungalow siguiendo la numeración ascendente.

Una vez dentro, de inmediato le envolvió una arrolladora sensación de sosiego. Se sentó en la cama gemela que estaba más cerca de la ventana —alguien había dejado una maleta encima de la otra— y echó un vistazo a su alrededor. Un armario, una mesa, un pequeño cuarto de baño con váter, lavabo y una ducha. Una claraboya en el techo proyectaba un apagado rectángulo de mustia luz solar sobre el suelo de linóleo. En la cama no había ni sábanas ni mantas, tan sólo una de esas extrañas colchas que utilizaban en el continente. ¿Edredones era como los llamaban? Ahora a

los obreros se los oía a lo lejos y ese murmullo no hacía sino enfatizar el silencio que lo envolvía. No parecía haber nadie en los bungalows contiguos. Todo estaba tranquilo, muy tranquilo.

Thomas se estiró en la cama, se pasó las manos entre los cabellos y dejó escapar un profundo suspiro. El viaje ya había concluido, el momento de la llegada ya había pasado. ¿Y ahora qué?

Dentro de un rato desharía la maleta. Después tomaría un taxi hasta el recinto de la Expo y tal vez haría una visita al Britannia; desde luego buscaría un sitio para cenar y a alguien con quien cenar. Ahora eran las cuatro y media. Las tres y media en Londres. Se preguntó qué estaría preparando Sylvia de cena, que supuso que se comería sola en la cocina.

Había hecho lo correcto viniendo aquí. De eso estaba seguro. Aunque sabía que para ella iba a ser duro, tremendamente duro. Al menos tenía a la pequeña Gill para hacerle compañía, eso era un consuelo. En cualquier caso, Thomas le escribiría dentro de un par de días, quizá incluso antes...

—Perdona, muchacho, no pretendía cortarte el sueño.

Thomas se movió lentamente, como agarrotado, en la cama. Un estrépito procedente del baño le había despertado. Fuera ya casi había anochecido. Se incorporó apoyándose en un codo y miró hacia la puerta del baño. Vio a un hombre de aspecto amigable, más o menos de su misma edad, con una ondulada melena rubia, un jersey de pico y una pipa sostenida entre los dientes. El tipo le sonrió.

—Un viaje largo, ¿no? —le dijo.

Thomas se sentó en la cama, repentina y completamente despierto.

—Lo siento mucho —dijo—. Estaba descansando un poco y...

—Buttress —se presentó el tipo tendiéndole la mano.

—Foley —dijo Thomas.

Se estrecharon la mano.

—Puedes llamarme Tony —le dijo el tipo—. Después de todo, parece que vamos a llegar a ser íntimos.

—Sí, eso parece. Yo me llamo Thomas.

—Perfecto. ¿Te importa si enciendo la pipa?

—Por Dios bendito, en absoluto, amigo. A mí me apetece un pitillo.

—Estupendo.

Tony encendió la pipa y Thomas un cigarrillo, y en unos pocos segundos el interior del bungalow estaba agradablemente lleno de humo.

—Bueno —dijo Thomas y le dio una calada al cigarrillo con aire meditabundo—. ¿Y qué opinas de este sitio? No es exactamente un Pontins^[4], ¿verdad?

—No exactamente. Si te soy sincero, me recuerda más a Colditz.

—Es justo lo que pensé al verlo desde el avión cuando estábamos descendiendo para aterrizar.

—¿Tuviste un buen vuelo?

—No estuvo mal. ¿Y tú?

—Podría haber sido peor. —Tony abrió su maleta y empezó a sacar algunas prendas—. ¿Y cuál es tu función en la Expo y toda la juerga que se va a montar, si puedo preguntártelo?

—En Londres —le explicó Thomas— trabajo para la OCI. Quieren que esté aquí para echar un ojo a ese pub. Ya sabes, el Britannia.

—¡Vaya! Así que te van a tener sirviendo pintas durante seis meses, ¿no? Pues has caído de pie, muchacho.

—Yo diría que sí, la verdad. ¿Y tú?

—Me temo que no es algo tan cómodo —dijo Tony, que ahora estaba frente al armario—. ¿Qué te parece si yo me quedo con los estantes de la izquierda y tú con los de la derecha? Así evitaremos que tus calcetines se mezclen con mi ropa interior.

—Me parece perfecto.

—Y los dos podemos colgar las camisas en el centro. Espíritu de cooperación y demás.

—Una solución impecable.

—Fantástico. Me parece que tú y yo nos vamos a entender de maravilla. —Ahora Tony tenía la cabeza metida en el armario e iba colocando sus calcetines, ropa interior, corbatas, gemelos y otros accesorios en los diferentes estantes. Su voz sonaba amortiguada y difusa—. En cualquier caso, yo estoy aquí en comisión de servicios para la Royal Institution —explicó—. Suena muy pomposo, ya lo sé, pero simplemente soy el asesor científico del pabellón británico, aunque no lo creas.

—Te creo —dijo Thomas—, pero no estoy seguro de lo que significa.

—Hay un montón de instrumentos muy avanzados en el pabellón —le contó Tony, emergiendo del armario y mirando a su alrededor para comprobar si quedaba algo más por colocar—. Y la joya de la corona es la máquina ZETA.

A Thomas de pronto le picó la curiosidad, porque recordó la nube de secretismo que había descendido sobre la sala de reuniones del comité en cuanto Sir John mencionó ese proyecto. Sin embargo, para evitar resultar inquisitivo, adoptó un tono casual al comentar:

—Ah, sí. Creo que leí algo sobre eso en los periódicos hace unos meses.

—Hubo mucha algarabía sobre el asunto en enero.

—¿Y para qué sirve exactamente?

—¿Para qué sirve? Bueno, para explicarlo de la manera más sencilla, es un maldito horno gigante. Están tratando de alcanzar temperaturas de unos cien millones de grados centígrados.

Thomas lanzó un silbido.

—Vaya calorazo.

—Sí. Pero de momento sólo han conseguido llegar hasta los tres millones de grados.

—De todos modos, me parece que aun así es calor suficiente para reducir tu pudín

de Yorkshire a cenizas.

—Supongo que sí. Aunque lo que se pretende conseguir es bastante más serio que eso. ¿Sabes?, al alcanzar estas temperaturas se empieza a producir la explosión de los neutrones. En otras palabras, la fusión nuclear, que por lo que a los investigadores concierne es el Santo Grial. Todos los problemas energéticos de la humanidad se resolverían del golpe.

—¿Y se conseguirá? ¿Se puede hacer?

—Hay gente que cree que ya se ha hecho. El venerable Sir John Cockroft, que lidera el equipo, explicó a la prensa que él está convencido al noventa por ciento de que ya se ha logrado. De ahí todo ese revuelo en enero. Evidentemente, tanto los yanquis como los soviéticos están intentando lo mismo, y parece que nos pisan los talones, de modo que los verdaderos avances con el artilugio tienen que mantenerse en absoluto secreto. Lo que mostraremos en el pabellón es tan sólo una réplica. Pero de todos modos está claro que alguien tiene que supervisar que funciona correctamente. Todas las lucecitas tienen que parpadear en el momento adecuado y demás, para garantizar que los visitantes quedan adecuadamente impresionados. Es verdaderamente gracioso. Tú estás aquí para supervisar la réplica de un pub y yo para supervisar la réplica de una máquina. Estamos los dos en el negociado de la prestidigitación, ¿no te parece? —Se rió entre dientes y, mientras Thomas todavía estaba dándole vueltas a esta observación, se puso a rebuscar en su bolsillo y finalmente sacó un pequeño sobre blanco ligeramente arrugado—. Por cierto —dijo—, será mejor que te dé esto antes de que se me olvide. El viejo Joe Stalin de ahí fuera me lo ha entregado en la recepción. A menos que esté totalmente equivocado, parece una invitación.

LOS BRITÁNICOS FORMAN PARTE DE EUROPA

La invitación estaba mecanografiada en papel de carta de la embajada británica en Bruselas y en ella se leía:

Querido Folly^[5]:

El comisionado general tiene el inmenso placer de invitarle a una pequeña recepción en el restaurante del Atomium la tarde del martes 15 de abril para celebrar la inminente apertura del pabellón del gobierno británico al público. Se servirán bebidas a partir de las 6.45 y una cena a las 7.30. Etiqueta: traje de calle.

Sinceramente suyo,

*Mr. S. Hebblethwaite
Secretario general*

Se ruega confirmar la asistencia.

Durante muchos años, Thomas lo recordaría como uno de los grandes momentos de su vida. No hacía mucho que había oscurecido y había entrado en el Parque de la Expo por la Porte des Attractions, mostrando su recién expedido pase de miembro del personal de la feria al guardia de seguridad (que no se lo volvería a pedir). Después de dejar atrás a su izquierda el parque de atracciones todavía cerrado y silencioso, entró en la Place de Belgique y giró a la derecha. También la avenida estaba tranquila y las cabinas del teleférico permanecían detenidas y vacías en lo alto, sus siluetas dibujadas por el brillo de la luz fluorescente que resplandecía desde innumerables farolas de diseño futurista colocadas a lo largo de las zonas peatonales. Cuando el Atomium apareció ante él, Thomas contuvo la respiración; cada una de las esferas de aluminio estaba engalanada con un entramado de luces plateadas, y el efecto era al mismo tiempo alegre, majestuoso y como de otro mundo, como si formase parte de una celebración navideña en un planeta de una galaxia remota. Alzando la vista hacia muchos metros más arriba, donde estaba la esfera más alta, Thomas pudo ver las luces más cálidas y amarillas del restaurante, el lugar hacia el que sus ilusionados pasos se dirigían.

Un portero con librea le dio la bienvenida a la recepción de la planta baja y lo acompañó hasta el ascensor, que tenía el techo de cristal para que quienes subían en él pudiesen comprobar la velocidad a la que ascendía por la columna central. Y lo cierto es que parecía que cada vez iba más rápido. A Thomas ya se le habían tapado los oídos cuando el ascensor siseó y frenó para detenerse suavemente. Las puertas se abrieron con un zumbido y él salió del ascensor para entrar en el restaurante.

Frente al ascensor había un funcionario de la embajada británica con una lista mecanografiada de invitados.

—Ah, buenas noches, señor um... —consultó la hoja—, señor Folly, ¿verdad?

—Foley.

—¿En serio? ¿Está seguro?

—Absolutamente seguro.

—De acuerdo. Pues vamos a arreglarlo de inmediato. —Tachó el nombre de Thomas de la lista—. Yo soy Simon Hebblethwaite, el secretario personal de Sir John. ¿Le han presentado a Sir John?

—No exactamente, no. Coincidimos... coincidimos en una reunión en Londres.

—Oh. Bueno, en cualquier caso, es estupendo que haya podido usted venir, dada la premura de la convocatoria. Alguien del pabellón de la industria nos ha fallado en el último minuto y hubiese quedado muy mal tener un sitio vacío en la mesa.

—Ya veo. Sí, hubiese quedado muy desmañado.

—Bueno, sírvase una copa. Hay unas cuantas botellas de champán. Yo me agenciaría un par de copas antes de que se acabe y tengamos que pasarnos al vinillo peleón francés.

Thomas cogió una copa de champán de la bandeja de una de las camareras y, percatándose de pronto de que iba a resultarle difícil integrarse en la conversación de algunos de los ya muy cerrados grupos que se habían formado por la sala, la atravesó hasta uno de los amplios ventanales. De entrada no le molestó que la invitación a la cena hubiese sido una ocurrencia de última hora, ni que ninguno de los presentes mostrase el más mínimo interés por él. Hubiese podido permanecer eternamente apostado junto a ese ventanal, bebiendo champán y contemplando a sus pies las luces multicolores de esa nueva metrópoli increíble: tan ajetreada, tan moderna, resplandeciendo de vida y promesas. Tuvo la sensación de que estaba contemplando el futuro desde el punto de observación más privilegiado y elevado que la ingenuidad tecnológica del ser humano podía concebir. Se sentía como un rey del universo.

Para la cena ocupó el lugar que tenía asignado en una mesa de cuatro. Parecía que habían reservado el restaurante completo para el evento, y pese a que la mesa de Thomas —al igual que todas las otras— estaba junto a un ventanal y ofrecía la preceptiva panorámica del recinto de la Expo, también estaba todo lo alejada que era posible de la mesa que ocupaba Sir John Balfour y las otras personalidades relevantes. Por eso le pareció sorprendente tener sentado a su lado a James Gardner, el diseñador del pabellón británico; a Thomas eso le parecía un honor especial y muy intimidante. En su mesa también estaban un tal Roger Braintree, que ostentaba el cargo de secretario del consejero de Comercio de la embajada británica en Bruselas, y una dama belga alta y de hablar susurrante llamada Sylvie, Sylvie Bonniel, que ocupaba algún cargo (más bien difuso) en uno de los comités responsables de asesorar en la contribución musical de cada uno de los países.

—Bueno, señoras y señores —dijo el señor Gardner dirigiéndose a los otros tres comensales y alzando su copa—. Hagamos un brindis por la Expo 58. ¡Qué caramba, lo hemos conseguido! Aquí estamos, con todo listo y sólo unos pocos clavos y tornillos por colocar antes del jueves. Prácticamente un milagro, si me permiten decirlo. Nos merecemos una palmadita en la espalda.

—Por la Expo 58 —respondió Thomas.

—Y por Gran Bretaña —añadió la señorita Bonniel galantemente—, cuya contribución será, estoy segura, una de las más destacadas.

Empezaron a comer. El primer plato llevaba gambas, cebolla y un líquido grisáceo: una identificación más precisa resultaba difícil. A Thomas le pareció bastante satisfactorio. Roger Braintree se comió su ración rápido y con determinación, con una mueca de concentración en el rostro. Cuando la señorita Bonniel se volvió hacia él y le preguntó: «¿Y asistirá usted a la ceremonia inaugural del jueves, señor Braintree?», él pareció tomárselo como una incómoda interrupción, más que como un modo de iniciar una conversación.

—No, si puedo evitarlo —respondió mientras devoraba un bocado.

La señorita Bonniel mostró un ligero sobresalto, como si le hubiese picado un insecto.

—¿No quiere estar presente en este acontecimiento histórico? ¿En algo que podrá contarles a sus nietos?

—¿Usted sí?

—Por supuesto. Es una oportunidad para ver a nuestro rey. Para escuchar su discurso. —Roger Braintree refunfuñó y arponeó otra gamba—. Siendo usted británico, suponía que sabría apreciar cierto grado de pompa y circunstancia.

—Bueno, ya tenemos mucho de eso en casa.

—Pero *esto*, señor Braintree... Sin duda esto es único e irrepetible. Van a reunirse tantos países, cuando hace unos pocos años luchábamos unos con otros. Estados Unidos y la Unión Soviética juntos. El intercambio de ideas, la declaración de compromiso por un futuro compartido...

En un primer momento Roger Braintree no dijo nada. Después, tras limpiarse los labios con la servilleta, su único comentario fue:

—Tiene usted una forma muy europea de ver las cosas.

—Los británicos forman parte de Europa, ¿no?

—Sí, pero nosotros preferimos que las cosas sean más... fiables que nuestros aliados continentales. ¿Le importaría alcanzarme el pan, por favor?

Entretanto, Thomas entablaba conversación con el señor Gardner. El diseñador tenía una reputación temible en la OCI, pero estaba resultando mucho más accesible de lo que Thomas se esperaba. Instintivamente, al principio se había dirigido al gran hombre llamándolo «señor», pero Gardner se negó e insistió en que dejase las formalidades.

—Ahora no estamos en Whitehall —le dijo mientras se servía vino por tercera o cuarta vez. Volvió a alzar su copa hacia Thomas, esta vez sin proponer un brindis, y le preguntó—: Y bien, ¿cómo va ese pub tuyo?

—Bueno, no es exactamente *mío*. Yo no diría...

—Oh, vamos. Deja de una vez esa modestia británica.

—En cualquier caso, está tomando forma muy bien. Ya casi está listo. Todavía

nos tienen que entregar un par de cosas. Debería llegarnos una de las anclas del buque de Su Majestad *Victory*, pero parece que ha habido alguna complicación.

—Una réplica, supongo.

—Sí, por supuesto. La hemos hecho construir en Wolverhampton. La verdad es que ha sido un auténtico quebradero de cabeza, pero las instrucciones, como sabe, eran que teníamos que llenar el pub con un montón de objetos históricos.

—Oh, sí. Los británicos adoramos nuestro pasado imperial. De todos modos, mis felicitaciones por darle al local toda la frescura posible. Por evitar la casita de campo con el techo de paja y ese tipo de rancios clichés británicos. Estoy seguro de que tuviste que librar algunas batallas. Dios sabe que yo tuve que hacerlo. Pero ya has visto con qué competimos. —Señaló la ventana con la vista de la iluminada avenida que desembocaba en la Porte Benelux—. Los belgas realmente han superado todo lo imaginable. Esto es lo más ultramoderno que he visto en mi vida. No me extraña que al viejo Braintree aquí presente no le guste. —El señor Braintree de hecho ya se había marchado, aduciendo que tenía otro compromiso y poco después la señorita Bonniel les había presentado sus excusas y se había sentado en otra mesa—. Dios bendito, ya has oído el titánico esfuerzo que esa pobre chica belga ha tenido que hacer para que mostrase un poco de educado entusiasmo. Por desgracia es lo más habitual. La de veces que me he tenido que enfrentar a gente como él. Es esa maldita reticencia británica a cualquier cosa nueva, moderna, cualquier cosa que suponga *estímulos nuevos* en lugar de reproducir las aburridas rutinas. En fin, no te ofendas, pero ¿por qué crees que me han colocado aquí contigo, lo más lejos posible de la mesa del aguerrido Sir John y sus no muy alegres caballeros? Resulta que, después de todo, yo no soy más que el diseñador del pabellón. Y a sus ojos eso me convierte en una especie de excéntrico. Un bicho raro. Te aseguro —continuó, encendiéndose al hablar de su profesión— que en lo que al diseño se refiere estamos unos treinta años por detrás de los belgas. Me refiero, por ejemplo, al lugar en el que estamos sentados. Un poco efectista, pero aun así un sitio precioso e impresionante, ¿no te parece? El arquitecto, aunque cueste creerlo, nació en Inglaterra. Exactamente en Wimbledon. Pero jamás hubiese logrado proyectar algo parecido si se hubiera quedado allí. Como puedes ver, los británicos simplemente no creen en el progreso. Por eso los Roger Braintrees del mundo no me soportan. De boquilla se vanaglorian de que sí, pero a la hora de la verdad no quieren saber nada. Porque eso cuestiona todo el sistema que les ha ido de maravilla durante siglos. Así que, a diferencia de él, yo *sí* asistiré a la ceremonia de inauguración el jueves por la mañana. Con esa sonrisa cínica «típicamente inglesa», por supuesto, porque todos sabemos qué dirá exactamente el rey. Dirá que la humanidad se encuentra ante un cruce de caminos y que podemos elegir entre dos sendas, una que conduce a la paz y otra que conduce a la destrucción. ¿Qué otra cosa se supone que puede decir? Pero eso da igual. Lo que importa es que estamos aquí..., y en los años venideros podremos decir que estábamos aquí. Participando. —En ese momento una camarera que llegaba con un plato de quesos

interrumpió el discurso del señor Gardner. Éste cogió un par de trozos, los depositó cuidadosamente en el plato de Thomas y suspiró—. Lo que daría por un pedazo de maravilloso e intenso cheddar y un poco de wensleydale —dijo—. ¿Has probado este queso holandés? Sabe a cera de vela.

MANEJAMOS INFORMACIÓN

La mañana del jueves 17 de abril de 1958 el rey Balduino Alberto Carlos Leopoldo Axel María Gustavo de Bélgica declaró inaugurada la Exposición Universal de Bruselas. El rey entró en el recinto de la exposición por la Porte Royale y atravesó la Avenue de la Dynastie acompañado por el primer ministro y por miembros de la familia real. Las aceras de la avenida estaban repletas de una multitud entusiasta — entre la que se encontraban Thomas Foley y Tony Buttress— y a la procesión real la acompañó un espectáculo aéreo en el que varios aviones dibujaron la letra B con los colores de la bandera belga, aunque en lo que se refiere a este último detalle, Sylvia, que vio la ceremonia desde casa en su televisor en blanco y negro, tuvo que fiarse del comentario del locutor que la retransmitía. En cualquier caso, estaba embelesada por la novedad de ver el espectáculo en directo por televisión tan temprano por la mañana (para transmitir el evento, la ITV había empezado a emitir varias horas antes del inicio habitual de la programación) y se pasó toda la retransmisión sin perder detalle —pero con una creciente desesperación— tratando de descubrir a su marido entre la multitud; y mientras miraba la pantalla le hacía dar saltitos a la pequeña Gill, a la que tenía sentada en las rodillas, y le despertaba el interés (o la distraía) con la insistente repetición de la pregunta «¿Dónde está papá? ¿Dónde está papá?», mientras la desconcertada niña miraba fijamente la parpadeante pantalla, fascinada por sus cambiantes formas abstractas y monocromas. Durante la segunda parte de la retransmisión se les unió Norman Sparks, que se había tomado la mañana libre para poder seguir el acontecimiento. Se disculpó por molestarlas, pero su televisor tenía problemas con la estabilidad de la imagen y por tanto ¿le importaría a la señora Foley que se tomase la libertad de ver la ceremonia en su televisor? La señora Foley estaba encantada de acceder. Depositó a Gill en el regazo de su vecino mientras iba a poner al fuego el hervidor, y él arrulló a la niña y le hizo gluglú como si fuese algo que hiciese cotidianamente, y Gill, encantada, respondió con risitas.

Después de recorrer toda la avenida, el rey Balduino entró en el Grand Auditorium donde, cuando pasaban unos minutos de las diez, pronunció su discurso inaugural. Un discurso en el que desarrolló su idea de que la humanidad estaba en un cruce de caminos y debía elegir entre dos senderos, uno que conducía hacia la paz y otro que llevaba a la destrucción. Recomendó, valorando las opciones, tomar la primera de estas sendas. Fue un discurso hermoso, sensato y memorable, con el que la mayoría de la gente se mostró posteriormente de acuerdo. Después se editó una grabación en un disco de 45 rpm que se repartió a todas las azafatas de la Expo.

Cuando terminó el discurso, pero antes de que la multitud hubiese empezado a dispersarse, Thomas se escabulló abriéndose paso como pudo a través de la muchedumbre hasta llegar al Britannia. Le llevó media hora larga recorrer los quinientos metros que le separaban del lugar.

Terence Rossiter ya estaba allí, plantado detrás de la barra, sacando brillo a los

vasos para la inauguración del mediodía. Una mujer alta y nervuda de unos veinticinco años, cabello rubio platino y expresión hastiada, le ayudaba en la tarea. Thomas supuso que debía de ser la sobrina del señor Rossiter, de la que éste le había hablado unas semanas atrás, durante su primera visita al Britannia.

—En absoluto —le dijo el patrón—. Estaba todo arreglado para que Ruthie viniese, pero al final le salió una oferta mejor. La semana pasada, de hecho. De un modo del todo inesperado. Un trabajo de secretaria muy bien pagado, justo lo que ella estaba buscando. De modo que no podía rechazarlo. Un puñetero fastidio para mí, pero enseguida lo solucionamos. La señorita Knott se enteró de que había una vacante por radio macuto, antes incluso de que lo anunciásemos, y se postuló. No pudimos rechazarla. No hay tanta gente dispuesta a venir a Bélgica durante seis meses de un modo tan precipitado. Y parece muy preparada. —Se volvió para pedirle que se acercase desde la otra punta de la barra—. ¡Shirley! Ven a conocer a nuestro mandamás.

La rubia se acercó contoneándose con lo que parecían unos tacones imposibles y le estrechó la mano a Thomas.

—Es el señor Foley. Trabaja para la Oficina Central de Información y está aquí para supervisar que no hagamos nada desleal o antipatriótico en el desempeño de nuestras funciones.

—Encantada de conocerlo —dijo Shirley, echándole un largo pero no particularmente amistoso vistazo.

—El placer es mío —respondió Thomas.

Shirley no dijo nada, se limitó a darse la vuelta y (tras echar un último vistazo volviendo la cabeza) regresó a sus tareas.

—¿Entonces Su Majestad ya ha terminado de pontificar? —preguntó el señor Rossiter.

—En efecto. ¿No ha ido a ver su llegada?

—Yo guardo lealtad a la Reina de Inglaterra —respondió el señor Rossiter—, no al Rey de Bélgica.

Después de dejar clara su postura, se puso de nuevo a sacar brillo a los vasos. Thomas estaba a punto de preguntar si podía hacer algo para ayudar, cuando un pequeño montón de tarjetones de invitación apilados en un estante detrás de la barra le llamó la atención. Eran para la fiesta de apertura del Britannia del día siguiente por la noche, y los había redactado y diseñado él mismo en Londres, antes de enviarlos al impresor. Después tenían que haberse enviado al consulado británico en Bruselas, de modo que le sorprendió descubrir que algunos de ellos hubiesen acabado allí.

—¿Cómo ha llegado aquí esto, señor Rossiter, si no le importa que se lo pregunte?

El patrón echó un vistazo a los tarjetones y le explicó:

—El señor Carter trajo algunas docenas la semana pasada. Nos dijo que se los podíamos ofrecer a cualquiera que tuviese interés en acudir. Distribuí algunos entre el

personal, pero éstos se han quedado sin repartir.

—Bien —dijo Thomas—. No pasa nada. Voy... —manoseó los tarjetones y cogió un par—, voy a coger uno o dos, ya que estoy aquí, por... por si los pudiese necesitar.

Se guardó una de las invitaciones para Tony Buttress. Y unas horas más tarde metió la otra en un sobre, escribió el nombre de Anneke y lo depositó en el Hall d'Accueil, donde se podían dejar mensajes para las azafatas y otros miembros del equipo de la Expo. En el tarjetón anotó: «Espero que puedas venir. Saludos cordiales del señor Foley». Pero después de dejar el sobre, temió que el tono pudiese resultar presuntuoso. Al fin y al cabo, sólo se habían visto una vez.

La fiesta iba bien. De hecho, tan bien que a las diez del viernes por la noche Shirley y el resto de los empleados del pub empezaban a parecer agotados. Thomas permaneció de pie delante de la barra con el señor Carter y esperó pacientemente a que le sirvieran. A su alrededor los invitados charlaban elevando el tono de voz en una divertida mezcla de variopintas lenguas. Cuando Shirley por fin pudo acercarse hasta donde estaban ellos y se disponía a servirles otras dos pintas de la cerveza amarga del Britannia, se percató de que el barril estaba casi vacío y tuvo que llamar al señor Rossiter para que la ayudase a colocar uno nuevo. El proceso llevó un buen rato, entre otros motivos porque el patrón hacía horas que se dedicaba a catar sus propios brebajes y a nadie se le escapaba que tenía los ojos vidriosos y la mirada ausente.

—¡Por Dios! —exclamó una voz a la izquierda de Thomas—. ¿En Inglaterra lo hacen todo con esta lentitud?

—Creo que en estos momentos hay bastante más jaleo del que nadie esperaba —replicó Thomas cortante.

—¿Ah, sí? Bueno, pues yo estoy «bastante» sediento y me estoy hartando «bastante» de estar aquí plantado sin que esa rubia maleducada me haga caso.

Thomas se volvió para echar un vistazo al tipo. Un solo comentario había bastado para confirmar todos sus prejuicios contra los americanos. Era un jovencuelo, de entre veintitantos y treinta y pocos años, con un corte de pelo militar. Llevaba gafas de montura metálica y blandía un fajo de francos belgas para llamar la atención de Shirley de un modo que a Thomas le pareció particularmente arrogante. La americana de su traje llevaba hombreras, el cuello de la camisa estaba almidonado y la corbata que lucía era estrecha.

—¿Puedo ver su invitación? —le pidió Thomas.

El americano se volvió.

—¿Disculpe?

—El motivo por el cual esta fiesta está tan concurrida y el personal de la barra no da abasto es que parece haberse colado un montón de gente que no figuraba en la lista de invitados.

—¿En serio? —El americano se volvió de nuevo y silbó para llamar la atención

de Shirley.

—Supongo —dijo Thomas— que forma usted parte del pabellón estadounidense.

—Supone correctamente.

—¿Puedo preguntarle en calidad de qué?

—Bueno, ¿por qué no le echa un vistazo a mi tarjeta? —El americano se metió la mano en el bolsillo—. O mejor a esto..., porque, ¿sabe qué?, parece que es una invitación para esta fiesta. Y mire lo que pone aquí..., mi nombre. Edward Longman, ingeniero de investigación, pabellón estadounidense.

Sostuvo el tarjetón para que Thomas lo pudiese inspeccionar, fugazmente, con aire desafiante. Thomas se sintió avergonzado.

—Mire, señor, lo siento de veras, yo...

—¿Señor? Tengo veintisiete años, colega. Aunque ya habré cumplido los treinta cuando consiga un trago en este antro.

Por fin Shirley depositó dos pintas frente a Thomas y el señor Carter.

—Sirve a estos caballeros —le pidió Thomas, dándole un billete de veinte francos—. Y cuando lo hayas hecho, tómate un descanso de quince minutos.

—No puedo —respondió Shirley—. Hay demasiado trabajo.

—No te preocupes. Pareces agotada.

—Pero el señor Rossiter...

—El señor Rossiter tendrá que aceptarlo. Únete a nosotros. Estamos en esa mesa de la esquina.

—De acuerdo. Muchísimas gracias, señor Foley —dijo Shirley, y cogió el dinero con una sonrisa de agradecimiento.

Thomas se quedó un rato más en la barra, charlando con el señor Carter e intentando meter a Edward Longman en la conversación; pero abandonó toda tentativa cuando quedó claro que sus intentos iban a obtener como única respuesta monosilábicos rechazos. Se despidió de su colega del British Council y fue a reunirse de nuevo con Tony Buttress en su mesa de la esquina. Cuando llegó allí, Shirley ya se había instalado. Estaba bebiendo tónica con limón y Tony, que ya iba por su tercera pinta, se reía con aire bobalicón y la miraba a los ojos con ebrio entusiasmo.

—Hola, querido Thomas —dijo Tony—. ¿Tienes un pitillo?

Thomas sacó del bolsillo su paquete de Player's Navy Cut y ofreció a quien quisiera.

—¿Qué es tan divertido? —le preguntó a Tony.

—Acaba de decirme cómo se llama —le explicó. Shirley le miró con fatigada resignación, como si ya hubiese escuchado el mismo chiste un montón de veces—. Me ha llevado un rato pillarlo.

—¿Pillarlo?

—Bueno, ¿todavía no has caído en la cuenta? Shirley. Shirley Knott. *Surely not.*^[6]
¿No lo pillas?

—Ah —sonrió Thomas—. ¿Sabes que hasta ahora no había caído...?

—¿La gente te hace bromas con eso? —le preguntó Tony a Shirley.

—Ah, no. Nunca. No sé por qué... nadie establece la relación.

Finalmente, al percatarse del sarcasmo en el tono, Tony comentó:

—Escucha, no pretendía ofenderte. Es sólo que me ha parecido muy divertido...

Shirley se inclinó hacia él y a Thomas le sorprendió cómo le cambiaba el humor, con una rapidez impresionante, pasando de la aspereza al coqueteo.

—No te preocupes, cariño. Tienes unos ojos preciosos. Y soy capaz de perdonárselo casi todo a un hombre con unos ojos así. —Tony se ruborizó y se echó un poco hacia atrás—. En cualquier caso, ¿qué es lo que te trae por aquí? Me refiero a la Expo.

—Oh, formo parte del equipo del pabellón británico. Tengo un trabajo técnico.

—¿Técnico? ¿A qué te refieres? —preguntó Shirley, y Thomas pensó que si estaba simplemente simulando su interés por el asunto, lo hacía de un modo muy convincente. Sin embargo, antes de que Tony pudiese ilustrarla al respecto, una voz autoritaria aunque melodiosa interrumpió la conversación.

—Supongo que es usted el señor Foley. ¿El señor Thomas Foley?

Thomas y sus compañeros de mesa alzaron la mirada. Vieron plantado junto a ellos a un tipo muy alto, de cabello oscuro y complexión delgada y atlética. Vestía un traje gris claro y llevaba en una mano una pinta de cerveza y en la otra una bolsa de patatas fritas de la marca Smith's. Cuando les sonrió inclinando hacia abajo la cabeza mostró una resplandeciente dentadura blanca. Incluso Thomas se dio cuenta de que aquel individuo era muy guapo; casi peligrosamente guapo.

Se puso en pie y le estrechó la mano.

—En efecto —le dijo—. Soy Thomas Foley. ¿Con quién... tengo el gusto de hablar?

—Me llamo Cherski. Andréi Cherski. Pero ni por un momento se me ocurre pensar que usted haya oído hablar de mí. Tome..., mi tarjeta.

Thomas echó un vistazo a la tarjeta. Estaba escrita en ruso, de modo que —aparte de confirmar la identidad del señor Cherski— no le dio muchas más pistas sobre el personaje.

—¿Puedo sentarme un momento con ustedes? —preguntó el señor Cherski.

—Por supuesto.

Se sentó y en ese mismo instante el señor Rossiter llegó apresuradamente hasta la mesa.

—¿Qué se supone que estás haciendo? —le espetó a Shirley.

—El señor Foley me ha dicho...

—Me importa un carajo lo que haya dicho. ¿No ves todo el trabajo que tenemos? Vuelve inmediatamente a la barra.

Lanzando un suspiro de rabia, Shirley se puso en pie y le tendió la mano a Tony Buttress.

—Ha sido un placer conocerte —le dijo—. Volveré a verte por aquí, ¿verdad?

—Por supuesto.

Se despidió rápidamente de Thomas y del señor Cherski, que le lanzó una fugaz mirada escrutadora. Pero fueron los ojos de Tony los que la siguieron entristecidos entre la multitud de clientes mientras ella regresaba detrás de la barra.

—Una chica... de lo más atractiva —comentó el señor Cherski, sin dirigirse a nadie en particular, mientras daba el primer sorbo a su cerveza. Y después, dirigiéndose a Thomas, añadió—: Discúlpeme por irrumpir de este modo, pero tenía mucho interés en conocerlo.

—¿En serio? —dijo Thomas, desconcertado.

—Permítame que me explique. Soy periodista y editor. Estaré en Bruselas los próximos seis meses, como miembro de la delegación del pabellón soviético, donde tengo la tarea de publicar cada semana una revista para entretener e instruir a los visitantes. El nombre de la revista... Bueno, supongo que se lo puede imaginar. *Sputnik*. —Sonrió—. Ya lo sé. No es el nombre más original. Pero a veces lo más obvio es la mejor elección.

En ese momento se calló para observar su bolsa de patatas. Una vez abierta sacó una patata y estudió el extraño objeto con maravillada perplejidad.

—Disculpe que se lo pregunte —dijo—, pero se supone que esto se come, ¿no?

—Ésa es la idea —le confirmó Tony.

Thomas se dio cuenta de que no los había presentado y puso remedio a la situación de inmediato. Después de lo cual el señor Cherski empezó a mordisquear tentativamente la patata y ofreció a los demás del paquete.

—Qué sabor más curioso —comentó—, ¿realmente esto es lo que les gusta comer a los británicos? Es extremadamente insulso y sospecho que tiene escaso valor nutricional.

—Sólo son para picotear —le aclaró Thomas.

—Además —añadió Tony—, no le ha puesto sal.

—¿Sal?

—Bueno, las bolsas de esta marca llevan dentro una bolsita azul con sal.

El señor Cherski rebuscó en el interior de la bolsa y encontró la bolsita de papel con la sal al fondo. Mirando a los demás para que le indicasen cómo proceder, la abrió, vio que contenía sal y la espolvoreó sobre las patatas que quedaban en la bolsa.

—Fascinante —dijo—. No esperaba menos de los británicos. Un país con tanta iniciativa. Éste es el tipo de genialidad que les permitió conquistar el mundo. —Cogió la bolsita abierta y se la guardó cuidadosamente en su billetera—. Voy a guardarla para enseñársela a mis colegas —explicó—. O quizá incluso se la mande a Rusia a mi sobrino.

—Hábleme un poco de su revista —inquirió Thomas.

—Desde luego. Puede echar un vistazo a nuestro primer número.

Sacó del bolsillo interior de su americana una única hoja de papel grande, la desdobló cuidadosamente y la depositó sobre la mesa ante los allí reunidos. *Sputnik*

tenía tan sólo cuatro páginas, pero en ellas había un montón de artículos impresos en tipografía minúscula y compacta. Inevitablemente, la mayor parte de los textos estaban dedicados a ensalzar logros recientes en la tecnología de satélites, pero también había algunos párrafos sobre otros inventos científicos y sobre avances en la industria minera, junto con un breve ensayo sobre el cine soviético moderno.

—¿Entonces la publica en inglés? —preguntó Thomas.

—Sí, por supuesto. Y también en francés, holandés, alemán y ruso. Tenemos a un experimentado grupo de traductores trabajando para nosotros en la embajada de Bruselas. Por favor... —deslizó la revista hacia Thomas—. Me gustaría que se quedase este ejemplar.

—¿En serio? Es todo un detalle por su parte.

—A cambio —dijo el señor Cherski con la más encantadora de las sonrisas—, me gustaría contar con sus consejos. Verá, usted trabaja si no me equivoco para la Oficina Central de Información en Londres, y ésa es una organización que admiramos mucho en Rusia. El tipo de propaganda que manejan es de un nivel al que en mi país, por el momento, sólo podemos aspirar. Tan... elegante y tan sutil. Tenemos mucho que aprender de ustedes.

—Espere un momento —dijo Thomas—. Lo que hacemos en la OCI no puede considerarse exactamente *propaganda*.

—¿En serio? ¿Pues de qué otro modo lo calificaría usted?

—Bueno, como nuestro nombre indica, manejamos información.

—Sí, pero no es tan sencillo. En sus publicaciones y exposiciones ustedes seleccionan determinadas piezas de información y rechazan otras. Y las presentan de un modo determinado. Y esas decisiones son políticas. Todos lo hacemos. Por eso estamos todos aquí sentados en Bruselas. Hemos venido a vendernos al resto del mundo.

—No. Lo niego. Lo niego categóricamente.

—Muy bien. Tengo seis meses para convencerlo de mi planteamiento. Mientras tanto, ¿me echará una mano?

—¿Cómo puedo ayudarle?

—Estoy convencido —dijo el señor Cherski— de que va a estar usted muy ocupado durante la Expo 58. Y no puedo ofrecerle una remuneración de ningún tipo por la ayuda que acepte usted prestarme. Sin embargo, apreciaría sinceramente que de vez en cuando pudiese echarle un vistazo a nuestra modesta publicación y compartiese conmigo cualquier observación que me ayudase a mejorarla. Si, para este propósito, pudiésemos disfrutar de ocasionales encuentros amistosos, le estaría más que agradecido.

—Bueno —dijo Thomas, sintiéndose muy halagado aunque tratando de disimularlo—, estoy completamente dispuesto a mantener encuentros amistosos.

—¿En serio? —El señor Cherski mostró otra de sus encantadoras sonrisas—. Y tal vez... tal vez este estupendo establecimiento podría ser el escenario de nuestras

citas.

—¿Por qué no? Una idea magnífica. Absolutamente magnífica.

—Señor Foley, me hace usted el mayor de los honores.

—El placer es mío. ¿Para qué estamos aquí, después de todo, si no es precisamente para promover este tipo de encuentros?

—Tiene razón —dijo el señor Cherski—. Y aunque yo he hecho una interpretación más cínica en mis comentarios anteriores, permítame que me retracte aunque sea parcialmente. ¡Esta noche no es el momento para ser cínico! ¡Iré más lejos y diré que 1958 no es el momento para ser cínico!

—¡Eso, eso! —dijo Thomas.

—¡Por 1958! —propuso Tony alzando su vaso.

—¡Por 1958! —respondieron los otros, y todos bebieron un largo trago.

En ese momento Thomas notó unas manos sobre sus hombros y alzó la mirada. Era Anneke. Se puso en pie rápidamente y se volvió hacia ella. Incapaz de dar con una forma mejor de saludarla, le estrechó la mano enérgicamente.

—Es maravilloso volver a verte —le dijo, consciente de que los ojos de Tony y el señor Cherski estaban inquisitivamente clavados en ellos. Anneke llevaba el uniforme de azafata, que parecía mojado, y su cabello entre castaño claro y rubio estaba salpicado de gotas de lluvia—. Pero, vaya, me parece que estás empapada.

—Lo sé —dijo ella—. Ha empezado a llover. ¿No te habías dado cuenta?

—No. Pero, por favor, siéntate y ponte cómoda.

—Eres muy amable —le dijo ella—. Y también has sido muy amable enviándome la invitación. Pero no puedo quedarme.

—¿No puedes?

—He terminado de trabajar hace sólo media hora. Y dentro de diez minutos mi padre me estará esperando para recogerme en la Porte de L'Esplanade para llevarme a casa. Pero quería pasar a darte las gracias.

En un arrebato de audacia, Thomas la tomó cariñosamente del brazo.

—¿Puedo acompañarte al menos un trecho del camino?

—Por mí encantada. Gracias.

Salieron juntos del pub. Fue un alivio dejar atrás el barboteo multilingüe del Britannia.

—¿Tu fiesta está siendo un éxito? —le preguntó Anneke.

—Sí, creo que sí. Desde luego invitados no faltan.

—He oído a un montón de gente hablando del pabellón británico y del pub británico.

—¿En serio? Eso resulta muy gratificante.

Estaba empezando a llover con más intensidad. Se pusieron a resguardo bajo uno de los árboles que rodeaban el lago ornamental.

—Ya que esta noche no me he podido quedar mucho rato —dijo Anneke—, tengo una propuesta. El lunes por la tarde no trabajo y pensaba venir a la Expo con mi

amiga Clara. Queremos visitar el Parc des Attractions. ¿Te gustaría venir con nosotras?

—Sí, por supuesto —respondió Thomas—. Gracias. Sería estupendo.

—Tal vez tú también tienes algún amigo, alguien a quien podrías traer.

—Desde luego. Se lo propondré a Tony, mi compañero de habitación.

—Perfecto.

Anneke le sonrió y a Thomas le recorrió el cuerpo una confusa avalancha de sentimientos diferentes. No veía a Anneke desde hacía varias semanas y esa noche parecía más guapa de lo que recordaba, a pesar del horripilante uniforme. Pero por primera vez también se le pasó por la cabeza que no debería retrasar mucho lo de comentarle que tenía esposa e hija en Londres.

—Me hizo tanta ilusión que me invitases a la fiesta —le dijo Anneke—. Tenía miedo de que te hubieras olvidado de mí. Después de todo, ya debes de haber conocido a un montón de azafatas.

Thomas se percató de que la conversación podía tomar un peligroso cariz íntimo si continuaba por ese camino.

—Maldita lluvia —dijo a modo de maniobra de distracción—. Creo que no deberías hacer esperar a tu padre. Si al menos tuviésemos un paraguas...

De pronto emergió una mano de la oscuridad sosteniendo precisamente ese objeto.

—Aquí lo tiene, muchacho.

De entre las sombras surgieron dos figuras familiares.

—Si quiere, puede utilizar el nuestro.

—Nosotros encantados de serle útiles.

Eran el señor Radford y el señor Wayne. Thomas se quedó mirándolos embobado. ¿Cuánto rato llevaban espiándolos entre los matorrales? ¿Lo habían estado siguiendo desde que salió del pub? ¿O incluso desde antes?

—Buenas tardes, Foley —dijo el señor Wayne, tendiéndole la mano—. Estábamos convencidos de que no tardaríamos en volver a encontrarnos.

—No interrumpimos nada, espero...

—Odiaríamos entrometernos en un momento íntimo.

—Yo me llamo Radford —se presentó el señor Radford, estrechándole la mano a Anneke.

—Yo, Wayne.

—Anneke —respondió ella, mirándolos alternativamente un poco desconcertada—. Anneke Hoskens.

—¿Quiere que la acompañemos hasta donde la esperan? —le propuso el señor Wayne—. Hace una noche de perros.

—Una chica puede coger una pulmonía en una noche como ésta —reflexionó el señor Radford.

—Cójase de mi brazo y métase debajo del paraguas.

—Y yo iré detrás con el señor Foley. A nosotros no nos asusta un poco de lluvia, ¿verdad?

—Humm..., no. Supongo que no.

—Por supuesto que no. Los británicos somos duros como rocas.

El señor Wayne emprendió la marcha con paso firme arrastrando consigo a Anneke y presumiblemente amenizándole el recorrido con la primera cháchara que le viniera a la cabeza. El señor Radford, mientras tanto, mantenía su habitual tono inquisitorial.

—¿Una buena fiesta, Foley?

—No ha estado mal. Más que decente.

—¿Alguna sorpresa? ¿Algún invitado inesperado o algo por el estilo?

—Un par, sí.

—Como ese ruso, por ejemplo.

Thomas lo miró con recelo.

—¿Cómo sabe eso?

—He oído que quiere mantener algunos encuentros con usted.

—Eso dice. ¿Hay algún problema?

—Dios bendito, no. Un intercambio cultural libre y franco entre países..., para eso se ha montado este evento. Por eso está usted aquí, ¿no?

—Así lo creo, sí. —Más tranquilo, Thomas añadió—: Debo decir que es estupendo que lo vea usted de este modo. Después de todo, ya oyó lo que dijo el rey ayer. No vamos a lograr ningún tipo de progreso hasta que empecemos a confiar los unos en los otros.

—¿Confiar? —dijo el señor Radford—. ¿Quién ha hablado de confiar? Evidentemente que no debemos confiar en él.

—¿Por qué no?

—Porque todavía no sabemos nada sobre él. Aparte del hecho de que goza de libertad para entrar en su pub solo, mientras que a la mayoría de los soviéticos a estas horas de la noche los tienen encerrados en su hotel, lo cual, para empezar, lo convierte en sospechoso. Por el amor de Dios, hombre, no estaba diciendo que deba usted confiar en él. ¿Cómo se le ha ocurrido semejante idea?

—Pensaba que...

—Véase con él las veces que quiera. Cuanto más a menudo, mejor. Pero mantenga los ojos y los oídos abiertos, y si él deja caer cualquier cosa que pudiese considerarse..., ya sabe, de interés..., háganoslo saber.

—¿Cómo me pongo en contacto con ustedes?

—Oh, no se preocupe por eso. Estaremos siempre por aquí. Y ahora será mejor que vaya a despedirse como Dios manda de su pequeña belga. Una chica encantadora, por cierto. Una elección excelente. Y no se preocupe por la esposa abandonada en casa. Diría que hay muy pocas posibilidades de que pueda descubrir lo que pasa aquí. Es muy improbable. Aquí está usted en territorio protegido.

Y acompañó estas palabras tranquilizadoras con un horrible guiño, se tocó el ala del sombrero de fieltro a modo de despedida y desapareció.

PUEDO AMAR A QUIEN QUIERA

El lunes por la tarde Thomas y Tony decidieron ir caminando desde su motel hasta la Expo. Sólo les llevaría una media hora y había un precioso atardecer para disfrutar durante el paseo.

Mientras caminaban, tenían el Atomium frente a ellos, con sus luces resplandeciendo y titilando en el creciente ocaso. Thomas notó que un estremecimiento de excitación le recorría el cuerpo; en parte provocado por el absoluto regocijo de contemplar ese extraño e insolente monumento que sabía que nunca se cansaría de contemplar; y en parte por los nervios que le generaba pensar anticipadamente en todo lo que podría suceder en las próximas horas.

—Por cierto, por lo que se refiere a la señorita Hoskens —dijo Tony, y no era la primera vez que sacaba el tema ese día—, creo que te estás metiendo en un juego bastante peligroso.

—Ya te lo he dicho, no estoy jugando a ningún juego.

—Bueno, ¿y cuáles son tus intenciones exactamente?

—Es una chica encantadora, eso es todo, y mientras yo esté en Bruselas no veo ningún problema en mantener con ella una amistad honesta y seria.

—¡Ja! ¿Amistad, dices? Lo siento, muchacho, pero vi cómo te miraba la noche del viernes y había algo más que amistad en esos luminiscentes ojos belgas.

Thomas no paraba de descubrir profundos misterios en su nuevo amigo. ¿De dónde había sacado la palabra «luminiscente»? se preguntó.

—Hasta el ruso se dio cuenta —continuó Tony—, y no me pareció que fuese un tipo especialmente interesado en los asuntos del corazón humano. Te lo aviso, si no te andas con cuidado, vas a hacer daño a esa chica. Por no mencionar a tu mujer. Hay matrimonios que se rompen por menos.

—Con todos los respetos, ¿qué sabes tú sobre la vida matrimonial? ¿Sobre sus responsabilidades y sus delicias?

—Me alegro de poder decir que nada. Soy libre como el viento y así pretendo seguir. Motivo por el cual yo, al menos, puedo estar deseando que llegue la cita de esta noche con la conciencia tranquila. Y si esa amiga suya es la mitad de guapa que Anneke, no habrá nada que pueda detenerme. No sé si te habrás percatado, pero creo que esta noche voy hecho un pincel. La mejor camisa. Una corbata espectacular. Unos toques de mi colonia especial detrás de las orejas y un repaso a conciencia con esa nueva pasta de dientes de rayas con su ingrediente milagroso. No sé cómo va a poder resistirse a mis encantos.

Thomas sonrió, aunque sólo había escuchado a medias. El comentario de Tony sobre el señor Cherski le había recordado algunas de las cosas que se dijeron la noche del sábado; en particular el modo en que el señor Radford le había pedido que vigilase a su nuevo amigo ruso y le informase de cualquier detalle sospechoso. ¿Era eso lo que había alarmado a esos dos peculiares, eternamente vigilantes y

omnipresentes caballeros ingleses? Tal vez en realidad Cherski había estado utilizando su (bastante inverosímil, le parecía ahora) entusiasmo por buscar consejos periodísticos como el más desvergonzado de los pretextos para conocer no a Thomas sino a Tony: la persona cuyo trabajo en Bruselas consistía en supervisar el despliegue de valiosos artefactos científicos británicos cuyo funcionamiento estaba rodeado del más absoluto secreto. Al pensar en todo eso, Thomas tuvo una repentina y radical sensación de inestabilidad, como si de nuevo estuviese plantado ante la ventana del globo más alto del Atomium mirando hacia abajo, pero esta vez no hacia los diversos pabellones y atracciones de la Expo 58, sino hacia un alucinatorio y perpetuamente cambiante mundo de lealtades dudosas y motivaciones ocultas. Incluso la aparentemente inocente conversación que mantuvo con Tony el fin de semana sobre la CDN... A Thomas no le había exactamente impactado pero sí sin duda sorprendido saber que su compañero de habitación había participado en una de las marchas a Aldermaston^[7]. Evidentemente, eso no lo convertía en un comunista ni nada parecido. Pero de todos modos, Thomas imaginaba que era el tipo de cosas que ponía un poco nerviosos a los colegas del señor Radford y el señor Wayne. Para él era un elemento más que se sumaba a su sensación de que se estaba sumergiendo cada vez más profundamente en un mundo que realmente no entendía. El asunto de Anneke era más de lo mismo. Era obvio, si se miraba objetivamente, que no debería estar pasando el rato con ella de ese modo. Él era un hombre casado y se tomaba eso muy en serio. Pero, precisamente por eso, no veía ningún mal en lo de Anneke. Sabría perfectamente cuándo parar. Sabría dónde estaba el límite. ¿Pero tendrían ambos la capacidad de echar el freno cuando las cosas amenazasen con salirse de madre?

Cuando Thomas y Tony llegaron al lugar de su cita junto a la verja que daba acceso al Parc des Attractions, ya no hubo más tiempo para reflexionar. Y las dos horas siguientes no contribuyeron mucho a aliviar el vértigo de Thomas. Acompañados por Anneke y su amiga Clara, subieron a la nueva *montagne russe* y a su más sencilla versión antigua en madera. Dieron vueltas en la gigantesca noria y giraron zumbando a bordo de maquetas de naves espaciales. Se subieron a los autos de choque y entrechocaron deliberadamente unos con otros, riéndose a carcajadas como si tuviesen catorce años. Thomas nunca se había sentido tan mareado. Hizo una suerte de regresión infantil y de pronto se había olvidado de todo: el pabellón británico, el Britannia, su despacho en Baker Street, su casa en Tooting, Sylvia, su madre, la pequeña Gill... Atolondrado por la presencia de las dos chicas, con la cabeza dándole vueltas por las descargas de adrenalina de las sucesivas atracciones a las que habían subido, tuvo la sensación de que milagrosamente había entrado en algún tipo de presente eterno en el que nada de lo que hiciese iba a tener consecuencias o llegar a su fin.

Estaban hambrientos y sedientos.

—¡Vamos al Oberbayern! —propuso Clara. Los dos ingleses no sabían a qué se refería, pero siguieron confiados a las dos chicas belgas.

El sitio que había propuesto Clara era una réplica gigante de una cervecería bávara y salón de baile. Invitados a entrar con un gesto por el portero que lucía un traje tradicional, se encontraron en un espacio con las dimensiones de una fábrica de tamaño medio. Estaba lleno hasta la bandera y el ruido era atronador. Thomas pudo ver a través de una densa nube de humo de pipas y cigarrillos que una sucesión de largas mesas montadas sobre caballetes ocupaban hasta el último rincón libre, con la única excepción de una plataforma elevada del tamaño aproximado de un ring de boxeo pegada a una de las paredes, sobre la que los miembros de una orquesta, ataviados con pantalones de cuero con tirantes, tocaban una repetitiva cancioncilla folclórica.

Clara y Anneke se excusaron y fueron al baño mientras los dos hombres se abrían paso entre la multitud y luchaban por encontrar cuatro sitios libres en alguna de las mesas.

—Por Dios —suspiró Tony una vez que lograron sentarse—. Menuda algarabía.

Apareció un camarero y pidieron cuatro cervezas que les sirvieron rápidamente en unas jarras metálicas que contenían como mínimo un litro cada una.

—Bueno, salud, muchacho —brindó Thomas—. Está resultando una noche digna de recordar.

—Eso creo.

—¿Qué tal te va con Clara?

—Bueno, para serte sincero... La verdad es que no es mi tipo.

Thomas asintió comprensivo y dijo:

—Sí, ya me he dado cuenta. Pero parece absolutamente encantadora.

—Oh, no me malinterpretes. Es absolutamente encantadora.

—Muy cariñosa.

—Tremendamente cariñosa. Es sólo que... ya sabes.

—Sí, ya sé a qué te refieres. —Intentó pensar en un modo de decirlo con tacto—. Es una chica de formas rotundas, ¿no es eso?

—En efecto. Robusta. El tipo de chica ideal para trabajar en una granja o en algún sitio por el estilo.

—¿Y exactamente qué hace aquí?

—Bueno, viene de la misma ciudad que Anneke y también se postuló para ser azafata. Pero no la aceptaron. De modo que trabaja en esa especie de pueblo antiguo que han montado: «La Belgique Joyeuse».

—Ah, sí..., La Alegre Bélgica. He oído hablar de eso. Dicen que si no has visto La Alegre Bélgica tu vida carece de sentido.

—Bueno, pues Clara trabaja en una de las tiendas de allí. Pobre chica, tiene que vestirse cada día como una panadera del siglo XVIII. Por lo visto esta tarde la han amonestado por llevar un reloj.

—¿Y entonces qué vas a hacer? Parece colada por ti.

—No lo sé. Improvisaré. En todo caso, hablando del rey de Roma..., ahí vienen.

El contraste entre las dos chicas, mientras se acercaban a la mesa, no podía ser más evidente. Anneke llevaba un liviano vestido azul claro de manga corta, que mostraba el esbelto contorno de sus brazos y tobillos. Liberado del ridículo sombrerito con forma de casquete, el cabello le caía sobre los hombros en una enmarañada cascada. Los ojos le resplandecían y la piel, aunque llena de pecas, tenía un tono bronceado y sano. Por su parte, el rostro rubicundo de Clara irradiaba sencilla simpatía. Sus piernas eran recias y el corte de la falda a la altura de la rodilla no era la mejor elección, pero había en ella una permanente y aplastante alegría que de algún modo lograba que te olvidases de todas sus carencias. A Thomas le parecía encantadora. Pero no la había tenido las dos últimas horas cogida de su brazo.

Clara resultó ser la guía perfecta para entender la diversión del escenario. Les explicó que se había criado en la zona de habla alemana de Bélgica y la mayoría de las canciones que tocaba la orquesta le resultaban familiares. Como Anneke, devoró con entusiasmo su plato de *bratwurst* y chucrut. A Thomas le resultó sorprendente que los belgas estuviesen tan dispuestos a abrazar la cultura del país que les había invadido hacía menos de quince años y había cometido un montón de atrocidades, pero no dijo nada. No era el momento de poner sobre la mesa este tipo de discusiones.

La orquesta había empezado a tocar una canción particularmente machacona y pegadiza. Todos los que no estaban comiendo se pusieron a dar palmadas al ritmo de la música. Clara se inclinó por encima de la mesa y dijo —o más bien gritó— que la canción se llamaba «Ein Prosit» y era un tema tradicional bávaro para cantar mientras se bebía. Ella y Anneke también empezaron a dar palmadas. La música se hizo cada vez más y más estruendosa, el ritmo era progresivamente más rápido y el estribillo se repetía incesantemente. Muchos de los bebedores lo coreaban y de pronto, a unos pocos metros de Thomas, dos chicas se pusieron de pie, se subieron a la mesa y empezaron a bailar, desparramando trozos de comida y atrayendo sobre ellas algo más que miradas ocasionales. Los comensales reían, jaleaban y marcaban el ritmo golpeando el suelo con los pies. Muchos de ellos también se pusieron de pie y empezaron a bailar, y los cánticos se hicieron todavía más estridentes:

Ein Prosit, ein Prosit
Der Gemütlichkeit
Ein Prosit, ein Prosit
Der Gemütlichkeit
OANS ZWOA DREI! G'SUFFA!

(Un brindis, un brindis / para levantar el ánimo y desear buena suerte. / Un brindis, un brindis / para levantar el ánimo y desear buena suerte. / ¡UN DOS TRES! ¡DE UN TRAGO!)

Anneke y Clara se pusieron en pie de un salto y tendieron las manos para que los chicos se unieran a ellas. Pero Tony negó con la cabeza, sonriendo de oreja a oreja, mientras que Thomas bebió un largo trago de cerveza y ocultó el rostro tras la

gigantesca jarra. Las chicas se encogieron de hombros y se pusieron a bailar las dos juntas.

—¡Esto es histeria colectiva! —gritó Tony, mirando a su alrededor con asombro—. ¿No son este tipo de cosas las que auparon a Hitler al poder?

—¡Ssssh! Nada de política esta noche, por favor.

Finalmente, cuando ya parecía que la música no podía sonar más alta ni ir más rápida, unos estruendosos acordes finales cerraron eufóricamente la pieza. Entre vítores, aplausos y risas, Anneke y Clara se dejaron caer sobre sus respectivas sillas, acaloradas y sudorosas, y se abalanzaron sobre sus jarras de cerveza.

—*Die Gemütlichkeit!* —dijo Clara, brindando por turnos con cada uno de ellos.

—¡Brindemos! —se sumó Anneke.

Todos dieron un largo trago, se acomodaron en las sillas y en sus rostros se dibujaron amplias, satisfechas y ligeramente achispadas sonrisas.

La orquesta se arrancó con otra canción y en la balconada del piso superior, muy por encima del comedor, apareció como de la nada un coro de una veintena de hombres y mujeres —todos ataviados con trajes tradicionales— y entonó la melodía en tres grupos de voces. Clara suspiró entusiasmada.

—Ah..., ¡«Horch was kommt von draussen rein»! Adoro esta canción.

La verdad es que resultaba relajante después de la machacona monotonía de la anterior. No era precisamente lo que Thomas describiría como música sofisticada, pero aun así había algo alegre y ágil en esa melodía que le llegaba al corazón. La audiencia empezó de nuevo a dar palmadas, pero de un modo menos robótico que antes.

—Baviera debe ser un sitio muy alegre —comentó—. No he escuchado ninguna pieza musical procedente de allí que no suene festiva.

—Oh, pero la letra es bastante trágica —le explicó Clara—. Hay un amante, en algunas versiones es un hombre, aunque a mí me gusta pensar que el personaje es una mujer, y hoy su amado se casa con otra y la chica dice que para ella éste es un día de duelo. Pero lo expresa de un modo desafiante. No va a renunciar a lo que siente por ese hombre.

Y cuando empezó una nueva estrofa, Clara se puso a cantarla:

Lass sie reden, schweig fein still

Hollahi hollaho

Kann ja lieben wen ich will

Hollahi jaho.

—«Puedo amar a quien quiera», dice. —Hasta ahora Clara se había dirigido a todos en general, pero de pronto clavó la mirada en Tony y repitió—: Puedo amar a quien quiera. —Se puso en pie, le cogió la mano y tiró de él para que se levantase—. Venga, vamos a bailar. Seguro que te apetece bailar.

Tony se dejó arrastrar, con aire de cordero conducido al matadero y lanzando una

mirada indefensa y suplicante en dirección a Thomas.

Ahora fue Anneke la que se levantó y extendió sus brazos.

—Y tú, Thomas, ¿bailas alguna vez?

—Muy raramente —respondió él. Estaba a punto de añadir «Creo que la última vez fue en mi boda», pero las palabras murieron en sus labios. En lugar de eso, permitió que Anneke le arrastrase suavemente hacia un espacio despejado entre las mesas. Thomas la cogió de una mano y le rodeó la cintura con el otro brazo. A través del fino algodón del vestido podía sentir el inicio de la curva de su trasero. Eso no estaba bien, así que desplazó la mano hacia arriba hasta que palpó la base de su columna vertebral, lo cual le pareció igual de inapropiado, si no más. Así que optó por despegar un poco la mano de la espalda de Anneke y apenas la rozaba. Se percató de que Clara estaba muy apretada a Tony mientras bailaban y reposaba la cabeza sobre su hombro; en el rostro de la chica se dibujaba una discreta sonrisa de dicha.

—Ha sido una noche maravillosa —comentó Anneke.

—Sí que lo ha sido —convino Thomas, pero antes de que la conversación pudiese ir más allá, le interrumpió una voz familiar con un estridente acento cockney:

—¡Hola, señor Foley! Qué gracia encontrarlo aquí.

Era Shirley Knott, la camarera del Britannia. Y su compañero de baile era, de entre todos los hombres posibles, Ed Longman, el maleducado invitado americano del viernes por la noche.

—¡Hola! —saludó Thomas a ambos. Y no pudo resistir añadir dirigiéndose al señor Longman—: Ya veo que finalmente... se las ha arreglado para que le sirvan.

El señor Longman sonrió.

—La hospitalidad inglesa. Me costó un poco pillarle el truco, pero ahora que ya lo he hecho, soy un verdadero fan. —Abrazó con fuerza a Shirley por la cintura y la miró embelesado a los ojos.

Thomas pensó que casi todos los presentes en aquel salón de baile estaban en mayor o menor grado borrachos y que toda la sala bullía con la promesa de fugaces romances internacionales e incluso intercontinentales a punto de materializarse. Se sintió bastante aliviado cuando la música cesó de nuevo y todo el mundo pudo regresar una vez más a sus asientos. Se despidió de Shirley y el señor Logan saludando con la mano y se sentó frente a Anneke, que le sonrió y se puso a empolvase la cara y a comprobar los resultados en el espejito de la polvera.

Tony apareció a su lado y se inclinó sobre él.

—Escucha, muchacho, me voy a largar.

—¿Qué?

—Clara se ha metido en el lavabo y es mi única oportunidad de huir.

—¡No puedes hacerle eso! ¡La vas a dejar destrozada!

—Ya sé que no es el modo más decente de actuar, pero me vas a echar un cable, ¿verdad? Esa mujer es una auténtica devoradora de hombres.

—¿Y yo qué le digo?

—No lo sé... Dile que he recibido un mensaje urgente porque la máquina ZETA está a punto de explotar o algo por el estilo. Simplemente intenta darle alguna explicación verosímil, ¿de acuerdo?

Thomas pensó que su amigo le pedía un imposible y en efecto así fue. Su uso del término «destrozada» no resultó exagerado, y cuando unos minutos después se abrió paso con las dos chicas entre la multitud en dispersión hacia el punto de encuentro en el que el padre de Anneke las estaría esperando para llevarlas a casa, vio de reojo que en el ahora pálido rostro de Clara brillaban algunas lágrimas. Miró a Anneke, que también se había percatado de su presencia. Fue por tanto un desanimado trío el que se despidió en la Porte des Attractions. Sin embargo, si algo no podría describirse como desanimado fue el beso de despedida de Anneke. De acuerdo que se lo dio castamente en la mejilla, pero había en él un inequívoco cariño que a Thomas le provocó palpitaciones. Y mientras Anneke se alejaba con su amiga, se volvió y le lanzó otro.

Una vez que las chicas se hubieron marchado, Thomas permaneció allí de pie un rato con las manos en los bolsillos, mientras rodaban por el suelo ante él envoltorios de perritos calientes y paquetes de cigarrillos vacíos arrastrados por el viento. Suspiró y soltó un bufido.

Llevaba en la Expo más de una semana y no le había escrito a Sylvia ni una sola carta. Decidió que ya era hora de poner remedio a esa situación.

LA CHICA DE WISCONSIN

22 de abril de 1958

Querido bomboncito:

Mil disculpas por no haberte escrito antes. Tal como ambos comprobamos la semana pasada, las comunicaciones telefónicas entre Bruselas y Londres pueden resultar de lo más complicadas, además de terriblemente caras. Aunque fue maravilloso escuchar tu voz, creo que será mejor que a partir de ahora nos limitemos a las cartas.

En cualquier caso, te gustará saber que ya me siento aquí como en casa y que mis obligaciones me mantienen muy ocupado. El alojamiento es más bien espartano. El Motel Expo es una espantosa sucesión de bungalows abovedados en medio de un campo lleno de barro. A tres kilómetros de las instalaciones del recinto ferial en Heysel. Funciona con planteamientos militares y las luces se apagan y las barreras de la entrada se cierran a medianoche, sin excepción posible. Tony B y yo hemos hablado de constituir un comité de fuga.

Tony B es Tony Buttress, mi compañero de habitación, como ya te comenté por teléfono. La verdad es que he tenido mucha suerte, porque es una persona estupenda. Está aquí como asesor científico del pabellón británico y está muy informado sobre todo. Sin embargo, parece que su especialidad es la ciencia atómica. Hacemos muchas cosas juntos. Anoche fuimos al Parc des Attractions, con sus autos de choque, su noria, una cervecería bávara de cartón piedra..., el lote completo. Nos lo pasamos en grande, pero debo decir que hoy me está pasando factura. Tengo la cabeza como una bola de algodón húmedo. Está claro que ya no soy tan joven.

Mis funciones en el Britannia siguen siendo difusas. Se supone que no me corresponde estar pendiente del funcionamiento diario del pub, pero, por desgracia, el carácter del patrón, el señor Rossiter, lo hace necesario. Durante las primeras horas de atención al público es más o menos fiable, pero a medida que avanza el día me temo que empieza a achisparse. De hecho, para qué ser eufemísticos, el concepto de «achisparse» no hace justicia a sus capacidades como bebedor. Hacia las cinco o las seis de la tarde puedes dar por hecho que va a estar como una cuba. Por suerte, su camarera jefe parece una chica muy sensata y competente. Tiene un nombre gracioso, Shirley Knott. (Piensa un rato en él y descubrirás el juego de palabras).

Por lo que a la feria se refiere, está alcanzando rápidamente velocidad de crucero. Por aquí pasan los grupos y organizaciones más raros que puedas imaginarte. Esta semana la feria acoge un Congreso Internacional de Ópticos. Un grupo de ellos comieron en el Britannia. Uno de ellos era tan miope que se golpeó la cabeza con nuestra maqueta de aeroplano y se lo llevaron con una conmoción cerebral.

Escríbeme pronto, cariño.

Besos, Thomas

2 de mayo de 1958

Querido Thomas:

¡Es maravilloso tener por fin noticias tuyas! Estaba empezando a preguntarme si habías olvidado nuestra dirección o si el servicio de correos en Bélgica estaba en huelga. Pero, claro, ahora me doy cuenta de que has estado terriblemente ocupado. Me hago cargo de lo extenuantes que deben resultarte estos primeros días de puesta en marcha de la feria.

Me ha alegrado saber que ya has empezado a hacer nuevos amigos. Ya sé que tú mismo estás muy interesado en el tema de la energía nuclear, de modo que supongo que mantendrás interesantes conversaciones con el señor Buttress, ese tipo de conversación que lamentablemente yo no te puedo proporcionar. Ahora que reflexiono sobre lo monótono y aburrido que debía resultarte todo aquí, entiendo por qué tenías tantas ganas de aceptar este trabajo en Bruselas. Aunque de todos modos hubiera sido bonito que me hubieses podido llevar contigo.

En tu carta no mencionabas a la pequeña Gill, pero supongo que te gustará oír algunas novedades sobre ella. La novedad, de hecho, es de lo más excitante: ¡ha empezado a gatear! Como tal vez recuerdes (o quizá no), justo cuando te marchaste empezaba a saber mantener el equilibrio sentada. Y resulta que el sábado por la mañana la tenía conmigo en la cocina mientras preparaba un té para el señor Sparks, que estaba en el jardín, y la dejé en el suelo despreocupadamente. Le llevé al señor Sparks su té, estuve un rato hablando con él, me di la vuelta ¡y allí estaba ella! ¡Me había seguido hasta el jardín y la mitad del sendero del jardín! ¡Qué prodigio!

Supongo que te preguntarás qué estaba haciendo el señor Sparks en nuestro jardín todo ese rato. Bueno, la verdad es que ha sido de lo más solícito desde que te marchaste. Todo empezó con la retransmisión de tu ceremonia de inauguración el jueves por la mañana. Naturalmente, yo me senté ante el televisor para ver el acto al completo y al cabo de un rato el señor Sparks se unió a mí porque tenía problemas de recepción con su antena. Los dos te buscamos pero no logramos localizarte entre la multitud. Supongo que estabas allí, ¿no? Después el señor Sparks me preguntó si podía echar un vistazo a nuestro jardín y, en cuanto se puso a contemplarlo, me percaté de que había varias cosas que le llamaban la atención. Me refiero a trabajillos que tú habías dejado a medias al marcharte, como el hoyo del estanque para los peces. Y entonces me preguntó, con mucho tacto, si me parecía que te complacería que él se encargase de acabar uno o dos de esos trabajillos. Evidentemente yo no tenía modo de consultártelo, pero estaba segura de cuál sería tu respuesta. De modo que el sábado por la mañana vino con su pala y el resto de las herramientas y en un momento acabó de cavar el hoyo del estanque hasta alcanzar una tremenda profundidad. ¡Para ser un hombre tan delgaducho, es sorprendentemente fuerte! El domingo llenó el estanque de agua y me ha prometido que el próximo fin de semana me acompañará al acuario de East Sheen para comprar algunos peces y también

nenúfares y otras plantas acuáticas. Estoy segura de que te encantará verlo tan bonito cuando vuelvas.

En cualquier caso, la niña se acaba de despertar y la oigo llorar. Escríbeme pronto, cariño, pero no te preocupes por mí. Me las estoy apañando muy bien y no me he sentido sola en ningún momento.

Te quiere,

Sylvia

19 de mayo de 1958

Querido bomboncito:

Gracias por tu carta, que me ha resultado de lo más tranquilizadora. Qué suerte tener un vecino tan amable como el señor Sparks. Espero que no estés aprovechándote de él, ángel mío, y pidiéndole que venga demasiado a menudo para ayudarte con esos trabajillos. Después de todo, estaría mal privar a su hermana de sus cariñosos cuidados. En cualquier caso, supongo que tú mejor que nadie sabrás valorar la situación.

Una vez más me temo que he tardado demasiado en responderte. De verdad que lo siento, pero estas dos últimas semanas hemos ido de bólido. Como supongo que comprenderás, estamos especialmente ocupados en el Britannia cada vez que hay una avalancha de paisanos visitando la feria y últimamente hemos tenido mucho movimiento en este frente. La semana pasada una comisión de delegados de la Cámara de Comercio de Bristol visitó el pabellón británico. Y por si eso fuera poco, unos días después la Orquesta Sinfónica de Londres daba un concierto de música británica en el Grand Auditorium de aquí, ¡y que me aspen si la maldita orquesta al completo no decidió entrar a tomar una pinta en el Britannia después de la actuación! Todos tuvimos que ponernos las pilas para asegurarnos de que el grupo al completo estaba convenientemente alimentado y regado, incluidos los chavales que tocan el contrabajo y el triángulo. En ese momento el señor Rossiter dormía la mona en la bodega, de modo que te aseguro que había una verdadera horda de clientes esperando a ser servidos. Incluso Anneke se puso a echar una mano.

Oh, pero no te he hablado nunca de Anneke, ¿verdad? Anneke es mi ángel de la guarda..., o al menos así es como a mí me gusta verla. Es la azafata que vino a recibirme al aeropuerto en mi primer viaje aquí, y desde entonces parece que nos vamos cruzando de vez en cuando. Ese día había venido al pub para tomar una copa con su amiga Clara y fue un detallazo por su parte que las dos decidieran echarnos una mano.

En realidad, la cosa tiene un poco más de chicha. Porque resulta que Clara esta coladísima por Tony B, lo cual significa que la chica está siempre merodeando por el pabellón británico intentando cruzarse con él, mientras que él emplea la mayor parte de su tiempo en tratar de darle esquinazo; la pobre chica me da un poco de pena, no

sólo por eso, sino también porque su trabajo en la feria —disfrazarse de tendera medieval como parte de una especie de museo viviente que han montado aquí y que se llama La Alegre Bélgica— no es tan bonito ni tan prestigioso como el de Anneke.

De todos modos, no debería comentar más tonterías sobre este par, entre otras cosas porque apenas te he mencionado a mi nuevo amigo ruso, el señor Cherski. Es un periodista de Moscú que, lo creas o no, considera que un servidor es un fuera de serie, alguien imbatible en temas de periodismo. ¿Te lo puedes creer? Bueno, es una larga historia, así que mejor la reservaré para otra carta.

En todo caso, espero haberte contado lo suficiente para dejarte claro que la vida aquí resulta bastante excitante, además de cargada de trabajo. Tengo que confesar que me lo estoy pasando bomba (aunque te echo de menos, cariño).

Ayer llegó otro grupo grande. Venían del Congreso Mundial para la Prevención de Accidentes en la Industria. Desgraciadamente, uno de ellos se cayó por las escaleras cuando iba al aseo y se lo tuvieron que llevar al hospital con una pierna rota.

Cuídate mucho, ángel mío.

Te quiere,

Thomas

26 de mayo de 1958

Querido Thomas:

Qué maravilla volver a tener noticias tuyas, y en una carta repleta de novedades electrizantes. ¡Qué lujo servir las copas a la Orquesta Sinfónica de Londres! He leído un montón de cosas en la prensa sobre las azafatas belgas y su papel en la feria. Parecen todas chicas guapísimas. ¿Esta tal Anneke habla bien inglés o has estado aprendiendo a hablar belga con ella? Allí el día a día debe de ser complicado con todo el mundo hablando en distintos idiomas todo el rato. Eso la debe obligar sin duda a dedicarte buena parte de su tiempo. Tú, Tony B, Anneke y su amiga debéis de formar un cuarteto muy unido. Me alegra saber que no te falta buena compañía.

Por lo que a mí respecta, no tengo una vida social tan ajetreada. Es cierto que el pasado fin de semana hice una pequeña excursión, pero fue algo más angustioso que agradable. Le había comentado al señor Sparks que me sentía culpable por no haber visitado a la prima Beatrix desde que tuvo el accidente. Como sabes, ahora está ingresada en el Royal Free Hospital en Hampstead, y aunque no es difícil llegar allí con transporte público, lo iba posponiendo por la complicación de llevar a la pequeña Gill en el autobús o en el metro. ¡Este cochecito, como sabes, a veces parece que pese más que un coche! Pero Norman acudió en mi rescate, su bondad no deja nunca de sorprenderme. Calculamos que si yo tomaba la Northern Line podía ir y venir en menos de tres horas y él caballerosamente se ofreció a cuidar a Gill durante ese rato el domingo por la tarde. ¿No fue todo un detalle por su parte? La verdad es que ha

pasado mucho tiempo con ella en estas últimas semanas (el último martes por la noche estuvo aquí un buen rato, arreglando una balda desnivelada en la estantería de la sala de estar, esa que tú no lograbas nivelar ni a tiros) y Gill ha acabado sintiéndose muy cómoda con él. Supongo que a esta edad las niñas simplemente están contentas de tener una presencia masculina en casa y apenas se preocupan de si ese hombre es o no su padre. Y pensé que si le daba una buena dosis de pecho después de comer, lo más probable es que se pasase la tarde durmiendo y así Norman no tendría mucho jaleo. Y resultó que así fue.

Sin embargo, para mí no fue una tarde plácida. La pobre Beatrix está muy mal. Lleva uno de esos horribles collarines sujetándole el cuello y no puede girar la cabeza hacia ningún lado. Pensé que al menos se alegraría de verme —yo le llevaba un buen racimo de uvas y unas revistas—, pero ya sabes que siempre ha sido una cascarrabias y su estado actual parece haberla puesto de un humor de perros. Al final no estuve con ella mucho más de media hora. Al menos cuando regresé a casa, volvía a reinar la felicidad. Gill se acababa de despertar y estaba jugando de maravilla con Norman. De modo que tomamos un té y mantuvimos una charla muy agradable.

Cariño, ahora tengo que dejarte. Intenta no tardar tanto en volver a escribirme.

Con todo mi amor,

Sylvia

7 de junio de 1958

Querida Sylvia:

Gracias por tu última carta, pese a que las novedades sobre Beatrix eran bastante inquietantes. Transmítele mis mejores deseos si vas a visitarla. Fue todo un detalle por parte de Sparks cuidar de la niña mientras tú hacías la visita. La verdad es que nunca me lo había imaginado como un tipo que supiese manejarse bien con niños, pero ahora, al pensar en ello, supongo que hay algo extrañamente femenino en él, de modo que probablemente no resulte tan raro.

En cuanto a las noticias destacadas por aquí... Bueno, la verdad es que tengo dos grandes noticias. La primera es que tuvimos la visita de una auténtica pareja VIP hace un par de días. Evidentemente, por la feria pasa diariamente un montón de gente famosa de todo tipo. Hace una o dos semanas hubo una gala cinematográfica en plan mini-Cannes y estaba repleto de estrellas de cine. Por lo visto en algunas zonas del recinto era imposible dar un paso sin toparse con Yves Montand o Gina Lollobrigida. Por desgracia ninguna de estas estrellas se desplazó hasta nuestro querido Britannia. Pero en cambio sí que hemos sido honrados con la presencia de... ¡el señor Heathcoat-Amory! Sí, el secretario del Tesoro en persona. La segunda persona con más poder en el gobierno de Su Graciosa Majestad, ni más ni menos. Me gustaría poder contarte que en persona resultó ser el encanto personificado, nos hizo sentirnos a todos cómodos y nos trató con esa campechanía que supuestamente distingue a todo

caballero británico de bien. Sin embargo, se comportó como un pulpo en un garaje. Y un pulpo terriblemente antipático. No sé qué les enseñan en los campos de juego de Eton, pero está claro que no a meterse entre pecho y espalda un plato de *fish and chips* y una pinta de cerveza en un pub británico de cartón piedra poniendo cara de que estás disfrutando. Tony me comentó que probablemente estaba decepcionado porque el menú no incluyese caviar de beluga y cisne asado (o lo que sea que coman en las cenas de postín de un college de Oxford).

De hecho, Tony pasó mucho más rato con el señor H-A que yo, porque él fue el encargado de enseñarle la exposición científica del pabellón, y debo decir que su impresión no fue para nada favorable. No sé si ya lo he mencionado antes, pero mi querido compañero de habitación, el señor B, tiene un punto de radical, a su simpática manera. Por ejemplo, apoya la CDN, y ni se te ocurra mencionarle el tema de Suez. Está claro que no es un gran admirador del señor Macmillan y su gabinete, de modo que después de que Heathcoat-Amory y su séquito se marchasen, fue bastante franco y explícito hablando de lo que opinaba de ellos. Anneke, que en ese momento estaba con nosotros, se quedó perpleja, ¡hasta ese momento no se había percatado de que los flemáticos británicos podíamos llegar a ser tan ásperos! Aunque, evidentemente, Tony es demasiado educado para haberles dicho nada de todo esto a la cara a nuestros huéspedes. Después de todo, aquí tenemos la misión de representar lo mejor de Inglaterra y nadie quiere montar una escenita.

La otra noticia que te mencionaba también está relacionada con Tony. Porque después de varias semanas dedicadas a dar esquinazo a la desafortunada Clara, de pronto le ha tocado la lotería en lo que a chicas se refiere. Ha empezado a coquetear con Emily, la chica de Wisconsin. La verdad es que nadie recuerda muy bien de dónde salió o cómo apareció un buen día en el Britannia. Pero desde luego apareció como de la nada... ¡y de qué manera! Según ella misma cuenta, es actriz de profesión. Pero como los papeles en Broadway resultan difíciles de conseguir, la han enviado aquí para que haga de joven ama de casa normal y corriente en una de las impresionantes exposiciones de artilugios domésticos del pabellón estadounidense. Su trabajo consiste en mostrar el funcionamiento —principalmente a los atónitos visitantes del bloque soviético— de la miríada de electrodomésticos que ahorran trabajo a las amas de casa y que se usan habitualmente en la Tierra de la Libertad. Las aspiradoras parecen ser su especialidad y se pasa día tras día en una deslumbrante réplica de una sala de estar americana, aspirando con gesto jovial las montañas de polvo que un compinche ha desparramado por el suelo unos minutos antes para la demostración. En cualquier caso, hace poco, entró en nuestra pequeña posada y se quedó prendada de Tony B. De modo que ahora él se pasea por ahí con una sonrisa de gato que se relame después de beberse su leche: porque la jovencita Emily está de lo más apetecible, en caso de que todavía no lo haya mencionado; y encima, pese al hecho de que procede de alguna pequeña ciudad en el culo del mundo que probablemente tenga un nombre tipo Poblacho Perdido, Noroeste, parece

terriblemente culta, tiene un acento sofisticado y se la ve muy emancipada. A estos yanquis desde luego no les falta seguridad en sí mismos. Eso se lo concedo.

Ah, bueno..., y mientras tanto la Expo 58 sigue a todo trapo, con tanto trabajo como siempre. Los del Ballet Bolshói van a aparecer por aquí pronto, y ayer visitó el Britannia una nutrida delegación del rimbombante Quinto Congreso de Fluorización y Prevención del Deterioro Dental. Por desgracia, uno de los miembros se rompió un diente al morder la corteza de uno de los pasteles de cerdo que son nuestra especialidad y sus colegas tuvieron que improvisar allí mismo una extracción.

Con todo mi cariño como siempre,

Thomas

P.S.: Acabo de acordarme. Te prometí que te lo iba a contar todo sobre el enigmático señor Cherski en esta carta, ¿verdad que sí? Bueno, pues tendrá que esperar a la próxima.

28 de junio de 1958

Querido Thomas:

Muchas gracias por tu última carta. No te imaginas lo excitante que resulta, en medio de mi monótona vida doméstica, recibir estos estimulantes boletines de noticias tuyos. Son como despachos desde otro mundo..., un mundo infinitamente más interesante que el mío, por desgracia. La verdad es que no sé qué puedo contarte sobre las últimas semanas que no vaya a aburrirte hasta el bostezo en comparación con tu relato de la visita del secretario del Tesoro.

¡Y no sólo parece que te pasas los días relacionándote con la flor y nata, sino que Bruselas es también un auténtico semillero de enredos románticos! Tu nuevo amigo Tony debe de ser muy apuesto, porque suena como si atrajese a las mujeres como a las moscas. Estoy segura de que tú, él, Emily y Anneke formáis un cuarteto de lo más atractivo cuando salís todos juntos para disfrutar de las brillantes luces de la noche.

Aquí, en cambio, por desgracia no tengo nada tan glamouroso con lo que distraerme. Vivo en un mundo completamente ligado a los cochecitos, los pañales, la lactancia y las gotas para los cólicos. Mi única distracción esta semana ha sido una salida al cine, y ni siquiera me hubiese podido permitir eso de no ser, una vez más, por la amabilidad de Norman. La semana pasada, durante una de nuestras charlas, le mencioné que me moría de ganas de ver *Peyton Place*. (Seguro que te suena, porque te pedí que fuéramos a verla la semana antes de que te marchases, pero tú elegiste otra película). La verdad es que me parecía un sueño imposible, pero anteayer por la tarde Norman apareció de improviso en mi puerta acompañado de una jovencita a la que yo no conocía de nada. Me la presentó como Susan, una de las secretarias de su oficina, ¡y me anunció que había aceptado amablemente hacer de canguro mientras él me llevaba al cine! Bueno, como podrás imaginar, me quedé patidifusa. Quise

protestar, pero él insistió en que estaba todo arreglado y que yo me merecía un premio, de modo que antes de que yo me diese cuenta de lo que estaba pasando, ¡ya estaba arriba poniéndome mi mejor vestido y maquillándome! Norman y yo tomamos el metro hasta Oxford Circus y logramos llegar a tiempo a la última sesión de la tarde en el cine Prince Albert. La película es bastante larga y no salimos hasta las nueve pasadas, pero aun así insistió en llevarme a cenar. Fuimos al Jimmy's de Frith Street, que es un sitio bastante lóbrego en un sótano. En la carta había algunos platos griegos como musaka y Norman me instó a lanzarme y pedir alguna cosa así, pero me temo que no me atreví y acabé pidiendo costillas de cordero con puré de patata. Tengo que decir que estaba riquísimo. ¡Y nos bebimos una botella de vino tinto de medio litro entera entre los dos! Estoy segura de que estaba un poco achispada cuando nos marchamos. Probablemente sea por eso por lo que no soy capaz de recordar muy bien la película ni nuestra conversación posterior, excepto el hecho de que el tema de los callos de Norman afloró más de una vez. No es lo que llamarías un conversador brillante..., estoy segura de que no estaría a la altura en una charla contigo y tus nuevos amigos sobre la energía atómica o el desarme nuclear, pero tiene buen corazón y es todo bondad. Y eso desde luego para mí vale su peso en oro.

Bueno, ésta no va a ser una carta muy larga, pero como ya te he comentado al principio, la verdad es que tengo pocas cosas interesantes que contarte. Además, ya me toca darle el pecho otra vez a la pequeña, así que será mejor que corte.

Te mando mi amor,

Sylvia

2 de julio de 1958

Queridísimo bomboncito:

No tengo noticias tuyas desde hace mucho, de modo que no me cabe sino esperar que todo sigue bien por casa. Intenté telefonearte hace unos días, pero está claro que la línea sigue funcionando mal; lo único que oía eran un montón de crepitaciones. Me pregunto qué está pasando.

Así que, a falta de noticias tuyas, te escribo unas líneas (tal como te prometí) sobre el señor Cherski.

Andréi (ahora ya nos tuteamos) es un caballero de Moscú que lleva un montón de años ganándose la vida publicando revistas de temática cultural o literaria. Lo han enviado a la Expo para que edite un folleto informativo semanal llamado *Sputnik*. Siento un poco de lástima por él, porque lo han colocado en una situación muy incómoda: lo que sus jefes quieren que publique es, obviamente, propaganda pura y dura, mientras que las aspiraciones de Andréi son mucho más complejas. De modo que tiene que moverse en la cuerda floja.

Y, para mi regocijo, decidió pedirme ayuda. No creo que conociese directamente mi nombre, pero supongo que debió de correr la voz de que alguien de la OCI andaría

por ahí durante la celebración de la feria, porque apareció en el Britannia y se dirigió directamente a mí la noche de nuestra fiesta de inauguración. Desde entonces nos hemos visto unas cuantas veces, todas en el pub. Al principio me sorprendió que prefiriese este lugar, pero es que resulta que Andréi siente fascinación por todo lo británico. Tiene un conocimiento enciclopédico de las aventuras de Sherlock Holmes, parece haberse aprendido de memoria el mapa del metro de Londres y se le ha desatado una auténtica pasión por, de entre todas las cosas posibles, las patatas fritas de la marca Smith's, de las que el señor Rossiter mantiene un suministro permanente. Colecciona las bolsitas de la sal que dice que les va a llevar a sus sobrinas y sobrinos cuando regrese a Moscú. Ésta es una de las cosas maravillosas de esta feria, que te permite descubrir aspectos diversos (a menudo muy sorprendentes) de tu propia cultura que entusiasman a la gente de otros países. Como agradecimiento, Andréi me ha invitado dentro de unos días al espectáculo del Ballet Bolshói en el Théâtre de la Monnaie en la ciudad, y a asistir después a una fiesta privada. Es todo un detalle por su parte, teniendo en cuenta que los consejos que le he dado hasta ahora han sido bastante triviales. La verdad es que se han limitado a sugerirle «bajar el tono» de la propaganda en su folleto, haciendo que resulte un poco menos obvia, y a utilizar un poco más de humor, lo cual es siempre una buena táctica en estas circunstancias.

Sólo tengo un motivo de discordia con Andréi. Se le ha metido en la cabeza que resultaría interesante para los lectores de *Sputnik* saber algunas cosas sobre la máquina ZETA del pabellón británico, y la última vez que se dejó caer por el pub puso todo su empeño en sacarle a Tony alguna información al respecto. Tony —que es (en mi modesta opinión) bastante ingenuo en lo que se refiere a asuntos políticos— no le ve nada malo, pero yo he intentado quitárselo de la cabeza. De hecho, me pregunto si Tony, Emily y Andréi no se están haciendo demasiado amigos. ¿He mencionado que nuestro amigo moscovita es un tipo muy apuesto? Cuando pillo a Emily mirándolos a los dos, es difícil dilucidar cuál de los dos parece gustarle más.

Cambiando por completo de tema, la semana pasada hubo aquí otro congreso. En esta ocasión se trataba del segundo congreso anual de la Sociedad Belga de Urología. Un grupo de delegados vinieron a probar nuestra cerveza el viernes por la tarde. Por suerte no sucedió ninguna adversidad durante su visita.

Con todo mi cariño,

Thomas

P.S.: He vuelto a abrir el sobre para añadir unas líneas para decirte que por fin me acaba de llegar tu última carta. Por lo que veo, las atenciones del señor Sparks no han mermado. ¡Una salida al cine y después una cena! Es una suerte que yo no sea celoso.

ESTIMULANTES ARTIFICIALES

Hay ciertas personas, pensó Thomas, que atraen la atención y otras que se funden con el fondo y se hacen invisibles, sin importar cuántas cosas interesantes tengan que decir. En ese momento le pareció una reflexión original, porque al menos para él era novedosa. Y la persona que se la había inspirado, sentada a unos pocos centímetros de él junto a la mesa de tablero de cristal y que ahora se llevaba un chupito de vodka a los labios y repartía su mirada equitativamente entre Tony Buttress y Andréi Cherski mientras el segundo estaba intentando convencer al primero de los muchos beneficios de las colonias de vacaciones soviéticas para niños, era Emily, la chica de Wisconsin.

El bar estaba llenísimo. Aunque Andréi le había dicho que no era necesario ir de etiqueta y que a nadie le importaría si iba con traje de calle, Thomas se sintió un poco incómodo, rodeado de tanta gente impecablemente vestida con pajarita blanca. En la sala retumbaba el bullicio de las conversaciones de después del espectáculo, la mayoría de ellas, aunque desde luego no todas, en ruso. Thomas, en cualquier caso, seguía sólo a medias la conversación de sus amigos. No podía dejar de mirar a Emily, y no sólo porque fuese muy guapa; ése era uno de los motivos (¿por qué negarlo?), pero lo que le atraía tenía más que ver con una extraña cualidad que Thomas intentaba definir; pensó que la palabra que mejor la describía era carisma, o magnetismo. O tal vez, si pensaba (como hacía a menudo durante esos días) en términos de física atómica, lo que Emily irradiaba era algún tipo de energía. Una energía que se concentraba en sus ojos y en el brillo de su sonrisa, más que en sus elegantes rasgos angulares o en su esbelta aunque algo masculina complexión.

De pronto ella se volvió y lo miró. Reía encantada por algún comentario deslizado en plena lucha dialéctica entre Tony y Andréi. Thomas se unió a sus risas, sonriendo débilmente, con poca convicción, molesto consigo mismo por no estar siguiendo la conversación. Se sentía excluido, dejado de lado: una sensación, pensó en ese momento, que últimamente se había convertido en familiar cuando estaba en compañía de esos tres.

—Vamos, Thomas, apóyame en esto —le pidió ella—. El señor Cherski nos quiere convencer de que esos campamentos de verano infantiles en el Báltico son paraísos de diversión y placeres inocentes, y la idea de utilizarlos para el adoctrinamiento político no se le pasa a nadie por la cabeza. Y tu amigo está contraatacando con un argumento francamente endeble, si se me permite decirlo.

—Lo único que digo —insistió Tony después de una pausa en la que quedó claro que Thomas no iba a intervenir— es que Andréi tiene razón. Después de todo, los niños americanos se van de campamento de verano cada año.

—Sí —dijo Emily—, para aprender a ser independientes y a disfrutar de la naturaleza.

—Y para ser bombardeados con todos los otros valores americanos —añadió

Andréi—. ¿No izan la bandera cada noche y cantan canciones patrióticas? Por supuesto que lo hacen. Insisto, en lo esencial, Occidente no es diferente del Este.

—Tiene razón —insistió Tony, vaciando su cuarto o quinto chupito de vodka—. Hay propaganda en los dos bandos. Y personalmente debo decir que lo de Artek^[8] suena de maravilla. Daría lo que fuera por ir allí.

—Cariño, estoy empezando a pensar que eres prácticamente comunista —dijo Emily, haciéndole cosquillas juguetonamente por debajo de la barbilla. Thomas se preguntó si la palabra empleada significaba algo o si Emily era del tipo de persona que llama a todo el mundo «cariño». Después de todo, era actriz.

—Mi objetivo —explicó Andréi— es convertirlos a todos en comunistas. Mis armas son el ballet y el vodka.

Para enfatizar ambas palabras, primero esbozó unos pasos de baile por el bar del Théâtre de la Monnaie y después alzó la botella en la que sólo quedaba un cuarto del líquido.

Tony y Emily rieron. Con un poco de retraso se les unió Thomas, de nuevo sin mucho entusiasmo. Empezaba a tener la sensación de que los otros dos estaban de algún modo demasiado predispuestos a aceptar la incesante efusión de sentimientos pro soviéticos de Andréi como poco más que una deliciosa extravagancia; y sin embargo, por lo que él deducía, era algo que su nuevo amigo ruso se tomaba completamente en serio. De todos modos, no se quejó cuando Andréi le llenó el vaso junto con los de los demás. Ese hombre podía ser muy persuasivo, de eso no había duda. Y, en cualquier caso, ¿qué otra cosa podía hacer uno sino beber vodka después de una velada de ballet ruso? Pensó que lo mejor sería relajarse y disfrutar del momento.

—Señor Cherski, ¿esto lleva mucho alcohol? —preguntó Emily, de modo no muy inocente—. Porque desde luego por el sabor una diría que sí. De hecho, sabe como si no llevase otra cosa.

—Señorita Parker, ¿cree usted que yo intentaría emborracharla? —respondió el ruso con aire cándido—. Vamos. Somos amigos. Podemos confiar los unos en los otros. *Buden zdorovy!* —Y al oír estas palabras los tres hombres se bebieron su vodka de un trago, tal como les habían dicho que debían hacer. Emily bebió un prudente sorbito y, como en las anteriores ocasiones, hizo una mueca cuando el áspero líquido se deslizó por su garganta.

—Yo creía que los rusos decían *Na zdorovie* cuando proponían un brindis —comentó Emily.

—Eso es un mito popular —le aclaró Andréi—. Lo utilizamos con los extranjeros porque, como no les suena ninguna otra fórmula, lo sueltan y nosotros somos demasiado educados y les seguimos la corriente para no hacerles sentir incómodos. Pero ningún ruso utilizaría estas palabras con otro ruso. Tenemos un protocolo muy elaborado para los brindis. Hay diferentes tipos de brindis según la ocasión. Hay brindis que requieren decir unas palabras siguiendo un orden predeterminado. Hay

brindis que marcan el inicio de una celebración y otros que indican el final. ¡Venga, bebamos! Yo os guío. —Dijo unas cuantas palabras más en ruso, una frase especialmente reverberante, florida y musical, en respuesta a la cual Emily, mirando a Andréi con una mezcla de escepticismo y adoración, se bebió el vodka que le quedaba en el vaso.

—Es una lengua preciosa —admitió Emily—. Al menos tal como la pronuncias tú. ¿Qué acabas de decir?

—Éste —admitió Andréi— es un brindis relativamente nuevo, de la época más reciente de la Unión Soviética. Traducido con cierta libertad, sería: «Que completéis en el plazo previsto las tareas que os han sido asignadas».

Emily volvió a clavarle la mirada unos instantes.

—Qué poético —dijo, con las comisuras de los labios temblándole ligeramente. Y recuperando la compostura, se puso en pie—. Tengo que hacer una breve visita al aseo de señoras —añadió y desapareció en dirección al guardarropa.

Los tres hombres contemplaron con silenciosa admiración su silueta mientras se alejaba.

—Tu amiga es un encanto. Un verdadero encanto —comentó el señor Cherski volviéndose hacia Tony.

—Gracias. Estoy completamente de acuerdo.

—Con su permiso, caballeros, voy a pedir otra botella. Esta noche la música de Chaikovski me ha transportado a otro mundo y estoy seguro de que todos queremos permanecer en él el mayor tiempo posible, con la ayuda de estimulantes artificiales si es necesario.

Andréi no se dirigió a la barra, sino a uno de los camareros, con el que intercambió unas palabras en voz baja. Por lo visto estaba solicitando una botella en concreto, que sólo se podía obtener mediante una petición especial. Mientras esto ocurría, Tony se percató de que Thomas consultaba su reloj.

—¿Qué sucede, muchacho?

—Oh, nada. Es sólo que Anneke ya tendría que haber llegado. Prometió que pasaría por aquí.

El rostro de Tony se ensombreció al escuchar ese nombre. Thomas se quedó desconcertado.

—¿Por qué frunces el ceño? Pensaba que te caía bien.

—Oh, *ella* me cae bien. Lo que no me gusta es tu actitud con ella.

Thomas suspiró.

—Ya hemos hablado de eso.

—Sí, lo hemos hecho. Y nunca he obtenido una explicación satisfactoria sobre a qué crees que estás jugando.

—No tengo nada que decir.

—¿Todavía no se lo has contado?

—¿Contarle el qué?

—Lo de tu mujer. Tu familia.

Thomas dudó y, sin mucha convicción, respondió:

—¿Por qué debería hacerlo?

Tony negó con la cabeza, exasperado.

—Thomas, no quiero pensar que eres un canalla, porque me caes bien. Pero ésta es la conclusión a la que estoy llegando indefectiblemente. O eso o que estás hecho un completo lío. Y siendo muy ingenuo. La chica está cada vez más colada por ti, y tarde o temprano va a querer algo más que un casto besito en la mejilla al final de la noche.

Thomas pensó en ello y no logró dar con una respuesta razonable. De modo que finalmente todo lo que dijo fue:

—Oh, déjalo ya, ¿de acuerdo?

—Te estás encalleciendo —dijo Tony, sorprendido por el tono petulante en la voz de su amigo.

Emily regresó y rápidamente suavizó la tensión con un espontáneo cambio de tema.

—Querido —le dijo a Tony—, ¿crees que ahora sería un buen momento para comentarle al señor Cherski lo de los vestidos de Angela? —Y añadió, a modo de explicación para Thomas—: En Nueva York tengo una amiga, Angela Thornbury. Ha diseñado una colección de vestidos de noche absolutamente maravillosa, pero necesita una buena publicidad. Y pensaba que el señor Cherski podría echarnos un cable.

—No te sigo —dijo Thomas.

—Bueno, es editor de prensa, ¿no? Y está buscando temas para *Sputnik*.

—Pero sólo publica cosas sobre la Unión Soviética.

—Bueno, creo que eso es ser muy estrecho de miras. El objetivo de esta feria es promover el intercambio cultural. ¿Qué tal un artículo comparando la moda neoyorquina con la de Moscú? A mí me interesaría leer algo sobre ese tema, ¿a ti no?

—Daría una visión muy sesgada del asunto, y los vestidos de tu amiga no saldrían bien parados.

—De todas formas voy a comentárselo.

Y en efecto lo hizo, pero la respuesta de Andréi fue más educada que otra cosa.

—Bien, en cierto modo es una buena idea —dijo—. Contrastar los distintos modos de vida en el Este y en Occidente. Podríamos incluso ampliarlo a todo tipo de temas. La tecnología, por ejemplo.

En cuanto oyó esa palabra, Thomas lo miró con recelo.

—Como creo que ya te he dicho antes —continuó Andréi, ahora dirigiéndose a Tony—, ya estamos preparando un artículo sobre los avances soviéticos en fusión nuclear. Lo interesante sería comparar nuestros descubrimientos con los de los británicos.

—Bueno, eres completamente libre de hacerlo —le dijo Tony—. Como sabes,

somos bastante transparentes sobre nuestros avances. Forma parte de nuestra cultura. La máquina ZETA está expuesta para los visitantes en el pabellón británico.

Andréi soltó una carcajada.

—Sí, un facsímil de la máquina. Muy bonito de ver, pero de escaso interés para un verdadero científico.

—Por supuesto. Como el modelo del Sputnik en vuestra exhibición.

—Exacto. Ninguno de nosotros quiere mostrar demasiado. ¿Y por qué deberíamos hacerlo? Sería una tontería. Como siempre, el Este y Occidente se comportan del mismo modo. Sólo que vosotros siempre insistís en situaros moralmente por encima, pretendiendo que Occidente actúa de un modo diferente.

—Pero *somos* diferentes.

—Pues demostradlo.

—¿Cómo?

—Compartiendo información sobre la máquina ZETA con nuestros lectores.

Thomas le clavó la mirada. Algo en el tono de Andréi parecía haberle puesto en alerta.

—Me entran ganas de hacerlo —respondió Tony—, aunque sólo sea para demostrarte que estás equivocado.

—Escucha, amigo —intervino Thomas, plantándole la mano sobre el brazo a modo de advertencia—, esto es una estupidez.

Se disponía a seguir con sus recriminaciones, cuando apareció Anneke. Se puso en pie para saludarla y se produjo una situación incómoda que se prolongó unos instantes cuando él se acercó para darle un beso en la mejilla y ella (a menos que lo estuviese imaginando, por influencia de Tony) le ofreció los labios. Como resultado, el beso se depositó en un punto intermedio.

—Siento llegar tarde —se disculpó Anneke, ruborizándose de felicidad al verlo—. Ha sido un día cargadísimo de trabajo...

Y se puso a contar con todo lujo de detalles que una pareja holandesa había perdido a su hija de seis años en la feria, y ella y varias azafatas más se habían pasado dos horas buscando a la niña, hasta que al final dieron con ella nada menos que en las chozas de paja del pabellón del Congo Belga, mirando como hipnotizada a uno de los semidesnudos nativos que tiritaba de frío, poco acostumbrado al fresco de una noche de verano en el norte de Europa. Thomas asentía y sonreía ante cada novedad de la historia, aunque estaba mucho más interesado en la conversación que mantenían Tony y Andréi, porque el ruso no parecía dispuesto a dejar el tema de la máquina ZETA y Tony parecía no hacer otra cosa que animarlo a seguir por ahí, mientras Emily miraba alternativamente a uno y a otro, con un aire cada vez más preocupado, y cuanto más escuchaba Thomas, o más bien medio escuchaba a través de la cortina formada por el interminable y candoroso monólogo de Anneke, menos le gustaba lo que oía, sobre todo cuando oyó a Tony decir que siempre había querido visitar Moscú y a Andréi asegurarle que su casa siempre estaría abierta para recibirlo y a Emily

concluir que era maravilloso comprobar que dos personas de países opuestos podían mantener una amistad como la suya y que eso sólo demostraba que la política internacional no era más que un montón de sandeces, y a Tony mostrarse de acuerdo y decir que eso era la confirmación de lo que siempre había creído, que la carrera de las armas nucleares era una carísima y peligrosa pérdida de tiempo, y que él no creía que la Unión Soviética tuviese ningún tipo de intenciones agresivas hacia Occidente y que, en cualquier caso, ¿qué era tan fantástico del modo de vida occidental, basado por completo en el materialismo y la desigualdad?, y que puede que el comunismo no fuese perfecto, pero tampoco era la aberración que la gente pretendía, y Andréi exclamó: «Sí, ¡por fin! Un occidental que habla con sensatez», y agarrándolo por el hombro proclamó que era «uno de los nuestros», y a continuación los tres bebieron más vodka y le sirvieron más a Thomas, que después de otro par de chupitos se percató de que éste era fuerte, o sea *muy* fuerte, mucho más que el que habían bebido antes, y se percató difusamente de que ya no captaba muy bien qué estaba pasando allí, aunque de lo que sí se dio cuenta fue de que Emily tenía cogido por la cintura a Tony o más bien —y eso era muy raro— a Andréi, y poco después sintió la reconfortante presión del brazo de Sylvia alrededor de su propia cintura, sólo que —y eso también era muy raro— en realidad era el de Anneke, porque Sylvia estaba a cientos de kilómetros de allí, en Londres, pero, y eso era lo verdaderamente importante, la velada estaba resultando deliciosa, y toda esa gente era encantadora, y ahora llegaba otra persona encantadora, el amable señor Carter del British Council, que se acercaba para unirse a ellos, y se sentaba con ellos y le decía algo, pero él no supo qué le había dicho, porque el señor Carter sentado a su lado era lo último que podía recordar, no recordaba nada de lo que sucedió después; nada hasta que se despertó a primera hora de la tarde del día siguiente en una habitación de hotel desconocida con el peor dolor de cabeza que había padecido en su vida, una necesidad irrefrenable de agua fresca y un regusto en la boca que le provocaba arcadas.

WILKINS

Con una considerable fuerza de voluntad, Thomas incorporó su dolorido cuerpo hasta apoyarse en un codo y echó un rápido vistazo a la habitación.

Las ligeramente apolilladas cortinas estaban echadas y a sus ojos les llevó unos segundos acostumbrarse a la oscuridad. Al poco rato ya fue capaz de distinguir lo suficiente como para estar seguro de que no tenía ni idea de dónde estaba. Sintió una oleada de pánico y se reincorporó bruscamente. Notó un martilleo en la cabeza por la brusquedad del movimiento. A tientas en la penumbra, encontró el interruptor de la lámpara de la mesilla de noche y la encendió.

La habitación estaba amueblada con sencillez y distaba mucho de ser lujosa. Thomas oía el goteo de un grifo procedente del lavabo. Estaba completamente vestido. Desplazó las piernas hacia un lado de la cama y se puso en pie, moviéndose con más cuidado que antes, consciente de que cualquier gesto brusco le provocaría más dolor. Se acercó a la ventana —estaba a sólo dos o tres pasos— y corrió las cortinas. Pero el panorama que se veía desde allí no le dijo gran cosa. Sólo vio un callejón gris y barrido por la lluvia que lo separaba poco más de un metro de una pared de ladrillo. Incluso ahora resultaba difícil, debido a la tonalidad de la luz, adivinar qué hora del día debía de ser. Consultó su reloj. Eran las tres menos cuarto.

Después de meter la cabeza bajo un chorro de agua fría durante uno o dos minutos, palpar el bolsillo de su americana (que estaba colgada en el ropero) para comprobar que la cartera seguía allí, y echar una última mirada a la habitación para asegurarse de que no se dejaba ninguna de sus posesiones encima de alguna superficie, Thomas abrió sigilosamente la puerta y salió al estrecho pasillo alfombrado con una gruesa moqueta. Se guardó la llave en el bolsillo y cerró suavemente la puerta a sus espaldas. Todo estaba en silencio. No había ninguna camarera en el pasillo aspirando la moqueta o llevando sábanas limpias de una habitación a otra que le saludase sonriente al pasar junto a él con un «*Bonjour*». Rara vez se había visto envuelto por un silencio tan profundo.

Como no logró encontrar ningún ascensor, bajó tres tramos de escaleras y finalmente llegó a un sórdido y estrecho vestíbulo. La iluminación era escasa y no había nadie sentado detrás del mostrador de la recepción. Thomas pulsó el timbre. Al cabo de un rato apareció por la puerta del fondo un tipo larguirucho y desgarrado, de tez cetrina. Estaba comiendo un sándwich.

—*Oui*?

—*Bonjour, Monsieur* —dijo Thomas, y se recriminó a sí mismo por sonar tan respetuoso. Estaba a punto de adoptar un tono más autoritario cuando se dio cuenta de que no tenía ni idea de lo que quería preguntar—. Ejem, *je voudrais... le checkout?* —concluyó con un débil tono interrogativo.

—¿Número de habitación? —le preguntó el recepcionista.

Thomas echó un vistazo a la llave.

—Tres uno dos.

El tipo cogió la llave y hojeó un fichero que tenía sobre el mostrador. Levantó la cabeza, miró a Thomas y le dijo:

—No tiene nada pendiente de pago.

Estaba a punto de desaparecer de nuevo por la puerta trasera cuando Thomas —a punto él mismo de llegar a la puerta de la entrada y salir a la calle— se volvió, dudó un instante y le preguntó:

—¿Quiere decir que alguien ha pagado mi cuenta?

—Sí.

—¿Pero... quién? Si no le importa que se lo pregunte.

El tipo suspiró y volvió a repasar el fichero.

—Monsieur Wilkins.

—¿Wilkins?

—Wilkins.

Thomas y el recepcionista se quedaron mirándose unos instantes en silencio. Había un montón de preguntas que Thomas hubiese querido hacer, pero sospechó que sería una pérdida de tiempo.

—¿Ha disfrutado de su estancia? —le preguntó el recepcionista.

—Sí. Sí, he estado... muy cómodo.

—*Bien.*

El tipo le dio otro mordisco al sándwich y desapareció. Thomas se dio la vuelta y salió a la calle.

En las últimas semanas había visitado muy pocas veces el centro de Bruselas, que era donde ahora mismo supuestamente se encontraba. No reconocía la zona en absoluto. Después de recorrer unos cien metros salió a un ancho bulevar, lleno de tiendas y cafés, en el que un tráfico denso circulaba por dos carriles de sentidos opuestos. No podía decirse que brillase el sol —de hecho, tenía serias dificultades para abrirse camino entre el muro de grisáceas nubes—, pero había un resplandor suficiente para que Thomas hiciese un gesto de dolor y cerrase los ojos. Mirando a lo lejos, divisó lo que parecía una hilera de taxis y se apresuró hacia allí. Le dijo al taxista que le llevase al Motel Expo en Wemmel.

El recorrido en taxi pareció empeorar su dolor de cabeza y sus náuseas. Apenas logró recomponerse para bajar del vehículo y contar los billetes para pagar la carrera. Una vez que el taxi se hubo marchado, él cruzó ante el aburrido y ausente Iósif Stalin de la recepción, tratando de pasar desapercibido, e hizo el ya habitual recorrido hasta su hogar temporal. Mientras avanzaba entre los abovedados bungalows tuvo que detenerse en dos ocasiones para apoyarse contra una pared, recuperar fuerzas y esperar a que desapareciese la sensación de mareo. Le llevó varias titubeantes tentativas lograr introducir la llave en la cerradura.

Thomas tenía la esperanza de que al regresar esa tarde a su bungalow recuperaría cierta sensación de normalidad. Pero en cuanto entró, descubrió algo más

desconcertante que todo lo que le había sucedido en ese ya de por sí desconcertante día.

La primera señal de que algo raro había pasado apareció cuando se metió en el cuarto de baño para volver a remojarse la cabeza. Vio que el cepillo de Tony no estaba. Tampoco su pasta de dientes (la nueva, la especial con las rayitas), ni su maquinilla de afeitar, ni la espuma, de hecho su neceser al completo había desaparecido. Thomas volvió a toda velocidad al dormitorio, abrió bruscamente el armario y descubrió que la mitad que le correspondía a Tony estaba completamente vacía. Camisas, corbatas, americanas, ropa interior..., todo se había volatilizado. Echó un vistazo debajo de la cama, donde Tony guardaba sus maletas. También se las habían llevado.

Thomas se sentó en su cama y, nervioso, se mesó los cabellos. Se dio cuenta de que estaba temblando y respiraba aceleradamente. Allí pasaba algo raro, y no le gustaba la pinta o las vibraciones que le transmitía la situación. No le gustaba nada.

Llamaron a la puerta y la abrieron de golpe (Thomas la había dejado entornada). Y ante él apareció la última de la sucesión de sorpresas del día.

—¡Anneke! —exclamó—. ¿Qué haces aquí?

—El hombre de la recepción me ha dado el número de tu bungalow —dijo ella—. He pensado que debía pasar antes de entrar a trabajar.

—¿Pero por qué?

—Quería comprobar que estabas bien. Estaba preocupada por ti.

Avanzó unos pasos. Thomas se dio cuenta de que no tenía dónde sentarse. Avergonzado, apartó la pila de ropa sucia amontonada encima de la única silla que había en la habitación; una modesta e incómoda silla de madera, en absoluto adecuada para apoltronarse en ella ni, de hecho, siquiera para recibir a un visitante.

—Aquí, por favor —le indicó con un gesto la cama. Anneke se sentó allí, sonriendo secretamente para sus adentros, mientras él se acomodaba torpemente en la silla.

—Bueno —dijo ella, sin perder la sonrisa y disfrutando claramente de la novedad de la situación—. Ahora entiendo por qué Tony y tú habéis intimado tanto y tan rápido. Esto es muy... íntimo. ¿Qué pasa cuando uno de vosotros quiere traer a una de sus conquistas románticas aquí?

—Ése es el problema —dijo Thomas—. Quiero decir que ése no es el problema... El problema es que Tony parece haberse marchado. Han desaparecido todas sus pertenencias.

—¿Desaparecido?

—Evaporado. *Disparu*.

Anneke reflexionó.

—Quizá sencillamente es que se ha ido a trabajar.

—¿Con su cepillo de dientes? ¿Y toda su ropa? ¿Y las dos maletas?

—Es muy raro —admitió ella, frunciendo el ceño.

—Dime, ¿qué pasó exactamente anoche?

—¿A ti o a Tony?

—A los dos. En primer lugar supongo que a mí.

—Bueno... —Anneke se echó hacia delante y le miró a los ojos. Era una mirada llena de preocupación y llena de afecto, que a él le llegó al alma, aunque no se dio cuenta o lo reflejó hasta pasado un rato—. Creo..., tengo la impresión... de que estabas muy borracho.

—Eso está claro. ¿Hice algo terrible, como subirme a la mesa y ponerme a bailar al ritmo de la balalaika o algo por el estilo?

—Nada de eso. Te quedaste dormido. En mi regazo. Fue bastante tierno, la verdad. Todo el mundo opinó lo mismo, no sólo yo.

—¿Todo el mundo?

—Sí. Tony, la señorita Parker, el señor Cherski y el señor Carter.

—¿Carter? ¿Estaba allí?

—Sí, estaba. ¿No recuerdas que se unió a nosotros? De hecho, fue el que empezó a mostrarse preocupado cuando no logramos despertarte.

Anneke le explicó cómo el señor Cherski y el señor Carter finalmente lograron trasladarlo, medio a rastras, hasta la calle. Una vez allí, el señor Carter llamó a un taxi y se llevó a Thomas, presumiblemente a un hotel, mientras que el señor Cherski se reunió de nuevo con ellos en el bar.

—Después de eso —continuó Anneke—, empecé a sentirme muy cansada. Y como tú ya no estabas, no tenía ningún interés en seguir allí. Iba a pasar la noche en la residencia que utilizan algunas de las azafatas en Laeken. Así que Tony, la señorita Parker y el señor Cherski me acompañaron hasta allí. Iban entonados y armando mucho barullo. No pararon de cantar durante todo el trayecto. Según el señor Cherski eran canciones infantiles del campo de jóvenes pioneros de Artek. Y en cuanto yo llegué a la puerta, se despidieron y Tony le dijo al señor Cherski: «Vamos, tenemos que enseñarte esos dibujos». Y se marcharon, calle abajo, hasta desaparecer en la oscuridad. Los tres juntos.

Thomas la miró horrorizado.

—¿Dibujos? ¿Qué dibujos?

—No tengo ni idea. Pensaba que tú sabrías de qué hablaba.

Thomas se mesó de nuevo los cabellos. ¿Podía ser tan horrible como parecía?

—¡Espera un momento! —exclamó—. Hablaron de dibujos antes. La amiga de Emily es diseñadora de modas. Querían que Andréi publicase algunos de sus bocetos en su folleto.

—¿En serio? —dijo Anneke—. Mientras yo estuve allí, parecían hablar todo el rato sobre esa máquina. Esa en la que ha estado trabajando Tony.

Thomas pensó en eso. Era cierto. Trató de recordar de nuevo los detalles de la conversación de la noche anterior, pero todo era demasiado borroso. ¿Por qué había permitido que Andréi le atiborrara de vodka? Debería haber sabido decir basta.

Todavía le dolía la cabeza y le costaba concentrarse. Necesitaba café, un café cargado.

Anneke lo miraba muy quieta, con una mirada rebotante de compasión. Se miraron unos instantes. El sol debía de haberse abierto paso entre las nubes, porque el cabello y el rostro de Anneke quedaron iluminados momentáneamente por un fugaz rayo que se coló por la claraboya del techo. Estaba guapísima. Thomas sintió deseos de acercarse a ella y besarla.

—Deberíamos irnos —dijo.

—Sí. Yo tengo que empezar mi turno.

—Voy a ir al pabellón británico a hacer algunas indagaciones. Tiene que haber alguna explicación perfectamente racional para todo esto.

Pero la confianza de Thomas resultó poco justificada. Cuando llegó al pabellón se encontró con algo todavía más alarmante. Una de las piezas de la exposición había desaparecido.

—Disculpa —le dijo a uno de los subalternos del pabellón, con un tono en el que apenas logró disimular el temblor de la voz—, pero... ¿dónde está? ¿Dónde está la máquina ZETA?

—Se la han llevado esta mañana —dijo el subalterno.

—¿Se la han llevado? ¿Y quién ha dado la orden?

—El señor Buttress, señor. Vino a supervisar el trabajo él mismo. Él y un par de chicos lo desmontaron todo y lo cargaron en una furgoneta.

—¿Y después qué? ¿Adónde se lo llevaban?

—Eso no sabría decírselo, señor. Pero ha dejado un buen hueco, ¿no le parece? Vamos a tener que llenarlo con alguna otra cosa. Parece que en un día o dos nos va a llegar algún tipo de nuevo ordenador gigante.

Mientras reflexionaba sobre las implicaciones de todo esto, Thomas le dio las gracias al subalterno y bordeó a la carrera el lago ornamental en dirección al Britannia. Saludó secamente al señor Rossiter, se abrió camino entre la multitud de clientes y se deslizó detrás de la barra. Le pidió a Shirley que le preparara un café bien cargado en cuanto tuviese un momento y fue directo al teléfono.

—¿Puede ponerme con el señor Carter, por favor? —dijo, después de marcar el número de la oficina del British Council en Bruselas—. Mi nombre es Foley. Dígame que es muy urgente.

Al poco rato escuchó al otro lado del teléfono la tranquilizadora y jovial cantinela del señor Carter.

—Buenas tardes, Foley. Veo que sigues en el mundo de los vivos, ¿no es así?

—Sí, más o menos. En buena medida gracias a ti, por lo que me han contado.

—No tiene importancia, muchacho. Gajes del oficio. Pero la próxima vez ten más cuidado con ese destilado de patata. Ese brebaje es mortal. En cualquier caso, ¿qué tal el hotel? Siento que no te depositásemos en un templo del lujo ¿Estaba todo en orden con la factura?

—Sí, estaba todo pagado. A nombre de Wilkins, sea quien sea ese hombre. —El señor Carter no hizo ningún comentario. No quedaba claro si su silencio significaba que ese nombre no le decía nada o todo lo contrario—. Bueno, en cualquier caso, tienes mi eterno agradecimiento por cómo manejaste el asunto. Pero ése no es el motivo de mi llamada. Escucha, Carter, hoy han sucedido algunas cosas muy raras. —Eché un vistazo a su alrededor, pero no parecía haber nadie escuchando, excepto Shirley, que estaba plantada a su lado con el café—. Tony, Tony Buttress, ha desaparecido. Se ha esfumado. Ha recogido todas sus pertenencias y se ha largado, sin siquiera dejar una nota. Y lo que es todavía peor... —Thomas bajó todavía más la voz—, *la máquina también ha desaparecido*.

Se produjo de nuevo un largo silencio al otro lado de la línea.

—No sé si te sigo, muchacho.

—La máquina. La máquina ZETA.

—Bien, ¿y eso cómo puede haber sucedido?

—Por lo que parece, el propio Tony apareció a primera hora de la mañana y se la llevó. Unas ocho horas después de que tanto tú como yo le oyésemos decirle al señor Cherski lo estupendo que sería para las relaciones internacionales que los rusos lo supieran todo sobre ella.

De nuevo el señor Carter respondió con un silencio. Thomas tenía claro que esas revelaciones le habían impactado.

—Muy bien —por fin llegó la voz—. Situación comprendida. Creo que nos estamos metiendo en aguas pantanosas, Foley. Voy a tener que hacer algunas consultas. Voy a... hacer algunas indagaciones y después te telefonaré. O alguien lo hará. ¿Dónde estás? ¿En el pub?

—Sí.

—Entonces no te muevas de ahí. Quédate ahí para que te podamos localizar en este número. Tendrás noticias nuestras en una o dos horas.

—Entendido. Pero lo que yo realmente quería...

Thomas se quedó mirando el auricular. El señor Carter ya había colgado y la comunicación se había cortado.

Se entretuvo el resto de la tarde reordenando la exposición de grabados náuticos del Club de Expositores del piso superior. Cuando acabó, sacó brillo a los vasos y revisó la cantidad de líquido que quedaba en las botellas de licor colocadas encima de la barra, dado que el señor Rossiter no parecía haber hecho esa comprobación desde hacía algún tiempo. Estaba todavía en el piso superior cuando oyó que Shirley le llamaba por encima del bullicio de la sala principal del pub.

—¡Señor Foley! ¡Al teléfono!

Al responder la llamada, Thomas se encontró con una voz que no le era familiar y se dirigía a él con un tono neutro.

—¿Foley?

—Sí, soy yo.

—Perfecto. Ahora escúcheme atentamente. Queremos que venga al parque Josafat esta noche. A las nueve.

—Pero, oiga, cuando utiliza usted el plural, ¿a qué se refiere? ¿Con quién hablo?

—Busque un banco en la esquina noroeste de parque. Debe llevar un ejemplar de un periódico. *De Standaard*. Ábralo por la página veintisiete. ¿Lo ha entendido?

—Bueno, sí, eso lo he entendido, pero lo que no entiendo es quién...

Parecía un día en el que la gente ponía un especial empeño en colgarle. De nuevo se encontró contemplando un auricular mudo. Shirley se rió y le ofreció otro café.

Esa noche a las nueve todavía había luz. Sin embargo, el aire era ya frío y el parque estaba casi desierto. Durante los primeros minutos la única compañía de Thomas fue una mujer mayor que paseaba a dos caniches diminutos. Al menos él dio por hecho que era una mujer mayor. Los sucesivos acontecimientos del día habían resultado tan surrealistas e inexplicables que no le habría sorprendido que finalmente hubiese resultado ser el misterioso interlocutor telefónico de esta tarde, perfectamente disfrazado. Pero no, en cuanto ese personaje hizo su aparición, lo reconoció de inmediato. Llevaba la gabardina beige y el sombrero de fieltro de rigor, y se le distinguía ya en la distancia, incluso en el crepúsculo. Thomas se acomodó en el banco y alzó su ejemplar del periódico en un ángulo que no le permitía leerlo, pero lo haría claramente visible para el desconocido que avanzaba hacia él. La estratagema pareció funcionar, porque el hombre se sentó a su lado y clavó los ojos en el periódico durante unos instantes, antes de cruzar la mirada con Thomas, volver a fijarse en el periódico y de nuevo mirar a Thomas, aparentemente indeciso. Por fin, se aclaró la garganta y habló.

—¿Señor Foley?

Thomas asintió.

—Por supuesto que soy el señor Foley. ¿Tenemos que hacer todo este paripé? ¿Ve a alguien más leyendo el *De Standaard* en esta esquina del parque?

—Está usted leyendo la página veintitrés. Le dije que lo tuviese abierto por la veintisiete.

—Sólo tiene veinticuatro páginas.

—¿En serio? Tendría que haber pensado en eso. Maldita sea. —El despiste pareció preocuparle seriamente durante unos instantes, pero enseguida lo dejó correr y se puso en pie impetuosamente—. Sígame, ¿de acuerdo?

Se alejó con pasos rápidos. Thomas se apresuró para no quedarse atrás.

—Sí, pero escuche, ¿adónde vamos? ¿De qué demonios va todo esto?

—Ya lo averiguará.

—¿Cuándo?

—A su debido tiempo.

—Podría al menos decirme cómo se llama usted.

—Mi nombre es Wilkins.

Llegaron al final del parque. Wilkins miró a un lado y a otro de la calle, escudriñó una fila de coches aparcados y de nuevo se volvió a mostrar indeciso. Al cabo de unos segundos, un par de faros lanzaron un destello desde uno de los coches.

—¡Ah! Ahí está.

Guió a Thomas hasta el coche, un Volkswagen escarabajo verde. El conductor se inclinó y les abrió la puerta del copiloto.

—¿Por qué demonios has venido con este trasto? —le recriminó Wilkins al conductor, señalando con un gesto impaciente el coche—. ¿No podrías haber elegido uno un poco más grande? —El conductor no respondió. Wilkins suspiró exasperado—. Vamos —le dijo a Thomas—. Tendremos que apretarnos un poco.

Era más fácil decirlo que hacerlo. Wilkins era un hombre corpulento y el propio Thomas no era precisamente un peso pluma. La primera intentona, con Thomas entrando primero y Wilkins metiéndose después, no funcionó; Wilkins quedó bloqueado entre el asiento del pasajero y el marco de la puerta y sólo logró liberarse tras una prolongada y enérgica lucha, acompañada por una retahíla de gruñidos de indignación. Cuando por fin consiguieron sentarse ambos en el asiento trasero, estaban tan apretados uno contra el otro que apenas podían respirar, y mucho menos moverse.

—¿Va a ser un trayecto largo? —preguntó Thomas—. Porque, de ser así, será mejor que me quite la chaqueta.

Esa acción también presentó grandes dificultades. Para cuando había logrado completar la mitad de la operación —después de propinarle al menos un codazo involuntario en el ojo a Wilkins—, ambos estaban a punto de perder por completo los nervios.

—Por el amor de Dios, muchacho —se quejó Wilkins—, ¿por qué no se ha dejado la chaqueta puesta en lugar de complicarlo todo?

—Ya casi lo he logrado —dijo Thomas, tirando de la manga que todavía tenía que sacarse—. Y debo decir que sería mucho más fácil si esa... cosa que lleva en el bolsillo no me dificultase la maniobra. ¿Qué diablos es?

—Mi pistola, por supuesto.

Thomas detuvo el proceso de doblar la chaqueta sobre su regazo y miró a Wilkins pasmado.

—¿Una pistola? ¿Pero qué dice? ¿Me está apuntando?

—Por supuesto que sí.

—¿Y por qué?

—Maldita sea, muchacho. Me parece que no entiende usted la gravedad de la situación. Ahora póngase esto y cálese.

Le entregó a Thomas una tira de tela negra.

—¿Qué es esto?

—¿Qué cree que es? Una venda para los ojos. Estese quieto mientras se la anudo.

—¿Pero qué...?

Al recordar la presencia de la pistola, Thomas decidió que protestar, no digamos ya resistirse, iba a resultar inútil. Esperó en silencio a que Wilkins le anudase la venda.

—Muy bien —dijo éste satisfecho—. Creo que así está bien. ¿Cuántos dedos tengo levantados?

—Tres —respondió Thomas.

—Maldita sea mi estampa, ¿cómo lo sabe? ¿Ve a través de la venda?

—No, lo he adivinado.

—No tiene usted que adivinar nada. Por Dios, hombre, estoy intentando asegurarme de que no ve adónde vamos. No estamos aquí para jugar a las adivinanzas. ¿Cuántos dedos tengo levantados?

—No tengo ni idea. No veo un carajo.

—Estupendo. Eran cuatro, por cierto. Aunque eso da igual. Y ahora calladito. Vamos a ir aquí apretados durante un rato y no tengo ganas de cháchara.

El conductor arrancó el motor, el coche dio una sacudida y se alejó por la calle desierta y tranquila en plena noche de verano.

UN BUEN EMBROLLO

El trayecto fue largo (duró, conjeturó Thomas, aproximadamente una hora y cuarto) y muy incómodo. Al cabo de unos veinte minutos dedujo que dejaban atrás el bullicio del tráfico de la ciudad y se adentraban en la campiña, aunque seguían circulando por carreteras principales poco sinuosas. Hubo suficientes giros a derecha e izquierda en una sucesión azarosa como para que sospechase que no tenían más finalidad que despistarlo. Sólo en el último cuarto de hora el coche redujo la velocidad y las carreteras parecieron hacerse más estrechas y menos fiables. Thomas y Wilkins se hubiesen bamboleado considerablemente en algunos giros bruscos de no ser porque iban empotrados el uno contra el otro.

Finalmente, después de ascender por una pendiente suave pero constante durante varios minutos, el coche se detuvo un momento, con el motor encendido; después dio un brusco giro a la derecha y se adentraron en una pista de tierra, por la que avanzaron a lo largo de aproximadamente un kilómetro, dando sacudidas y bandazos. Después el coche giró a la izquierda y se detuvo bruscamente. Se apagó el motor e inmediatamente se confirmaron las sospechas de Thomas: estaban en plena campiña. El silencio que los envolvía era casi total, enfatizado por el rítmico ulular de un búho solitario, que parecía estar a unos pocos metros.

—Estupendo —dijo Wilkins—. Salgamos de esta lata de sardinas.

Salir resultó un proceso tan complicado, interminable y malhumorado como el de meterse, o incluso más en el caso de Thomas, porque seguía con los ojos vendados. Liberado por fin del encierro en el estrecho vehículo, se quedó allí clavado unos instantes, respirando aire puro y notando bajo sus pies la presencia de gravilla, hasta que percibió el cañón de la pistola de Wilkins presionando de nuevo contra sus costillas.

—Vamos —ordenó su secuestrador—. Por aquí, y nada de movimientos raros, por favor.

Caminaron unos quince o veinte metros por la gravilla. Después alguien —presumiblemente Wilkins— llamó golpeando con fuerza en una gruesa puerta de madera con una aldaba de hierro. Les abrieron y entraron. Nadie dijo una palabra.

Recorrieron un pasillo que, por la manera en que resonaban los pasos de Thomas, debía de tener un pavimento de baldosas. Había un pequeño escalón con el que casi tropezó. El pasillo era bastante largo, por lo que Thomas imaginó que la casa —si es que realmente era una casa— tenía que ser grande. Al final del pasillo se abrió otra puerta y lo empujaron para que la cruzase.

—Ya hemos llegado —anunció Wilkins—. Lo hemos conseguido. Hogar dulce hogar.

Le quitó la venda y Thomas parpadeó ante el repentino resplandor de una lámpara que colgaba del techo. Todavía parpadeando, echó un vistazo a su alrededor. Estaba en un pequeño dormitorio de la planta baja, sencilla pero confortablemente

amueblado con voluminosos muebles de madera oscura. La ventana tenía los postigos cerrados. Las paredes eran de un tono amarillo mostaza y estaban decoradas con reproducciones (¿o eran originales?) de paisajes de estilo flamenco. Además de la cama individual, había una mesa y una silla. En conjunto, resultaba más acogedor que el bungalow de Thomas en el Motel Expo.

—Muy bien —dijo, volviéndose hacia Wilkins—. He tenido mucha paciencia. Ahora podría tener la amabilidad de explicarme el propósito de este absurdo lío.

—Veo que le han dejado un tazón de leche con cacao —comentó Wilkins, señalando con un gesto de la cabeza hacia la mesilla de noche—. Yo que usted me la tomaría. Le ayudará a conciliar el sueño.

—¿Me está diciendo en serio que...?

—Buenas noches, muchacho. Dulces sueños y demás. Vendrá alguien por la mañana. Y apuesto a que se lo aclararán todo.

Y antes de que Thomas pudiese intentar sonsacarle alguna otra información, se marchó y cerró la puerta tras él. Thomas agarró el pomo y trató de moverlo con todas sus fuerzas, pero fue inútil. Y no tardó en descubrir que la ventana también estaba sellada.

Abatido, se sentó en su nueva cama y cogió el tazón de leche con cacao. No había comido nada en todo el día —excepto una bolsa de patatas fritas Smith's en el Britannia— y empezaba a notar auténticos pinchazos de hambre. Oisqueó cautelosamente el contenido del tazón varias veces y después dio dos o tres sorbos. Estaba tibio, de modo que era fácil de beber en unos pocos tragos. Y el sedante que llevaba debía de ser fuerte, porque no se despertó hasta bien entrada la mañana siguiente.

Ni siquiera el ruido de la llave girando en la cerradura y de la puerta al abrirse lo despertó; sólo lo consiguió la repentina invasión de luz —el alentador sol de la mañana— cuando quitaron los seguros de los postigos y los abrieron de par en par. Se incorporó en la cama y vio que había una mujer mayor en la habitación. Iba de un lado a otro, quitando el polvo, vaciando la papelera, recolocando en su sitio el mobiliario. La mujer recogió su cacao y observó el tazón con cierto desagrado.

—*Waarom blijf je zo lang in bed liggen?* —musitó—. *Ik heb wek te doen. Ik moet deze kamer schoonmaken en klaar maken. Er komt nog iemand wanavond is me gezegd.*

Thomas se levantó de la cama, frotándose los ojos. Era la segunda noche seguida que dormía con la misma ropa. Se sentía sucio y cansado, y su dolor de cabeza era más fuerte que nunca.

—¿Dónde estoy? —preguntó.

—*Naar buiten! Nu! Onbijt!* —dijo la mujer.

Thomas se acercó a la ventana. Tuvo que admitir que la vista resultó una

agradable sorpresa. En el exterior del dormitorio había un porche de madera y, más allá, un extenso prado. En los primeros cien metros la hierba estaba perfectamente segada y a partir de ahí habían dejado que creciese libremente, mezclada con flores silvestres de todos los colores imaginables. Había esculturas de estilo moderno colocadas a intervalos regulares entre la hierba, y a lo lejos se distinguía una hilera de altos robles, cuyas siluetas destacaban regias contra el inmaculado azul del cielo veraniego. A la izquierda vio extensos campos de maíz y a la derecha, un prado en el que tres caballos marrones y un poni mordisqueaban satisfechos unas balas de heno.

—*Kom mere!* —dijo la mujer, plantada en la puerta y gesticulando con impaciencia—. *Naar buiten! Volg me!*

Thomas se volvió y la siguió por el largo pasillo que había recorrido pero lo visto la noche anterior. Las paredes estaban cubiertas de estanterías con libros y más cuadros con marcos de roble oscuro. Tenía un aire lúgubre, pero esa sensación se disipó rápidamente cuando desembocaron en una luminosa y aireada sala de estar situada a la derecha, que también atravesaron. La anciana guía de Thomas lo condujo a través de varias puertas acristaladas y salieron a la terraza, bañada por el resplandor del sol matutino. Y allí había una gran mesa redonda ya preparada para el desayuno: mantel blanco de hilo, cubertería de plata, todo lo necesario. Y sentados alrededor, claramente esperando su aparición, dos figuras familiares cuya presencia en esa misteriosa casa le pareció de pronto cansinamente inevitable.

—¡Ah! ¡Buenos días, Foley! —saludó el señor Radford.

—Un placer volver a verle —dijo el señor Wayne.

—Coja una silla.

—Coja un reposaculos.

—Sírvese café.

—La taza que todo lo cura.

—Es muy bueno.

—Si le gusta al estilo continental.

Thomas se sentó sin decir palabra. Dar los buenos días no parecía muy apropiado por su parte, dado el modo en que había llegado a aquella casa. Dejó que el señor Radford le sirviese un poco de café y se lo bebió con sorbos impacientes. Después se produjo un largo silencio. El señor Wayne estaba ocupado untándose mantequilla en una tostada y echándose encima mermelada de fresa. El señor Radford, concentrado descascarillando la parte superior de un huevo pasado por agua, dando suaves golpecitos con el reverso de una cucharilla de té.

—Una mañana preciosa —comentó por fin el señor Wayne.

—Deliciosa —añadió el señor Radford.

—¿Me puedes pasar el azúcar, muchacho?

—Por supuesto. ¿Más leche?

—Sólo una nube. Muchas gracias.

Mientras tanto, Thomas se sirvió una tostada y un huevo. No estaba dispuesto a

iniciar él la conversación, preguntándoles por qué lo habían traído allí. Durante varios minutos los tres ingleses continuaron en silencio, concentrados en desayunar y contemplar el paisaje.

—Bueno, Foley, ha sido todo un detalle por su parte venir hasta aquí para unirse a nosotros —dijo por fin el señor Wayne.

—No sabía —ironizó Thomas— que tuviese elección al respecto.

—Mi querido amigo —intervino el señor Radford—, ¿a qué se refiere?

—Teníamos entendido que le había acompañado Wilkins.

—Obligándome a subir a un coche y apuntándome con una pistola, sí.

—¿Una pistola?

A oír eso ambos sofocaron la risa.

—¡Una pistola! ¡Por el amor de Dios!

—¡Pobre Wilkins!

—Es la monda.

—El colmo.

—Vive en un mundo de fantasía, pobre muchacho.

—Lee demasiados libros de éstos. Ya sabes a cuáles me refiero.

—Sí que lo sé. ¿Cómo se llama el autor?

—Fleming. ¿Usted los ha leído, Foley?

—No, no los conozco.

—Ejercen una influencia terrible, ¿sabe?...

—... en los muchachos que trabajan en nuestro departamento.

—Pura ficción, por supuesto. Recorrer las cuatro esquinas del planeta...

—Sacudir a la gente a las primeras de cambio...

—Acostarse con una mujer distinta cada noche...

Ese detalle parecía resultarles a ambos especialmente inverosímil.

—Sé sincero, Radford, ¿cuándo fue la última vez que lo hiciste?

—¿Te refieres a sacudir a alguien?

—No..., a acostarte con una mujer distinta.

—Bueno, depende de a lo que te refieras. ¿Distinta de quién?

—Distinta de la última con la que te acostaste, supongo.

—Ah, bueno, en ese caso, la verdad es que no soy capaz de recordarlo.

—¿Ni siquiera remontándote al pasado lejano?

—Ni siquiera, muchacho.

—¿Lo ves? No tiene ni un ápice de base real.

—En ese caso, Foley, si se ha sentido incomodado, acepte nuestras disculpas.

—¿Incomodado? —dijo Thomas—. En absoluto. Me encanta que de vez en cuando me conduzcan a algún lado con los ojos vendados durante unas horas.

—¿Conducirle con los ojos vendados? —preguntó el señor Wayne.

—No nos estará diciendo —intervino el señor Radford— que Wilkins obligó al conductor a ponerse una venda en los ojos durante el trayecto hasta aquí.

—Por supuesto que no.

—Gracias a Dios.

—Al fin y al cabo, hay unos límites.

—Procedimientos de seguridad básicos y ese tipo de cosas.

A esas alturas Thomas ya se sintió preparado para preguntar:

—En cualquier caso, ¿dónde demonios estoy?

—Bueno, la verdad es que no podemos decírselo, muchacho.

—¿Qué sentido hubiese tenido entonces la venda?

—¿Pero qué es este sitio?

—Vamos, se lo enseñaremos.

Entraron en la casa por las puertas acristaladas, giraron a la derecha por el lóbrego pasillo, pero casi de inmediato subieron por una estrecha escalera de madera hasta el piso superior. Tenía el aspecto de un amplio ático que ocupaba toda la extensión del plano de la casa, con puertas a ambos lados de un pasillo central. Algunas de esas puertas estaban abiertas y al pasar ante ellas Thomas vio pequeñas habitaciones repletas, la mayor parte de ellas, de una desconcertante variedad de equipos electrónicos: grabadoras, micrófonos, enormes aparatos de radio, incluso ordenadores. Al final llegaron a una habitación más grande en la que había todo ese tipo de equipamiento, y en la que, además, había tres personas —dos mujeres y un hombre— sentadas, con auriculares, frente a aparatos de radio, transcribiendo a toda velocidad lo que fuese que estuviesen escuchando. Alzaron la mirada cuando Thomas, el señor Radford y el señor Wayne entraron, pero sin interrumpir lo que estaban haciendo.

—Bueno, pues aquí lo tiene —anunció el señor Wayne—. Bienvenido al centro neurálgico.

—El centro de operaciones, por así decirlo —añadió el señor Radford.

—Impresiona, ¿verdad?

A sus espaldas apareció un hombre ataviado con un traje negro.

—¿Todo en orden, caballeros?

—Sí, sí, por supuesto.

—Sólo le estamos mostrando a nuestro amigo lo que se hace aquí.

—Muy bien. Bueno, si ya ha visto todo lo que tenía que ver...

El tono de aquel hombre era educado, pero era evidente que estaba dando una orden. Los estaba echando de allí a los tres. El señor Radford y el señor Wayne se dieron la vuelta y salieron arrastrando los pies. Thomas, que los seguía escalera abajo, no recordaba haberlos visto nunca tan cohibidos.

—¿Quién era ése? —les preguntó cuando volvieron a salir a la terraza.

—Ése —respondió el señor Radford— es el caballero que nos da las órdenes. No parecía muy contento de vernos allí.

—¿Ha notado alguna peculiaridad? —preguntó el señor Wayne.

—Es americano, ¿verdad?

—Exacto —dijeron ambos al unísono, y lo condujeron, cruzando el cuidado césped, hasta la zona más agreste.

Una vez allí, Thomas se volvió para contemplar la casa. Era la primera vez que la veía entera. En ese entorno —rodeada de bosques, con hiedra trepando por las columnas de la terraza y un par de palomas en una esquina del tejado— parecía sacada de una ilustración de un libro de cuentos. (Así es al menos como se la habría descrito algún día a Sylvia, si hubiese tenido en algún momento la libertad de hablarle de ella). El cálido tono rojizo del ladrillo y el tejado de paja con sus cuatro buhardillas que miraban soñolientas al jardín se sumaban a este efecto. Desde luego resultaba difícil reconciliar ese aire de casa encantada de cuento de hadas con la naturaleza de las actividades que parecían llevarse a cabo en su interior.

El señor Radford y el señor Wayne se sentaron en uno de los bancos de madera situados junto al primer bloque de robles e invitaron a Thomas a sentarse entre ambos. El señor Radford sacó tres cigarrillos y los repartió. El señor Wayne sacó cerillas.

—Bonito, ¿verdad? —dijo el señor Wayne.

—Es una pena que tenga que utilizarse para algo así —comentó el señor Radford—. En cierto modo, no parece correcto.

—Sin embargo —añadió su colega—, vivimos tiempos difíciles.

—Sin duda —suspiró el señor Radford, aceptando que así era, y se volvió hacia Thomas—. ¿Y cuál es su valoración de todo esto?

—¿Mi valoración?

—De la situación, de lo que ha sucedido estos dos últimos días. ¿Qué cree que está pasando?

—Nos interesaría conocer su visión de la jugada.

Thomas los miró por turno a ambos. Parecían realmente interesados en saber qué pensaba.

—Bueno —dijo—. Yo lo veo así. —Dio una larga calada a su cigarrillo y se lanzó—: Tony, el señor Buttress, trabaja en el pabellón británico como asesor técnico de la réplica de la máquina ZETA y otros artefactos de la exhibición. Se ha hecho amigo del señor Cherski, que publica el folleto informativo *Sputnik*. Me atrevería a decir que ustedes han estado escuchando de algún modo sus conversaciones y que les han parecido preocupantes. Tony es un poco radical, a su moderado modo británico. Apoya la CDN, vota a los laboristas, ese tipo de cosas. Y ahora parecería que sus instintos socialistas han aflorado en todo su esplendor y el señor Cherski lo ha convencido de pasarse al otro bando. Él ha cogido los planos de la máquina y por lo que sé la propia réplica y se los ha entregado a los soviéticos y probablemente en estos momentos esté sentado en la embajada contándoles todo lo que sabe. —Thomas hizo una pausa para recuperar el aliento y los miró buscando su confirmación—. Bueno, ¿estoy en lo cierto?

El señor Wayne miró a su colega.

—¿Qué opinas, Wayne?

—Creo que ha sido un buen intento. Le daría un dos sobre diez por el esfuerzo.

—Y un punto extra por ingenuidad, ¿no te parece?

—¿Por qué no, muchacho? No hay nada malo en ser generoso.

—¿Qué quieren decir? —preguntó Thomas—. ¿Me están diciendo que no he dado pie con bola?

—De principio a fin, me temo.

—Ni se ha acercado.

Thomas dejó escapar un suspiro de impaciencia.

—¿Y entonces qué está pasando? ¿Pueden decirme por qué me han traído aquí?

—Bueno —dijo el señor Wayne, e hizo una pausa para tirar sobre la hierba con un golpecito la ceniza que colgaba de su cigarrillo—, comencemos con su amigo Tony. El señor Buttress y su famosa máquina. ¿Por dónde empiezo con este asunto? Como estoy seguro que le ha contado, o lo habrá leído en los periódicos, hace algunos meses, el director del programa ZETA en Reino Unido, Sir John Cockroft, anunció un gran descubrimiento. No soy científico, así que no conozco los detalles, quizá el señor Radford me pueda ayudar en este punto...

—Yo no, muchacho —dijo el señor Radford, negando con la cabeza apesadumbrado—. No tengo ni idea.

—Bueno..., aparentemente..., no sé..., pero en enero Sir John aseguró que su equipo había estado estudiando esas cosas, ¿cómo se llaman?, las explosiones de neutrones, y resulta que se estaban produciendo en la cantidad esperable cuando hay una reacción termonuclear. ¿Te parece razonablemente bien explicado?

—A mí no me mires. Yo ni siquiera aprobé ciencias en el colegio.

—Bueno, en cualquier caso es mi manera de explicarlo. La fusión nuclear. Se anunció en enero y todo el mundo lo considera el mayor logro de la ciencia británica desde Dios sabe cuándo. Tres hurras por Sir John y vamos a darles a los rusos, ya que estamos. De modo que su jefe en Baker Street sugiere hacer una réplica de la máquina y exhibirla en el pabellón británico. La joya de la corona de la investigación británica y demás. Y así se ha hecho, con cierto secreto, al menos el suficiente para asegurarse de que nadie filtraba los puntos clave sobre cómo funciona la cosa realmente. ¿De momento me sigue?

Thomas asintió.

—Muy bien, pues aquí estamos en Bruselas, pasándonoslo estupendamente en la feria, aunando esfuerzos, vendiendo las maravillas de Inglaterra al resto del mundo lo mejor que podemos y todo lo demás, y mientras tanto, en casa, Sir John y su equipo de lumbreras todavía siguen trabajando duro, jugueteando con su querida máquina y haciendo más y más pruebas. Y a principios de esta semana, ¿sabe qué? Otro descubrimiento. Otro avance. Sólo que esta vez no resulta tan fascinante. Han descubierto algo nuevo sobre la máquina ZETA, algo que nadie se esperaba.

—¿Sí? —inquirió Thomas.

—Por desgracia no funciona.

El señor Wayne dejó que estas palabras calasen, mientras encendía otro cigarrillo. Ni Thomas ni el señor Radford abrieron la boca.

—Parece que el anuncio de enero acabó revelándose demasiado optimista, y esa explosión de neutrones o lo que fuese resultó tan sólo una coincidencia, una consecuencia ordinaria de los experimentos. Una bofetada en plena cara, claro está. Y encima la dichosa máquina exhibiéndose en el pabellón británico en Bruselas, con tu amigo el señor Buttress por ahí para vocear a los cuatro vientos que el invento era la octava maravilla e iba a resolver los problemas de abastecimiento energético de la humanidad durante los próximos siglos. Bueno, en casa los muchachos no iban a tragar con eso por mucho tiempo. Ayer por la mañana recibió una llamada urgente de Whitehall ordenándole que desmontase la máquina y la mandase de vuelta de inmediato. Que es exactamente lo que hizo.

—¿Entonces se ha marchado? ¿Ha regresado a Londres? ¿No va a volver?

—Me temo que no —dijo el señor Wayne—. Pero mírelo por el lado bueno. Ahora tiene el bungalow para usted solo.

—No hay mal que por bien no venga, como se suele decir —ratificó el señor Radford.

Thomas permaneció en silencio un buen rato. Estaba tan confundido que le resultaba difícil incluso plantear la pregunta más sencilla.

—Entonces..., me he perdido..., si nada de todo esto tiene que ver con Tony o el señor Cherski..., ¿qué tiene que ver conmigo?

—Tiene todo que ver con el señor Cherski —le aclaró el señor Radford—. Con el señor Cherski y la señorita Parker.

—¿Emily? —preguntó Thomas, más sorprendido que nunca.

—En efecto.

—La chica de Wisconsin.

El señor Radford se inclinó hacia él.

—¿Qué sabe de ella exactamente?

—¿Cuál es su impresión?

—¿Qué opina de ella?

—¿Qué le gusta de ella?

Thomas se puso colorado.

—La verdad es que no lo sé. Es una chica encantadora, evidentemente. Muy atractiva. Aparte de eso, no he pensado mucho en ella.

—Bueno, pues ya sería hora de que lo hiciera.

—Ya sería hora de que pensase un poco más en ella y un poco menos en Anneke Hoskens.

Thomas miró alternativamente a sus dos interlocutores, completamente sobrepasado.

—Emily Parker —le explicó el señor Wayne hablando lentamente y enfatizando

las palabras— está enamorada de Andréi Cherski.

—¿Cómo demonios lo saben?

—Oh, por el amor de Dios, ya ha visto todo el equipo que tenemos aquí. Estamos informados de todo lo que sucede en la feria.

—Pero ella era novia de Tony. Al menos lo ha sido durante las últimas semanas.

—Eso es lo que usted piensa. Y tal vez sea lo que piensa él. Pero nosotros sabemos que no es así. Emily se ha estado viendo con Cherski en secreto. Con mucha más frecuencia de lo que ha estado viendo al señor Buttress.

—Muy bien —dijo Thomas, digiriendo lentamente la información—. ¿Y qué problema hay? Una joven americana se enamora de un apuesto periodista ruso. Tienen un... romance en Bruselas. ¿Y qué? ¿Cuál es el problema?

—Andréi Cherski no es periodista —le aclaró el señor Radford—. Es un oficial de alto rango del KGB.

—Y Emily Parker —continuó el señor Wayne, antes incluso de que Thomas hubiese podido digerir esta nueva información— no es una simple chica americana. Su padre, el profesor Frederick Parker, es uno de los más destacados expertos mundiales en el campo de la investigación nuclear.

—Concretamente en la investigación de armamento nuclear.

Pasados unos instantes, Thomas se puso en pie. Se alejó del banco y se dirigió a la sombra de los robles. El señor Wayne y el señor Radford lo observaban, callados e impasibles. Él caminó entre los árboles durante un par de minutos, hasta que se terminó el cigarrillo, cuya colilla aplastó con el pie. Cuando regresó junto a sus interlocutores, su voz sonaba más enérgica.

—Aun cuando todo esto sea cierto —les dijo—, no sé qué tiene que ver con nosotros.

—¿Con nosotros? —intervino el señor Wayne.

—Con nosotros. Los británicos. Es un asunto entre los norteamericanos y los rusos. Lo mejor que podríamos hacer es mantenernos al margen.

El señor Wayne y el señor Radford se miraron y ambos se rieron.

—Mi querido muchacho, no es tan sencillo.

—Las cosas ya no funcionan así.

—En estos tiempos, estamos todos en el mismo saco.

—Uno tiene que optar por un bando.

—Mírelo de este modo. —El señor Radford se plantó junto a Thomas y señaló la pintoresca casa—. Ya ha visto lo que se cuece ahí dentro. ¿Quién cree que paga todo esto? ¿De quién cree que es el equipo que estamos utilizando? No nos lo proporcionan a cambio de nada, ¿sabe? Esperan algo a cambio.

—Esperan favores.

—Tú me rascas la espalda. Y yo te la rascaré a ti.

—Una cosa por la otra.

—De acuerdo —dijo Thomas, después de pensárselo un poco—. ¿Pero por qué

yo? ¿Para qué me necesitan?

Ahora fue el turno de Wayne para levantarse y ponerse a caminar de un lado a otro.

—La señorita Parker —le explicó— es una chica muy emotiva. Como estoy seguro de que habrá notado. Demasiado romántica, podríamos decir. Con la sensibilidad a flor de piel.

—Después de todo es actriz —metió cuña el señor Radford.

—Por lo visto ha venido a Bélgica resuelta a tener una aventura amorosa europea. Primero fue su amigo Tony. Pero dejó de interesarle y dirigió sus suspiros a Cherski. El tema es que..., bueno, que creemos que se la puede reorientar fácilmente.

—¿Reorientar?

—Sí. Lo único que necesita es alguien que le quite a ese ruso de la cabeza. Otro objetivo hacia el que dirigir sus afectos.

—Preferiblemente un chico guapo..., como usted.

—¿Yo? —dijo Thomas—. ¿Guapo?

—Oh, vamos, no sea modesto.

—No intente negarlo.

—Tiene cierto aire a lo Gary Cooper, ¿sabe?

—Un punto Dirk Bogarde, diría yo.

—Así que ¿entiende por dónde van los tiros?

—¿Pilla nuestro plan?

Por fin Thomas entendió por dónde iban los tiros. No sabía si sentirse horrorizado o halagado. De hecho, en ese momento sintió una combinación de ambas cosas.

—¿Me están proponiendo —titubeó— que yo... que yo, digamos, intente echar el anzuelo a la señorita Parker para *alejlarla* del señor Cherski?

—En resumen, sí.

—De hecho, con cierta urgencia.

—¿Urgencia? ¿No están dramatizando un poco? Quiero decir que ya supongo que no se hubiesen tomado todas estas molestias si no fuese importante para ustedes, pero...

El señor Wayne le cogió del brazo.

—Escuche, muchacho, no decimos estas cosas porque sí. Tenemos que hacer algo para reconducir este asunto.

—Según nuestras informaciones —dijo el señor Radford—, esta boba está dispuesta a irse a Moscú con su amado soviético en cuanto él se lo pida.

—¿En serio?

—Sí, en serio. —El señor Wayne resopló de un modo que a Thomas le hizo pensar que su actitud ante aquel lío era básicamente de resignada irritación—. Y sabe en qué lugar nos dejaría eso, ¿verdad? ¡Metidos en un buen embrollo!

UN COMEDOR PRIVADO

SMERSH es la organización oficial de asesinos del gobierno de la Unión Soviética. Opera tanto en el interior como en el extranjero y, en 1955, contaba con 40.000 hombres y mujeres. SMERSH es una contracción de «*Smiert Spionam*», que significa «Muerte a los espías». Es un término que sólo utilizan sus miembros y los oficiales soviéticos. A ningún miembro de la sociedad en su sano juicio se le pasaría por la cabeza pronunciar estas palabras.

El cuartel general de SMERSH es un enorme y feo edificio moderno en la Stretenka Úlitsa. Está en el número 13 de esa ancha y tranquila calle...

Thomas leía esto dos días después, sentado en la cama de su bungalow en el Motel Expo, matando el rato durante la media hora que quedaba antes de ir a cenar con Anneke. Había comprado su ejemplar en tapa dura de *Desde Rusia con amor* el día anterior, en una librería inglesa en la rue Sainte-Catherine del centro de Bruselas.

Ese pasaje le resultó como mínimo inquietante. ¿La Unión Soviética era realmente tan despiadada? Le costaba creer que alguien tan ingenioso, obsequioso y hospitalario como el señor Cherski formase parte de un entramado como ése. Era tentador desestimar las novelas de Ian Fleming —que estaban empezando a ponerse de moda en Inglaterra— como pura fantasía. Pero, por otro lado, ese hombre parecía escribir sabiendo de lo que hablaba. ¿No había trabajado en la inteligencia militar? Thomas creía recordar que había leído un artículo sobre él en algún periódico. Y, aparentemente, acumulaba una considerable experiencia personal en el asunto del espionaje. Así que era bastante probable que ese tipo supiese de lo que hablaba.

Ya había leído suficiente por el momento. No merecía la pena preocuparse o ni siquiera pensar demasiado sobre el mundo en el que se estaba metiendo, porque se había comprometido a ayudar al señor Wayne y al señor Radford en su laberíntico asunto, y no había vuelta atrás. Por qué había aceptado hacerlo era difícil de explicar. Desde luego, habían apelado a su vanidad: después de todo resultaba muy halagador que alguien quisiera que interpretase el papel de anzuelo en una trampa de seducción. Si realmente lo veían como ese tipo de hombre —el irresistible héroe romántico—, ¿quién era él para discutirlo? Pero también lo había movido, hasta cierto punto, un residual e inesperado sentido del patriotismo: Thomas había notado este último par de días algo más que una vaga sensación de ímpetu heroico al pensar en el lío en el que se estaba metiendo por responder a la petición de llevar a cabo una misión por la Reina y la patria. Y además estaba el premio extra (aunque jamás lo admitiría) de las horas, o tal vez incluso días (o tal vez incluso noches) que pasaría con la señorita Parker, lo cual no era precisamente una perspectiva desagradable.

Dejó el libro boca abajo sobre la colcha y siguió reflexionando mientras, alzando la cabeza, contemplaba a través de la claraboya las nubes que se desplazaban

perezosas en el cielo veraniego. Todo el asunto iba a ser tremendamente delicado. En primer lugar, tendría que elegir con mucho cuidado las palabras en el momento de explicarle a Anneke lo que le habían pedido que hiciera.

Para su sorpresa, el señor Radford y el señor Wayne habían mostrado un considerable tacto al abordar estos detalles. Entendían perfectamente la dificultad de la situación. Le dijeron a Thomas que debía contárselo todo a Anneke, claramente y sin ocultarle información. Era una chica encantadora: ingenua, candorosa y totalmente de fiar. La habían investigado a fondo, por supuesto, y no había nada en su historial familiar que generase alarma. Dado lo estrecha que era la amistad (no utilizaron ninguna palabra más subida de tono) que se había desarrollado entre Thomas y la señorita Hoskens en las últimas semanas, consideraban que sólo había un modo honesto de actuar: contarle a Anneke toda la verdad sobre el señor Cherski, la señorita Parker y la importante misión que él había aceptado llevar a cabo, para que ella entendiese por qué, de ahora en adelante, él pasaría más tiempo en compañía de la chica americana. No iba a ser una conversación fácil, eran conscientes de ello, pero le rogaron que fuese franco, que contestase a las preguntas que ella le hiciese, que no le ocultase nada. En otras palabras, que se portase como un caballero. Le sugirieron que la invitase a cenar para contárselo, y para tal propósito hicieron una reserva a nombre de Thomas en el Praha, el restaurante del pabellón checoslovaco, que estaba considerado el mejor restaurante del recinto de la Expo y que Anneke había mostrado un especial interés en probar.

Eso en cuanto a la señorita Hoskens. En cambio, en opinión de Thomas, el señor Wayne y el señor Radford habían mostrado menos tacto al abordar el otro tema que él había puesto sobre la mesa: el asunto de Sylvia. Al principio no entendieron lo que les planteaba. Bajo ningún concepto, le advirtieron, debía mencionarle a la señorita Parker que tenía mujer e hija en Londres. Eso sería un grave error. Y si ella ya estaba enterada, por sus conversaciones con el señor Buttress, Thomas tendría que inventarse una historia convincente para justificar que eso ya no era así. Dígale que se ha separado, le sugirieron. Dígale que el matrimonio se rompió hace algún tiempo, que ya no la ve nunca, que no hay la menor expectativa de una reconciliación. Thomas escuchó sus consejos y les aseguró que los seguiría, pero entonces les explicó que a él lo que le preocupaba era un problema completamente distinto. Después de todo, era un hombre casado y no estaba seguro de que, aunque fuese para llevar a cabo una importante misión, estuviese preparado para traicionar a su esposa, físicamente, con otra mujer.

El señor Radford y el señor Wayne habían intercambiado miradas nerviosas. Parecía que ese tema quedaba fuera de las áreas que dominaban.

—Bueno, escuche, eso ya es cosa suya, ¿sabe?

—En este asunto no podemos serle de mucha ayuda.

—Eso es meterse en aguas pantanosas, la verdad.

—Aguas pantanosas con peligrosas corrientes submarinas.

- Lo único que podemos decir es...
- Bueno, los placeres de la vida conyugal...
- ... que sabemos que disfruta con fruición...
- ... no es que de momento le hayan retenido, ¿no es así?...
- ... no parecen haber sido un lastre muy pesado...
- ... en sus relaciones...
- ... en sus escarceos, deberíamos decir probablemente...
- ... con la señorita Hoskens.
- No nos malinterprete, por supuesto...
- ... no se ofenda...
- ... pero nuestra impresión es que...
- ... que parece que va usted... a por todas...
- ... y que tiene una, digamos, visión muy flexible...
- ... de las reglas y obligaciones y demás.
- Y por si eso fuera poco...
- ... además...
- ... su querida esposa en Tooting...
- ... por lo que tenemos entendido...
- ... no es que queramos propagar chismes ni nada por el estilo...
- ... ni sembrar la desconfianza, Dios nos libre...
- ... pero parece haber una pequeña posibilidad...
- ... si nuestras informaciones son correctas...
- ... de que ella y su vecino...
- ... se estén haciendo... muy íntimos...
- ... utilizando esta palabra en su sentido más general, por supuesto...
- ... en su ausencia.

El señor Radford y el señor Wayne habían abordado estos sentimientos con gran incomodidad y después dejaron a Thomas solo durante un buen rato para que los valorase. Transcurrido ese rato, él seguía tan confundido como al principio. E incluso en ese momento se sintió incapaz de encontrar una salida al laberinto moral al que lo habían conducido los extraños acontecimientos de los últimos días.

Volvió a coger el libro. ¿Cómo habría actuado James Bond en una situación así?, se preguntó. Por todo lo que en estos momentos sabía sobre él, a Thomas le parecía que las diferencias entre él y el héroe de Fleming eran demasiado grandes para poder establecer cualquier tipo de comparación. Era por ejemplo impensable que Bond se hubiese dejado atar en algún momento de su existencia a la vida conyugal en Tooting, a un trabajo de oficinista de nueve a cinco, a una hija pequeña, a facturas hasta el cuello, tareas domésticas, pañales y remedios para los cólicos...

Suspiró y se puso en pie. Se suponía que dentro de unos días podía ir a pasar el fin de semana a Londres: su primer regreso a casa, lejos de la feria. Y ya intuía que no sería una visita fácil. No era de extrañar que esperase, con inquieto entusiasmo, la

cena con Anneke esa noche y después la cita ya confirmada con Emily Parker un par de noches después.

Los dos últimos días de la Expo 58 habían sido declarados Días Nacionales Checos: en los cines se habían proyectado películas checas, en las salas de conciertos se había programado música checa y las reservas en el ya popular Restaurant Praha habían alcanzado un récord. Cuando el portero franqueó la entrada a Thomas y Anneke a las nueve esa noche, el rumor de las conversaciones en el restaurante era tan elevado que resultaba incómodo, y de las treinta o cuarenta mesas de la sala no parecía haber ni una libre.

Éste, sin embargo, sólo era el menos exclusivo de los dos comedores: el Restaurante Pilzen. Un camarero los condujo rápidamente entre las mesas repletas hacia una puerta en la parte trasera. Entonces es que tal vez nos han reservado mesa en el Restaurant De Luxe, pensó Thomas, y, en caso de ser así, Radford y Wayne estaban siendo muy generosos. Pero se equivocaba: porque él y Anneke fueron acomodados reverencialmente en un comedor privado, con una única mesa, en la que destacaba en el centro un enorme jarrón de plata rebosante de flores y que estaba preparada con un gran despliegue de cubertería que sugería que iba a ser una cena muy larga.

—Señor, señora —dijo el camarero, indicándoles sus asientos. Después les ofreció dos cartas de grueso y rígido papel blanco repletas de manjares descritos con letras doradas y salió de la sala discretamente, dejándolos en una intimidad mucho mayor de la que ninguno de los dos esperaba.

Anneke miró a Thomas tímidamente, con unos ojos rebosantes de sorpresa y lo primero que le dijo fue:

—¿Vas a poder pagar esto?

Ése tal vez hubiese sido el momento para confesarle que de hecho la factura la pagaba un poco conocido departamento del gobierno británico, una información que habría conducido de un modo razonablemente natural hasta el difícil asunto que Thomas estaba obligado a abordar con ella aquella noche. Y, de hecho, casi lo dijo. Casi, pero no. En lugar de eso, mostró una sonrisa mundana —casi se podría calificar como de satisfacción y murmuró:

—Por supuesto.

Ninguno de los dos había disfrutado de una comida como aquélla en su vida. Como se sintieron incapaces de elegir entre los platos de la carta, ni siquiera haciendo uso de las traducciones al inglés que incorporaba, le pidieron al *maitre* que eligiese por ellos. Los platos fueron llegando a la mesa a buen ritmo y en raciones descomunadamente grandes; pero cada nuevo sabor les resultaba tan poco familiar y tan delicioso que fueron dando cuenta de ellos con mejor ánimo del que hubieran creído posible. Había tartar de buey Kolkovna, servido sobre una tostada con ajo, un

caldo de carne clarificado llamado *hovězí polévka*, unos blinis (*bramboráky*) espectacularmente sabrosos, jarrete de cordero estofado con vino tinto y servido con patatas al romero, ternera stroganoff, suflé de chocolate, strudel de manzana y para acabar más blinis, esta vez con yogur y arándanos. Empezaron la cena con una botella de burbujeante Bohemia Sekt y después les ofrecieron un Gewürztraminer deliciosamente dulce, seguido de un intenso y untuoso Pinot Noir de Moravia. Como colofón, bebieron brandy en unas enormes copas que habían sido especialmente diseñadas, según les explicó el camarero, para conmemorar el centenario de la famosa fábrica de vidrio Moser. El diseñador, les contó, había clasificado a la humanidad en seis tipos diferentes y había creado seis copas distintas para plasmarlos. La de Thomas se llamaba Cara Larga; la de Anneke, Dama Delgada. El brandy los caldeó a ambos con una profunda y grata llama líquida.

Y en cuanto a la conversación que acompañó su cena, también fluyó a buen ritmo, aunque fue un poco desigual. Thomas no tenía gran experiencia en conversar con mujeres. Una comida con Sylvia, por ejemplo, estaba habitualmente marcada por largos e incómodos silencios, porque los dos agotaban rápidamente los temas y tenían que esforzarse por sacar otros nuevos. Y en el trabajo existía una estricta aunque tácita norma que exigía que Thomas almorzase con sus compañeros de sexo masculino y no con las secretarías. Para él lo de aquella noche era una experiencia nueva; que alguien como Anneke conversase con él de un modo tan espontáneo y con tanta confianza: contándole intimidades de la vida de su familia, de su díscolo hermano mayor y de su padre sobreprotector; explicándole cómo, desde que era muy pequeña, en el colegio todo el mundo se había percatado de que tenía un don especial para aprender idiomas; cómo de niña solía leer atentamente el atlas con encuadernación de cuero que tenían en casa, y cómo nunca había perdido su fascinación por los países extranjeros o su ilusión por viajar, pese a que hasta ahora no había ido más allá de París en dirección sur y de Ámsterdam en dirección norte. Thomas intervenía ocasionalmente, sobre todo para hacer observaciones de carácter más general; ¿no era interesante, comentó, que pese a la reconocida excelencia de los colegios e institutos privados británicos, todavía resultaba difícil encontrar a un inglés capaz de hablar un idioma extranjero cuando viajaba fuera de su país de vacaciones? Pero en esas ocasiones no podía evitar darse cuenta de que Anneke no tenía ningún interés en conversar sobre temas que podríamos denominar generales. Le gustaba hablar de las cosas desde una perspectiva personal y subjetiva, de modo que la mayor parte del tiempo lo único que él podía hacer era escuchar, desconectando de vez en cuando para pensar en cuándo iba a sacar el delicado tema de Emily y su extraña misión.

Siguiendo con sus anhelos de viajar, Anneke en determinado momento le preguntó:

—¿Y no has ido a visitar el pabellón del Congo Belga?

—No, todavía no. Pensaba hacerlo en algún momento la semana próxima.

—Pues ya no podrás —le dijo ella—. Ya han vuelto a casa.

—¿Quién ha vuelto a casa?

—Los nativos de África. ¿No lo has oído?

—¿Qué ha pasado?

—Bueno, leí en el periódico que se quejaban de cómo los trataban algunos visitantes. Se pasaban el día sentados en sus chozas de paja, haciendo sus... artesanías nativas y demás, y por lo visto había gente que les gritaba cosas horribles y en algunas ocasiones intentaban... —soltó una risita— lanzarles bananas y cosas por el estilo. Dijeron que les hacían sentirse como animales en un zoo. De modo que la mayor parte de ellos ha regresado a casa y las chozas están vacías. —Anneke frunció el ceño—. La primera vez que fui allí tuve la sensación de que había algo que no estaba bien. De algún modo resultaba... poco digno tenerlos allí sentados trabajando mientras los europeos se plantaban delante de ellos para contemplarlos.

—Sí —dijo Thomas—, yo pensé lo mismo cuando oí hablar de eso. Aunque por otro lado... tal vez no sea tan diferente de lo que Emily tiene que hacer en el pabellón estadounidense.

—Tal vez no —admitió Anneke, dubitativa—. Pero no produce la misma sensación...

—Hablando de Emily... —empezó Thomas, aprovechando su oportunidad para orquestar un sutil cambio de tema—. Hay algo que quería comentarte.

—¿Ah, sí?

—Sí. La voy a llevar al concierto del jueves por la noche. Mañana empiezan los Días Nacionales Suizos y su orquesta da un concierto en el Grand Auditorium el jueves. He conseguido un par de entradas.

—Oh —dijo Anneke. Se echó hacia atrás, visiblemente sorprendida—. ¿Y vas a invitar a la señorita Parker?

—Sí.

Bueno, ahora ya no tenía más alternativa que tirarse de cabeza. Respiró hondo y le explicó, detalladamente —tal como el señor Radford y el señor Wayne le habían insistido que debía hacer—, la naturaleza del problema que le habían pedido que ayudase a solucionar. Le explicó que durante las próximas semanas pasaría mucho tiempo en compañía de Emily. Le dijo que pese a la impresión que daba, Emily era en realidad una persona muy inocente y políticamente ingenua. Le contó que los servicios secretos norteamericanos habían estado controlando su amistad con el señor Cherski y se sentían aterrados ante la sospecha de que estaba a punto de sucumbir a sus encantos y marcharse con él a Rusia, y por eso habían pedido ayuda a sus colegas británicos para encontrar un modo de torpedear el romance, y él, Thomas, era la persona que habían elegido para asumir la tarea. Le aseguró que, tal como él lo veía, no tenía otra elección que hacer lo que pudiera para ayudar.

¿Cómo esperaba que respondiese Anneke exactamente? En lo más profundo de su mente, había imaginado algo parecido a los ojos bien abiertos y la mirada confiada y

llena de admiración que Tatiana Romanova, la joven espía rusa, le dedicaba siempre a James Bond en las páginas de *Desde Rusia con amor*. Se había sentido secretamente convencido de que Anneke se habría mostrado impresionada por su espíritu de sacrificio y modesto heroísmo. Pero, extrañamente, no sucedió nada similar. Ella parecía cada vez más decepcionada a medida que él le iba dando las explicaciones.

—No es lo que a mí me hubiese gustado que sucediera, desde luego —insistió él, y empezó a valorar si no facilitaría las cosas el tratar de desdramatizar la situación, convertirla en una broma—. La verdad es que todo este embrollo parece bastante absurdo. Pero supongo que es el tipo de juegos que a esta gente le gusta jugar... Bueno, en cualquier caso, he aceptado participar.

—A mí no me parece absurdo —dijo Anneke—. Me parece bastante peligroso.

—Oh, no lo sé. Resulta difícil tomárselo en serio. Quiero decir que has conocido al señor Radford y al señor Wayne, ¿verdad?

—Sí.

—Bueno, ¿y no te parecen un poco cómicos? Con sus gabardinas y sus sombreros de fieltro. Como salidos de una novela barata. El modo en que hablan...

—¿Cómo hablan?

—Bueno, por ejemplo cuando han acabado de soltar su rollo y me han dejado las cosas claras, ¿sabes lo que dicen siempre? «Esta conversación jamás ha tenido lugar». No me podía creer que alguien utilizase una frase así. Resulta un poco... demasiado teatral, ¿no crees?

Anneke asintió, pero sin mucha convicción, y durante unos minutos no abrió la boca. Al cabo de un rato dijo que la residencia en la que iba a pasar la noche cerraba las puertas a medianoche, así que tenía que marcharse ya si no quería quedarse fuera. Le dio las gracias a Thomas por la encantadora velada. La recordaría durante mucho tiempo. Y le dijo que esperaba que volviesen a encontrarse en algún momento, desde luego antes de que acabase la Expo.

Después se excusó y se metió en el aseo de señoras durante un rato. Thomas comprobó con el *maître* que la cuenta ya estuviese pagada y cuando Anneke volvió la acompañó hasta la Porte des Attractions. Era una agradable noche de verano y las multitudes seguían llenando La Belgique Joyeuse y el Parc des Attractions. Thomas y Anneke se despidieron en la puerta con un rápido y neutro beso en la mejilla.

Él permaneció allí plantado, contemplándola mientras se alejaba y desaparecía en la oscuridad. Suspiró y se rascó la cabeza. Bueno, había resultado embarazoso. Claramente embarazoso. Tal vez Tony tuviese razón y la chica estaba más colada por él de lo que había imaginado. Pero en cualquier caso le quedaba un consuelo: no la había engañado. Al menos le había contado la verdad.

EL PROBLEMA CON LA FELICIDAD

La noche del jueves 31 de julio de 1958 Thomas esperaba a Emily en el exterior del Grand Auditorium, en el extremo noroeste del recinto de la Expo. En el bolsillo de la americana llevaba dos entradas —primera fila de platea— que le habían proporcionado el señor Radford y el señor Wayne.

Emily llegó un poco tarde, cuando pasaban cuatro minutos de las siete. Llevaba una esclavina gris claro anudada al cuello con un único botón y debajo un traje de noche de terciopelo negro. Su enigmático y anguloso encanto dejó a Thomas unos instantes sin respiración. Pero se recuperó a tiempo para tomarle la mano y besársela caballerosamente.

—Señorita Parker —saludó.

—Señor Foley —respondió ella—. Encantada de verte.

—El placer es mío. ¿Querías acompañarme al bar para tomar una copa de champán?

—No se me ocurre nada que me apetezca más.

El bar, como todo en la Expo, estaba repleto. Pero Thomas tuvo la suerte de poder ocupar una de las últimas mesas libres, junto a un enorme ventanal que daba a la Place de Belgique. Dejó allí a Emily unos minutos y regresó con dos copas de champán. Ella cogió la copa que él le ofrecía, pero antes de beber contempló unos instantes la superficie del pálido y burbujeante líquido. Sus ojos centellearon y en sus mejillas aparecieron unos hoyuelos que dieron paso a una sonrisa.

—Me encanta el champán —dijo—. Me encanta mirar cómo bailan las burbujas en la copa.

—Por eso hacen las copas tan anchas —dijo Thomas, con un tono cosmopolita y sofisticado; y se dio cuenta de que estaba haciendo uso de una información medio olvidada que nunca había entendido del todo—. Para que... para que las burbujas no se escapen demasiado rápido...

—¿En serio? —exclamó Emily—. Es fascinante.

Thomas alzó su copa.

—Brindemos —propuso, y pensó que la próxima vez que quisiera impresionarla tendría que andarse con más cuidado.

—Salud —respondió Emily, y entrechocaron las copas—. No sé cómo darte las gracias —continuó— por invitarme esta noche. Ha sido extremadamente amable por tu parte.

—Bueno, me temo que tu cita se suponía que tenía que ser Tony. Pero me dejé estas dos entradas, de modo que pensé que invitarte a un concierto que si no te habrías perdido era lo mínimo que podía hacer.

—Ha sido todo un detalle. Un detallazo. Claro que me quedé muy desconcertada cuando me enteré de que Tony se había marchado tan precipitadamente, así sin más. Supongo que es una tontería por mi parte, pero me sorprende que no se despidiese de

mí. Nos habíamos visto mucho y congeniábamos.

—Estoy seguro de que te escribiré. Si algo es Tony es un perfecto caballero.

—Sí, ésa era mi impresión. En cualquier caso... —Quizá para dejar de pensar en eso, Emily se puso a mirar el programa que había cogido en la entrada—. ¿A quién y qué vamos a escuchar esta noche? L'Orchestre de la Suisse Romande. Dirigida por Ernest Ansermet. ¿Son buenos?

—Creo que tienen mucho prestigio. Sobre todo tocando música del siglo xx.

—¿En serio? Bueno, las palabras «música del siglo xx» producen un escalofrío que me recorre la espina dorsal. La mayoría de los compositores de hoy en día han olvidado cómo se escribe una melodía, si es que alguna vez lo supieron. Veamos a qué van a someternos. —Eché un vistazo a la información del programa—. Hmm... La Quinta de Beethoven. Bueno, creo que eso lo podremos asumir. *La Mer* de Debussy... No hay por qué alarmarse, aunque probablemente podría haber cogido mis pastillas para el mareo. ¿Y este otro quién es? Arthur Honegger...

—No me suena de nada —admitió Thomas, encogiéndose de hombros.

—«Arthur Honegger —leyó Emily en voz alta— está considerado uno de los más importantes compositores suizos del siglo XX». Esta caba tan difusa me da mala espina... «Su magnífico ciclo de cinco sinfonías ofrece una narración musical de algunos de los años más brutales y salvajes de la historia reciente de la humanidad, un grito que surge desde los abismos de la desesperación y culmina...». Oh, Dios mío, es uno de éstos. De los que se dedican a restregarle por los morros al público la desolación, cuando lo que deberían hacer es intentar ayudarnos a olvidarla.

—Creo que no deberíamos prejuzgarlo de antemano...

—Desde luego que no. ¿Pero este tipo de cosas no te sacan de tus casillas? A mí desde luego sí. ¿Para qué sirve un artista en cualquier caso? ¿Para qué sirve si no es capaz de... de llevarnos de algún modo a una dimensión más elevada? Puede que sea estrecha de miras, pero para mí un artista es alguien que aporta más belleza al mundo, no alguien que se la quita. Esa música que suena como dos gatos peleándose en una chatarrería, esas esculturas que parecen surgidas de que a alguien se le ha caído accidentalmente un montón de arcilla en el suelo, esas pinturas con un par de ojos en un lado de la cabeza y tres narices en el otro que dan dolor de cabeza... —Se tocó su propia cara y dio un sorbo a su copa de champán—. Lo siento. Quizá no te gusten las mujeres con opiniones tan contundentes. Tengo la costumbre de decir siempre lo que pienso. Es una de las cosas que descubrirás sobre mí si... empezamos a conocernos un poco mejor.

Antes de que Thomas tuviese ocasión de responder, sonó el timbre que anunciaba que el concierto estaba a punto de empezar. Apuraron las copas apresuradamente y se levantaron.

—Bueno, pues vamos al campo de batalla —dijo Emily, cogiendo amigablemente a Thomas del brazo—. Vamos a ver qué nos lanza a la cara el señor Honegger.

El poema tonal de Honegger *Pastorale d'été*, compuesta en 1920, era la primera pieza del programa. En cuanto el prestigioso Monsieur Ansermet alzó la batuta, el recelo y la desaprobación endurecieron la mirada de Emily, pero tras escuchar los primeros compases de la composición su inicial rechazo se difuminó.

La partitura arrancaba con un suave balanceo tocado —o más bien susurrado— por los violonchelos. Y enseguida, por encima de esos compases, la trompa empezaba a elevar la melodía central. Su prolongado, lento y pausado fraseo recibía la respuesta de unos agudos y sutilmente disonantes acordes de los violines. Después el oboe retomaba la melodía y una flauta añadía flotantes interjecciones como de pájaros piando; las cuerdas, metales y vientos iban tejiendo gradualmente un tapiz complejo y compacto que, incluso sin la ayuda del título de la pieza, inevitablemente evocaba la difusa atemporalidad de una tarde de verano. Después reaparecía la melodía principal y se hacía más insistente y seductora cuando la tomaban los primeros violines, pero de pronto un estruendoso interludio interrumpía la lánguida atmósfera y un solo de clarinete introducía una briosa y pegadiza melodía —procedente, seguro, de una tonada folclórica— y durante unos minutos de la partitura emanaba una vivaz alegría. Tras alcanzar el más sutil de los climas ese interludio fue barrido por la reaparición del tema principal, que ahora ya empezaba a tener la personalidad de un viejo amigo: de nuevo se elevó y descendió, se elevó y descendió, como una suave e infinitamente renovada conversación entre las diferentes secciones de la orquesta, hasta que también él se difuminó en la nada, entre las moribundas florituras de los cada vez más apagados violines y el postrer y crepuscular piar de los pájaros surgido de la flauta y el clarinete. Como destilación musical de un periodo y un estado de ánimo llegaba a la perfección, o como después diría Emily esa misma noche, mientras ella y Thomas permanecían muy juntos en el puente peatonal del Parc d'Ossegem sobre el lago que brillaba bajo la luz de la amarillenta luna de verano:

—Es el tipo de música que te hace recordar todos los veranos de tu infancia, ¿no te parece? Me trasladó veinte años atrás o incluso más, cuando solíamos visitar la casa de unos amigos de mis padres. Estaba a orillas del Lago Tomahawk. Pasamos allí días estupendos... Ha sido asombroso cómo esa música... me ha evocado aquel lugar; supongo que al componerla Honegger estaría pensando en sus propios veranos en Suiza. La verdad es que lo plasma maravillosamente. ¿Tú has estado allí alguna vez?

—Sí, pasé un verano allí. Hace cuatro años. Cerca de Basilea. Y, claro, no he dejado de pensar en eso mientras escuchaba la pieza.

—Bueno, debo decir que me quito el sombrero ante el señor Honegger por esta partitura. No tendría que haber hecho comentarios tan groseros sobre él. Ha sido la pieza más deliciosa que he escuchado en mi vida. Hace que me vengan ganas de ir al campo y sentarme al sol con una botella de buen vino y una cesta con buena comida, echarme boca arriba y contemplar las nubes flotando en el cielo, con alguien especial

a mi lado, alguien con el que pudiese hablar toda la tarde de todo y de nada...

Después de pensárselo unos instantes, Thomas, con audacia, osó proponer:

—Bueno, desde luego podríamos hacerlo.

Emily lo miró ilusionada.

—¿Qué quieres decir?

—Aquí estamos rodeados de campo. Y estamos en pleno verano. ¿Por qué no cogemos el coche y vamos a algún lado el próximo día que libres, llevamos comida y bebida y... lo pasamos en grande?

Los ojos de Emily brillaron de felicidad ante la perspectiva.

—¿Crees que podríamos hacerlo? Eso sería maravilloso. Todo un regalo. Esto de la feria es una bomba, de acuerdo, pero al cabo de cierto tiempo te llega a saturar. Así que me encantaría pasar un día lejos de aquí. ¿Tienes coche?

—No —admitió Thomas—. Pero puedo... intentar apañar algo.

Ella aplaudió.

—Oh, ya tengo ganas de que llegue ese día. —Y entonces, justo cuando Thomas empezaba a saborear el triunfo de haberla entusiasmado tanto, las siguientes palabras de ella lo echaron todo por tierra—. Podríamos convertirlo en una fiesta. Invitar a todo el grupo.

—¿El grupo?

—De la noche del ballet. Quizá al señor Cherski le gustaría venir. Y esa chica belga tan guapa de la que eres tan amigo, no recuerdo cómo se llama.

—¿Anneke?

—Anneke. Y cualquier otra persona que quiera apuntarse. ¡Cuantos más seamos, mejor nos lo pasaremos! ¿No crees?

—Bueno..., por supuesto. Está claro, cuantos más mejor.

Thomas dijo lo que se esperaba que dijera, pero sabía que la falta de convicción en su voz era evidente. Emily no respondió nada directamente. Pero después de unos segundos de incómodo silencio comentó:

—Escucha, Foley, ya sé que lo que estoy proponiendo no es exactamente lo mismo que un picnic para dos, pero... no quiero que te sientas obligado a hacer nada por mí sólo porque tu amigo Tony me ha dejado en la estacada. Tú ya has cumplido con tu deber y te lo agradezco muchísimo. Ha sido una velada deliciosa, una velada que recordaré durante mucho tiempo.

—No considero que tenga nada que ver con el deber, no lo veo así en absoluto.

—Bueno, pues entonces déjame que lo plantee de otro modo. Puedes considerar que ya has cumplido tu misión.

En cuanto lo oyó, Thomas pensó que era un comentario muy extraño. Sonaba demasiado desapegado. Pero apartó rápidamente esa idea, dando por hecho que tendría que ver con el modo de hablar de los norteamericanos. Después de todo, yanquis y británicos no hablaban exactamente el mismo idioma.

—En cualquier caso, se está haciendo tarde —dijo Emily—. Necesito mi sueño

reparador. Las *hausfraus* belgas aparecerán mañana en manada para aprender a manejar la aspiradora y no puedo aparecer hecha un adefesio. Podría perder mi trabajo.

—No sé cómo lo aguantas —comentó Thomas mientras empezaban a caminar junto al lago en dirección a la Porte du Parc—. Haciendo una demostración de lo mismo un día tras otro. Respondiendo a las mismas preguntas del público. ¿No acabas desquiciada?

—Oh, no es peor que interpretar un papelito de criada en una obra de suspense en Broadway y tener sólo un par de líneas: «El té estará listo enseguida» y «Señora, he encontrado este paquete en el porche», que debes repetir seis noches por semana, además de las funciones de tarde de los miércoles y sábados, durante los cuatro meses que permanece la obra en cartel. Aunque evidentemente, si me ofrecieran otro papel como ése, dejaría Bélgica y lo aceptaría sin pensármelo dos veces...

—¿Y eso puede suceder?

—Bueno, ninguno de nosotros sabe realmente cuánto tiempo se va a quedar aquí, ¿no crees? ¿Qué me dices de ti? ¿Vas a estar en Bruselas durante todo el tiempo que dura la feria?

—Creo que sí. Aunque el Britannia parece funcionar como la seda en estos momentos. Más o menos solo. Estas últimas semanas no he tenido mucho trabajo.

—¿Lo ves? —Se volvió y lo miró directamente a los ojos—. Todos tenemos que saborear nuestra estancia aquí mientras podamos. Porque se puede acabar en cualquier momento y ninguno de nosotros sabe ni cuándo ni cómo. —Se le acercó y le dio un beso en la mejilla—. Ése es el problema con la felicidad.

EL PARQUE DE TOOTING

Thomas estaba de pie junto a la mesa de roble del comedor de casa, que daba al jardín trasero, con una taza de dulce café con leche en la mano. Le parecía irreal estar de regreso en casa. Sus recuerdos de los últimos días eran tan vívidos que daban a la tranquilidad suburbana de Tooting un aire de ensoñación. La noche de borrachera después de la función del Ballet Bolshói, el viaje con los ojos vendados a la campiña en el coche de Wilkins, las increíbles revelaciones del señor Radford y el señor Wayne, la cena en el Restaurant Praha con Anneke y el concierto en el Grand Auditorium con Emily, ¿cómo podían existir todas estas rocambolescas aventuras en el mismo universo que este pulcro parterre, el refugio antiaéreo en desuso, el estanque de los pececillos, ahora decorado con un mal gusto espectacular (cortesía del señor Sparks) con una estatua de falso bronce de un querubín con sobrepeso que lanzaba agua desde un jarrón?

Eran las once de la mañana del sábado y Sparks ya había hecho una visita para comprobar cómo iba todo.

—Buenos días, Foley —había saludado al entrar en la sala de estar donde Thomas leía el periódico, y acto seguido se dejó caer en el sofá sin que nadie se lo pidiese—. ¿Qué tal te trata Bélgica?

—Estupendamente, gracias —respondió Thomas sin dejar de leer el diario.

—He estado leyendo algunas cosas sobre la Expo en los periódicos —continuó Sparks—. Parece que allí pasa de todo. Un día hay una visita real y al siguiente se dejan caer unas estrellas de cine. A veces muestro esas noticias en el trabajo y les digo: «Mi vecino está allí, viendo todo eso, ¿sabéis?». Es un poco de gloria de rebote. Eso no le hace daño a nadie.

—Sí —dijo Thomas evasivamente con tono seco, y siguió pasando páginas. Las noticias locales que había estado leyendo (poco más que trifulcas políticas, conflictos laborales y crímenes insignificantes) le parecían increíblemente triviales. ¿Realmente vivía en este país?

—Aquí, claro, mientras tanto todo ha estado muy tranquilo. Supongo que ahora todo esto te parecerá un remanso de paz comparado con Bruselas. ¿Cuándo vuelves allí? Mañana por la noche, ¿verdad?

—El lunes por la mañana.

—¿En serio? Bueno, estoy seguro de que a Sylvia le hará feliz que te quedes un día más.

—Escucha, Sparks —dijo Thomas, bajando por fin el periódico e inclinándose con gesto rotundo hacia delante—. Te estoy muy agradecido por tus atenciones hacia mi esposa. Estoy seguro de que le has sido de gran ayuda. Pero, por favor, no te preocupes por ella ni por mí. Esta misma mañana me ha contado que se las ha arreglado muy bien sola. Así que haz el favor de ocuparte de tus asuntos, por ejemplo de cuidar de tu hermana, que estoy seguro de que te necesita mucho más que Sylvia.

Al pensar después en esa conversación, se preguntó por qué se había visto empujado a mostrarse tan grosero. En el fondo Sparks tampoco era mal tipo, y además era de lo más hipócrita preocuparse por lo que Sylvia hacía en casa, mientras el propio Thomas había pasado tanto tiempo (aunque no hubiese sucedido nada reprochable) en compañía de otras mujeres. Ojalá pudiese contarle a ella sus andanzas belgas; ojalá pudiese explicarle el extraño giro que se había producido recientemente y el delicado papel que le habían pedido que interpretase. Pero todo el asunto estaba envuelto en tanto secreto que estaba seguro de que precisamente era eso —la imposibilidad de contarle a Sylvia las cosas más importantes que le rondaban por la cabeza— lo que creaba ese frustrante distanciamiento entre ellos. La frialdad y falta de comunicación que se había hecho evidente desde el momento en que había cruzado el umbral.

—¿Tienes planes para hoy? —le preguntó Sylvia. Había entrado sin hacer ruido en el salón sin que él la viese y de pronto se la encontró allí plantada, a su lado.

—La verdad es que no. —Hizo un esfuerzo y esbozó una sonrisa—. ¿Quieres que aproveche para hacer algunos apaños mientras estoy aquí?

—No es necesario —respondió ella—. Puedes hacer lo que quieras con tu tiempo.

El día siguió su curso, solemne e interminable. La madre de Thomas llegó alrededor de las cinco. Llevaba una pequeña maleta para pasar la noche y, para desconcierto de su hijo, también traía una pequeña cartera de cuero con los cantos pelados por el uso. Fue a dejar la maletita en la planta de arriba y reapareció en el salón. Rechazó el ofrecimiento de un jerez por parte de Thomas (según sus normas, las cinco era muy temprano para empezar a beber alcohol) y contempló con gesto desaprobador cómo él vaciaba su vaso de dos largos tragos.

Incapaz de soportar la perspectiva de una cena en silencio, Thomas trasladó la radio de la cocina al salón, la colocó en el aparador, la encendió y sintonizó una orquesta en el Light Programme^[9]. Gill estaba despierta, de modo que Sylvia la sentó a la mesa en una trona frente a la señora Foley. Sirvió pastel de carne y riñones, puré de patatas y judías pintas para los adultos. Thomas se sirvió una copa de vino, pero las mujeres no se unieron a él y optaron por beber agua. Mientras cenaban y escuchan música, Sylvia le iba dando a Gill puré de patatas y jugo de la carne con una cucharita de té.

Después Sylvia echó las cortinas del salón para que no entrase la luz del atardecer y se pusieron a ver *Television Music Hall* en la BBC. En otros tiempos a Thomas le hubiesen entretenido medianamente las payasadas de Richard Hearne interpretando a Mr. Pastry^[10], pero esa tarde se sentía menos predispuesto. Y después de unos minutos contemplando a Jack Billings («*el de los pies danzarines*») y a Claudio Venturelli («*la estrella de la canción italiana*») se dio cuenta de que ya no soportaba la inane jovialidad del programa y se marchó del salón sin decir nada. Se quedó un

rato en el jardín, fumando un par de cigarrillos, cuya ceniza iba dejando caer vengativamente en el jarrón que sostenía el querubín con sobrepeso al borde del estanque de los peces. Después volvió a entrar, descolgó el teléfono y marcó un número que llevaba apuntado en un trozo de papel doblado.

—Ealing cuatro nueve nueve tres —respondió una voz familiar.

—¿Tony?

—¿Sí?

—Soy Thomas. ¡Thomas Foley!

—¡Thomas! Dios santo, te oigo perfectamente desde Bruselas, si es que me estás llamando desde allí.

—Ojalá fuera así, muchacho, pero estoy en Tooting.

—¿Tooting? ¿Y qué demonios haces ahí?

—He venido a pasar el fin de semana en casa. Para ver qué tal se las arreglan Sylvia y la niña.

—De modo que las autoridades de la prisión del Motel Expo te han concedido un piadoso permiso, ¿no es así?

—Algo así. Pero dime, ¿qué te pasó a ti? ¿Por qué te fuiste sin avisar?

—Me dieron orden de marcharme. Ya habrás oído lo del fiasco de la máquina ZETA, ¿verdad? Tenían mucha prisa por repatriar esa réplica.

—¿Pero no vas a volver?

—No. Han cancelado mi contrato. Dos días después ya estaba de vuelta en la Royal Institution, reordenando papeles en mi escritorio. Pero ¿cómo le va a Emily? ¿La has visto?

—Sí, la vi la otra noche. De hecho la invité a un concierto.

—¿En serio? Vaya, vaya. Bueno, no has perdido ni un minuto. Podrías haber dejado pasar unos días de transición, ¿sabes?

—Oh, no van por ahí los tiros. Por si te interesa, ella está muy apenada por tu marcha.

—Oh, es una chica encantadora. Pero de todos modos esa relación no tenía ningún futuro. No tengo intención de mudarme a Estados Unidos. Y, además, mientras yo estaba fuera aquí se ha incorporado una nueva secretaria ¡que es un bombón! De hecho esta noche me la llevo al cine.

—¿En serio? Bueno, parece que tú tampoco has perdido el tiempo.

—Oh, ya me conoces; lo que fácil viene, fácil se va.

—Bueno, te iba a proponer que quedásemos esta noche a tomar una pinta, pero me parece que vas a estar metido en faena.

—Espero estarlo antes de que acabe la noche, desde luego. Lo siento, hubiese sido estupendo, pero habrá que dejarlo para otra ocasión.

—Ningún problema. Pero no perdamos el contacto, ¿de acuerdo?

—Por supuesto que no, muchacho. Por supuesto que no.

Después de colgar, Thomas se sentó junto a la mesilla del teléfono en meditativo

silencio, hasta que se percató de que había alguien plantado en la penumbra del pasillo a sus espaldas. Se volvió, era su madre. Bajo el brazo llevaba la cartera de cuero.

—¿Podemos hablar un momento? —le pidió.

—Por supuesto. ¿No estabas viendo ese programa?

Sin responderle, se encaminó hacia el salón y él la siguió. Se sentaron uno frente al otro en la mesa.

—Tu mujer no es feliz —sentenció la señora Foley sin rodeos.

Thomas, al que pilló completamente desprevenido, no supo qué decir.

—Se siente sola, te echa de menos, y tú vuelves a casa en una visita relámpago y te portas fatal con ella. No intentes negarlo. —Él había hecho un amago de protestar—. ¿Qué pasa? ¿Por qué la tratas de este modo?

—No lo sé... No pasa nada. Es sólo que me cuesta readaptarme. En la Expo todo es tan diferente, mucho... más *intenso* que aquí.

—¿Estás coqueteando con otras mujeres en Bruselas?

—No. En realidad no.

—¿En realidad no? —Su madre extendió el brazo y le tocó la mano—. Tommy, eres un buen chico. Siempre lo has sido. Le caes bien a todo el mundo. No te vuelvas como tu padre.

—No lo haré, mamá. ¿Me has hecho sentarme aquí para decirme esto?

—No, te he hecho sentarte aquí para mostrarte algo. —Empezó a abrir la cartera, mientras Thomas observaba con curiosidad. Era de un cuero marrón claro de mucha calidad, pero se veía muy gastado por años de uso. Tenía marcas de arañazos y algunas manchas. Dado que parecía muy vieja, le sorprendió ser incapaz de recordar haberla visto antes.

—¿Es tuya? —preguntó.

—Claro que es mía —respondió su madre—. Es la cartera en la que solía llevar mis libros al colegio cuando era niña. Nunca te la había enseñado. La abuela la guardó hasta que falleció y ha estado en mi dormitorio todos estos años.

Al abrirla resultó que contenía pocas cosas: tan sólo un puñado de papeles, postales y fotografías. Thomas alargó el brazo y cogió una de las fotografías. En ella aparecía un impresionante edificio con aires de catedral del gótico tardío, con unas ménsulas minuciosamente labradas y estatuas en hornacinas cubiertas. La fotografía había sido tomada claramente en blanco y negro, pero después la había coloreado un artista. No había nada escrito detrás, tan sólo una leyenda impresa que decía: LOVAINA, STADHUIS.

—Es el famoso ayuntamiento —explicó la señora Foley—. No sé cómo llegamos a tener esta postal. Éstas fueron las escasas cosas que mi madre pudo recoger en casa y llevarse con ella la noche que huimos. Mira. —Le tendió una pequeña, arrugada y borrosa fotografía monocroma—. Ésta era nuestra casa. La casa en la que yo crecí.

Thomas miró más de cerca la fotografía. Era difícil distinguir los detalles. Veía

una granja y varias de sus instalaciones, agrupadas alrededor de un patio central. El tejado del edificio principal parecía de paja. Detrás de los edificios se veía una hilera de árboles bajo un cielo gris que emergía amenazante sobre los tejados inclinados; la fotografía se había tomado desde un ángulo bajo. En la esquina de la izquierda asomaba lo que parecía el borde de un campo en el que se podían vislumbrar las cabezas de dos vacas.

—No es... como siempre me lo había imaginado —dijo Thomas—. Parece muy pulcra. Bien conservada. Próspera.

—Por supuesto —dijo la señora Foley—. A mi padre le iba bien el negocio. Ganó un montón de dinero con la granja. Trabajaba duro y daba empleo a mucha gente de la zona. Aquí no se ve —continuó, señalando la fotografía—, pero justo detrás de estos árboles estaba el río. El Dijle. No era un río muy grande en ese tramo, sino más bien como un arroyo o un canal, pero es adonde solíamos ir a jugar cuando éramos niños. Mira, te lo enseñaré.

Desplegó otro papel. Era un viejo mapa, descolorido y con las arrugas y pliegues tan marcados por el tiempo que llevaba guardado que casi no se podía leer. La señora Foley empezó a trazar un recorrido con el dedo siguiendo la línea azul claro que se curvaba y retorció en el centro del mapa.

—Y esto —dijo— es Wijgmaal, que en aquel entonces era sólo un pueblecito minúsculo. Quizá ahora sea más grande, no lo sé. Yo iba a la escuela en ese pueblo. Hay un puente... aquí, y desde ese puente se podía seguir por un sendero paralelo al río. Yo solía recorrerlo cada día, de camino a la escuela por las mañanas y de regreso a casa por las tardes. Al volver a casa seguías el camino durante unos diez minutos, menos de medio kilómetro, y al final veías aparecer esos árboles, los de la foto, esos grandes sicomoros, ¿los ves?, a tu derecha. Justo detrás de esos árboles había un bonito prado que en verano estaba lleno de ranúnculos, de los altos, ranúnculos de pradera creo que los llamaban. Todo el campo parecía amarillo brillante. Ya sólo tenías que cruzar ese prado y llegabas a la granja. —Plantó el índice sobre un punto del mapa que alguien había marcado con una cruz—. Justo aquí. Aquí es donde yo vivía.

»Vine a Londres con mi madre, la abuela, en 1914. Creo que fue a finales de septiembre cuando llegamos aquí y empezamos a sentirnos de nuevo seguras. Dejamos a mi padre y a mis dos hermanos en la granja de Wijgmaal. Durante meses no tuve ninguna noticia de ellos. La abuela me repetía cada día que papá se uniría a nosotras pronto, y que Marc y Stefan vendrían con él, y volveríamos a estar todos juntos. Pero yo esperé y esperé y no sucedió nada. Fue el hermano de papá, Paul, el que se presentó y nos contó por fin lo que había sucedido. Mamá me mandó a jugar a la calle, entonces vivíamos en el East End, en Shadwell, y esa tarde ella escuchó toda la historia de boca del tío Paul, pero a mí no me lo contó todo. No entonces. Yo sólo tenía diez años. Pero sí me quedó claro que no volvería a ver a mi padre y a mis hermanos. Al parecer los alemanes estaban más cerca de lo que pensábamos cuando

mamá y yo nos escapamos. Unas horas más y hubiese sido demasiado tarde. Mataron a papá y a Stefan. Marc logró escapar, pero también murió, más tarde, durante la guerra. Saquearon la granja y se llevaron todas las cosas de valor y todo lo que pudiesen comerse o beberse, y después le prendieron fuego y la redujeron a cenizas. El tío Paul contó que no había quedado nada. Ni una simple viga o un simple ladrillo.

La señora Foley se quedó en silencio. Thomas reflexionó sobre lo que le había contado, pero no pudo visualizarlo mentalmente: cuando intentó imaginar a su abuelo y a sus tíos abatidos por soldados alemanes, con el tejado inclinado de la granja de fondo, no logró que le viniese a la cabeza ninguna imagen vívida o real. En lugar de eso, le vino otro recuerdo, un recuerdo de su propia infancia, algo en lo que no pensaba desde hacía años: el pequeño apartamento al este de Londres, dos o tres pisos por encima de una carnicería, en el que vivía su abuela y adonde él iba a visitarla de vez en cuando con su madre, cuando tenía sólo cinco o seis años. Después le vino a la memoria otra visita, una única visita, a una especie de hospital o residencia donde estaba internada y donde parecía mucho más joven que el resto de los pacientes. Desprendía un olor muy fuerte de perfume de violetas y cuando se inclinó para besarlo y abrazarlo, él había retrocedido un poco y había intentado evitar el contacto con la enorme y prominente verruga de la mejilla izquierda de su abuela...

Se abrió la puerta del salón y apareció Sylvia.

—¿No os iría bien un poco más de luz? —dijo, encendiendo la lámpara del techo—. Apenas os veis. —Se acercó y echó un vistazo con curiosidad al mapa desplegado encima de la mesa—. ¿Qué es esto? ¿Estáis buscando un tesoro enterrado?

—Mamá me estaba enseñando dónde estaba la granja de sus padres —le explicó Thomas—. Mira..., era así. —Y le tendió a su mujer la pequeña y borrosa fotografía cuadrada en blanco y negro.

—Quiero que Tommy vaya allí mientras está en Bélgica —anunció de pronto la señora Foley con la brusquedad y énfasis de costumbre.

—¿En serio? —dijo Thomas—. Creía que habías recalcado que...

—Lo sé. Pero he estado dándole vueltas y he cambiado de opinión.

Thomas asintió lentamente.

—De acuerdo, pero entonces, ¿por qué no vienes conmigo?

—No. Yo no quiero ir. Pero para mí sería importante saber que tú has estado y has pisado la misma tierra sobre la que se levantaba la granja. Me gustaría tener una fotografía tuya allí. Tomada en el campo de las flores amarillas, si es que todavía existe. —Había una súplica en su mirada que era completamente nueva para Thomas—. ¿Lo harás por mí?

—Claro que lo haré, mamá.

—Me parece una idea muy bonita —intervino Sylvia—. Bueno, ¿alguien quiere café?

Mientras Sylvia estaba en la cocina poniendo el hervidor al fuego, la señora Foley recogió el mapa y las fotografías de la mesa y los fue guardando en su vieja cartera

escolar; mientras lo hacía le dijo a su hijo:

—No olvides lo que te he dicho.

—No lo haré. Tendrás tu foto.

—No me refiero a eso. Recuerda. La abuela y yo no volvimos a ver a mi padre. Crecí sin él. Ella envejeció sin él. La vida fue más dura para ambas. No les hagas pasar por algo parecido a tu mujer y a tu hija.

Y con estas palabras acabó de cerrar las hebillas de la cartera y se la ofreció a Thomas extendiendo los brazos por encima de la mesa, de un modo casi sacramental.

El domingo 3 de agosto de 1958 amaneció con un sol resplandeciente. En Londres era el primer día verdaderamente cálido del verano. Thomas y Sylvia decidieron que hacía demasiado calor para comer un asado, así que dejaron la pierna de cordero para otra ocasión y prepararon una ensalada verde con jamón y pepinillos que comieron en el jardín con la señora Foley, mientras la pequeña Gill jugaba feliz en el cajón de arena que Sparks había acabado de construir hacía sólo unas semanas. Sparks y su hermana Judith estaban en su jardín trasero disfrutando de una sencilla comida a base de sándwiches fríos de ternera. Era inusual ver a Judith fuera de la casa: incluso en un día como ése se había cubierto las piernas con una gruesa manta de lana. Tal era la benigna influencia del buen tiempo que Thomas había olvidado el ataque de animosidad del día anterior contra su vecino y conversaron amigablemente durante unos minutos de naderías mientras que Sylvia, más solícita, se interesó por la salud de Judith. Después llegó el momento de acompañar a la señora Foley a la parada del autobús.

Después de despedirla una vez que subió al autobús de Leatherhead continuaron hasta el parque de Tooting; Thomas empujaba el cochecito y Sylvia, al cabo de un rato, le cogió del brazo. A Sylvia le preocupaba que incluso con el toldo del cochecito desplegado Gill se empezase a sentir incómoda por el calor del sol de la tarde, pero parecía que nada iba a estropear la tranquilidad de ese día. La pequeña se comportó perfectamente. Compraron helados en la camioneta aparcada junto al parque y se sentaron en el césped para comérselos, mientras contemplaban a las hordas de jóvenes que pasaban por allí, con toallas y trajes de baño bajo el brazo de camino al Lido, en ensimismadas parejitas o en bulliciosos y divertidos grupos.

Ojalá cada domingo, cada día, en Londres pudiese ser así, pensó Thomas. Sylvia y él permanecieron tumbados en la hierba durante media hora o más, cogidos de la mano y con los ojos cerrados para no ser deslumbrados por un sol que brillaba benévolo y sin ningún obstáculo que se le interpusiese en el límpido cielo azul claro. A Thomas Bruselas le pareció más lejana que nunca y se dio cuenta, desconcertado, de que no tenía ningunas ganas de regresar a Bélgica al día siguiente. De pronto era la Expo y todo lo que le había sucedido allí lo que le parecía distante e irreal, y era su vida hogareña —su vida con Sylvia y Gill— a lo que quería aferrarse.

Esa noche, despierto en la cama junto a Sylvia, puso una vacilante mano sobre la cadera de su mujer y con un movimiento lento y tentativo empezó a deslizar el

camisón hacia arriba para dejar al descubierto la parte inferior de su cuerpo. Cuando intentó esta maniobra la noche pasada. Sylvia se apartó y lo rechazó con frialdad. Esta vez, aunque no hizo ningún gesto inmediato de consentimiento, tampoco se resistió. Cuando tuvo el camisón enrollado alrededor de la cintura de Sylvia, Thomas deslizó suavemente la mano entre sus piernas y sintió la cálida y expectante humedad. Ella se volvió hacia él y se besaron. Con impaciencia, pero cuidando de no provocar el rechazo de Sylvia con unas prisas excesivas, se quitó contoneándose la chaqueta y el pantalón del pijama. Los tiró al suelo en su lado de la cama, encendió la lámpara de la mesilla de noche e intentó besarla de nuevo, pero ella se apartó.

—¿Qué haces? —le preguntó Sylvia.

—¿No podemos dejar la luz encendida? Me gustaría verte.

—Por favor —rogó Sylvia—, preferiría que no.

Thomas sonrió y la besó en la frente.

—Eres tan recatada —susurró—. ¡Tan ceñida a las normas!

Apagó la luz y entonces Sylvia, como arrastrada por una inesperada pasión por la provocación de Thomas, se quitó bruscamente el camisón por la cabeza y se aplastó contra él, rodeándolo con fuerza con los brazos y las piernas, en un abrazo casi desesperado. Él la penetró rápidamente y el acto sexual, acompañado de profundos, arrebatados y hambrientos besos, terminó enseguida. Thomas alcanzó el clímax en menos de un minuto y Sylvia poco después. Pero aun cuando ya habían terminado, ella siguió agarrada a él y permanecieron entrelazados hasta que ella se quedó dormida. Sólo cuando Thomas oyó que su respiración se ralentizaba y se hacía más regular hasta convertirse en un familiar, muy tenue y muy ligero ronquido, se atrevió a desplazar con sumo cuidado la cabeza de Sylvia para así liberar su hombro del peso y sacar el brazo que tenía dulcemente atrapado bajo el cuello de ella.

Ligeramente incomodada por el movimiento, Sylvia murmuró algo indistinguible entre su adormilada respiración y rápidamente se sumergió en un sueño más profundo y satisfecho. Pero Thomas no tuvo tanta suerte. Permaneció unos minutos echado en la cama sin poder dormirse y no tardó en darse cuenta, con fatigada resignación, de que probablemente le esperaban largas horas en vela. Cada postura que intentaba le resultaba incómoda. Le pasaban por la cabeza fugaces impresiones de todas las extrañas experiencias vividas recientemente y sentía el peso del agobio ante la idea de tener que marcharse al día siguiente temprano a Bruselas. Se dio la vuelta y se colocó boca abajo, pero tampoco así se sintió cómodo. Y para agravar su incomodidad, había algo en el fondo de la cama que le estaba molestando. Tocaba algo con el dedo gordo del pie, algo pequeño no identificado, una bolita de algo blando y esponjoso. No lograba descifrar qué podía ser. Después de toquetearlo por todos lados con la punta de los dedos del pie durante uno o dos minutos finalmente metió la mano y lo cogió. Pero tampoco palpándolo con la mano logró averiguar qué era. ¿De qué demonios podía tratarse?

Ya completamente desvelado y llevado por una pertinaz curiosidad, se sentó al

borde de la cama, se puso el pijama y las zapatillas y se dirigió al lavabo, llevando consigo el enigmático objeto. Una vez allí, bostezó, encendió la luz del techo y lo examinó horrorizado.

¡DEMASIADAS ESTADÍSTICAS!

—¿Está bien, señor Foley? —preguntó Shirley—. Parece que haya visto un fantasma.

Le dejó una pinta de la cerveza del Britannia en la mesa y Thomas dejó de mirar por la ventana —en la que había mantenido clavados los ojos con la mirada perdida— y asintió para dar las gracias.

—Tiene una mirada rara desde que ha vuelto de Londres —añadió ella.

—¿En serio? Oh, no es nada. Debo de haber cogido algún virus en el avión o algo por el estilo.

—Tenga cuidado, los constipados de verano son lo peor.

Bebió el primer trago de cerveza mientras Shirley se alejaba de regreso a la barra, y pensó que el comentario de la chica, aunque poco original, podía tener algo de cierto. ¿Había estado viendo fantasmas? Después de todo, ¿dónde estaba la realidad por esos alrededores? El Britannia era un engaño, un pub de cartón piedra que proyectaba una visión engañosa de Inglaterra, trasladado a un entorno de cartón piedra donde todos los demás países proyectaban visiones engañosas de sus identidades nacionales. ¡La Belgique Joyeuse, por ejemplo! ¡De cartón piedra! ¡Como el Oberbayern! ¡De cartón piedra! Estaba viviendo en un mundo que era todo él un simulacro. Y cuanto más pensaba en eso, más fantasmagórico e inestable le resultaba todo lo que tenía alrededor. Esas personas esperando a ser atendidas en la barra, y las que estaban sentadas en las mesas, ¿eran de verdad o también formaban parte del engaño? ¿Era alguna de ellas lo que parecía? Hacía unos días había creído que el señor Cherski, al que ahora estaba esperando, era un amigable joven escritor y periodista moscovita que le pedía consejo, pero ahora se suponía que Thomas tenía que aceptar que era un alto oficial del KGB. ¿Qué era verdad y qué era mentira? Tal vez Shirley *fuese* un fantasma. Y ahora que caía en ello, incluso Emily interpretaba un papel: también ella era sólo una actriz que fingía ser un ama de casa suburbana para los visitantes del pabellón estadounidense. Tal vez todos los presentes en el Britannia ese martes a la hora de comer eran también actores, contratados por el señor Radford y el señor Wayne como parte de algún elaborado y delirante plan maestro destinado a confundirle y desorientarle.

Sólo había una cosa de la que estaba seguro: en el fondo de su lecho marital el domingo por la noche había encontrado una almohadilla para callos usada. Nada menos que una Almohadilla para Callos Calloway. Lo cual significaba que Norman Sparks había estado en esa cama, tal vez tan sólo uno o dos días antes. Eso era en estos momentos lo único real en su vida, y por lo que a él concernía, todo lo demás podía ser producto de su propia imaginación, de la de los servicios secretos británicos o de hecho de la vívida imaginación del barón Moens de Fernig. No era sorprendente que a Shirley le pareciese que actuaba de un modo raro. Tenía la sensación de estar al borde de la locura. De tener una crisis nerviosa o algo por el estilo.

Miró hacia el otro extremo hasta localizar a Shirley. Estaba hablando otra vez con aquel norteamericano, Ed Longman. Ese par ya eran uña y carne. Era bonito, pensó, ver que al menos uno de aquellos romances de la Expo prosperaba con una relativa fluidez. Se preguntó cuántos de aquellos amoríos gestados durante la feria resistirían el paso del tiempo; cuántas de las relaciones iniciadas en aquella atmósfera embriagadora e inusual conducirían a algo sustancial: al matrimonio o a la procreación. En cualquier caso, Shirley y Longman parecían muy unidos. Él la miraba a los ojos y le deslizó algo en la mano. Ella vio que Thomas los miraba y le guiñó un ojo.

Thomas suspiró, bebió otro trago de cerveza y consultó el reloj. Cherski se estaba retrasando. Aunque no le importaba demasiado tener que esperarlo aquí, a solas con sus pensamientos. Cuanto más pensaba en los cuernos que le había puesto su mujer, más se deprimía y menos capacidad de decidir qué hacer tenía. Se había prometido despertarla antes de marcharse el lunes por la mañana, pero llegado el momento, no lo había hecho; incapaz de hablar con ella, de mirarla o siquiera de estar cerca de ella, había pasado el resto de la noche en el dormitorio de invitados y después había salido sigilosamente de casa a las seis de la mañana tras comprobar que Gill seguía dormida. Desde que había llegado a Bruselas no había telefonado a Sylvia, ni mucho menos había empezado a redactar la carta que sabía que al final tendría que escribir. De hecho, aparte de telefonar a Emily en el pabellón estadounidense hacía un rato, no había hecho nada más que permanecer sentado en su bungalow y en varios bares y cafés del recinto de la Expo, aturdido, dejándose llevar por la indecisión y la inercia.

—Mi querido señor Foley —saludó una voz familiar—. Siento el retraso.

Era Cherski, que parecía aturullado y sin aliento. Llevaba consigo su maletín, lleno de los habituales fajos de papeles. Thomas ya tenía el último número de *Sputnik* abierto encima de la mesa. Se levantó y le estrechó la mano a Cherski, esperando que su mirada no delatase el hastío que ahora le producía.

—Siéntate, siéntate —dijo—. ¿Puedo ofrecerte algo de beber?

—Creo que la señorita Knott me ha visto entrar. Seguro que me traerá lo de siempre sin tener que pedírselo. Eso es lo que distingue a un buen pub inglés, ¿no es cierto? Conocer a tus «clientes habituales», como creo que se llaman.

—Vas a regresar a Moscú convertido en un auténtico experto en el modo de vida británico —le dijo Thomas con tono neutro.

—Eso espero. Ésa es mi intención. Bueno, ¿has podido leer el último número? Me encantaría conocer tu opinión.

—Sí, lo he leído —dijo Thomas, repasando con la mirada la amplia hoja de papel barato, doblada como siempre por la mitad para conseguir las cuatro páginas del folleto—. Debo decir que no me parece que hayas hecho grandes progresos. Tiene los mismos defectos que los anteriores.

—¿Por ejemplo?

—Bueno, ya te lo he comentado otras veces. En primer lugar está lo de las

estadísticas. ¡Hay demasiadas estadísticas! —Empezó a leer en voz alta un fragmento de un artículo que ensalzaba los triunfos de la puericultura rusa—. Escucha esto: «En la Unión Soviética hay 106.000 plazas en hospitales infantiles, 965.000 plazas de atención permanente, más de 2 millones de plazas estacionales en guarderías y 2,5 millones de plazas en jardines de infancia y campamentos de verano».

—¿Y bien? —preguntó Andréi—. ¿No te parece impresionante?

—Claro que es impresionante. Pero no es la manera de conseguir que tus lectores...

—Perdonen la interrupción, caballeros. —Era Shirley, que traía otra pinta de cerveza amarga y una bolsa de patatas fritas—. Aquí lo tiene, señor Cherski. Ya no tengo que preguntarle lo que quiere tomar, ¿verdad?

—Desde luego que no, señorita Knott.

—Cuando regrese a casa, voy a comprar acciones de las patatas fritas Smith's —comentó Shirley mientras depositaba con cuidado la cerveza en la mesa—. Yo diría que, si de usted depende, en el plazo de un año toda Rusia va a estar comiéndolas.

—Puede que estés en lo cierto. —Y mientras Shirley se alejaba, él le dijo riendo—: ¡Pero sin sal! La sal es mala para la salud, ¿recuerdas?

También ella se rió.

—¡Oh, señor Cherski, qué gracioso es usted!

Andréi seguía riéndose entre dientes cuando tomó el primer trago de cerveza.

—Ah, el sentido del humor inglés. Creo que por fin empiezo a entenderlo. Y como espero que hayas notado, ahora hay más humor que al principio en el folleto. Eso es influencia tuya, Foley.

—Sí, precisamente iba a mencionarlo. Esta selección de observaciones «humorísticas» de los niños rusos.

—Son deliciosas, ¿verdad?

—Desconcertantes, diría yo. ¿Qué me dices de ésta?: «¿Es el cuchillo el marido del tenedor?».

Andréi se rió con ganas un buen rato. Thomas se quedó mirándolo.

—No lo pillo —le dijo, y Andréi cortó su risa en seco.

—Yo tampoco —admitió—. Esperaba que pudieses explicármela. Y qué me dices de ésta: «¿Qué pasa si un gallo se olvida de que es un gallo y pone un huevo?»». ¿No es graciosa?

—No particularmente.

—¡Ejem! —resopló incómodo—. El autor me aseguró que eran hilarantes. Pensé que yo no era lo suficientemente agudo para entenderlas.

—Creo que deberías olvidarte del humor durante algún tiempo.

—Muy bien. Me parece una buena idea. Sobre todo porque nuestro próximo número estará enteramente dedicado a la ciencia. Y el artículo principal es un trabajo *excelente*. Incluso tú, Foley, incluso tú, que eres tan difícil de impresionar, vas a disfrutar con ese artículo.

—¿Por qué, de qué va?

Cherski había abierto su bolsa de patatas y masticaba ruidosamente, como de costumbre, con la expresión de un gourmet paladeando una creación especialmente lograda de *haute cuisine*.

—Es sobre el hombre del futuro —le dijo, entre un bocado y el siguiente—. Un científico soviético muy eminente ha escrito un artículo que explica cómo habrá evolucionado la humanidad de aquí a cien años.

—¿Y...?

—Bueno, evidentemente tendrás que leerlo. Pero creo que será una de las cosas de ese número que te interesarán especialmente. También tenemos un buen artículo sobre los avances rusos en la fusión nuclear. Naturalmente, en aras de la honestidad periodística y la imparcialidad también debemos informar, con gran pesar, de que los científicos británicos que han estado trabajando en este asunto parecen haber sobrestimado en exceso la magnitud de sus logros. Lo cual me recuerda... que hay un dato que quería comprobar contigo. ¿Es cierto, tal como he oído, que la réplica de la máquina ZETA se ha retirado del pabellón británico para evitar el bochorno?

La pregunta vino acompañada de una sonrisa, pero también de una insolente y retadora mirada. La propia sonrisa de Thomas apenas logró disimular su disgusto. La honestidad, sin embargo, le llevó a admitir:

—Sí, es cierto.

—Bien. Lo mencionaremos en el artículo. Es sólo que siempre es mejor comprobar las informaciones, ¿no crees? —Se acabó la última patata, dobló cuidadosamente la bolsa vacía y se la guardó en el bolsillo de la americana—. Y en el número que vendrá después, te gustará saber que hablaremos de la moda femenina soviética comparándola con su equivalente americana. La señorita Parker ha sido de gran ayuda proporcionándome algunos diseños. Y hablando de Emily —su sonrisa se hizo todavía más encantadora, y al mismo tiempo, pensó Thomas, aún más falsa—, tengo entendido que estás organizando una excursión con ella para uno de estos días, ¿es así?

—Sí —admitió Thomas con prudencia, preguntándose cómo podía haberlo sabido Andréi tan rápido, y percatándose de pronto de que había cientos de maneras posibles.

—Me parece una idea estupenda. ¡Un picnic veraniego, en la campiña belga! Si no estoy mal informado es este sábado, ¿verdad?

—En efecto.

—Me dijo que conocías un sitio maravilloso. Un campo lleno de ranúnculos amarillos, me contó, junto a la orilla de un río, no lejos de Lovaina.

—Algo así —dijo Thomas, que tan sólo hacía unas horas que había visto a Emily y le había contado esto.

—Entonces sólo queda una cosa pendiente. —Andréi reunió sus papeles y los organizó en una pila con unos golpecitos en la mesa—. ¿A qué hora os recojo?

«PASTORALE D'ÉTÉ»

A primera hora de la tarde del sábado 9 de agosto de 1958, Andréi y Emily pasaron a recoger a Thomas en la entrada del Motel Expo de Wemmel. Como podía haber sospechado, harían el viaje con cierto toque de sofisticación. Andréi conducía un sedán descapotable ZiS-110 de 1956 azul claro, el gran hito de la producción soviética. El tiempo iba a acompañar y Andréi había plegado la capota del coche para permitir el máximo disfrute del sol. Protegía sus ojos con unas gafas polarizadas azul cobalto, vestía un blazer color crema y llevaba un pañuelo de seda anudado sobre el cuello abierto de la camisa blanca. Emily, por su parte, lucía una camisa blanca de hilo, pantalones azul marino, un pañuelo para la cabeza estampado azul marino y gafas de sol con forma de ojo de gato. Parecían un par de estrellas de cine. Al sentarse en el asiento trasero, que era el espacio que quedaba libre, Thomas se sintió desaliñado y cohibido en comparación con ellos.

Les llevó poco más de media hora recorrer los treinta y cinco kilómetros hasta Wijgmaal, donde la llegada del coche ruso causó sensación. Era una tranquila ciudad suburbana, partida en dos por la estrecha franja de agua verde que formaba el río Dijle. Había media docena de críos jugando en el parque infantil cubierto de hierba cerca del río, pero dejaron lo que estaban haciendo y se acercaron corriendo para escudriñar a los visitantes que llegaban. «*Kom kijken! Kom kijken!*», les gritaban a sus amigos, correteando detrás del coche y pasando después las manos por la carrocería, tratándolo como si fuese un gato que no tenía muchas ganas de que lo acariciasen. Andréi los saludó con la mano y mantuvo esa sonrisa que dejaba al descubierto su blanca dentadura y que a Thomas cada vez le parecía más y más falsa y siniestra. Míralo, pensó: le encanta ser el centro de atención, pese a que probablemente atropellaría a estos chavales sin pensárselo dos veces si eso resultase útil para sus propósitos.

—Bonito coche —fue sin embargo todo lo que le dijo mientras sacaban lo necesario para el picnic del portaequipajes.

—No está mal, ¿verdad? —convino Andréi—. Ya ves que incluso los rusos sabemos algo de diseño.

—Y sin embargo, yo pensaba —comentó Thomas, mientras levantaba uno de los dos pesados cestos de mimbre— que el uso de estos coches era restringido. Me refiero a que era sólo para los altos cargos del partido.

¿Fue sólo su imaginación o Andréi pareció picarse durante un instante, antes de retomar su habitual y ligeramente amenazante *bonhomie*?

—Tienes una idea muy equivocada de cómo funcionan las cosas en mi país —le respondió—. Este coche pertenece a la embajada soviética de Bruselas. Lo único que tengo que hacer es pedirlo.

—No sabía que los editores de revistas gozaban de estos privilegios.

—Somos un país que ama la literatura.

—¿Y por eso te conceden tanta libertad de movimiento?

—¿Libertad de movimiento?

—Es sólo que alguien me contó que la mayoría de los miembros del equipo del pabellón soviético estaban confinados en el hotel cuando no trabajaban. Y que cada día los llevaban y traían del pabellón en autobús. No han podido ver nada de Bruselas. En cambio tú pareces moverte bastante a tu aire.

—Ese «alguien» que te contó eso estaba mal informado —respondió Andréi secamente—. Bueno, ¿y ahora hacia dónde tenemos que ir? Creo que si vamos hacia allí encontraremos algún sitio agradable.

Señaló vagamente hacia el sur, río arriba junto al Dijle, en dirección a Lovaina. Pero Thomas negó con la cabeza.

—No, tenemos que ir hacia allí —dijo, y señaló hacia el norte desde el puente—. No parece tan prometedor, pero en cuanto hayamos pasado la curva del río, ya veréis que es mucho más bonito.

Emily notó la tensión entre los dos hombres e hizo lo que pudo por suavizarla, diciendo:

—Thomas tiene una idea muy clara sobre dónde tenemos que celebrar el picnic. Parece ser todo un experto en esta zona de Bélgica.

—Muy bien —dijo Andréi muy serio—. Pues sigamos al experto.

El río, tal como le había dicho su madre a Thomas, no era muy ancho en esa parte, y el puente en el que estaban lo cruzaba sin necesidad de trazar un arco. Aunque no se veía ningún sendero, resultaba fácil bajar hasta la orilla y desde allí empezaron a caminar a través de la alta hierba; Thomas y Andréi llevaban cada uno un cesto y Emily una manta para picnic enrollada bajo cada brazo.

El cielo era intensamente azul, casi cerúleo, y estaban rodeados por una maravillosa quietud. A su izquierda el río serpenteaba, con una misteriosa y pálida tonalidad verde, opaca y turbia bajo el sol de la tarde; a su derecha, a un par de minutos del puente, se abría un extenso prado, salpicado aquí y allá de cardos, con la hierba de un color entre grisáceo y marrón después de varias semanas sin lluvia. Thomas llevaba consigo el mapa de su madre y abría el camino, echando una mirada atrás de vez en cuando para controlar a Emily y Andréi, que, para su gusto, caminaban demasiado juntos y hablaban de un modo que parecía resultar demasiado íntimo.

Al poco rato llegaron a un lugar en el que el río giraba lánguidamente hacia el oeste, y en ese punto de la curva había una enorme extensión de hierba alta —parcialmente cubierta por las sombras de un grupo de sicomoros— que invitaba a los paseantes a desplegar sus mantas para el picnic y quedarse allí. Así que eso fue lo que hicieron. Y al cabo de unos minutos oyeron voces y el ruido de unas bicicletas que se aproximaban; Thomas volvió la cabeza para mirar hacia el puente y vio que los demás invitados habían llegado. Después de que Andréi le hubiese fastidiado sus planes de una relajada tarde con Emily *à deux*, él había aceptado su derrota y,

siguiendo la sugerencia inicial de ella, le había dado total libertad para invitar a cuanta gente quisiera. De modo que ahora Anneke estaba aquí, con su amiga Clara y un joven de cabello oscuro al que no reconoció. Los tres se apearon de las bicicletas y caminaron con ellas junto al margen del río hacia el lugar en el que habían montado el picnic. Thomas y Emily fueron a su encuentro y se toparon a mitad de camino; Andréi se quedó donde estaba.

—¡Vaya, vaya! —le dijo Emily a Anneke, admirada—. Esto sí que es un medio de transporte razonable. ¿Habéis venido pedaleando desde Bruselas?

—No está tan lejos —le aseguró Anneke—. Una hora y media. Y como ya sabes, en Bélgica no hay colinas.

Se la veía acalorada y saludable después de ese ejercicio matutino; su piel, que ya había mostrado un bronceado regular las últimas semanas, resplandecía con una vitalidad renovada y los ojos le brillaban. Clara sudaba y desprendía un débil y no desagradable olor animal. Pero Thomas estaba más interesado en el tercer miembro del grupo. Era alto, fornido y con buen porte. Parecía veinteañero. Lucía un bigote perfectamente recortado y tenía unos ojos oscuros e inquisitivos que sostuvieron la mirada de Thomas con una retadora pero amable curiosidad.

—Ah, éste es mi amigo —explicó Anneke—. Se llama Federico. Espero que no os importe que lo haya traído.

—Por supuesto que no, querida —dijo Emily—. Un caballero italiano, ¡qué exótico! ¿Puede ser más cosmopolita esta pequeña reunión?

Federico asintió y sonrió.

—Federico trabaja de camarero es el pabellón italiano —explicó Anneke—. Nos conocimos hace unos días. Me temo que apenas habla inglés.

—Bueno, no te preocupes por eso, querida. Al menos resulta terriblemente decorativo. Venid y poneos cómodos. Estábamos a punto de sacar la comida. Se nos ha abierto el apetito viniendo hacia aquí, así que sólo Dios sabe cómo os debéis sentir vosotros.

Andréi se puso en pie cuando las chicas se acercaron y les besó la mano con elegancia a Anneke y a Clara. Le estrechó la mano con rápida formalidad a Federico y sirvió vino para todos. Cuando estuvieron todos sentados y con las copas preparadas, dijo:

—Permitidme que proponga un brindis rápido. Vivimos en un mundo en el que constantemente se levantan barreras políticas entre la gente de los diferentes países. Muchas de estas barreras son, en mi opinión, innecesarias. El hecho de que podamos sentarnos juntas seis personas de distintos países demuestra que son innecesarias. La Expo 58 prueba que son innecesarias. ¡Así que alcemos las copas por nuestros generosos anfitriones de ideas avanzadas, los belgas, y por la Expo 58!

—¡Por la Expo 58! —respondieron todos.

—También me gustaría darle las gracias al señor Foley —continuó Andréi— por traernos a este lugar verdaderamente maravilloso. Dime, Thomas, ¿cómo es que lo

conocías? ¿De dónde sacaste la información?

—Fue una sugerencia de mi madre —dijo Thomas.

—¿De tu madre?

—Sí. Mi madre es belga.

—¿En serio? Pues has guardado esta información muy en secreto.

—Todos tenemos derecho a guardar nuestros secretos, señor Cherski —sentenció Thomas. Andréi lo miró con frialdad—. Y, en cuanto a mi madre, vivió cerca de aquí. Muy cerca de donde ahora estamos sentados. —Pero entonces se dio cuenta de que prefería guardarse para sí mismo el resto de la historia de su madre. Había al menos allí presentes dos personas con las que prefería no compartirla—. Me habló de este río. Creo que solía venir aquí cuando era niña. Tal vez incluso en días como éste.

Rompiendo el reflexivo silencio que siguió, Emily comentó:

—Bueno, ¿quién iba a reprochárselo? Esto es el paraíso. —Dejó con cuidado su copa de vino sobre la hierba y se echó hacia atrás, apoyándose en los codos y levantando la cara hacia el sol—. Mirad este cielo. Escuchad esta quietud. Éste es uno de esos lugares, uno de esos días, que te hace desear que el tiempo se detenga. ¿No estáis de acuerdo?

—Supongo que hoy podemos permitirnos el lujo de pensar algo así —dijo Andréi—. Aunque me parece un punto de vista un poco decadente. Después de todo, no somos gente común y corriente, y la situación en la que nos encontramos esta tarde tampoco es común y corriente. Estar aquí sentados, tal como estamos ahora, en estas circunstancias, nos convierte en unos privilegiados. Ninguno de nosotros vive en una situación de extrema pobreza o necesidad. Pero hay trabajadores por todo el mundo cuyas vidas son una lucha diaria por la supervivencia. Ellos no desearían que el tiempo se detuviese ni siquiera en un día como éste. Tienen hambre de progreso. Lo cual me recuerda... —rebuscó en el bolsillo de su chaqueta y sacó el último número de *Sputnik*, cuidadosamente doblado— que todavía no lo has visto, ¿verdad, Thomas? Incluye el ensayo del que te hablé.

—¡Ah! El famoso ensayo —dijo Thomas, cogiendo el folleto.

—Gracias por la lección magistral sobre las condiciones de vida de los trabajadores —dijo Emily, comentario que provocó una sonrisa de Andréi entre afectuosa y desafiante—. ¿Y qué es exactamente este ensayo del que habláis?

—He encargado a uno de nuestros más eminentes científicos que mire como quien dice en la bola de cristal y nos cuente cómo será nuestro mundo dentro de cien años. Creo que las conclusiones os sorprenderán.

Thomas había dado con la página de marras y estaba repasando los primeros párrafos del artículo con sumo interés.

—Bueno, venga —dijo Emily—. Léelo en voz alta. Estoy segura de que todos los aquí presentes quieren saber lo que dice.

—Muy bien. —Thomas dobló la hoja por la mitad para leer con más comodidad, se aclaró la garganta y anunció—: «El hombre del siglo XXI».

»“La ciencia que se ocupa de la vida de los seres humanos, de su desarrollo y nutrición, evoluciona año tras año.

»”¿Cómo será el ser humano dentro de cien años?

»”Ésta fue la pregunta planteada por nuestro corresponsal”, en otras palabras, el señor Cherski, “al Condecorado Trabajador de la Ciencia”, ¡muy impresionante!, “el profesor Yuri Frólov. Lo esencial de su respuesta lo reproducimos a continuación.

»”Imaginemos que estamos viviendo en el año 2058. Las fronteras entre el trabajo manual y mental se han difuminado durante ese siglo. Existen las condiciones necesarias para el desarrollo físico y psicológico normal y armonioso del hombre. Aunque la gente ya está utilizando energía atómica en todas las esferas de la economía nacional y ha domesticado las fuerzas de la naturaleza, los seres humanos no se han debilitado; al contrario, parecen más fuertes que diez años atrás. Están siempre contentos y se sienten cómodos en todas partes y...’, espero que eso no os incomode, ‘comen y beben comparativamente mucho menos.’”.

—No me incomoda en absoluto —dijo Emily—. Pero sigue.

—«Los bioquímicos del siglo XXI han logrado sintetizar los carbohidratos e incluso las proteínas, lo cual ha permitido que aparezcan nuevos alimentos, y aunque tienen un alto valor nutritivo y saben tan bien como por ejemplo el pan o la carne, no son tan voluminosos. Los órganos internos ya desempeñan funciones completamente nuevas relacionadas con las particulares cualidades del deuterio. Ingerido en pequeñas cantidades en lugar de agua normal y corriente este isótopo de hidrógeno desempeña una función antes desconocida: inhibe los procesos de desasimilación, es decir de descomposición de sustancias en el organismo.»

—Humm. ¿Y qué está diciendo exactamente? ¿Que dentro de cien años todas vamos a ahorrarnos el bochorno de tener que hacer cola en el lavabo de señoras?

—Probablemente. Pero ahora viene lo más importante..., escuchad: «Ése es el motivo por el que la altura de las personas del siglo XXI estará muy por encima de la media actual. Todos estarán sanos, independientemente de la edad que tengan, aunque algunos sobrepasen los cien años. Junto con zumos de frutas, beberán agua pesada en las dosis prescritas.

»”El ejercicio físico y el deporte son populares entre los jóvenes y los ancianos. Todas las ciudades han sido transformadas en ciudades ajardinadas y todas disponen de estadios, piscinas y otras instalaciones deportivas. Y lo más interesante de todo: uno no se cruza con gente de cabellos canos o personas seniles en esas ciudades. Todos caminan orgullosamente erguidos, con paso firme, su complexión es saludable y los ojos les brillan con vigor y felicidad.»

—Suena maravilloso —dijo Anneke—. Lástima que ninguno de nosotros estará vivo para verlo.

—Bueno —intervino Emily—, si todos nos las arreglamos para sobrevivir hasta, digamos, los ciento treinta o ciento cuarenta años, entonces todavía nos queda alguna esperanza...

—«Este rejuvenecimiento no ha llegado repentinamente —continuó leyendo Thomas—. Ha sido un proceso gradual y es el resultado de las medidas tomadas por el Estado», ah, sí, ya me estaba preguntando cuándo llegaríamos a este punto, «para mejorar la salud de la gente, con una especial atención a la investigación y eliminación de las causas del envejecimiento.

»”E incluso más sorprendente que la apariencia de la gente son las nuevas formas de vida y trabajo conectadas con el exorbitado desarrollo de los órganos sensitivos. El órgano de la visión ha ganado mucha fuerza y complejidad. A finales del siglo xx los científicos fueron expandiendo gradualmente el espectro de vibraciones electromagnéticas detectadas por el ojo y elevaron su potencial por medio de la electrónica y de otros instrumentos.

»”Con la ayuda de instrumentos eléctricos el ojo humano es ahora capaz de ‘ver’ no sólo en la más impenetrable oscuridad, con luz infrarroja, sino también en la más limitada luz ultravioleta. Todos los misterios han sido desvelados. El ser humano ha aprendido a ver a través de todos los obstáculos y su visión es capaz de penetrar incluso en la estructura interior de la materia, del mismo modo que lo hacen, por ejemplo, los rayos X.»

—¡Dios mío, vaya perspectiva más aterradora! —opinó Emily—. Muchas gracias, pero no quiero que ningún hombre utilice su visión electromagnética para ver a través de mi ropa. Que eche un vistazo a mis órganos internos ya me preocupa menos.

—«Gracias a la reducción electromagnética de la frecuencia de las vibraciones del sonido, el ser humano de siglo XXI puede oír fácilmente lo que no puede ver: cómo crece la hierba, cómo se mueve un líquido en un vaso, cómo se sueldan los huesos rotos y muchas más cosas.»

—Humm, eso ya me gusta más... —Emily dio un sorbo al vino y miró a lo lejos, pensando en esa posibilidad—. Me gusta la idea de poder escuchar cómo crece la hierba. Lo siento, Andréi, ya sé que esto es un ensayo serio de investigación científica, pero este tipo de ideas despiertan mi lado poético.

Andréi le sonrió y le tomó la mano.

—No te disculpes —le dijo—. Hay espacio para la ciencia y espacio para la poesía. Tu respuesta es... deliciosamente femenina.

Thomas le lanzó una mirada de incredulidad y continuó:

—«Ahora es incluso posible rastrear a través del oído todos los procesos en funcionamiento en los nervios y centros nerviosos de los que depende la salud y la vida del ser humano.

»”Un mejor conocimiento de la naturaleza ha hecho posible mejorar el sentido del olfato. El hombre es ahora capaz no sólo de reconocer miles de olores, sino también de determinar las dimensiones y formas de uno u otro objeto a través del sentido del olfato amplificado por la nueva técnica.

»”El descubrimiento de la naturaleza de los olores como emisiones de onda

ultracorta ha hecho posible transmitirlos a distancia a través de una nueva unidad ‘tele-olfativa’. El aire en los teatros, hogares, fábricas y laboratorios ahora no sólo se mantiene puro y fresco; está repleto de fragancias que tienen un efecto relajante en el sistema nervioso.

»”Se podrían contar otras muchas cosas sobre el ser humano en 2058, sobre su vida y su trabajo. Y no hay nada inusual en todo eso. Buena parte de lo que estamos soñando se está convirtiendo en parte de nuestra vida diaria.»

Thomas dejó el folleto y miró al círculo de rostros que lo rodeaban; cada uno de ellos parecía preocupado por uno u otro aspecto de esas inverosímiles predicciones.

—Bueno —dijo Clara—. Me parece muy interesante.

—A mí también —se sumó Anneke—. Me gusta la idea de que seremos capaces de transmitir olores a largas distancias.

—Es verdad —dijo Emily—. Tendremos mucho que agradecerle al Estado si todo esto llega a suceder. En cuanto alguien dé con el modo de coger el aire de donde estamos y transportarlo a Nueva York, creedme, seré la primera en abonarme. ¡Respirad una buena bocanada! ¡Notad lo puro que es! ¡Tan puro y tan dulce!

Aspiró profundamente y los demás hicieron lo mismo. Se produjo un agradecido silencio.

—¿Alguien quiere un cigarrillo? —preguntó Thomas.

Pasó el paquete y cada uno cogió el suyo.

Ahora Thomas y Emily estaban solos.

Emily estaba echada en la hierba, de costado, girada hacia él. Tenía la oreja apoyada en el suelo y los ojos cerrados, pero bajo los párpados se percibían rápidos y oscilantes movimientos.

Thomas había sacado el mapa de su madre y lo estaba estudiando detenidamente, mirando a su alrededor y tratando de conectar los detalles del paisaje con ese esquema cartográfico de hacía más de cincuenta años. Lo dobló para que le resultase más manejable y así poder concentrarse en una zona concreta. El ruido hizo que Emily abriese los ojos.

—¡Shhhh!

—¿Por qué, qué pasa?

—Estaba a punto de oírlo. Lo juro.

—¿Oír qué?

—El sonido de la hierba creciendo.

Thomas sonrió, dejó el mapa y se tumbó junto a Emily. Permanecieron echados uno junto al otro, cara a cara. De pronto aquello se había convertido en una situación que propiciaba la intimidad.

—¿Lo oyes? —preguntó ella.

—No estoy seguro.

Thomas colocó la oreja cerca del suelo e intentó concentrarse. Pero se dio cuenta de que estaba desconcentrado, alarmantemente desconcentrado, por la proximidad de Emily. El rostro de ella estaba a unos pocos centímetros del suyo. Podía ver las pecas, los poros, las arrugas, detalles en los que nunca se había fijado. Las pecas en particular eran adorables. Había una pequeña concentración de ellas a cada lado de la nariz. Los ojos gris perla de Emily le miraban fijamente, con una perturbadora franqueza.

—Oigo algo —dijo él—. Como un susurro.

—Tal vez sea esto.

—Bueno, ¿cómo vamos a poder explicarlo? El hombre que ha escrito ese artículo...

—¿Te refieres al «Condecorado Trabajador de la Ciencia»?

—Sí..., decía que no seremos capaces de hacer esto hasta dentro de cien años.

—Bueno, no sé muy bien cómo explicarlo. Tal vez este lugar tenga... propiedades especiales.

—¿Propiedades especiales?

—Tal vez, ya sabes, tenga una alta concentración de esas vibraciones electromagnéticas de las que hablaba el artículo.

—Podría ser.

—¿Tú crees?

—Creo que lo has resuelto.

¿Eran imaginaciones de Thomas o se habían acercado un poco más durante este curioso y afectuoso intercambio de susurradas frivolidades?

—¿Señor Foley? —dijo Emily.

—¿Sí, señorita Parker?

—¿Te importa si te hago una pregunta bastante temeraria?

—Supongo que no —respondió él, respirando hondo—. ¿De qué se trata?

—Mi pregunta es ésta... ¿Qué opinión te merece, tu opinión sincera, el señor Cherski?

Thomas no sabía muy bien qué tipo de pregunta se esperaba. Pero desde luego no ésta.

—Bueno... —dijo—. Necesito reflexionarlo un poco.

—No hay prisa. Tómate tu tiempo.

—Supongo... Bueno, si pudiera hacer una observación concreta, en lugar de general...

—Por supuesto.

—Diría que ahora mismo no parece particularmente feliz, desde el momento en que has decidido quedarte aquí, conmigo, en lugar de volver a Bruselas con él.

—Ah, te has percatado de eso, ¿verdad?

—Era difícil no hacerlo.

Unos minutos antes, Andréi había anunciado que él se marchaba. Tenía que

devolver el coche a la embajada de Bruselas, según dijo, a las cuatro en punto, y parecía dar por hecho que Thomas y Emily se irían con él, como a la ida. Pero Emily se había negado a acompañarlo. Dijo que se lo estaba pasando muy bien allí, que sólo habían estado un par de horas, que hoy era su día libre y que no veía ninguna razón por la que tuviese que volver tan pronto a Bruselas. Andréi había sido incapaz de disimular su descontento; pero, al mismo tiempo, no podía poner problemas a la decisión de Emily, salvo plantear una pregunta obvia: ¿cómo iban a volver ella y Thomas a Bruselas sin su ayuda? Ante la cual, finalmente, se encontró una respuesta: Clara y Federico (ambos tenían que trabajar esa tarde en la Expo) volverían con él en el coche y dejarían allí las bicicletas, de modo que Emily, Thomas y Anneke podrían regresar con ellas cuando les apeteciese. Decir que a Andréi le desagradó esa propuesta sería quedarse muy corto. Pero la aceptó, aunque apretando los dientes, ante la insistencia de Emily. De modo que él, Clara y Federico se habían marchado juntos, recorriendo el camino de vuelta hasta el puente; y Anneke los había acompañado, presumiblemente para despedirse cariñosa y momentáneamente de su nuevo amigo; sin embargo, justo antes de marcharse, Clara se había pegado a Thomas y le había susurrado al oído en tono confidencial: «Que sepas que él no significa nada para ella. Tú eres quien de verdad le importa», después de lo cual se había dado la vuelta y se había alejado, apresurándose para alcanzar a los demás, dejando a Thomas meditando sobre ese impactante comentario mientras contemplaba a las cuatro figuras que se alejaban hasta difuminarse a lo lejos entre la calima.

—Me atrevería incluso a sugerir —continuó Thomas, consciente de que estaba a punto de decir algo audaz— que el señor Cherski se está empezando a encariñar contigo.

—¿En serio? —dijo Emily—. ¿Tienes esa impresión?

—Sí.

—Bueno, debo decir que me deja muy sorprendida. ¿Y qué me aconsejarías que hiciese al respecto?

—Nada. Para ser completamente sincero, no me fío de ese hombre. Emily, no harás ninguna tontería, ¿verdad? ¿No te lanzarás a sus brazos?

Las palabras salieron de su boca antes de que pudiese retenerlas. Pero para su alivio, Emily no pareció ofenderse.

—Por supuesto que no. —Se incorporó, se apoyó sobre un codo y le dijo con tono serio—: ¿Sabes?, piense lo que piense la gente sobre mí, no necesito que me protejan. Recuerda esto, Thomas. Soy una chica madura y puedo cuidar de mí misma. No tienes que empeñarte en protegerme y, para serte sincera, no creo que seas la persona más adecuada para hacerlo.

Thomas asintió. Había algo en sus palabras y en su modo de hablar que le pareció hiriente, y sin embargo no había duda de que lo pensaba.

—Y, de hecho —añadió Emily—, resulta que coincidido contigo. Yo tampoco me fío del todo de él.

Eso pareció zanjar la discusión, porque Emily se volvió a tumbar en la hierba y cerró los ojos para protegerse del resplandor del sol. Poco después también Thomas se echó y permanecieron así, en silencio, un buen rato.

—¿Has pensado alguna vez en casarte? —le preguntó ella de pronto, sin preámbulo alguno.

Él se incorporó hasta sentarse y la miró perplejo.

—Sí —respondió—. De hecho he estado casado. De hecho, técnicamente hablando, todavía lo estoy.

—¿Técnicamente hablando? —preguntó Emily—. Tienes un modo muy raro de expresarte.

—En Londres tengo esposa y una hija —le explicó Thomas—. Pero mi matrimonio se ha terminado. —Resultaba extraño decir eso. Si se lo hubiese dicho a Emily en el concierto del Grand Auditorium, como estuvo a punto de hacer, le habría mentado; pero ahora, nueve días después, podía hacer esta afirmación y tener claro que estaba diciendo la verdad. Y, sin embargo, había algo definitivo e irrevocable en el hecho de decirlo en voz alta—. Sucedió hace mucho tiempo —dijo (lo cual era una mentira, aunque necesaria)—, y no obstante la herida sigue abierta —(lo cual era cierto).

—¿Qué fue lo que se torció? —quiso saber Emily—, si me permites preguntártelo, claro.

—Mi mujer me fue infiel —dijo Thomas.

—Oh, de verdad que lo siento. No pretendía hacerte revivir algo tan doloroso.

—No pasa nada. No se lo había contado a nadie. Me alegro..., quiero decir que no me importa contártelo a ti. Empiezo a sentir que hay cierta... complicidad entre nosotros.

—No te dejes llevar —le previno Emily— por estas vibraciones electromagnéticas. ¿Y conocías al sujeto implicado?

—Sí, era nuestro vecino. Tal vez la culpa fuese mía. La verdad es que desatendí a mi mujer.

—A mi modo de ver, eso apenas justifica...

—Por supuesto, tienes razón. Pero ella no puede haber sido feliz. Si vieses a ese hombre, entenderías por qué lo digo... No pudo haber sido otra cosa que un acto de desesperación.

—¿Y cómo manejaste el asunto? ¿Qué hiciste?

—Nada —dijo Thomas—. En una situación así, ¿qué puedes hacer?

—Se me ocurre, por ejemplo, arrearle un puñetazo en los morros. Al sujeto, se entiende.

Thomas se rió amargamente.

—¿Y qué hubiese conseguido con eso?

—Bueno, tal vez te hubiese hecho sentirte mejor. Tal vez hubiese servido para que tu mujer se diese cuenta de lo mucho que significaba para ti. Y tal vez hubiese

servido para que ese sujeto no volviese a comportarse como un canalla la próxima vez que le viniesen ganas de seducir a una vecina casada. Dudo que ningún tribunal te hubiese condenado. Al menos, en el estado de Wisconsin no lo hubieran hecho.

Thomas negó con la cabeza.

—La verdad es que no es... mi estilo.

—Entonces quizá deberías cambiar de estilo. —Emily se incorporó hasta sentarse y cruzó los brazos alrededor de las rodillas, que apretó contra su cuerpo. Frunció el ceño pensativa uno o dos segundos y eligió cuidadosamente sus palabras—: Además, muchas veces realmente no entendemos nuestra propia naturaleza. No sabemos quiénes somos hasta que aparece una nueva circunstancia que nos lo revela.

»Toma por ejemplo a mi padre. Es el hombre más dulce, amable y tranquilo que puedas imaginar. Un científico. El único momento en que verdaderamente se apasiona por algo es cuando está en un laboratorio. Pues bien, hace muchos años, supongo que yo tendría entonces diez u once, nos llevó de excursión por el bosque. A mí y a mi hermana pequeña, Joanna. Recorriamos una zona escarpada y rocosa, muy bonita para contemplarla, de acuerdo, pero de acceso complicado para dos niñas pequeñas. Bueno, pues a primera hora de la tarde nos detuvimos para comer lo que habíamos llevado. Yo me senté en una roca y empecé a comerme un sándwich de jamón o algo por el estilo, y Joanna, que entonces tenía ocho años, se sentó en el suelo junto al tronco de un árbol caído. Un tronco hueco. Y allí estábamos las dos, comiendo plácidamente, cuando mi padre, muy lentamente, empezó a acercarse a Joanna. En la mano llevaba una estaca de madera gruesa, pesada y recta que acababa de recoger, más o menos del tamaño de un bate de béisbol. Y hay en sus ojos una mirada que yo no he visto nunca. Mira fijamente hacia donde acaba el tronco caído, justo al lado de donde está sentada Joanna. Y de repente alza la estaca y golpea el suelo, ¡pam!, justo al lado de ella. Y se oye un sonido horripilante, un sonido que no te puedes imaginar, pero que una vez lo has oído no puedes olvidar. Una especie de aullido reptiliano, si eso tiene algún sentido. Pero mi padre todavía no ha terminado. Vuelve a levantar su arma una y otra vez y la aplasta contra el suelo una y otra vez, hasta reducir a papilla sea lo que sea lo que había junto a Joanna. A esas alturas ella ya se ha puesto a chillar como una loca, ha venido corriendo hasta donde estoy yo y se aferra a mí como si le fuera la vida en ello. Ambas miramos a nuestro padre y te juro que ninguna de las dos lo reconocemos. Tenemos ante nosotras a un hombre al que literalmente no hemos visto nunca. Su rostro está contraído y tenso, y respira más rápido y más profundamente de lo que parecería posible, pero al mismo tiempo parece..., y tal vez te parezca un término raro para describirlo, pero todavía hoy puedo visualizarlo, y es el único que encaja..., también parece... *en éxtasis*. ¿Sabes a qué me refiero? Parecía como transportado a otra dimensión, a un lugar en el que no creo que hubiese estado nunca. Y no se detuvo hasta que estuvo seguro de que la criatura estaba muerta.

Siguió un largo silencio.

—¿Qué era? —preguntó Thomas con voz ronca.

—Era una serpiente de cascabel. Una de las dos únicas especies mortales que tenemos. Y era grande, medía más de metro y medio.

—¿E iba a morder a tu hermana?

—¿Quién sabe? Desde luego mi padre no iba a correr ese riesgo. Si la hubiera mordido, habría muerto, de modo que él hizo lo que hubiera hecho cualquiera en esa situación, mató para proteger aquello que amaba. Él... —Dudó, buscando la frase adecuada, y cuando dio con ella, la verbalizó con una claridad cadenciosa y melancólica—: *Hizo lo que tenía que hacer*. —Y con un tono más reflexivo, añadió—: No creo que supiese que era capaz de hacerlo. En cualquier caso, después de ese día cambió. Todo en él cambió. Había descubierto la verdad sobre sí mismo, ¿sabes? Y también mi hermana y yo aprendimos algo. Ahora sabíamos de lo que era capaz.

Emily miró fija e inquisitivamente a Thomas, hasta que él se vio obligado a desviar la mirada.

—Desde entonces siempre he creído —continuó ella— que cuando llega el momento de salvaguardar aquello que es verdaderamente importante para ti, tus hijos, tu familia, tu país si llega el caso, no existen límites para lo que serás capaz de hacer. —Le dedicó a Thomas una sonrisa; una sonrisa, pensó él, de algún modo inquietante, y concluyó—: Deberías, realmente deberías haberle arreado un puñetazo en los morros.

«Justo detrás de esos árboles había un bonito prado que en verano estaba lleno de ranúnculos, de los altos, ranúnculos de pradera creo que los llamaban. Todo el campo parecía amarillo brillante. Ya sólo tenías que cruzar ese prado y llegabas a la granja.»

Los ranúnculos llegaban casi a la cintura. Thomas caminó lentamente entre ellos, solo, dejando el río y a Emily atrás. Sostenía el mapa en las manos y caminaba hacia el punto que alguien, hacía más de medio siglo, había marcado a lápiz con una gruesa cruz.

Al fondo del campo había una valla que consistía en un único alambre extendido entre postes de madera. Thomas la cruzó por debajo agachándose y siguió caminando. El terreno bajo sus pies era ahora rugoso, como si en el pasado se hubiera arado. Según el mapa, eso había sido un amplio espacio abierto, pero la zona boscosa que lo rodeaba estaba empezando a devorarlo. Sabía que estaba muy cerca del lugar en el que tiempo atrás estuvo la granja de su abuelo.

Oyó pasos a su espalda y se volvió. Era Anneke.

—Hola —saludó Thomas.

—Hola. ¿Te importa si te acompaño?

—Por supuesto que no.

De hecho, hubiese preferido seguir solo. Esa tarde empezaban a acumularse en su cabeza demasiadas impresiones. La historia de Emily lo había cogido por sorpresa —

era lo último que hubiera esperado escuchar— y le había afectado profundamente. Necesitaba tiempo para procesarla, pero no podía posponer por más tiempo la exploración de los alrededores, peinándolos en busca de los rastros de la historia de su familia que estaba seguro que todavía debían de quedar. Y ahora, sumándose a todo eso, aparecía Anneke. Llevaba el mismo vestido veraniego azul claro que la noche que visitaron el Parc des Attractions y el Oberbayern, y la tenía pegada a él (muy pegada), de un modo que le hacía pensar que esperaba algo de él. Algo que él no estaba seguro de que pudiese darle en ese momento. Incluso sin el comentario de Clara antes de marcharse, Thomas podía haber sospechado que la aparición de Federico en el picnic no había sido más que una pantalla de humo, una distracción. La atracción que Anneke sentía por él nunca había sido más evidente, y todo lo que la envolvía —su juventud, su belleza, su entusiasmo...— debería haberle alertado de que se le estaba ofreciendo un regalo inestimable. Pero seguía habiendo algo que le impedía dar el paso.

—Tenías un motivo —dijo ella al cabo de un rato— para traernos aquí, ¿verdad? Algo relacionado con tu familia.

—Sí. Aquí es donde vivió. Mi madre.

—¿Aquí?

—Creo que estás plantada en el sitio exacto. —Thomas miró a su alrededor—. ¿Crees que aquí pudo haber una granja? ¿Aunque ahora ya no quede ni rastro?

—No lo sé. Supongo que sí. ¿Qué le pasó?

—La quemaron los alemanes. —Empezó a caminar hacia los árboles más cercanos, con la mirada clavada en el suelo, buscando pistas. Anneke le seguía—. Estuvieron aquí en 1914. En agosto de 1914. Había por aquí cerca dos ciudades que casi destruyeron, Aarschot y Lovaina. En Aarschot asesinaron a un montón de gente, incluido el burgomaestre, su hijo y otros miembros de su familia. Y en Lovaina...

—Lo sé. Destruyeron la biblioteca. Cientos de miles de libros. Es una historia muy conocida en Bélgica.

—Un día, durante la primera serie de ataques, reunieron a los habitantes de Aarschot y se los llevaron hacia el sur, en dirección a Lovaina. Era algo completamente absurdo, supongo que lo hicieron para aterrorizarlos. Debieron pasar muy cerca de aquí. La familia de mi madre sabía que estaban a punto de llegar. Y sabían lo que les esperaba. Los soldados alemanes se habían estado comportando sin ningún tipo de reparos ni remordimientos. A los jóvenes belgas les disparaban y los mataban sin motivo alguno, simplemente porque los alemanes sospechaban que formaban parte de la resistencia. A las mujeres... también las agredían. Algo horroroso, verdaderamente horroroso. Mi familia decidió que mi madre y mi abuela debían intentar huir, aunque no les gustara la idea de dejar a los demás atrás. Decidieron que lo mejor para ponerse a salvo era intentar llegar a Inglaterra. Se marcharon, lo creas o no, en bicicleta en mitad de la noche. No sé nada sobre cómo transcurrió el viaje, mi madre nunca me lo ha contado. Sólo sé que unas semanas

después llegaron a Londres.

—¿Y tu abuelo? ¿Logró escapar?

—No. No volvieron a verlo. Tampoco a los hermanos de mi madre.

Thomas suspiró y miró a su alrededor con impotencia. ¿Qué quedaba allí que se pudiese ver? ¿Qué rastros se podían encontrar?

—¿Tu madre te ha hablado mucho de esa época, de cuando vivía aquí?

—La verdad es que no. Era una niña pequeña. Sé que fue muy feliz. Su padre era un hombre rico al que le iban bien las cosas. Fue a la escuela del pueblo en Wijgmaal, río abajo. Recuerda que iban a Lovaina los días de mercado. En alguna parte por aquí —señaló el campo— tenían un granero en el que almacenaban el heno y en el que solía jugar con un amigo del pueblo, un niño llamado Lucas. Tampoco sabe qué fue de él.

—Tal vez podamos encontrar algo enterrado por aquí —dijo Anneke, acuclillándose y palpando con la mano entre la hierba—. Tiene que haber algo... Algunos ladrillos, algún resto de los cimientos.

—No. —Thomas negó con la cabeza. Se inclinó para tomarla del brazo y levantarla. El tacto de la cálida piel desnuda bajo la presión de sus dedos le produjo un repentino estremecimiento, fugaz, inapropiado, que trató de reprimir—. No hay nada que ver. Venga, vámonos. Este sitio resulta muy triste.

De regreso al río, se detuvieron en el campo de los ranúnculos. Thomas le pasó la cámara a Anneke y le rogó que le tomase una fotografía, tal como le había pedido su madre. Anneke tenía el sol a la espalda y el resplandor envolvía su cabello en un halo de luz que dejaba su rostro en sombra. La quietud de la escena fue rota brevemente por el paso de un avión que volaba bajo en la maniobra de aproximación para aterrizar en Melsbroek. Thomas puso todo su empeño en sonreír a la cámara.

Hacía años que Thomas no montaba en bicicleta, desde los viejos tiempos, antes de la guerra, cuando pedaleaba solo (no tenía ni hermanos ni hermanas y toda su infancia estuvo marcada por la soledad) por las carreteras comarcales alrededor de Leatherhead. En un primer momento se mostró preocupado por estar desentrenado y que sus dos compañeras pudiesen dejarlo humillantemente atrás; pero esos miedos resultaron infundados. Las carreteras eran llanas y el recorrido era fácil, y cuando a las siete se aproximaban a los alrededores de Bruselas desde el norte, sentía que todavía le quedaba un montón de energía.

Había otra cosa que había olvidado sobre lo de montar en bicicleta: que era un gran estímulo para la reflexión. Apenas se fijó en el paisaje que iba dejando atrás, que de todos modos era bastante insulso y anodino. En lugar de eso, los complejos acontecimientos de las últimas horas, los fragmentos de conversación, las miradas, los gestos, las cambiantes relaciones, poco a poco fueron tomando cuerpo en su cabeza. Pensó en la sencilla declaración que le había hecho a Emily —«mi

matrimonio ha terminado»— y en que no podía seguir ignorando esa simple e indiscutible verdad. Pero, al mismo tiempo, esa tarde había sucedido algo sorprendente: la depresión que le había machacado toda la semana parecía haberse evaporado. Aunque dolido y consternado por la traición de Sylvia, ya no se sentía abatido. Por el contrario, de un modo curioso, redentor y casi chocante, se sentía... liberado. ¿No era posible tal vez valorar los acontecimientos como una oportunidad más que como un contratiempo? Durante meses, en privado, secretamente, se había lamentado de las cadenas de la vida conyugal; se había empezado a sentir como un prisionero en la celda que él mismo se había construido en un barrio residencial. Bueno, pues allí estaba la oportunidad de huir de todo eso y empezar de nuevo. Sí, sería doloroso. Evidentemente, tenía lazos emocionales —fuertes lazos emocionales— con Sylvia y con su hija. Y el divorcio era un estigma espantoso: tendría que cargar con la vergüenza y el bochorno durante algún tiempo. Y sin embargo no había posible vuelta atrás a como eran las cosas antes. La visita de ese día al lugar en el que se había erigido la granja de su abuelo le había enseñado al menos esta lección: no tenía sentido intentar recuperar el pasado, regresando a los escenarios de una felicidad extinguida hacía mucho tiempo, en busca de reliquias y recuerdos reconfortantes. Tal como había dicho su madre: «Lo pasado, pasado está».

Justo en ese momento Thomas giró en una curva de la carretera y ante él apareció una vista: el Atomium. Emily y Anneke pedaleaban juntas, una al lado de la otra, unos veinte metros por delante de él, y los resplandecientes globos de aluminio del surreal monumento de André Waterkeyn se alzaban entre ellas, enmarcados entre ambas. El sol del atardecer titilaba y rebotaba en la brillante y enorme estructura de curvas y elipses, mientras descendía arrogantemente sobre las copas de los árboles del recinto de la Expo. Thomas, boquiabierto, paró de pedalear y dejó que la bicicleta siguiese avanzando por la inercia; no tenía la menor duda sobre lo que ese panorama representaba: era su propio futuro, atractivo, magnético, antes inimaginable en sus formas y contornos, iluminado por todos lados por titilantes y clarividentes haces de luz, y, por encima de todo, moderno: irresistible e impredeciblemente moderno. Un futuro que ahora tenía la oportunidad de compartir allí en el continente, con Anneke, o tal vez en la lejana América, con la más impetuosa y volátil Emily como compañera.

De modo que estaba decidido. Y lo único que le quedaba pendiente era hacer una simple elección.

UN TRABAJO EXCELENTE, FOLEY

El lunes por la tarde, Thomas estaba trabajando en la oficina situada en la parte trasera del pabellón británico. Cuando, hacía ya más de una semana, había llegado el enorme ordenador de la Universidad de Manchester que funcionaba con transistores —para reemplazar la malhadada réplica de la máquina ZETA como la pieza más prominente de la exposición—, iba acompañado de un extenso folleto escrito en una impenetrable jerga científica. El trabajo de Thomas consistía en sintetizar los contenidos de ese folleto en cuatrocientas o quinientas palabras en un inglés inteligible, que pudiesen imprimirse en un panel para ofrecer información sencilla al gran público. Y también tenía que coordinar la traducción del texto del panel a tres o cuatro idiomas diferentes.

Sonó el teléfono. Thomas suspiró y pensó en no atender la llamada. Aquél no era su despacho, seguramente no sería para él y había muchas posibilidades de que acabase teniendo que recorrer todo el pabellón durante cinco minutos o más para dar el recado. No le gustaba la idea de romper su concentración de ese modo. Pero después de unos diez timbrazos cedió.

—¿Hola? Pabellón británico de Bruselas.

—Buenas tardes. ¿Podría hablar con el señor Foley, por favor? Thomas Foley.

Al principio Thomas no reconoció la voz, pero sí el tono de autoridad, y con un automatismo involuntario se puso firme en la silla y se arregló la corbata antes de responder:

—Ejem..., sí, yo soy el señor Foley.

—¡Ah, estupendo! Le habla el señor Cooke.

—¿El señor Cooke? Oh, buenas tardes, señor. Vaya sorpresa. ¿Qué... qué tiempo hace en Londres?

—No tengo ni idea, Foley. Estoy en Bruselas.

—¿En Bruselas?

—Exacto. Y también el señor Swaine. De hecho estamos ambos disfrutando de la hospitalidad del Britannia en este momento. ¿Está usted por aquí cerca? Necesitamos hablar con usted.

Thomas dejó inmediatamente el trabajo y tomó a esas alturas el ya familiar camino corto alrededor del lago ornamental hacia el pub. Por algún motivo, el corazón se le había acelerado. Tal vez hasta entonces no se había dado cuenta de que una de las muchas cosas de las que había disfrutado en la Expo 58 eran los cientos de kilómetros de distancia que había puesto entre él y sus superiores de la OCI. ¿Pero qué estaban haciendo ahora allí? Una inspección sorpresa, supuso. Rogó a Dios para que el señor Rossiter estuviese relativamente sobrio esa tarde y que Shirley estuviese centrada como de costumbre, encargándose de que todo funcionase correctamente.

El señor Cooke y el señor Swaine estaban sentados en una mesa para dos y parecían enfrascados en una comida a deshoras. El señor Cooke devoraba con

entusiasmo un filete con patatas, mientras que el señor Swaine toqueteaba apáticamente con el tenedor un desmenuzado trozo de bacalao. Thomas se percató de que este último tenía la frente perlada de sudor.

—¡Ah, Foley! —dijo el señor Cooke—. Venga y únase a nosotros. Acerque una silla. Tal vez la atractiva dama de la barra pueda traerle una bebida.

—No, gracias, señor. Tengo por norma no beber por las tardes.

—Sabia decisión. Me alegra oírlo, Foley. Bueno, es apasionante verlo por fin todo en vivo. El Britannia desde luego parece atraer multitudes.

—Sí, señor, estas últimas semanas hemos estado funcionando a pleno rendimiento. ¿Cuándo han llegado ustedes a Bruselas?

—Aterrizamos ayer. La señora Cooke también ha venido. Y la señora Swaine, por supuesto. Creo que ahora mismo están disfrutando de los encantos de La Alegre Bélgica. Se trata de combinar trabajo y placer.

—Fantástico.

—Sí, los cuatro nos hemos dado una vuelta en el teleférico hace un rato. Una panorámica estupenda. Me temo que ése es el motivo por el que el señor Swaine tiene este aspecto verdoso ante el plato de pescado. Por lo visto no soporta las alturas. Creo que tendremos que renunciar a subir al mirador del Atomium. ¿Ha estado usted allí?

—Sí, varias veces.

—Vaya estructura más rara, si quiere mi opinión. Pero hay gente a la que parece encantarle. Sobre gustos no hay nada escrito, ya se sabe.

—Así es.

—En cualquier caso, nos hemos dado una vuelta por el pabellón británico esta mañana. Todo parece funcionar a la perfección. Ese Gardner puede que sea un bicho raro, pero tiene buen ojo, eso se lo reconozco. El edificio luce mucho y todo lo que se exhibe es muy resultón. Lástima de lo de la máquina ZETA, pero creo que nos las hemos arreglado para hacerla desaparecer sin demasiado bochorno. Por lo visto ha aparecido un comentario bastante demoledor sobre ella en el boletín de noticias de esta semana de los soviéticos, ¿es así?

—Creo que sí, en efecto.

—Bueno, supongo que no se ha podido evitar. Al menos los periódicos se han deshecho en elogios a nuestro pabellón. Para algunos es el mejor de la feria. ¿Sabe qué les gusta de nosotros? Dicen que no nos tomamos demasiado en serio. Que sabemos reírnos de nosotros mismos, que sabemos cómo encajar las bromas. Es raro, ¿verdad? Tanta ciencia, tecnología, cultura e historia, y al final es el sentido del humor británico de toda la vida lo que nos hace destacar. Diría que se puede sacar una buena lección de todo esto, joven Foley.

—Sin duda tiene razón, señor.

—¿No está usted de acuerdo, Swaine? Vaya, debo pedir disculpas por el estado de mi colega; creo que se recuperará con un poco de aire fresco y una buena taza de té bien cargado. Vamos, Ernest, olvídate ya de ese pescado, por el amor de Dios.

El señor Swaine dejó el cuchillo y el tenedor y se secó la frente con una de las servilletas del Britannia.

—Lo siento —se disculpó—. Es el calor que hace aquí..., las multitudes..., ese maldito teleférico.

—Y, en cuanto a este pub —continuó el señor Cooke, lanzando una mirada de reprobación en dirección al señor Swaine—, he estado leyendo algunos de los comentarios en el libro de visitas. Realmente impresionante. Le otorgan la máxima puntuación al servicio y al ambiente. El local está limpio, tiene buen aspecto, la comida es según todos los testimonios... correcta, y el equipo sin duda parece muy profesional. Y dado que usted es el que está supervisando toda la operación, creo que se le debe reconocer su parte del mérito. Ha hecho un trabajo excelente, Foley.

—Gracias, señor —dijo Thomas, ruborizándose ante el elogio.

—Dado lo cual, el señor Swaine y yo tenemos la certeza de haber tomado la decisión adecuada.

Después de una expectante pausa, Thomas preguntó:

—¿La decisión, señor?

—Exacto. Recientemente ha habido algunos cambios de personal en Londres. La semana pasada el Ministerio de Exteriores nos robó a Tracepurcel. Y ahora mismo nos han dejado bastante escasos de personal, de modo que creemos que será usted mucho más útil en Baker Street que aquí.

Thomas miró alternativamente a sus dos interlocutores, mientras el pánico empezaba a apoderarse de él. Estaba bien claro lo que el señor Cooke le planteaba, pero por algún motivo su cerebro se negaba a procesar la información.

—Le mandamos de vuelta a casa, Foley —dijo el señor Cooke, delectándose—. Este fin de semana. De vuelta al seno de su familia, adonde usted pertenece.

COMO UNA PRINCESA

Querida señorita Hoskens, escribió Thomas.

Después de darle vueltas a la frase durante un rato, la tachó y escribió en su lugar: *Querida Anneke*. Sí, eso estaba mejor. Mucho más adecuado. Debía intentar no parecer frío. Era un error habitual por su parte, como bien sabía.

Querida Anneke: Cuando leas esta carta probablemente yo ya habré regresado a Londres. Mis jefes en la Oficina Central de Información han decidido que ya no tengo mucho más trabajo por hacer en el Britannia o en la Expo 58.

Me gustaría aprovechar esta ocasión para agradecerte todo lo que...

¿Todo lo que qué? Thomas dejó el bloc de notas y paseó la mirada por el bungalow, estrujándose el cerebro en busca de inspiración. Estaba sentado en una de las camas. Era viernes por la tarde y tenía una cita con Emily en el Britannia al cabo de una hora. Tenía reserva en un vuelo desde Bruselas a las nueve de la mañana del día siguiente. Ésa era su última noche allí. En primer lugar, ¿era un acto de cobardía por su parte despedirse de Anneke por escrito en vez de hacerlo en persona? Lo cierto es que no. En ese aspecto, tenía la conciencia tranquila. Les ahorraría a ambos una escena incómoda.

Me gustaría aprovechar esta ocasión para agradecerte las muchas horas felices que he pasado contigo.

No estaba mal. ¿Pero «horas felices»? ¿No podía mejorarlo?

Horas maravillosas.

Horas memorables.

Horas que atesoraré en mi memoria durante mucho tiempo.

Horrible. ¡Y pensar que se ganaba la vida escribiendo para el público!

Espero que si en alguna ocasión tienes la oportunidad de venir a Londres...

No, definitivamente no. No tenía sentido prolongar la agonía. Y, además, en su nuevo estado de hombre perdidamente enamorado (porque estaba repentina y desesperadamente enamorado, se percató Thomas, nada menos que de la chica americana) ya no se planteaba vivir en Londres por mucho tiempo. Sentía la llamada de nuevos horizontes.

Mejor una carta sencilla y concisa. Pero que fuese también afectuosa. Después de todo, en realidad tampoco había habido realmente nada entre ellos. La frase que había utilizado con Tony meses atrás —«una amistad seria»— todavía parecía el mejor modo de describirlo. Estaba convencido de que Anneke lo veía del mismo modo. El fugaz e intenso instante de intimidad que él había imaginado entre ambos el sábado anterior, mientras permanecían juntos en el campo de ranúnculos, debía de haber sido precisamente eso: producto de su imaginación.

Thomas pasó un dedo entre su cuello y el cuello de la camisa. Empezaba a hacer un calor de mil demonios. Durante toda la semana la atmósfera se había ido volviendo más húmeda, y no le sorprendería que acabase estallando una tormenta. Tal

vez incluso esa misma noche. Entretanto, necesitado de un poco de aire fresco, cogió la percha de madera que reposaba en una esquina del bungalow y la utilizó para abrir al máximo la claraboya. Pero la temperatura no varió ostensiblemente.

Volvió a coger el bloc y se puso a escribir. No tenía sentido darle más vueltas a la carta. Debía enfrentarse a ella como a cualquier otra cosa que escribía con un plazo de entrega y dirigida a una audiencia concreta. Tenía experiencia en ese tipo de cometidos. Y, además, era más importante empezar a pensar qué le iba a decir a Emily.

Al entrar en el Britannia esa tarde, Thomas cayó en la cuenta de que aquélla sería la última vez que pondría un pie allí. En un par de meses, cuando la Expo llegase a su fin, dejaría de existir, o al menos eso creía él. De haber algún plan para preservarlo o reubicarlo, nadie se lo había comentado. Repasó detenidamente la sala principal. Estaba llena y había mucho ruido, y aunque la mayoría de las conversaciones eran en inglés, podía distinguir al menos otros tres idiomas que se estaban utilizando en tres mesas diferentes. El señor Rossiter, detrás de la barra, contaba el dinero de la caja mientras, sin mucho disimulo, iba bebiendo tragos de whisky de un vaso que tenía junto a él. Shirley se las arreglaba para servir a los clientes mientras correspondía a las atenciones de Ed Longman, que últimamente no parecía dejarla ni a sol ni a sombra. El modelo a escala del avión Britannia seguía colgado del techo, amenazando con chocar con la cabeza de cualquiera que pasase por debajo y midiese más de dos metros. Aquél había sido el hogar de Thomas durante los últimos cuatro meses, pero esa noche era más consciente que nunca de su evanescencia, de su extraña fragilidad. ¿Cómo podía haber cambiado tan profundamente su vida con experiencias que habían acontecido en un lugar que era, en esencia, un espejismo? Un lugar que en breve cerraría sus puertas, sería desmantelado y finalmente quedaría desenmascarado, mostrando que no era más que una quimera.

Poseído de nuevo por la extraña sensación de que era la única persona real en un local atestado de fantasmas, Thomas se dirigió directamente a la barra, le pidió a Shirley que le preparase un par de dry martinis y después se las arregló para dar con una mesa para dos convenientemente íntima en una esquina cerca de la entrada. A los pocos minutos apareció Emily en la puerta y miró a su alrededor buscándolo. Thomas llamó su atención agitando la mano y mientras ella se acercaba, con el rostro iluminado con su habitual sonrisa resplandeciente e inmutable, él pensó para sus adentros: *Bueno, ella parece suficientemente real.* (Hasta que cayó en la cuenta de que aquélla era la misma sonrisa que activaba y desactivaba a diario ante los espectadores de sus *faux* actividades domésticas en el pabellón estadounidense).

—Vaya, aquí estás, querido —le saludó, le dio un beso en la mejilla y acercó la silla para sentarse pegada a él—. Supongo que todavía no has pedido nada para beber.

—Sí lo he hecho —dijo Thomas—. Shirley lo traerá enseguida.

—Eres un ángel. Me muero por un trago. —Emily se acomodó en la silla y de inmediato se lanzó a contar una larga historia sobre el grupo de científicos de Alemania Occidental que habían aparecido esa mañana por el pabellón haciendo una serie de preguntas progresivamente más técnicas y enrevesadas sobre el motor de la aspiradora que ella mostraba, y se ofendieron muchísimo cuando les insistió en que no sabía nada sobre todo eso—. Acabaron quejándose a mi supervisor —le contó—. Sinceramente, los días como hoy hacen que una desee estar ya de vuelta en Manhattan. En cierto modo, incluso estar sin empleo parece preferible a esto.

—Coge un cigarrillo —le ofreció Thomas—. Te ayudará a relajarte.

—Gracias, eres un ángel. ¿Ya te lo he dicho antes?

—Lo has hecho. Pero merece la pena repetirlo.

Mientras encendían los cigarrillos, llegó Shirley manteniendo en equilibrio las dos copas de cóctel sobre la bandeja plateada.

—Aquí lo tienen —dijo—. Invita la casa, por supuesto, señor Foley. Esta noche puede beber todo lo que quiera.

—Gracias, Shirley, es todo un detalle.

—No me lo podía creer cuando el señor Rossiter me dijo que ya no iba a estar usted más por aquí. ¡El Britannia no será lo mismo sin usted!

—¿De qué va todo esto? —preguntó Emily volviéndose hacia él bruscamente—. ¿Te marchas?

Thomas suspiró.

—Me temo que sí. Los mandamases de la OCI me han dado órdenes de partir.

—¿Pero cuándo?

—Mañana por la mañana.

Thomas se desanimó muy ligeramente por el impacto que sus palabras tuvieron sobre Emily. Pareció haberlas digerido sólo parcialmente. Sus ojos, a saber por qué, seguían a Shirley mientras ésta volvía hacia la barra con su bandeja plateada.

—Así que ahora ya sabes —continuó Thomas— por qué tenía tanto interés en tomar una copa contigo esta noche.

—¿Hum? Sí, desde luego. Pero es una noticia espantosa, Thomas, una noticia realmente espantosa. Justo cuando empezábamos a intimar.

—Lo sé. Desde ese punto de vista ha llegado en el peor momento.

—Te echaré muchísimo de menos, querido. Quiero decir que Dios sabe que quedan por aquí pocas caras amigas...

Thomas dio un sorbo a su martini y lo removió con aire pensativo con la aceituna clavada en el palillo. Era consciente de que debía elegir cuidadosamente sus siguientes palabras: estaban entre las más importantes que jamás pronunciaría en su vida. No sólo estaba en juego su felicidad personal, aunque eso desde luego ocupaba el lugar más destacado en su listado de preocupaciones. También estaba el no del todo desdeñable asunto del trabajo que se suponía que en estos momentos llevaba a cabo para el señor Radford y el señor Wayne. Abrió la boca y se disponía a hablar

cuando se percató de que, de nuevo, la mirada de Emily estaba en otra parte. Ahora observaba al señor Longman mientras éste salía del Britannia y se dirigía apresuradamente hacia el lago ornamental.

—Señorita Parker... —atacó Thomas de todos modos—. Emily..., me pregunto si nuestra... amistad ha llegado a un punto tal que puedo hacerte una pregunta que en otras circunstancias resultaría impertinente.

—¿Perdón? —dijo Emily, volviéndose hacia él con su sonrisa más deslumbrante y cautivadora—. Quiero decir que lo he oído casi todo, pero no estoy segura de haberlo entendido. Sonaba como el tipo de cosas que lees en una novela de Henry James.

—Sí, tal vez podría expresarme... de una forma más directa. Muy bien. El sábado pasado, durante nuestra excursión...

—En la que me lo pasé fantásticamente bien.

—... compartí contigo algunos pequeños detalles de mi vida personal. Y ahora me preguntaba si tú podrías..., bueno, corresponder.

—¿Corresponder?

—Sí, me preguntaba si tú podrías... Bueno, lo diré de la manera más franca posible, señorita Parker, y al diablo con las consecuencias. Lo que quería saber es... ¿vas, digamos, por libre? ¿Hay un hombre en tu vida?

Pero ni siquiera ahora parecía tener toda la atención de Emily. Ella se había fijado en otra presencia familiar que estaba a punto de sentarse solo en una mesa: el señor Cherski.

—¡Oh, mira, Thomas, es Andréi!

Le saludó con la mano y le llamó: «¡Eh, señor Cherski!». Él los miró y les lanzó una mirada amablemente interrogativa, en respuesta a la cual Emily le hizo señas para que se uniese a ellos, y sólo después le pidió a Thomas su opinión:

—No te importa que se una a nosotros, ¿verdad, querido?

Thomas no tuvo tiempo de responder, porque el señor Cherski ya se estaba acercando a la mesa, sonriendo encantado por ese inesperado encuentro.

—Bueno, bueno, bueno —dijo, cogiendo una silla—. ¿No es esto la demostración de todo lo bueno que tiene el modo británico de hacer las cosas? ¿No es exactamente esto lo que debería suceder cuando uno entra en un pub británico? Lo primero que te encuentras es a un par de viejos amigos. Me permitiréis, espero, sentarme con vosotros un rato.

—Por supuesto —dijo Thomas, haciendo sonar sus palabras todo lo gélidas que pudo—. ¿Quieres tomar algo?

—¡Martini! —dijo Andréi—. Qué cosmopolitas y sofisticados sois vosotros dos. Yo, como hombre del pueblo, tengo unos gustos bastante más proletarios. Estoy seguro de que Shirley me traerá lo de siempre en cuanto se percate de que he entrado.

Se volvió hacia la barra y miró a Shirley. Ella asintió.

—Bueno, Thomas, ¿y qué es eso que he oído de que planeas dejarnos?

—¿Cómo puedes haberte enterado tan rápido? —preguntó Emily—. Acaba de contármelo.

—Oh, las noticias viajan rápido en la Expo 58 —dijo Andréi—. Sobre todo las noticias importantes como ésta. Te marchas mañana, ¿no es así?

—Así es.

—Bueno, se te echará mucho de menos, te lo aseguro. Tus consejos de estas últimas semanas han sido valiosos, muy valiosos. Justo el otro día estaba diciendo...

Dejó la frase a medias cuando Shirley se acercó a la mesa con una pinta de la cerveza amarga del Britannia y la inevitable bolsa de patatas Smith's.

—Señorita Knott, me abastece usted de todo lo bueno de lo que puedo disfrutar en mi vida —la piropeó Andréi, rodeándole la cintura con el brazo—. Dígame que cuando se acabe la Expo se vendrá a Moscú para convertirse en mi esposa y consagrarse a satisfacer mis necesidades, sirviéndome todas las exquisiteces británicas en una bandeja de plata cada vez que yo se lo pida.

—¡Oh, señor Cherski! Es usted de lo que no hay, en serio.

—Dígame —comentó Andréi cogiendo al bolsa de patatas—, ¿son imaginaciones mías o estas bolsas son cada vez más grandes?

—No, tiene usted razón —dijo Shirley—. Nos ha llegado un envío especial. Éstas son las nuevas bolsas extragrandes.

—¡Extragrandes! —repitió maravillado el señor Cherski—. Increíble. Y yo que pensaba que mi vida no podía alcanzar mayores cotas de felicidad. ¿No es un dicho inglés eso de que «Las cosas buenas vienen en paquetes grandes»?

—En paquetes pequeños —corrigió Thomas.

—Ah, gracias.

—Bueno, si quieren algo más, sólo tienen que pedírmelo —les dijo Shirley—. Como ya les he dicho, hoy todo corre a cuenta de la casa.

Thomas contempló cómo se alejaba y bebió otro sorbo de su martini, con gesto contrariado. Ya le había molestado que Andréi se hubiese unidos a ellos, rompiendo la floreciente intimidad que se estaba generando entre él y Emily. Le molestaba más todavía que a Emily no pareciese importarle, aunque por otro lado ni siquiera parecía haberse percatado de que algo estaba floreciendo entre ellos dos. Pero lo que sucedió a continuación fue todavía peor: de modo sutil, pero indiscutible, Emily alejó su silla de Thomas y se acercó al señor Cherski. Y también se volvió hacia él. ¡De hecho le estaba dando la espalda a Thomas! Se estaba inclinando hacia su apuesto ruso, sosteniéndose la barbilla entre las manos, sonriéndole y mirándole directamente a los ojos. Thomas no podía creerse lo que veía y oía.

—Andréi —murmuraba Emily con un inusitado mohín aniñado—, siempre había creído que era yo la que iba a ir a Moscú contigo.

—Por supuesto —respondió él—. No te habrás tomado en serio nada de todo eso, ¿verdad? A estas alturas ya me conoces, me gusta coquetear.

—Sí, pero a veces lo dices en serio y otras no, ¿y cómo tiene una que dilucidar

cuál es la diferencia?

—La diferencia —le respondió— es muy simple. Cuando te lo digo a ti, lo digo en serio.

Emily se ruborizó y soltó una risita.

—Pero, una vez más —continuó él—, en realidad eres tú la que está jugando *conmigo*. Porque sé que nunca te vendrás conmigo. Cuando vuelvas a casa al acabar la Expo te olvidarás de mí. El tirón de tu país y tu cultura es demasiado fuerte.

—No es cierto. —Emily cogió una patata frita y la mordisqueó con expresión soñadora e inquieta, con la mirada todavía clavada en los ojos de Andréi. Thomas observaba la escena con incredulidad. Era la primera vez que veía una bolsa de patatas fritas utilizada como instrumento de seducción—. Me muero de ganas de conocer tu país. Sus maravillosos edificios: la Plaza Roja, el Teatro Bolshói, el Palacio de Invierno de San Petersburgo...

—Leningrado, por favor —le corrigió Andréi.

—Por supuesto ya sé que no todo es así. Supongo que tengo una visión demasiado romántica del lugar...

—Desde mi punto de vista, muchos occidentales tienen una visión que no es lo suficientemente romántica. No vivimos todos en la miseria.

—¿En serio? Bueno, ¿cómo es por ejemplo tu apartamento? ¿Es confortable?

—Vivo muy modestamente, tal como corresponde a mi estatus de humilde trabajador de la industria periodística.

Thomas resopló. Emily y Andréi se volvieron para mirarlo un instante y después retomaron su conversación.

—Bueno, vivir modestamente tiene sus virtudes, por supuesto —dijo Emily—. Pero personalmente creo que algún pequeño lujo de vez en cuando no viene mal..., ¿no estás de acuerdo?

—Hasta cierto punto —concedió Andréi—. Hasta cierto punto, sí, estaría de acuerdo.

—Por ejemplo... —continuó Emily. Miró por encima del hombro, para comprobar si Thomas estaba escuchando y, como era evidente que así era, se acercó todavía más a Andréi, como si quisiera excluir a propósito a Thomas de esa observación en particular—. El alojamiento que me han asignado aquí es terriblemente cutre. Así que ¿sabes lo que hago en ocasiones, cuando se me empieza a caer encima?

—No —dijo Andréi, que parecía más embelesado con ella a cada segundo que pasaba—. ¿Qué haces?

Emily cogió un puñado de patatas y se las metió en la boca. Sorprendido, Andréi hizo lo mismo.

—Bueno..., me pongo en contacto con mi padre y él me manda por giro postal algún dinero desde casa y yo lo utilizo para... mimarme un poco.

—¿Mimarte?

—Sí, reservo habitación en el Hotel Astoria, en una de las suites nupciales de hecho, y me preparo un baño caliente, pido caviar y champán al servicio de habitaciones y, durante unas horas, vivo... como una princesa.

—Como una princesa... Suena maravilloso. —Andréi cogió otro puñado de patatas—. ¿Y estás sola cuando lo haces?

—Sí. Completamente sola —dijo ella, introduciendo de nuevo los dedos en la bolsa.

—¿Y cuándo... —preguntó Andréi, mientras se acababa las pocas patatas que quedaban y doblaba después la bolsa (lo cual se había convertido en un peculiar hábito) y se la guardaba en el bolsillo interior del blazer—, cuándo tienes previsto volver a concederte otro de estos extravagantes caprichos?

—Esta noche —dijo Emily—. De hecho, tengo aquí la llave de la suite nupcial.

Sacó del bolso una llave unida a la pesada placa de latón de un hotel de lujo. La sostuvo en alto y la hizo oscilar insinuantemente ante los ojos de Andréi. Thomas la miraba con incredulidad e indignación crecientes, a punto de estallar y verbalizar su rabia, cuando una jovial y familiar voz que le hablaba en inglés le detuvo.

—¡Hola, Foley! Tenía la esperanza de dar contigo aquí.

Thomas se volvió. Era el señor Carter, del British Council.

—¿Te importaría unirme a nosotros un momento en la barra? Han venido unos cuantos muchachos del Council. Queríamos despedirnos de ti como Dios manda, desearte *bon voyage* y todo ese tipo de chorradas.

—Ah, bueno...

Thomas miró con impotencia a Emily y Andréi. Era evidente que ninguno de los dos tenía ninguna objeción a que se marchase.

—Estupendo. Sí. Es todo un detalle por tu parte. Pero sólo una ronda rápida...

—Por supuesto, muchacho.

El señor Carter le dio una palmada en la espalda y lo condujo hacia la barra, donde durante los siguientes diez minutos Thomas se vio obligado a sumarse a una conversación que no le despertaba el más mínimo interés, con un grupo de funcionarios del British Council con los que no tenía nada en común, mientras se bebía una cerveza que no le apetecía nada. Pasados esos diez minutos, echó un vistazo a la mesa junto a la entrada —la mesa que, hacía poco rato, había creído que sería el escenario de su romántica tarde con Emily— y se quedó horrorizado, aunque a esas alturas ya no le sorprendió, al ver que ella salía del Britannia en compañía de Andréi.

—Maldita sea... —murmuró, en un tono perfectamente audible. Dejó el vaso medio vacío en la barra y, sin siquiera disculparse con el tipo con el que estaba enfrascado en una conversación, se deslizó del taburete en el que estaba sentado. Se disponía a seguirlos cuando el señor Carter le plantó una suave pero autoritaria mano sobre el hombro.

—No te marches todavía, Foley. No te has acabado la cerveza.

—Da igual —dijo Thomas—. ¿Has visto lo que acaba de pasar? ¿Has visto que el señor Cherski y la señorita Parker se han marchado juntos?

El señor Carter asintió.

—Escucha, lo siento. Supongo que esto es una bofetada en plena cara para ti.

—Sí, pero no se trata sólo de eso. No podemos dejar que ese hombre..., quiero decir que no hay que permitirle que... —Era demasiado complicado de explicar—. Lo importante, Carter, es que esto es más complicado de lo que parece.

Pero el señor Carter seguía impávido, como siempre. Siempre parecía saber más de lo que Thomas creía.

—Bueno, no te preocupes por eso. Déjame a mí. Me aseguraré de que... la gente adecuada sepa lo que está sucediendo.

Thomas vaciló, dubitativo, mientras un grupo de cuatro bulliciosos turistas portugueses se abrían camino apartándolo a empujones para llegar a la barra. El señor Carter se hizo a un lado para dejarles pasar y le dio a Thomas un último y bienintencionado consejo:

—Deberías irte a casa y hacer la maleta —le dijo—. O quedarte aquí con nosotros y coger una buena curda. Tú decides, pero yo desde luego sé lo que haría si estuviese en tu pellejo.

LO MÁS FÁCIL

Finalmente Thomas decidió que ya no quería beber más. Durante una o dos horas se dio un solitario paseo por el recinto de la Expo, despidiéndose de algunos de los lugares que había frecuentado. Y de pronto recordó que todavía tenía que enviar la carta a Anneke.

Mientras caminaba por la Avenue de Belgique en dirección al Grand Palais, se oía a lo lejos el retumbar de truenos. Pero la lluvia no acababa de llegar. Por última vez (tal como se recordó a sí mismo con tristeza), Thomas cruzó la Place de Belgique en dirección al Hall d'Accueil.

La entrada del recinto ferial todavía estaba abierta; las luces cenitales brillaban con intensidad y traspasaban las puertas acristaladas. Thomas vio a un montón de gente yendo y viniendo por el vasto espacio de la recepción. La verdad es que aquello se había convertido en la ciudad que nunca duerme. Se detuvo en la entrada del recinto y se volvió para echar un vistazo a la Avenue de Belgique en dirección al Atomium, con sus nueve esferas brillantemente iluminadas, como nueve centelleantes promesas de un futuro mejor. Eran el símbolo de todo lo que había soñado encontrar en la Expo 58. No podía creer que ahora la aventura se hubiese acabado, o que hubiera acabado de un modo tan amargo e impensable. ¡Emily y Andréi! ¡Juntos después de todo! Y al final Andréi no había tenido que hacer nada —ni siquiera chasquear los dedos— para que Emily fuese corriendo hacia él. Esa mujer se había literalmente lanzado a sus brazos. Increíble. Emily se había transformado, en unos minutos y ante los ojos de Thomas, y había pasado de ser una mujer inteligente e independiente a convertirse en una zorra (sí, era una buena palabra, y una palabra americana^[11], lo cual era todavía mejor) de sonrisa afectada que mostraba desvergonzadamente las llaves de una habitación de hotel y más o menos las dejaba caer en el regazo de su amado.

A Thomas se le encogió el estómago cuando pensó en las posibles implicaciones del desastre de esa noche, en las posibles consecuencias de la elección de Emily. Su intento de mantenerla alejada de Andréi había acabado en fracaso. Le había fallado a su patria. Y también les había fallado a los aliados americanos. ¿Qué sucedería ahora? Era incapaz de predecirlo. Ahora mismo le horripilaba pensar en lo pésimo juez del carácter ajeno que había resultado ser y en cuántas fantasías absurdas y escapistas se había construido acerca de esa mujer durante los últimos días. Ensueños de ellos dos viviendo en un loft en Nueva York, con la chimenea encendida y los fríos y blancos copos de nieve adhiriéndose a los cristales de las ventanas mientras el invierno envolvía Manhattan..., de largos veranos en un amplio bungalow a orillas del Lago Tomahawk, contemplando la puesta de sol mientras cocinaban en la parrilla lo que habían pescado ese día y los reflejos ocres de los rayos del sol danzaban entre las aguas del lago... Todas esas fantasías y muchas otras habían estado rondando por su febril mente aquella semana, especialmente en las horas de oscuridad después de

la medianoche, cuando permanecía echado en la cama entre la vigilia y el sueño, y la traición de Sylvia continuaba martilleando en su impermeable cerebro, pidiendo ser reconocida, pidiendo entrar en él...

—¿Thomas?

Se volvió.

—¿Anneke?

Debía haber entrado en el Hall d'Accueil para quitarse el uniforme y ahora bajaba por la escalera de camino a la Porte des Attractions, tal como él haría dentro de poco. Llevaba otra vez ese liviano vestido azul (resultaba cada vez más obvio que era el único que tenía) y una gabardina gris colgada del brazo. Le sonrió y le ofreció la mejilla para que la besara. Él lo hizo automáticamente, sin pensárselo.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Anneke.

—Bueno, de hecho había venido para dejarte una carta.

—¿En serio? ¿Me has escrito una carta?

—Sí.

La sacó del bolsillo de la americana. Estaba ya bastante arrugada.

—¿Qué dice?

Thomas estaba a punto de entregársela. Pero se lo pensó mejor y volvió a guardarse el sobre en el bolsillo.

—Mejor te lo digo en persona —le dijo, y cogiéndola del brazo empezó a caminar por la Avenue des Attractions, dejando a su izquierda la grisácea mole del estadio Heysel—. Lo que quería decirte —empezó— es que vuelvo a casa.

—¿A Londres? ¿Cuándo?

—Mañana por la mañana.

Anneke se detuvo y se apartó de él. Estaba estupefacta.

—Lo sé —dijo Thomas—. Es muy repentino, ¿verdad?

Pero no era eso lo que la había dejado estupefacta.

—¿Y me lo ibas a contar por carta?

Thomas asintió.

—Eso —dijo Anneke manteniendo la calma— no hubiera sido nada agradable de leer.

—Lo sé. Ahora me doy cuenta. Ha sido una suerte encontrarte.

Thomas siguió caminando y Anneke le siguió, pero no le cogió del brazo.

—¿Quieres que te cuente algo sobre mí? —preguntó Thomas—. Creo que soy... una persona sumida en la confusión.

—Yo también lo creo —dijo Anneke—. A menudo... —Y entonces dudó. Estaba a punto de decir algo atrevido y eso no era algo que le saliese de forma natural—. A menudo tu actitud hacia mí me ha parecido muy difícil de entender. De hecho, estaba empezando a irritarme.

—¿A irritarte?

—Sí, he estado enfadada contigo. Nunca has dejado claro cuáles eran tus

intenciones. Me invitas a tu fiesta, sales conmigo y con mi amiga, pasamos una deliciosa velada juntos, pasamos un montón de veladas deliciosas juntos, y sin embargo nunca sé qué vas a hacer o a decir a continuación. Y entonces empiezas a mostrar interés por Emily, lo cual evidentemente puedo entender, porque es muy guapa, pero no eres capaz de afrontarlo con honestidad, tienes que invitarme a una cena carísima para contarme una historia absurda sobre que el señor Cherski es un espía y dos extraños tipos con gabardina y sombrero te han pedido que la vigiles y la protejas de él. Al menos Federico nunca se inventaría una historia como ésta. Al menos con él las intenciones siempre están claras. Hace sólo dos semanas que nos conocimos y ya me ha pedido dos veces que nos casemos.

—¿En serio?

Thomas no pudo evitar sonreír. Se miraron y se rieron. La tensión que se había generado entre ellos se disolvió momentáneamente, pero Thomas notó que se restablecía rápidamente.

—Escucha —dijo él—, buena parte de lo que dices es cierto, te debo una disculpa. Pero cuando vuelva a Londres empezaré a poner orden en mi vida. Van a cambiar muchas cosas. Es posible que incluso deje mi trabajo y me vaya a vivir a otro sitio, incluso quizá al extranjero...

Se detuvieron al llegar a la Porte des Attractions. Y Anneke le preguntó:

—¿Por qué hablas siempre sobre el futuro? ¿Qué pasa con el presente?

Thomas no respondió.

—No soy una niñita tímida —continuó ella—. Me gustaría que no me trataras como a tal.

Se miraron. Y entonces Anneke tomó el rostro de Thomas entre sus manos y le besó, en los labios. Fue un beso prolongado y cariñoso que fundió sus bocas, y cuando pasado un rato finalizó, ellos siguieron aferrados el uno al otro mientras los últimos visitantes de la Expo 58 se amontonaban a su alrededor de regreso al mundo exterior. Anneke acarició el cabello de Thomas y le sonrió, con esa amplia y franca sonrisa suya, y le dijo:

—¿Lo ves? Después de todo, no es tan complicado. Es lo más fácil del mundo.

Thomas temía que el portero con pinta de Iósif Stalin de la caseta de la entrada les impidiese entrar, pero Anneke tenía la solución: por lo visto había un agujero en la cerca de alambre que rodeaba el Motel Expo, bien conocida por un montón de azafatas. No les costó mucho dar con él y deslizarse en el recinto sin ser vistos.

En el bungalow, mientras Thomas corría las cortinas, Anneke encendió la lámpara de la mesilla de noche. La luz era dura y despiadada, así que se sacó el vestido por la cabeza, lo colocó encima de la lámpara y la habitación quedó bañada por un difuso resplandor azul claro.

Una vez hecho eso, Thomas se quedó plantado en medio del dormitorio y la

contempló mientras ella se sentaba en la cama, medio desnuda y envuelta por la luz color turquesa, esperando a que él se acercase. Se miraron durante un largo rato, paladeando el momento, el eléctrico deleite de la anticipación.

La tormenta se acercaba. Oían los truenos y veían los fogonazos de los rayos, pero todavía no caía la lluvia sobre el Motel Expo. El calor, sin embargo, era sofocante. Hacía ya rato que la colcha estaba en el suelo. Thomas y Anneke estaban juntos en la cama, sin nada encima, apasionadamente entrelazados.

Thomas estaba desvelado, como de costumbre. Anneke respiraba suave y regularmente junto a él. A menudo se había imaginado cómo sería yacer de ese modo junto a Sylvia: no en una habitación en una respetable oscuridad, no con la desnudez oculta a la mirada desaprobadora de unos inexistentes espectadores por varias capas de sábana y mantas, sino disfrutando sin vergüenza ni bochorno de un momento de intimidad. Y ahora estaba sucediendo, pero no con Sylvia, sino con otra mujer, una mujer que no era su esposa. Para Thomas era una hazaña tan chocante como gloriosa. La verdad es que no se hubiese creído capaz de llevarla a cabo. Giró la cabeza para contemplar de nuevo a Anneke y sintió una oleada de cariño hacia aquella mujer que lo había hecho tan fácil, que se había entregado a él esa noche con tanta libertad y generosidad. Rozó con sus labios el cabello de Anneke. Fue un movimiento muy suave, pero la calidez de su aliento debió bastar para despertarla, porque ella abrió los ojos, parpadeó, esbozó una somnolienta sonrisa y se apretó todavía más contra él.

—¿Todavía no tienes sueño? —le preguntó a Thomas.

—Todavía no —respondió él—. Pero soy muy feliz.

—Yo también —dijo Anneke, y le dio un dulce beso en la boca.

Al poco rato se había vuelto a dormir. Thomas siguió echado y abrazándola un poco más, disfrutando del rítmico ascenso y descenso de su respiración, de la suave presión de sus pechos contra las costillas, y después, con mucho cuidado, se liberó de su abrazo y se puso en pie. Se metió en el baño, se lavó los dientes y se sentó en el váter durante unos minutos. Más que nunca, resultaba inusual —y liberador— hacer todo eso completamente desnudo.

De pronto se oyó en alguna parte un estallido —un trueno, probablemente— y un breve pero inconfundible grito procedente de la habitación. Thomas volvió rápidamente al dormitorio y se encontró a Anneke sentada en la cama. Se aferraba a su vestido, con el que se cubría la mayor parte del cuerpo, y el resplandor de la lámpara de la mesilla de noche resultaba muy molesto por su intensidad.

—¿Qué sucede? —preguntó Thomas.

—He visto un destello —dijo Anneke—. Ahí arriba. —Señaló a claraboya.

—¿Un rayo?

—No lo sé. Quizá. Pero después también he oído un ruido, como si cayese algo del tejado.

Thomas se puso los pantalones, abrió la puerta del bungalow, se plantó, descamisado, en la puerta y miró a uno y otro lado del camino que se abría entre las dos hileras de bungalows. Por un momento creyó que Anneke podía tener razón y que se oía un ruido apagado, un ruido distante como de pasos alejándose. Pero ese sonido desapareció rápidamente y no había luz suficiente para ver nada con claridad.

Siguió allí de pie durante unos minutos, respirando aceleradamente, hasta que notó las primeras gotas de lluvia en la palma de la mano que había extendido.

Cerró la puerta y volvió a meterse en la cama. Tapados con la colcha, Thomas y Anneke lograron por fin conciliar un sueño inquieto a las cuatro de la madrugada, a tan sólo tres horas de que sonara el despertador. En sus sueños Thomas confundió el repiqueteo de la gruesa lluvia veraniega contra la claraboya con los prolongados aplausos de la audiencia del Grand Auditorium a Ernest Ansermet, que, al frente de la Orquesta de la Suisse Romande, hacía otra reverencia triunfante.

SE ACABÓ

Gracias a la diferencia horaria entre Bélgica e Inglaterra, el avión de las nueve de la mañana de Thomas aterrizó en el aeropuerto de Londres puntualmente a las 8.45, quince minutos antes de haber despegado.

Llegó a casa poco después de las once, cargando todo el peso de sus dos repletas maletas. Llamó a la puerta, pero no hubo respuesta. Él mismo abrió.

En el interior de la casa reinaba el silencio. Dejó las maletas en el recibidor y se sentó un momento en la mesa de la cocina, escuchando el borboteo del agua en las cañerías y el intermitente zumbido de la nevera nueva cada vez que se cargaba.

Thomas no tardó en impacientarse. La tarea que le esperaba en la casa de al lado no era agradable y quería zanjarla cuanto antes. No había ninguna razón para esperar un minuto más.

Salió de casa y recorrió el sendero del jardín en dirección a la puerta de Sparks. Por una vez —acaso porque estaba ligeramente atontado por la falta de sueño, o todavía embelesado por las emociones de la noche pasada con Anneke—, Thomas no se vio acosado por ningún atisbo de duda en el momento de poner en marcha su plan. Le hervía la sangre e iba a hacer exactamente lo que Emily le había aconsejado que hiciese: arrearle a Norman Sparks un puñetazo en los morros. Era ni más ni menos lo que ese canalla se merecía.

Pulsó el timbre y tuvo que esperar un buen rato antes de que alguien respondiera. Por fin, a través del cristal esmerilado de la puerta, vio aparecer una silueta que se acercaba lentamente. Era Judith, la hermana enferma de Sparks. Llevaba un fino salto de cama de algodón con un motivo floral, y su rostro mostraba la achacosa palidez de siempre. Al abrir la puerta parpadeó como si sus ojos no estuviesen acostumbrados a la luz del sol.

—Buenos días, señorita Sparks. Quería saber si su hermano tiene unos minutos para hablar conmigo.

—Lo siento, señor Foley, pero está en el garaje. Al coche le toca la revisión. Seguro que no tardará en volver. ¿Quiere esperarlo?

—No, gracias. Acabo de regresar de Bruselas y ni siquiera he hablado todavía con mi mujer.

—Bueno, pues en ese caso ya le diré que le llame, ¿le parece bien?

—Sí, se lo agradezco.

Desinflado, Thomas regresó a su casa —después de echar un último y prolongado vistazo a la puerta de Sparks—, se metió en la cocina y puso el hervidor al fuego. Llevaba sólo unos minutos allí cuando oyó que alguien introducía la llave en la cerradura y abría la puerta de la calle. Era Sylvia, que intentaba superar con el cochecito de Gill el escalón de la entrada para meterlo en casa, manejándolo con una mano mientras con la otra sostenía una pesada cesta de mimbre con la compra. Las dos maletas plantadas en medio del recibidor entorpeciendo el paso no facilitaban

precisamente la maniobra.

Thomas salió de la cocina y se produjo un momento de incertidumbre y recelo cuando sus miradas se cruzaron. Hacía casi dos semanas que Thomas había descubierto la infidelidad de su mujer y durante ese tiempo sólo habían cruzado unas pocas palabras por teléfono el miércoles por la noche, cuando la llamó para comentarle concisa y cortésmente que volvía a casa el siguiente fin de semana. Sin duda, pensó Thomas, ella se había ofendido por lo que debió percibir como inexplicable frialdad por parte de él; mientras que él estaba bastante más que ofendido, y con mucho más motivo.

—Hola, cariño —saludó ella—. Ya has vuelto.

—Sí. ¿No podrías haberme esperado hasta que llegara?

—Pensaba que ibas a tardar por lo menos media hora más.

Desató a Gill del cochecito y la dejó en el suelo. La pequeña empezó a dar inseguros pasos hacia su padre, mirándolo sin dar muestras claras de reconocerlo. Thomas la rodeó con sus brazos y le dio un beso.

—Hola, pequeña —le dijo—. ¿Qué tal te has portado?

Sylvia pasó rozando a su marido mientras éste acunaba a su hija en brazos en medio de la puerta de la cocina y dejó la cesta de la compra en la mesa con un suspiro por el esfuerzo.

—¿Dónde has estado? —preguntó Thomas.

—De compras.

—Eso ya lo veo.

—Si estás preparando té, tomaré una taza.

Sin mirarlo, empezó a vaciar la cesta de la compra: latas de verduras cocidas, latas de sopa, unas lonchas de jamón de la charcutería del supermercado y varios paquetes de salchichas. Thomas se deprimió al ver todo aquello, porque suponía la vuelta a la dieta británica. Y también le deprimió la frialdad del recibimiento a su regreso. La verdad es que no soportaba esa atmósfera ni un minuto más. Había llegado el momento de iniciar el largo y doloroso proceso de zanjar este asunto.

—Sylvia —dijo, mientras volvía a dejar con cuidado a Gill en el suelo—, tenemos que hablar. Hablar de algo muy importante.

—¿Tiene que ser ahora? —dijo ella, todavía enfrascada en el proceso de sacar las compras de la cesta. Al parecer también había pasado por la farmacia, porque fue dejando en la mesa polvos de talco, analgésicos para el dolor de cabeza y leche de magnesia.

—No es fácil para mí decir esto —empezó Thomas—. De modo que seré franco y directo. Sé que, mientras he estado fuera, las cosas no siempre han sido fáciles para ti. Tal vez fue una decisión egoísta por mi parte...

Cortó en seco dejando la frase sin terminar, se acercó a la mesa de la cocina, sacó una pequeña caja de la cesta de Sylvia y la observó, sosteniéndola con el brazo extendido como si fuese un objeto extraño.

—Vaya por Dios, querida, ¿qué es esto? —dijo—. ¿Ahora incluso le haces la compra a Sparks?

Sylvia parecía no entender de qué le estaba hablando. Thomas sostuvo en alto la ofensiva mercancía —una caja de Almohadillas para Callos Calloway— y la blandió ante las narices de Sylvia.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella—. No son para Norman. Son para mí.

Thomas se quedó mudo. Le llevó casi un minuto recuperar el habla.

—¿Para ti? ¿Desde cuándo tienes callos?

—Desde hace un par de meses. Ya te conté una vez que es una dolencia habitual en mi familia. Norman me recomendó éstas porque él padece el mismo problema. De hecho, ¿no estabas tú presente la mañana que hablamos de esto?

Thomas se sentó junto a la mesa y permaneció con la mirada perdida.

—Sí —dijo—. Sí que estaba.

—Llevo usándolos desde..., yo diría que desde mayo o junio.

Llamaron a la puerta.

—¡Está abierto! —gritó Sylvia, y unos segundos después, inevitablemente, la amigable y zalamera cara de su vecino asomó en la cocina.

—¡Buenos días! —gorjeó el señor Sparks—. ¡Bienvenido a casa, Thomas! Ya me había dicho Sylvia que te habían dado orden de regresar. ¡Vaya! Adiós Bruselas; hola Tooting. ¡Se acabó para ti lo de galantear con *les belles dames de Belgique*. Supongo que te costará un poco acostumbrarte al cambio. Bueno, ¿y sobre qué querías hablar conmigo?

Thomas alzó la mirada lentamente y clavó los ojos en su vecino durante un buen rato, sin malicia, sin rabia, sin celos, sin irritación, sin nada excepto la sensación de un mortífero entumecimiento apoderándose lentamente de él. Lo cierto, pensó, es que los morros de Sparks seguían siendo eminentemente merecedores de un puñetazo. Pero eso era consustancial al personaje.

—¿Sabes qué? —dijo, hablando con un tono cuidadosa y elaboradamente comedido—. He olvidado por completo qué quería comentarte. Se me ha ido de la cabeza. Lo único que sé es que de repente me siento... muy cansado.

—Ah —dijo el señor Sparks, sonriendo con ese típico tonillo que implicaba indignantes sobrentendidos—. No me extraña. La mañana siguiente a la última noche, ¿no? Bueno, muchacho, me temo que es la dura vuelta a la realidad. La vuelta a la rutina conyugal. El regreso al rutinario horario de nueve a cinco. ¡Por el amor de Dios, no me extraña que parezcas tan abatido! Se acabó la fiesta.

El verano inglés no había durado mucho. Thomas y su madre estaban sentados en un banco en lo alto de Box Hill, cerca del mirador del Salomons Memorial y tiritaban de frío porque la tarde era muy húmeda. Era un domingo gris y brumoso, y no había ningún paisaje que contemplar.

Sin embargo, ambos siguieron con la mirada perdida en la distancia. Desde que Thomas le había confesado a su madre lo sucedido y le había pedido consejo, no se habían vuelto a mirar a la cara.

Finalmente Martha rompió el silencio. Su voz, ya de por sí plana y neutra, sonó más seca y fríamente categórica que nunca.

—Lo siento —dijo—, pero para mí está muy claro lo que debes hacer. Tienes esposa. Tienes una hija. Eso significa que tienes obligaciones y responsabilidades. Lo que hiciste en Bélgica es una completa estupidez. Una estupidez en muchos sentidos. Para empezar, cualquiera se daría cuenta de que Sylvia nunca actuaría de ese modo. Está absolutamente entregada a ti. No me preguntes por qué, pero lo está. Incluso después de que decidieses abandonarla durante seis meses, justo en el momento en que más te necesitaba, nunca te hubiera engañado. De modo que ésta fue la primera estupidez que cometiste, la de llegar a esa ridícula conclusión. Y, en cuanto a esa chica de Bruselas, ¿qué intentas decirme? ¿Que pensaste que podías dejar atrás toda tu vida aquí e irte a vivir con ella? ¿En Bélgica? ¿Es que eres completamente estúpido? ¿Cómo sabes siquiera si es eso lo que ella quiere? Cuando miles de desconocidos procedentes de todas las partes del mundo se reúnen en un entorno peculiar como ése, es obvio que van a suceder cosas absurdas. A estas alturas, lo más probable es que ella esté lamentándose de lo que hicisteis. Probablemente se esté diciendo a sí misma que hizo una tontería, y que no volverá a hacer algo así nunca más. Y tiene razón. Así que te lo digo bien claro: olvídala. Ella no es importante. Tu esposa es importante. Tu hija es importante. Tu familia es importante. Claro que ahora te sientes infeliz. Eso es porque te has estado comportando como un estúpido. Pero eso cambiará. Esa sensación irá desapareciendo.

Thomas bajó la cabeza en el momento en que pasaba junto a ellos una familia de cuatro miembros, con los niños correteando en zigzag de un lado a otro, lanzándose una pelota de plástico roja entre estridentes instrucciones y gritos de entusiasmo. Había sido agónico escuchar la reprimenda de su madre. Cada vez que pronunciaba la palabra «estúpido» era como si le arrease un manotazo en la cabeza. Él no dijo nada, se limitó a dejar que el discurso de su madre penetrase en su cráneo y se asentase, encontrase su lugar y ocupase su nivel de relevancia. Cuando volvió a levantar la cabeza, la familia ya casi había desaparecido de vista, ahora tan sólo se oían los gritos de los niños, que le trajeron a la memoria un lejano recuerdo, la imagen borrosa de otra ocasión en que había estado allí, siendo niño, con su madre y su padre. ¿Un picnic? Sí, debieron ir allí de picnic. De un modo desconcertante, aquella excursión que hacía mucho que había olvidado y en la que no había vuelto a pensar probablemente durante los últimos veinte o veinticinco años, ahora le parecía más reciente que el picnic en Wijgmaal, en el que había participado hacía poco más de una semana.

Como si intuyese lo que pensaba su hijo, Martha Foley bajó la mirada hacia su regazo, en el que sostenía la fotografía que Thomas le había traído.

—Es una foto muy bonita —le dijo—. Ha sido todo un detalle por tu parte que hicieras lo que te pedí. La voy a enmarcar y la colgaré en la sala de estar. Pero este campo de ranúnculos no se parece en nada al que yo recuerdo. ¿Estás seguro de que fuiste al lugar correcto?

No podía escribir a Anneke mientras estaba en casa. Le parecía incorrecto sentarse en el buró del comedor después de que Sylvia se hubiese acostado, con la mirada clavada en la hoja de papel Basildon Bond sobre la que las palabras se negaban con terquedad a formarse, mientras su pluma proyectaba una larga sombra sobre la hoja bajo el resplandor ambarino de la lámpara de lectura. Mejor le escribiría en el trabajo, en su segundo día de vuelta a la oficina de Baker Street. La tarea que le había sido encomendada a su regreso a la OCI era escasamente estimulante y consistía en redactar el comentario en off para un cortometraje sobre el alcoholismo en menores de edad. Sabía que no podría empezar a escribirlo hasta que se hubiese sacado de encima la carta.

Pero cuando la tuvo terminada, no quedó contento con el resultado. ¿Cómo iba a estarlo? De todos modos, la envió el miércoles por la mañana desde la oficina de correos de Marylebone High Street.

Pasó casi un mes sin que hubiese respuesta. Ya daba por hecho que no iba a haberla cuando finalmente llegó, a la dirección de la oficina, engalanada con unos exóticos sellos belgas y con el franqueo oficial de la Expo 58.

Querido señor Foley:

Gracias por su carta. Ha sido todo un detalle por su parte escribirme para explicarme su punto de vista; ¿qué menos podía esperar de un caballero británico?

Dado lo que me expone usted, sin duda lo mejor será que ambos olvidemos todo lo sucedido durante su estancia en Bruselas. No querría causarle ningún sufrimiento, ni ninguna incomodidad, que creo que en su caso son probablemente la misma cosa.

Puede estar tranquilo, no le importunaré ni me entrometeré en su vida de ningún modo a partir de ahora.

De hecho, permítame tomar prestado de sus dos amigos —los misteriosos hombres de las gabardinas y los sombreros— una frase que podría resultarnos útil a este respecto: «Esta conversación jamás ha tenido lugar».

Reciba mis cordiales saludos, Anneke Hoskens.

INCERTIDUMBRE

Sylvia estaba arrodillada delante del váter, devolviendo la Marmite untada en una tostada que se había tomado para desayunar. Era el tercer día seguido que le pasaba algo así. Tomó aire, arrancó unas cuantas hojas de papel higiénico, se limpió los labios e hizo una mueca de asco al notar el regusto rancio que le había quedado en la boca.

Thomas estaba sentado en su despacho de Baker Street, completamente deprimido. Acababa de recibir dos noticias. Una, que su nueva tarea era escribir un folleto sobre los peligros de conducir bajo los efectos del alcohol; parecía que ahora era el primer candidato para cualquier trabajo que tuviese que ver con pubs, autorizaciones para la venta de bebidas alcohólicas o el consumo étlico en general. La otra era que su amigo y colega Carlton-Browne había sido promocionado por delante de él, porque lo habían elegido para la mucho más prestigiosa tarea de escribir el guión de un documental informativo oficial de gran presupuesto sobre las medidas a tomar en caso de ataque nuclear.

—Creo que vamos a tener otro bebé —le dijo Sylvia esa noche durante la cena.

—Creo que ya es hora de que me busque un nuevo trabajo —le dijo Thomas, mientras permanecían despiertos en la cama esa noche, uno junto al otro, con las manos entrelazadas por debajo de las sábanas.

—Creo que deberíamos mudarnos —le dijo Sylvia a la mañana siguiente mientras desayunaban—. No me gusta vivir en Londres. Nunca me ha gustado. Quiero volver a estar cerca de mamá y papá.

Todo sucedió muy rápido, Thomas le mencionó sus planes a un colega del trabajo, Stanley Windrush. El rumor circuló y pocos días después Carlton-Browne se le acercó en la cantina con información útil.

—Un tipo al que conozco conoce a otro tipo que cree que hay una empresa en las Midlands que busca a alguien para ponerse al frente de su departamento de relaciones públicas. Podría ser la oportunidad que estás buscando.

La empresa en cuestión era una gran fábrica de piezas para automóviles, tanto para la exportación como para el mercado doméstico. Tenían la sede en Solihull, no lejos de Birmingham y a tan sólo unos kilómetros de King's Heath, donde vivían los padres de Sylvia. La mañana del jueves 16 de octubre de 1958 Thomas tomó el tren en la estación de Euston y se presentó puntualmente a su entrevista a las once. A las once y cuarto ya tenía claro que ese trabajo era para él. No le pidieron referencias. No le hicieron preguntas a fondo sobre su idoneidad para ese puesto. El jefe de personal simplemente le dijo a Thomas que era «el tipo de persona que estaban buscando».

Dedicó las siguientes horas a visitar relajadamente las inmobiliarias de la zona y a explorar el lugar a pie. Lo cierto es que el área de Birmingham no era ni la mitad de

triste de lo que había imaginado. Comparado con Tooting, esas zonas suburbanas del sudeste parecían arboladas, tranquilas y despejadas. Mientras caminaba por las anchas calles flanqueadas por hileras de árboles de los alrededores de la fábrica Cadbury de Bournville, disfrutando de los colores del ya inminente otoño, pensó que le resultaba fácil imaginarse viviendo allí: se vio acompañando a Gill a la parada del autobús escolar las mañanas de primavera, sintiendo el tacto de su confiada mano agarrada con fuerza a la suya; jugando al fútbol el sábado por la tarde en la cercana zona deportiva con su hijo (porque estaban ambos convencidos de que iba a ser un chico, y ya se habían puesto de acuerdo en que lo llamarían David, en honor del padre de Thomas). Le sorprendió gratamente descubrir que allí podrían permitirse comprar una casa mucho más grande, y aun así obtener un generoso beneficio de la venta de la de Tooting. Con el dinero que parecía que podrían ganar con esa venta se podría permitir comprarse sin problemas un coche familiar.

Thomas llegó a la estación de New Street con tiempo más que suficiente para tomar su tren de regreso a Londres. Compró *The Times* en el quiosco de la estación y se sentó en un compartimento de segunda clase vacío. Pero no abrió el periódico, prefirió mirar por la ventana, perdido en sus difusos ensueños centrados en las bondades de la vida familiar y la satisfacción de vivir como un asentado y respetado ciudadano de clase media. No se aburrió de esas agradables ensoñaciones hasta que el tren pasó por Rugby; en ese momento de pronto se abrió la puerta de su compartimento. Un joven con el uniforme de revisor de British Rail miró a Thomas y le dijo:

—¿Señor Foley?

—¿Sí?

—Tengo un mensaje para usted.

Le entregó a Thomas un pedazo de papel pautado y desapareció sin esperar una respuesta. Thomas desdobló la nota y la leyó. Lo único que decía era: «¿Le apetece una copa?».

Con cuidado para no perder el equilibrio, se puso en pie, cogió su ejemplar de *The Times* y se dirigió por el pasillo al vagón restaurante. También estaba vacío, excepto una mesa sobre la que había tres vasos de whisky. Tres vasos de whisky y una solitaria bolsa de patatas Smith's. El señor Radford y el señor Wayne estaban sentados a un lado de la mesa, bastante apretados en la banqueta.

Alzaron la mirada cuando lo vieron aparecer, aparentando sorpresa y agrado.

—¡Vaya, señor Foley!

—¡Bendito sea el cielo!

—¡Usted por aquí!

—¡Precisamente en este tren!

—Siéntese, muchacho.

—Tome asiento. Póngase cómodo.

—¿Un whisky? Nos hemos tomado la libertad de pedirle uno.

—No sé por qué, pero teníamos la intuición de que podía aparecer usted por aquí.

—Era sólo una corazonada, ¿sabe?

Thomas se dejó caer en el asiento frente a ellos; absolutamente perplejo, claro, al descubrir que lo estaban siguiendo, pero sobre todo indignado. Aquellos dos ridículos personajes pertenecían a una parte de su vida que hacía ya tiempo que consideraba del todo zanjada.

—Buenas tardes, caballeros —fue todo lo que dijo, envolviendo esas palabras en toda la hosquedad que fue capaz de reunir. Echó un vistazo al whisky, pero decidió no tocarlo.

—No está envenenado, se lo aseguro —dijo el señor Wayne, que parecía casi ofendido.

De todas formas, Thomas apartó el vaso.

—¿Un cigarrillo? —le ofreció el señor Radford.

—No, gracias —respondió Thomas. Lo había dejado y estaba intentando que Sylvia también lo hiciese. (Aunque, como concesión, había aceptado que pudiese fumar durante el embarazo, ya que después de todo era un periodo muy estresante para una mujer y fumar la ayudaba a relajarse).

—Bueno —dijo el señor Radford, mientras encendía su propio cigarrillo con un encendedor de oro, que después le pasó a su compañero—. Supongo que la entrevista de trabajo de esta mañana ha ido bien.

—Ya veo —dijo Thomas— que me han pinchado el teléfono, ¿no es así?

El señor Radford pareció ofenderse todavía más.

—Le aseguro que no hacemos este tipo de cosas, muchacho.

—No está usted en la Unión Soviética, ¿sabe?

—Bueno, ustedes parecen conocer muy bien todos mis movimientos.

—Nos tomamos un amigable interés, eso es todo.

—Sólo queremos saber cómo le va.

—Después de todo, no ha hecho usted el más mínimo esfuerzo por mantener el contacto.

—Ni siquiera nos ha enviado una postal.

—¿Mantener el contacto? —dijo Thomas—. ¿Y por qué debería haberlo hecho?

—Bueno, no sé... Llámenos sentimentales, pero pensaba que habíamos llegado a tener... cierta complicidad, allí en Bruselas.

—¿En serio?

—Bueno, a lo hecho pecho —dijo el señor Wayne—. La feria ya casi ha terminado. Este fin de semana todo el mundo estará haciendo las maletas para volver a casa.

—Supongo que el lunes los periódicos hablarán de ello —comentó el señor Radford.

Thomas no dijo nada.

—Aunque, por supuesto —continuó el señor Radford—, no todo lo que ha

sucedido en la Expo 58 se ha contado a los periódicos.

—Ni mucho menos —añadió el señor Wayne.

El señor Radford negó con la cabeza y dijo:

—El terrible asunto del señor Cherski, por ejemplo. Gracias a Dios que *eso* no llegó nunca a los periódicos.

—Un asunto abominable —convino el señor Wayne.

A Thomas no le gustaba cómo sonaba todo eso. Y picó el anzuelo.

—¿El señor Cherski?

—Sí. Sin duda sabe usted lo que le sucedió, ¿verdad?

—No.

—¿No? Eso es extraordinario.

—Bueno —dijo Thomas, ahora impaciente—. ¿Qué le sucedió?

—Murió, claro.

—¿Murió?

—Sí, pobre tipo. Murió de un ataque al corazón.

—Encontraron su cadáver —le explicó el señor Radford— en la suite nupcial del Hotel Astoria.

Dejándole tiempo para que digiriese esa información, sus dos interlocutores bebieron un trago de whisky y se apoyaron en el respaldo de la banqueta con cierto aire de divertida satisfacción, a la espera de la respuesta de Thomas.

—Pero allí... —dijo él finalmente, pronunciando las palabras lenta y cuidadosamente—, allí es adonde se lo llevó Emily.

—¿En serio?

—¿Está seguro?

—Tiene usted más información que nosotros.

Thomas se inclinó hacia delante y ya no pudo evitar que su creciente ira se manifestase en su tono de voz.

—Venga. Díganme lo que tengan que decirme. Cuéntenme qué sucedió.

—Bueno, no estoy del todo seguro que podamos saciar su curiosidad —dijo el señor Wayne—. ¿Tú qué opinas, Radford?

El señor Radford negó con la cabeza.

—Es terreno resbaladizo...

—Terreno pantanoso...

—Aunque...

—Por otra parte...

—Hasta cierto punto, ya hemos introducido al señor Foley en nuestro círculo de confianza...

—Cierto, cierto.

—Ya conoce algunos hechos.

—Sí, tienes razón.

—Oh, cállense de una vez —les interrumpió Thomas—. ¿Estaba Emily metida en

todo esto? ¿Estaba implicada?

—¿*Metida*? —repitió el señor Radford.

—¿*Implicada*? —insistió el señor Wayne.

—Bueno, pues claro que estaba metida.

—Naturalmente que estaba implicada.

—Usted lo sabe mejor que nadie.

—Usted también está metido, después de todo.

—E implicado, ya que estamos.

—Usted interpretó un papel en todo ese plan.

—Y lo interpretó muy bien.

—De hecho, podríamos incluso afirmar que sin usted no lo habríamos conseguido.

—¿*Qué plan*? —preguntó Thomas—. ¿*Qué* no habrían conseguido sin mí?

El señor Radford y el señor Wayne cruzaron unas miradas interrogativas, como si quisieran confirmar el uno con el otro que podían contarle el secreto a Thomas. Y una vez parecieron estar de acuerdo, se decidieron a hacerlo y el señor Radford empezó a relatarle la historia en voz baja.

—Bueno, todo empezó justo al inicio de la feria. Ya en los primeros días se hizo evidente que había una... fuga de información en el pabellón estadounidense. Alguien les estaba pasando a los soviéticos informaciones confidenciales. Así que los norteamericanos decidieron tomar cartas en el asunto, montaron una base en la bonita casa de campo que usted visitó y empezaron a investigar el asunto.

—Y fue entonces cuando apareció la señorita Parker.

—Aunque ése no es su verdadero nombre, como usted comprenderá.

—Así que era una agente norteamericana, claro.

—Pero usted eso ya lo sabía.

—¿No? Bueno, creía que resultaba obvio.

—¿Cómo iba a ser obvio? —dijo Thomas exasperado—. Me dijeron ustedes que era una actriz de Wisconsin.

—Oh, no se tiene usted que tomar al pie de la letra todo lo que decimos.

—Ésa era su tapadera. Pensábamos que ya lo había deducido usted por sí mismo.

—En cualquier caso, al poco tiempo, aunque no pudo detectar de dónde venía la fuga, sí descubrió adónde iba a parar esa información.

—Al señor Cherski.

—Y también descubrió *dónde* la recibía.

—En el Britannia.

—¿El Britannia?

—Sí. Su querido pub. Ése era el escenario del intercambio. Allí es donde sucedía todo.

Thomas ya no pudo contenerse por más tiempo: el whisky resultaba demasiado tentador. Cogió el vaso y se bebió la mitad del contenido de un trago. Ya empezaba a

vislumbrar que todo lo que había creído que sucedía durante su estancia en la Expo 58 iba distorsionándose hasta mostrar una realidad completamente diferente. Todo lo que había dado por hecho se volvía del revés.

—¿Pero cómo? —quiso saber—. ¿Cómo le pasaban la información?

—Ah..., bueno, eso era una jugada maestra.

—La genialidad de toda la operación.

—Contaban con un cómplice, desde luego.

—Alguien que les hacía el trabajo sucio.

—Y supongo que saben quién era, ¿verdad?

—Probablemente pueda usted adivinarlo.

Pero Thomas no fue capaz.

—Bueno, era la camarera, ¿sabe?

Los miró boquiabierto.

—¿La camarera? ¡Imposible!

—Sí..., la mismísima Shirley Knott.

—Era ella, muchacho.

—Por fin empieza usted a caer en la cuenta.

Thomas se apoyó en el respaldo y dio un sorbo a su whisky. Con esta nueva pieza crucial del puzle ahora todo empezaba a encajar.

—Entonces el hombre que le pasaba a ella la información —aventuró— debía ser el americano que siempre rondaba por allí, el señor Longman.

—Exacto. Estaban conchabados.

—Los dos en el ajo.

—Metidos hasta el cuello.

—Resulta que ambos son miembros del Partido Comunista.

—Y evidentemente ya sabrá usted cómo lo hacían, ¿no?

—Una jugada maestra.

—De un ingenio diabólico.

—Bueno, la señorita Parker lo descubrió en el último minuto.

—Utilizaban esto.

El señor Radford levantó la bolsa de patatas y la sostuvo en alto.

—Mire —dijo, abriéndola—, dentro de cada bolsa hay una bolsita de papel azul para la sal. Longman se valía de su posición para acceder a los documentos en la oficina del pabellón estadounidense, los microfilmaba, los introducía en una de estas bolsitas y se los pasaba a la camarera...

—... y ella las metía en bolsas de patatas que le servía al señor Cherski.

Ambos menearon la cabeza mostrando genuina admiración.

—Brillante.

—De primera clase.

—Eso tenemos que reconocérselo.

—Y entonces —dijo el señor Radford mientras echaba la sal en sus propias

patatas y después ofrecía a los demás— finalmente las cosas se complicaron. Sucedió el viernes por la tarde, que resultó ser su último día en la Expo.

—A la señorita Parker le llegó la información de que había desaparecido otro documento. Esta vez uno importante.

—El más importante de todos.

—Era un directorio...

—Un listado...

—Un índice...

—De todos los agentes norteamericanos que operan en suelo ruso.

—Había unos cincuenta nombres...

—Direcciones...

—Detalles personales...

—Y si eso caía en las manos equivocadas...

—... todas esas personas eran hombres muertos.

—Sin embargo, gracias a un increíble golpe de suerte...

—No exactamente..., quiero decir que la señorita Parker demostró ser extraordinariamente inteligente y lo supo resolver ella sola.

—Tienes toda la razón, muchacho. Esa tarde la señorita Parker estaba tomando una copa con usted en el Britannia y de pronto se dio cuenta de cómo se hacía la transacción.

—La camarera le sirvió la bolsa de patatas con su cerveza al señor Cherski y dijo algo que puso en alerta a la señorita Parker.

—Algo sobre un «envío especial».

—Y una bolsa «extragrande».

—Y entonces cayó en la cuenta.

—En un momento de inspiración.

—En un destello.

Thomas trató de recordar esa tarde. Era cierto: Emily había estado cogiendo montones de patatas, como si no pudiese parar de comerlas. En ese momento le había sorprendido. Y Andréi hacía lo mismo. Los dos se habían lanzado sobre la bolsa, intentando ser el primero en dar con la bolsita de sal al fondo.

—Bueno... —El señor Radford se acabó el whisky y le indicó con un gesto al camarero que sirviese tres más—. Como puede usted imaginarse, la señorita Parker se encontró ante un dilema.

—El señor Cherski tenía la bolsita.

—Tenía la bolsita y la bolsa.

—Tenía la bolsita y la bolsa en el bolsillo.

—Tenía la bolsita y la bolsa en el bolsillo de su chaqueta.

—De modo que la señorita Parker no podía permitirse perderlo de vista. Ni un segundo. Tenía que *recuperar* el material, antes de que pudiese pasárselo a alguien.

—Y aquí es donde demostró su valía.

—Su madera de heroína.

—Porque se lo llevó al Hotel Astoria y...

—Bueno, ya puede imaginarse el resto.

—Hizo lo que tenía que hacer.

Mientras el camarero les servía otros tres whiskies, Thomas trató de recordar dónde había oído antes esa frase y descubrió, con un escalofrío, de que había salido de los labios de Emily el día del picnic. Aquella horrible historia que contó: sobre su padre, el respetable científico que agarró una rama caída y la utilizó para aplastar a una serpiente de cascabel hasta matarla, poseído por un violento frenesí motivado por el impulso de proteger la vida de su hija. ¿Esto había sido algo parecido? ¿Había utilizado Emily su propia fuerza bruta para matar a ese hombre? ¿O le había disparado en el pecho, o le había clavado un puñal en el corazón? ¿Había estrangulado a Andréi con su propia corbata? «Cuando llega el momento de salvaguardar aquello que es verdaderamente importante para ti», le había dicho Emily, «no existen límites para lo que serás capaz de hacer».

—Le fue fácil llevarlo a cabo —le aclaró el señor Wayne con un tono de voz que era casi (casi) amable y tranquilizador—. Emily disponía de una cápsula de cianuro.

—Les proveen de este tipo de cosas, ¿sabe? Creo que forma parte del protocolo.

—Se la echó en la copa de champán.

—Pan comido, si piensa en ello.

Thomas pensó en ello. Y ahora, en lugar de imaginarse a Emily con el rostro retorcido de ira y asco, arreándole golpes mortales en la cabeza a Andréi, se encontró atrapado por otra visión: un recuerdo, un recuerdo de Emily sentada frente a él en el bar del Grand Auditorium, contemplando la copa de pálido y efervescente líquido y diciendo: «Me encanta el champán... Me encanta mirar cómo danzan las burbujas en la copa». Sus ojos centelleando y unos hoyuelos marcándose en sus mejillas al sonreír. No era de extrañar que Andréi se hubiera dejado enredar. No era de extrañar que ni se hubiera oído lo que le esperaba...

—Pero lo que todavía no entiendo —dijo Thomas, tragando saliva— es por qué me vi yo involucrado en todo eso. Me contaron ustedes un montón de mentiras en aquella casa, y actuando según su información, o más bien desinformación, yo procedí a comportarme como un idiota, y... no entiendo en qué les puede haber ayudado eso.

—Mi querido amigo —dijo el señor Wayne—, se subestima usted.

—Su papel fue absolutamente vital.

—¿De qué modo?

—Bueno, porque llegó un momento en plena operación en que parecía que todo iba a salir mal. Los rusos cada vez sospechaban más y más de la tapadera de la señorita Parker. El señor Cherski había llegado a conocerla demasiado bien y se empezaba a preguntar si realmente era una ingenua actriz jovencita y si de verdad era la hija del famoso profesor Parker de Wisconsin. Esa gente está por naturaleza

programada para desconfiar de todo lo que les cuentan...

—Lo cual no es mala idea, si lo piensa usted.

—De modo que los norteamericanos sabían que tenían que sacarse un as de la manga para convencerlo. O para *reconvencerlo*, si lo prefiere.

—Y entonces es cuando nosotros les ofrecimos reclutarlo a *usted*.

—¿Reclutarme?

—Sí. Reclutarle para que invitase a cenar a la señorita Hoskens en el restaurante del pabellón checo y le contase exactamente lo que nosotros queríamos que le contase.

—Que era exactamente lo que queríamos que oyese el señor Cherski.

—Concretamente que Emily Parker se estaba enamorando de él.

Thomas miró alternativamente al señor Wayne y al señor Radford y volvió a repasarlos a ambos, mientras empezaba a atar cabos.

—Ese restaurante... —dijo—. El comedor privado... ¿había micrófonos?

—Por supuesto que los había.

—¿Y ustedes sabían que había micrófonos?

—Por supuesto que lo sabíamos.

—Entonces sabían que... todo lo que dije allí...

—Les llegaría directamente a los rusos...

—Y directamente al señor Cherski...

—Que era a donde queríamos que llegara.

—Sencillo —dijo el señor Radford, extendiendo las manos.

—Pan comido —dijo el señor Wayne, encogiéndose de hombros.

—¿Y eso fue todo? ¿Para eso era para lo único que me necesitaban?

Ambos asintieron al unísono. Y por última vez recordó otro de los entonces misteriosos comentarios de Emily. Lo que le había dicho cuando se despedían después del concierto, en el puente peatonal que atravesaba el lago del Parc d'Ossegem: «Tú ya has cumplido con tu deber», le había dicho. Y entonces, cuando él protestó por esa palabra, ella matizó: «Puedes considerar que ya has cumplido tu misión».

Thomas se quedó mirando por la ventana del vagón un largo rato. Estaban atravesando Buckinghamshire, una de las regiones más anodinas de Inglaterra, pero incluso ese insulso paisaje resultaba bonito en esa época del año, bañado por la luz del atardecer. Thomas deseó estar paseando por esos campos, sintiendo el suelo húmedo y mullido bajo sus pies, respirando el aire fresco en lugar del pestilente humo del tabaco. Cualquier cosa con tal de poder aclarar sus ideas, de disponer del tiempo y del espacio necesarios para reflexionar sobre todo lo que le acababan de contar.

—En cualquier caso —dijo el señor Radford, rompiendo por fin el denso silencio que se había creado—, lo cierto es que le estaremos eternamente agradecidos por su ayuda, muchacho.

—Como ya he dicho, no lo hubiésemos conseguido sin usted.

—Que es el motivo por el cual hemos decidido hacerle este pequeño favor en justa compensación.

—¿Qué pequeño favor? —preguntó Thomas, apartando la mirada de la ventana y entrecerrando los ojos con un gesto de suspicacia.

El señor Wayne carraspeó y dijo:

—Bueno, no ha tenido usted que sudar mucho para encontrar su nuevo trabajo, ¿verdad?

—Más o menos se lo han puesto en bandeja, por lo que tengo entendido.

Thomas no respondió. Su silencio pareció incomodarlos.

—Es lo menos que podíamos hacer, la verdad —añadió el señor Wayne.

—Digamos que es una pequeña muestra de la estima en que le tenemos —dijo el señor Radford.

Thomas volvió a desviar la mirada.

—Ya veo —dijo, con un punto de sarcasmo en su voz—. Y no pretenden conseguir nada a cambio, ¿verdad? Lo hacen movidos exclusivamente por la bondad de sus corazones.

—Bueno. —El señor Wayne volvió a carraspear—. No estoy seguro de que deba usted entenderlo *exactamente* así.

—Como bien sabe, en estos tiempos todo tiene un precio.

—Nada sale completamente gratis, como dicen.

—¿Y bien? —Les clavó una mirada desafiante y acusadora—. ¿Qué quieren de mí?

—Escuche, no hay por qué ponerse nervioso...

—No hay que perder los papeles...

—Después de todo, somos personas razonables...

—No somos monstruos, por mucha imaginación que se le quiera poner...

—En realidad es muy sencillo. Esta empresa en la que va usted a trabajar hace muchos negocios en el extranjero. Algunos de ellos en el bloque del Este. Polonia, Hungría y Checoslovaquia en particular. De vez en cuando, una parte del equipo directivo viaja a esos países...

—Delegaciones comerciales y demás...

—Y creemos que hay muchas posibilidades de que le pidan que se incorpore a esos viajes.

—Y cuando lo haga...

—Bueno, puede que haya pequeños favores que podría hacernos mientras está usted allí.

—Pequeños recados que podría realizar.

—Trabajos rutinarios que requieren de un tipo de confianza como usted.

—¿Sabe, señor Foley? Nos gusta su estilo.

—Nos gusta cómo trabaja.

—Creemos que es usted de fiar.

—Y eso es algo que no se encuentra fácilmente en nuestro trabajo, se lo aseguro.

Thomas sonrió desafiante y negó con la cabeza.

—Bueno, siento decepcionarles, caballeros. Pero no voy a realizar ningún «encargo» para ustedes, ni a llevar a cabo ningún «trabajo rutinario». En mi opinión, con una vez ya ha sido suficiente. Si han intervenido ustedes de algún modo para que consiguiese mi nuevo trabajo, les doy las gracias de corazón, pero les ruego que tengan la bondad de dejarme en paz para que pueda continuar con mi vida. —Se acabó el whisky, dejó el vaso en la mesa e hizo ademán de incorporarse—. Espero haber sido suficientemente claro.

Por tercera vez en los últimos minutos, el señor Wayne carraspeó y cogió una cartera que tenía debajo de la mesa. El señor Radford, mientras tanto, retuvo a Thomas plantándole la mano sobre el brazo.

—Un momento, muchacho —le dijo—. Antes de que tome una decisión precipitada.

De mala gana, Thomas volvió a sentarse. Intentó ver qué era lo que el señor Wayne estaba sacando de la cartera. Parecía una pila de fotografías en blanco y negro —unas doce—, pero era difícil estar seguro, porque, en lugar de desplegarlas encima de la mesa, las sostuvo celosamente cerca del pecho, con la actitud de un jugador de bridge con una mano especialmente buena, de modo que Thomas sólo veía el dorso.

—La verdad, Foley, es que no queríamos tener que llegar a esto... —empezó.

—Pero por desgracia no nos ha dejado otra salida —añadió el señor Radford.

—Mire, la noche que la señorita Parker estaba cumpliendo con su deber patriótico y anulando la amenaza que representaba el señor Cherski...

—Al parecer usted tenía en mente actividades de cariz muy distinto.

—Creo que tenía usted una cita con la señorita Hoskens...

—Y se la llevó al Motel Expo...

—Donde, por una extraordinaria coincidencia, nuestro colega el señor Wilkins...

—¿Se acuerda usted de Wilkins?

—... estaba rondando con una cámara.

—Un bala perdida, ese Wilkins...

—Un lobo solitario...

—Aunque, eso sí, saca unas fotos estupendas.

—De eso no hay duda, Radford, mira ésta.

—Dios bendito. No deja mucho espacio a la imaginación.

—Ésta tampoco.

Ambos se rieron entre dientes.

—Debo decir, Foley, que desde luego demuestra usted mucha inventiva en su modo de abordar estos asuntos.

—Y cuenta con una *partenaire* muy versátil, debo añadir.

—Aunque yo no me excedería con ese tipo de ejercicios.

—Puede lastimarse la espalda si no tiene cuidado.

—Por el amor de Dios, ¿qué demonios es esto?

—¿Dónde?

—Aquí.

El señor Wayne señaló un detalle de una de las fotografías, mientras el señor Radford la estudiaba más de cerca.

—Creo que es Wilkins. Ha plantado el dedo en el objetivo.

—Ah. —El señor Wayne dejó las fotografías boca abajo encima de la mesa y dijo —: Bueno, ya se hace usted una idea global. Sería una tragedia si su mujer viese una de éstas. Una horrible tragedia. Probablemente mandaría su matrimonio a hacer puñetas.

—Evidentemente un puritano podría argumentar que debería habérselo pensado usted dos veces antes de dejarse arrastrar a esas... travesuras.

El señor Wayne volvió a meter todas las fotografías excepto una en la cartera y ambos se apoyaron en el respaldo con los brazos cruzados y miraron a Thomas con la más afable e irritante de las sonrisas.

—Por cierto —dijo el señor Radford, ofreciéndole a Thomas la fotografía que quedaba boca abajo encima de la mesa—. Hemos pensado que tal vez le gustaría quedarse con ésta. Como recuerdo.

Thomas cogió la fotografía y lentamente le dio la vuelta. Era una imagen de Anneke sola. Debió de ser la última que tomó Wilkins —mientras él estaba en el baño—, justo antes de que resbalase y se cayese al suelo desde su escondrijo junto a la claraboya, despertándola con el estruendo del porrazo.

La contempló un buen rato. Por Dios, era preciosa cuando la veías así: profunda y plácidamente dormida, desnuda, ajena a las telarañas de engaño y traición que se habían estado tejiendo a su alrededor. Le partió el corazón pensar que había permitido —aunque fuese sin saberlo— que la utilizaran de ese modo; y le partió el corazón pensar que no volvería a verla nunca más; que no podría revivir la noche que pasaron juntos, la noche que se desvanecía cada vez más y más rápido entre las engañosas sombras de la memoria.

Lo pasado, pasado está...

Mientras contemplaba la fotografía, el señor Wayne y el señor Radford se miraron, asintieron y sigilosamente (con tacto, se podría decir) se levantaron y se marcharon. Cuando Thomas alzó la mirada —ahora borrosa—, se secó los ojos con los nudillos y miró a su alrededor en el vagón restaurante, sus dos interlocutores ya habían desaparecido.

Mucho después (muchos años después, de hecho) se sorprendería preguntándose por qué había aceptado sus condiciones, por qué había permitido que lo acorralaran tan fácilmente. Hubiera sido mucho más fácil, rápido y limpio decirles que se fueran al infierno. ¿Merecía la pena salvar su matrimonio pagando ese precio? Porque lo que le

resultaba más incomprensible de sus andanzas en la Expo 58 no era, después de todo, la improbable intriga en la que se había visto involucrado, sino la probada fragilidad de su lealtad hacia Sylvia durante esas semanas. A medida que iba cumpliendo años, le parecía cada vez más claro que había cometido una crueldad no al casarse con ella, sino al seguir casado con ella. Eso era lo verdaderamente lamentable: que la había condenado, con sus vacilaciones, a una vida entera de incertidumbre.

HOLLAHI HOLLAHO

El domingo 19 de octubre de 1958 la Exposición Universal de Bruselas llegó a su fin. Hubo un espectáculo de fuegos artificiales de despedida a las diez y media de la noche y se cerraron las puertas al público por última vez a las dos de la madrugada. Después, desde el lunes por la mañana en adelante sólo los poseedores de pases oficiales podían entrar, y llegaron los camiones, tractores y grúas para iniciar la tarea de desmontaje de los edificios. Se dispersaron por toda Bélgica y, de hecho, por toda Europa. Algunos se convirtieron en escuelas, otros en alojamientos temporales y después permanentes. El Restaurant Praha del pabellón checo se desmontó y se volvió a montar en el parque Letna de Praga, donde se utilizó primero como restaurante y después como edificio de oficinas. En el recinto de la feria en Heysel quedaron pocas estructuras, pero el Atomium sí siguió en pie allí y continuó abierto al público, aunque fue cayendo en un inexorable abandono durante los años siguientes.

El lunes 20 de octubre de 1958, Thomas empezó a trabajar como relaciones públicas de Phocas Industries Ltd. en Solihull, Warwickshire. Poco antes de las navidades de ese año, él, Sylvia y Gill se mudaron a Monument Lane en Lickey Hills, en los alrededores de Birmingham.

En mayo de 1959 Sylvia dio a luz a un hijo varón. Al niño le llamaron David James Foley, en homenaje a sus dos abuelos.

El 30 de junio de 1960, cuando todavía no hacía dos años de la clausura de la Expo 58, el Congo Belga consiguió la independencia. Actualmente se conoce como la República Democrática del Congo.

El lunes 26 de marzo de 1962 un nuevo pub llamado Britannia abrió sus puertas en el número 41 de Townwall Street de Dover, Kent, en el local en el que antes había habido un Wine Lodge. Según el *East Kent Mercury* (23 de marzo de 1962) reproducía el modelo del «famoso pub del mismo nombre que fue especialmente construido para la Exposición Universal de Bruselas cuatro años atrás». Se habían incluido en su decoración muchos objetos procedentes del Britannia original, adquiridos en una subasta en Birmingham varios años atrás; uno de los más célebres era la maqueta a escala del aeroplano BOAC Britannia. Fue el segundo pub en el Reino Unido que servía la cerveza amarga del Britannia, creada especialmente para la Exposición Universal por Whitbread en 1958.

En 1963 Thomas viajó a Bratislava, Checoslovaquia, como miembro de la delegación comercial de Phocas Industries. Fue el primero de muchos viajes a países del bloque soviético durante los años sesenta y principios de los setenta.

El 13 de enero de 1967 el *East Kent Mercury* informó de que el Britannia de Dover se había convertido en «uno de los bares más famosos del mundo. Cada año cientos de visitantes extranjeros acuden al Britannia para contemplar su singular colección de maquetas y grabados náuticos».

En octubre de 1970 el señor Edward Perry se convirtió en el nuevo patrón del Britannia al heredar el trabajo de su padre. Cinco años después, su propio hijo le sucedió como propietario. En 1980 el *Dover Express* comentó que Townwall Street, la calle en la que estaba situado el pub, era ahora «con su calzada de doble sentido, seis veces más ancha que antes».

El viernes 4 de mayo de 1979 Margaret Thatcher se convirtió en la primera mujer que ocupaba el cargo de primer ministro en el Reino Unido.

Gill, la hija de Thomas y Sylvia, se casó en 1983 a los veintiséis años. Tuvo dos hijas, Catharine (nacida en 1984) y Elizabeth (nacida en 1987).

El jueves 9 de noviembre de 1989 el gobierno de Alemania del Este anunció que los ciudadanos de la RDA podían a partir de esa fecha visitar Alemania Occidental y Berlín Occidental. Multitudes de alemanes del Este empezaron a cruzar el Muro de Berlín, que fue desmantelado bloque a bloque durante las siguientes semanas y destruido para reconvertirlo en equipamientos industriales en la década de 1990.

En 1996 David Foley y su mujer Jennifer (de Melbourne, Australia) tuvieron a su único hijo, una niña llamada Amy.

A finales de los años noventa el Atomium seguía en pie en la explanada de Heysel, a las afueras de Bruselas, pero, según la guía oficial, «la falta de mantenimiento ha degradado el edificio a un estado lamentable».

El martes 15 de mayo de 2001 Sylvia Foley murió a los setenta y siete años por complicaciones después de un ataque al corazón.

El viernes 3 de octubre de 2003 se dio una fiesta de inauguración en el Britannia de Dover, que había cambiado de propietarios, para celebrar la apertura de su restaurante y bar para toda la familia. La nueva dueña dijo que a partir de entonces el pub permitiría la entrada a los niños, porque «añade atractivo al local».

En octubre de 2004 el Atomium se cerró al público por primera vez en cuarenta y cinco años para someterlo a un proceso de restauración que duraría dos años. La principal tarea consistió en reemplazar las descoloridas placas de aluminio de las esferas por acero inoxidable. El Atomium reabrió al público el 18 de febrero de 2006 con novedades que incluían salas de exposiciones, un restaurante completamente renovado y un dormitorio futurista para escolares de visita.

El 17 de noviembre de 2005 la propietaria del Britannia de Dover anunció que planeaba introducir de modo regular un espectáculo de striptease las noches de Año Nuevo. Insistió en que no sería sórdido y contó a la prensa que «la gente de Dover que rechaza los espectáculos de striptease debe despertar. Existen por toda Europa». También añadió que no habría sexismo, porque contrataría tanto a bailarines como a bailarinas. El *Dover Express* hizo una encuesta entre unos cuantos clientes habituales para saber qué opinaban de esos planes y resultó que la mayoría no tenía ninguna objeción. Sin embargo, un ciudadano de Dover de cincuenta y tres años aseguró que era un síntoma de la creciente decadencia y dijo: «¿Dónde se creen que estamos, en Tailandia? Esto antes era una ciudad decente».

En la primavera de 2006 Thomas se mudó de mala gana a un anexo de la casa familiar de su hija Gill en Oxfordshire.

El sábado 8 de octubre de 2006 la hermana menor de Sylvia, Rosamond, falleció sola en su casa de Shropshire a la edad de setenta y tres años. La autopsia oficial dictaminó como causa de la muerte un fallo cardíaco.

El jueves 30 de noviembre de 2006 el Britannia de Dover celebró un maratón de copas de veinticuatro horas.

En 2008 se organizaron diversos actos en Bruselas para celebrar el cincuenta aniversario de la Expo 58. Entre otros, 275 belgas nacidos entre el 17 de abril y el 19 de octubre de 1958 fueron invitados a una recepción nocturna en el Atomium, se lanzaron varias series conmemorativas de sellos y se organizaron diversas exposiciones y pases de películas en un nuevo edificio llamado el «Pabellón de la Felicidad Temporal».

También en 2008 el pub Britannia cerró sus puertas por última vez. El local fue adquirido por el ayuntamiento y permaneció cerrado durante tres años. En abril de 2011 finalmente se demolió el edificio. El solar que ocupaba sigue actualmente vacío.

El miércoles 4 de noviembre de 2009 Thomas Foley, que tenía entonces ochenta y cuatro años, se despertó a las seis y media de la mañana al encenderse su radio despertador, conectada con el programa *Today* de Radio Cuatro. Se incorporó de golpe, consciente de que ese día iba a hacer algo especial, pero incapaz —momentáneamente— de recordar qué.

Poco después recordó que iba a viajar a Londres. Haría un transbordo en la estación de Paddington hasta la de King's Cross y allí tomaría el Eurostar hasta Bruselas. Llegaría allí a media tarde. Después de registrarse en su hotel, el Marriott de la Auguste Ortsstraat, iría caminando hasta la Estación Central y tomaría un tren a Amberes-Berchem y desde allí un taxi a la zona residencial de Kontich, donde tenía una cita para cenar.

En otras palabras, era un programa muy apretado. Pero era estimulante hacer algo para variar. Últimamente había sido demasiado propenso a la indolencia.

Gill le acompañó en coche hasta la estación y se quedó con él mientras esperaba a que llegase el tren de Londres.

—Vas a ser prudente, ¿verdad, papá? —le dijo—. Te has lanzado a la aventura. No mucha gente de tu edad se atreve a viajar sola.

—¿Tengo pinta de inválido? —preguntó él.

Pero Gill tenía razón. Bruselas estaba envuelta en niebla y las aceras estaban húmedas y resbaladizas. En el recorrido desde el hotel a la Estación Central, mientras subía por Infante Isabellastraat, resbaló. Por suerte sólo se hizo un arañazo en el codo y había por allí cerca dos mujeres —que resultaron ser turistas norteamericanas—

que le ayudaron a ponerse en pie; pero aun así se lo tomó como una advertencia. Se estaba haciendo muy viejo. Tal vez demasiado viejo para viajar solo.

¿Por qué ella había elegido Amberes, por el amor de Dios? ¿Y por qué ese suburbio de Amberes sin ningún encanto en particular? Sabía que ella todavía vivía en Londerzeel, así que ¿por qué no cenaban en el Atomium? Les hubiera quedado mucho más cerca a los dos y evidentemente era el escenario perfecto para un reencuentro cargado de sentimentalismo. Thomas no lo había visto desde que acabó la restauración y ahora se vería obligado a hacer una escapada especial al día siguiente por la mañana, antes de volver a Londres.

Y encima un restaurante chino... ¿Qué sentido tenía hacer ese largo viaje a Bélgica para acabar comiendo en un chino?

Empezaba a anochecer cuando el taxi se detuvo y empezó a bajar por Koningin Astridlaan. Eran las cinco y media y el tráfico era denso. Era muy temprano para cenar pero, una vez más, había sido idea de ella, y la gente mayor, supuso él, no cambia sus hábitos y sin duda ella cenaba siempre temprano. Sin embargo, un pollo chow mein era lo último que le apetecía en esos momentos.

El taxista no lo tenía muy claro, probablemente se había perdido. No dejaba de consultar el GPS y ya había recorrido arriba y abajo el mismo tramo de calle varias veces. Thomas sintió un escalofrío en el asiento trasero y limpió con la mano el vaho condensado en la ventanilla para poder echar un vistazo a la tenue luz azulada del exterior, rota a intervalos regulares por los haces de luz ambarina de las farolas. La niebla empezaba a hacerse más densa. Finalmente el taxista soltó una retahíla de lo que Thomas supuso eran tacos en flamenco y con un giro brusco a la izquierda salió de la calle. El taxi entró en un patio en el que había una media docena de coches aparcados. El vehículo se detuvo y Thomas bajó después de pagarle al taxista treinta y cinco euros que incluían una generosa propina para mitigar su complejo de culpa por haberlo hecho ir hasta esa remota zona del mundo.

Después Thomas permaneció indeciso en el patio, mirando el edificio que tenía delante, una imponente estructura de madera en la que se leía el nombre del restaurante Peking Wok. ¿Debía entrar y esperarla allí? Había llegado con un poco de antelación y le vendría bien tomarse un relajante trago antes de volver a verla.

Justo en ese momento, sin embargo, alguien tomó la decisión por él. De uno de los coches aparcados delante de él llegó una señal inconfundible: los faros delanteros se encendieron y apagaron, y durante un estremecedor instante Thomas se vio transportado a través de los años, más de medio siglo atrás, a un anochecer del verano de 1958, a una calle sumida en el crepúsculo justo al lado del parque Josafat, cuando aquel idiota de Wilkins lo estaba zarandeando mientras el chófer los esperaba en aquel absurdo y minúsculo escarabajo Volkswagen. El mismo juego de luces... Al principio, la sensación de *déjà vu* resultó vertiginosa, suficiente para paralizarlo y dejarlo clavado allí en medio. Pero entonces la puerta del coche se abrió y se apeó una mujer, que la cerró y empezó a caminar hacia él. Y allí estaba ella, inconfundible,

prácticamente igual, a pesar de todo el tiempo que había pasado: Clara.

Se besaron en la mejilla tres veces, al modo belga, y se dieron un amistoso abrazo. Ambos llevaban abrigos gruesos, de modo que tuvieron una sensación muy leve de contacto físico. Clara siguió abrazándolo más tiempo que Thomas. Cuando le soltó, se volvió y señaló el oscuro y amenazante edificio que, pese a estar a menos de veinte metros, empezaba a difuminarse, devorado por la niebla.

—Bueno, ¿qué te parece?

Thomas no supo qué decir. El lugar parecía tener algún significado para ella que él no lograba desentrañar.

—¿No lo reconoces? Has estado aquí antes.

—¿He estado?

—Sí. —Le miró con esa sonrisa, esa sonrisa un poco demasiado suplicante, demasiado ansiosa que él recordaba tan bien, y añadió—: ¿No te parece que tiene un aire un poco... *bávaro*?

El recuerdo empezó a emerger y de pronto los ángulos anchos y bajos del tejado, el largo balcón que recorría todo el piso superior, la afable solidez germánica de la estructura, cobró una asombrosa familiaridad, pese a la palabra WOK colocada en la parte superior con unas gigantescas letras pseudoorientales.

—Dios mío —exclamó Thomas—. ¡Es el Oberbayern!

—Por supuesto —dijo Clara, con los ojos centelleando de felicidad por la sorpresa que le había dado—. Al acabar la Expo lo trajeron aquí, enterito, y aquí ha estado desde entonces. Ha tenido muchos usos. Éste es sólo el último. ¿Entramos?

Dentro la iluminación era tenue, pero suficiente para comprobar que el interior guardaba poco parecido con el lugar en el que cincuenta años atrás Clara, Tony, Anneke y Thomas se habían sentado en una concurrida mesa alargada sostenida por caballetes y habían vaciado jarras metálicas de cuarto llenas de cerveza alemana y habían brindado «por los buenos tiempos» mientras la orquesta arremetía con un popurrí de canciones de taberna bávaras. Ahora casi todas las mesas eran para cuatro comensales y la decoración era esquemática y angulosa, con techos bajos, un montón de macetas con plantas colocadas en estantes y hornacinas, y un bufé de autoservicio desplegado a lo largo de una pared. Se sentaron cerca de la comida y se despojaron de los abrigos.

—Qué alegría verte, Thomas —dijo Clara una vez sentados.

—Lo mismo digo.

Clara le había enviado un e-mail hacia unos meses, después de localizarlo fácilmente con un buscador de internet. Su motivo para contactarlo era muy sencillo, y con su franqueza habitual no lo había envuelto de ningún secreto: quería saber si Thomas había seguido en contacto con Tony Buttress. ¿Sabía qué había sido de él? Thomas le respondió que no había mantenido contacto directo con Tony después de

la Expo 58, pero se habían escrito cada Navidad hasta 1998. Ese año la carta que le llegó iba firmada sólo por la esposa de Tony y explicaba que él había fallecido en otoño, a los pocos meses de que le diagnosticasen un cáncer de pulmón. «Qué pena», le había respondido Clara. «Mi propio marido murió el año pasado. Debo admitir que tenía la esperanza de que tu amigo siguiese vivo y fuese quizá viudo. Yo quería a mi marido, pero nunca pude olvidar a Tony, ni un solo día de mi vida. Hubiera sido agradable pasar los últimos años con él». Hasta ese momento no se había mencionado a Anneke. Pero Thomas ya no podía esperar más para saber qué había sido de ella, y en el siguiente e-mail le preguntó a Clara si sabía dónde andaba. «Lo siento, ella tampoco está ya entre nosotros», respondió Clara. «Murió hace cinco años. Te contaría más detalles, pero sería más fácil hablando cara a cara. ¿Hay alguna posibilidad de que vengas a Bélgica? Ahora es muy fácil llegar aquí con el tren».

Aquél había sido el anzuelo con el que Clara lo había atraído hacia ella de nuevo. Más información sobre Anneke. Pero esa noche no parecía muy apremiada por dársela y, entretanto, Thomas tuvo que admitir que era un placer volver a verla, bañarse durante un rato en la piscina de recuerdos compartidos. Thomas supuso que ahora Clara debía de tener setenta y pocos, pero los años no le pesaban. Claro que ni siquiera cuando era una veinteañera parecía especialmente joven; había algo curiosamente eterno en ella, que en su juventud había jugado en su contra, pero que ahora jugaba a su favor; su corto cabello castaño no parecía diferente, ni en el color, ni en el peinado; su figura seguía siendo robusta y fornida, y sus escasas pecas se acomodaban sin problemas alrededor de los impávidos ojos marrones. Thomas descubrió que estaba encantado de estar con ella aquella noche y que se sentía cómodo en su compañía, algo que nunca había sucedido —puestos a ser honestos— en 1958.

—Aquella noche, ¿sabes?, la noche que vinimos... *aquí* —hizo un gesto que abarcaba el restaurante—, para mí fue muy importante. Sabía que entonces no lo entenderíais, ninguno de vosotros, de modo que no me molesté en explicarlo. Pero tienes que ponerte en mi piel y en la de mi familia al acabar la guerra. Vivíamos en Lontzen, en los cantones del este de Bélgica. Esa parte del país tiene una historia muy complicada. Hasta el final de la Primera Guerra Mundial formaba parte de Alemania. Y entonces, en 1940, los alemanes se la volvieron a anexionar. Los habitantes de esa zona tenían sentimientos muy encontrados al respecto. Algunos se sentían más alemanes que belgas. Al final de la Segunda Guerra Mundial, en 1945, muchos habitantes de los cantones del este fueron acusados de colaborar con los nazis. Y, evidentemente, algunos de ellos lo habían hecho, pero la mayoría no. Sin embargo, hicieron que nos avergonzásemos de nuestro idioma, que nos avergonzásemos de nuestra cultura. Se inició un movimiento para «des-germanizarnos». Y, en cuanto a mi familia, fue todavía peor cuando vinimos a vivir a Londerzeel. Mucha gente en Flandes nos odiaba y nos marginaban. Nos veían como al enemigo. Así que aquella noche en el Oberbayern... Ver a tanta gente reunida, de tantos países diferentes,

pasándose tan bien, siendo tan felices juntos, mientras cantaban canciones alemanas y comían comida alemana... Fue como si la pesadilla se hubiera acabado. Fue como si por fin me aceptasen de nuevo. Fue una de las noches más felices de mi vida.

Cuando Clara acabó de contarle esas confidencias, sus platos ya estaban vacíos y ellos saciados. Thomas le sirvió lo que quedaba de la botella de Riesling y dijo:

—¿Y recuerdas aquel otro día, cuando vinisteis en bicicleta desde Bruselas para hacer un picnic con nosotros junto al río, no lejos de Lovaina?

Clara se rió.

—Cómo iba a olvidarme. Vine con Anneke y Federico.

—Exacto. Había olvidado su nombre. Me pregunto qué fue de él.

—Ella se casó con él, por supuesto.

No había ningún motivo, ningún motivo razonable, para que escuchar estas palabras le impactase de tal modo. Pero ya mientras Clara las pronunciaba, Thomas sintió que algo sordo, algo insidioso, algo que se expandía, un engrudo canceroso, le hundía con su peso. La plúmbea desolación que se apoderó de él era demoledora. Emergía de algún punto de su interior. Y notaba cómo iba agigantándose lentamente en sus entrañas.

—¿En serio? ¿Eso es lo que hizo ella?

—Sí. Se prometieron incluso antes de que se clausurase la Expo. Y unos meses después ella ya se había marchado de Bélgica. Se fue a vivir con él a Bolonia.

—No sabía... Ni siquiera sabía que hablase italiano.

—Aprendió rápido.

—¿Y qué hizo allí?

—Tuvieron dos hijos. Una niña, Delfina, y después un niño. He olvidado el nombre del chico. Creo que Anneke trabajó muchos años en una tienda. Trabajaba muy duro. Federico era un buen hombre, pero perezoso. Siempre se estaba quejando de que se sentía enfermo, siempre cogiendo bajas en el trabajo. Finalmente dejó de trabajar definitivamente cuando todavía era bastante joven. Se aficionó mucho a ese juego, ese juego italiano..., ¿cómo se llama? *Bocce*. Se aficionó mucho y se convirtió en un buen jugador. Se pasaba la mayor parte del tiempo jugando con sus amigos. Solía participar en competiciones y viajaba por todo el país. Y Anneke se quedaba en Bolonia, con su trabajo en la tienda y los niños. Diría que para ella era una vida dura. En cualquier caso, eso es todo lo que sé. Perdimos el contacto hace mucho tiempo, en los años sesenta, si no me equivoco. Pero conservo una foto de aquella época que me envió ella. Mira.

Le pasó la fotografía, de unos diez centímetros cuadrados, descolorida y mortecina. En ella aparecía Anneke sentada detrás de una mesa en el interior de una casa —su propia casa, presumiblemente— con una hermosa niña de cabellos oscuros de unos siete u ocho años sobre la rodilla. Sosteniéndola con dos dedos, Thomas la contempló muy concentrado. En toda su vida sólo había visto otra fotografía de Anneke, una fotografía de un tipo muy diferente, que mantuvo siempre guardada en

un cajón cerrado con llave en casa, y que en muy contadas ocasiones se había atrevido a mirar en las décadas pasadas. Verla ahora en aquel papel tan completamente diferente, maternal y feliz (debía admitirlo) resultaba desconcertante.

—Si quieres, puedo hacerte una copia —le dijo Clara.

Thomas asintió y, con una intensa renuencia, le devolvió la fotografía, tras echarle un último y prolongado vistazo. Después se quedó en silencio. Era difícil saber si Clara se había percatado de hasta qué punto le había afectado lo que le había contado. Seguía habiendo un marcado —aunque forzado— tono de jovialidad en su voz cuando le dijo:

—Y esa otra chica que vino al picnic..., Emily, la americana. Tienes que acordarte de ella.

—Ah, sí.

—Por supuesto que sí. Lo que más recuerdo de aquel día es que me sentí... invisible. Emily y Anneke estaban tan guapas, y vosotros tres, los tres hombres... A mí ni me mirabais. —Su tono de voz era meramente descriptivo, casi desenfadado—. Oh, sí, supongo que ya estaba acostumbrada. Pero en cierto modo nunca te acostumbras a eso. Siempre resulta doloroso. Saber que eres anodina en un mundo obsesionado por la belleza. —Bebió un largo sorbo de su copa de vino—. Y, entonces, ¿seguiste en contacto con Emily? ¿Sabes qué fue de ella?

—No —respondió Thomas, al que le costó lograr que brotasen las palabras—. No, fue como si se volatilizase. Fue como si se volatilizase en el aire.

—Oh, así eran las cosas en aquellos meses. La gente estaba de paso, aparecía y desaparecía.

La complicidad entre Thomas y Clara no llegó a recuperarse del todo después de ese momento. Sólo pasaban unos minutos de las ocho cuando ella consultó su reloj y le dijo que ya tenía que marcharse.

—Me gustaría estar de vuelta antes de las nueve —le explicó—. Soy miembro de un club. Jugamos a las cartas. A bridge. No es nada especial, pero no quiero perdermelo. Acuden algunos hombres y..., ya conozco a la mayoría de ellos, claro, pero aun así... Nunca se sabe. Nunca se sabe lo que puede suceder algún día.

Thomas insistió en pagar la cena. Ya en el patio exterior, bañados por el tenue resplandor amarillento que proyectaban las ventanas del restaurante, le dio las gracias a Clara por llevarlo allí, y se lo decía de corazón. Había sido bonito volver a ver ese lugar, ese vestigio de aquel momento irreplicable en sus vidas: un momento en basculante equilibrio sobre el borde del futuro, porque los conflictos del pasado habían quedado atrás y todo parecía entonces posible.

—Sí —dijo Clara—. Nunca olvidaremos la Expo 58. Al menos no en Bélgica.

Repitieron el ritual de los tres besos en la mejilla y del amigable abrazo, y Clara se disponía ya a dirigirse hacia su coche cuando se volvió y dijo:

—Perdí el contacto con Anneke, pero volví a ver a Federico.

—¿En serio? ¿Cuándo?

—Vino a Bruselas el año pasado, para las celebraciones del aniversario. Dieron una fiesta para la gente de todos los países que había trabajado en la Expo. ¿No te llegó la invitación?

Thomas negó con la cabeza.

—Hace ya muchos años que no estoy en la lista de correo de la Oficina Central de Información.

—Ah, vaya, pues Federico sí que vino. De hecho, mantuvimos una larga conversación. Y me contó algo muy curioso. —Hizo una pausa y Thomas vio aparecer de nuevo el destello de esa sonrisa en su rostro: esa sonrisa en cierto modo escalofriante, que siempre emergía cuando estaba a punto de darle una sorpresa—. Por lo visto su hija, Delfina, nació en mayo del año siguiente a la feria. Lo cual siempre le desconcertó. Porque pensaba que era muy pronto, demasiado pronto... Siempre pensó que el padre podría haber sido algún otro hombre. —Evitó la mirada de Thomas ocupándose de abotonarse el abrigo—. Pero como ya te he dicho, era un buen hombre. Eso nunca supuso ninguna diferencia en el modo como la trataba. Ahora ella debe de tener unos cincuenta años. La misma edad que tu hijo David. — Lo miró, esperando a que dijese algo. Esperó y esperó, pero Thomas no abrió la boca. Finalmente, Clara añadió—: Te haré una copia de esa fotografía, tal como te he prometido.

—Gracias —dijo Thomas por fin, con un nudo en la garganta que notaba más reseca que nunca—. Me gustaría tenerla.

—Y la próxima vez que vengas a Bélgica —añadió ella con tono jovial—, ven en verano y así podremos ir a Wijgmaal y hacer un picnic juntos.

—Sí —respondió él—. Sí, estaría bien.

—¿Puedo llevarte a algún sitio?

—No, gracias. Creo que daré un paseo.

Clara asintió y se volvió hacia el coche. Thomas oyó que empezaba a cantar en voz baja una canción. Una canción que hacía cincuenta años que no escuchaba.

Lass sie reden, schweig fein still

Hollahi hollaho

Kann ja lieben wen ich will

Hollahi jaho.

Clara subió al coche, encendió el motor y los faros. Era un modelo híbrido y el motor apenas hizo ruido. La ventanilla del conductor bajó suavemente y a través de ella le sonrió y le saludó con la mano una vez más. Y mientras el coche giraba para enfilarse la calle, Thomas volvió a escuchar esas palabras y la cadenciosa melodía:

Lass sie reden, schweig fein still

Hollahi hollaho

Kann ja lieben wen ich will

Hollahi jaho.

Pero ahora Thomas ya no estaba seguro de si era Clara quien cantaba. No estaba seguro de si la canción le llegaba desde la ventanilla de su coche, a través del aire húmedo y frío, o si simplemente era un eco que reverberaba en su cabeza y que llegaba del pasado. ¿Era real, imaginada o recordada? A veces, a su edad, era difícil diferenciarlo.

AGRADECIMIENTOS

Mi primera deuda de gratitud es para con Ann Rootveld de Radio Bélgica Uno. Fue Ann quien sugirió hacerme una entrevista utilizando el Atomium como escenario en septiembre de 2010 y despertó mi fascinación por ese extraordinario edificio y, después, por la historia de la Expo 58 en general.

Lucas Vanclooster resolvió todas mis dudas sobre la Expo 58 con una prontitud y un rigor más allá del deber. Annelies Beck fue una incesante fuente de sabiduría, consejos y traducciones del flamenco. Ambos leyeron mi manuscrito con suma atención a los detalles: sus comentarios fueron inestimables.

La redacción de esta novela fue posible gracias a las varias estancias como escritor invitado en la Villa Hellebosch en Flandes, fundada por el gobierno flamenco como parte del programa flamenco para escritores extranjeros coordinado por Het Beschrijf en Bruselas. Me gustaría dar las gracias de modo muy especial a Alexandra Cool y Paul Buekenhout; a Ilke Froyen y Sigrid Bousset, y a mis compañeros en el programa Ida Hattemer-Higgins, Giorgio Vasta, Saša Stanišić, Ófeigur Sigurðsson, Corinne Larochelle y Rhea Germanie Denkens.

Debo dar las gracias muy especialmente a Marcela Van Hout, que compartió generosamente conmigo su colección de objetos de la Expo y sus recuerdos de lo que significó ser azafata en la Expo 58.

El equipo de la Koninklijke Bibliotheek van België me ayudó a localizar los ejemplares todavía existentes de la revista *Sputnik*, de la que extraje textualmente el artículo del Condecorado Trabajador de la Ciencia Profesor Yuri Frolov «El hombre del siglo XXI»; Jane Harrison, de la Royal Institution en Londres, me hizo copias de los papeles de Sir Lawrence Bragg sobre la presencia británica en la Expo 58, y Sonia Mullett, del BFI, me organizó el visionado de material de archivo.

Más ayuda, consejo e inspiración en diversas formas vino de Rudolph Nevi, Marc Reugebrink, Stefan Hertmans, Paul Daintry, Ian Higgins, Tony Peake, Nicholas Royle y Chiara Codeluppi.

Esta novela utiliza diversas fuentes publicadas, especialmente: las memorias autoeditadas de James Gardner, *The ARTful Designer* (1993), en las que descubrí la historia de la réplica de la máquina ZETA; el calendario día a día de la feria incluido en *Expo 58... ambiance!* (Tempus, 2008) de Jean-Pierre Rorive; el excelente capítulo «Entre plusieurs mondes: le site Britannique» de Jonathan M. Woodham, incluido en *L'Architecture moderne à l'Expo 58* (Dexia, 2006), y para muchos detalles sobre el trasfondo del espionaje, *World of Fairs: the Century-of-Progress Expositions* de Robert W. Rydell (University of Chicago Press, 1993).

Mi descripción del interior del Britannia en el capítulo «Todo un personaje» está tomada de un modo más o menos literal del folleto conmemorativo *The Britannia Inn: Universal and International Exhibition, Brussels* (Whitbread, 1958); la historia del sucesor del Britannia en Dover y de su destino final la encontré en

<http://www.dover-kent-com/Britannia-Townwall-Street.html>.



JONATHAN COE (nacido el 19 de agosto de 1961) es un novelista y escritor Inglés. Su obra tiene una preocupación subyacente por cuestiones políticas, aunque este compromiso serio se expresa a menudo en forma de sátira.

Estudió en la King Edward's School de Birmingham y en el Trinity College de Cambridge, doctorándose en Literatura Inglesa en la Universidad de Warwick, en la que también fue profesor.

Es Doctor Honoris Causa por la Universidad de Birmingham.

Es autor de novelas en las que generalmente se tratan temas relacionados con la política de forma satírica, y con una crítica mordaz. Su estilo, a veces complejo, requiere cierta concentración para su lectura.

Notas

[1] Es un célebre comentario de Napoleón sobre Inglaterra: «*L'Angleterre est une nation de boutiquiers.*» (N. del T.) <<

[2] Emisora de la BBC especializada en música y entretenimiento ligero, que emitió entre 1945 y 1967. (*N. del T.*) <<

[3] En inglés «The Gay Belgium», es decir, «La Alegre Bélgica», pero también «La Bélgica gay». La palabra «gay» no se utilizaba todavía en 1958 comúnmente con este significado, pero, leído hoy, «The Gay Belgium» provoca un indudable equívoco gracioso en inglés con el que juega el autor, que se pierde en castellano. (*N. del T.*) <<

[4] Pontins es una cadena británica de parques de vacaciones. (N. del T. <<

[5] La embajada ha cometido un error al escribir su nombre, en lugar de Foley han puesto Folly, que en inglés quiere decir «disparate, estupidez, chifladura». (*N. del T.*)

<<

[6] Shirley Knott suena al pronunciarlo en inglés prácticamente igual que *Surely not*, «desde luego que no». (N. del T.) <<

[7] Las marchas antinucleares a Aldermaston se produjeron a lo largo de las décadas de los cincuenta y los sesenta del pasado siglo y se dirigían a esta localidad, en la que estaba el Centro de Investigación de Armas Atómicas. La CDN que se menciona un poco antes es la Campaign for Nuclear Disarmament (Campaña para el Desarme Nuclear). (N. del T.) <<

[8] Artek fue el más célebre campamento de jóvenes pioneros de la Unión Soviética.
(*N. del T.*) <<

[9] El Light Programme fue la emisora de música y entretenimiento de la BBC entre 1945 y 1967, año en que fue sustituida por Radio 2. (*N. del T.*) <<

[10] Mr. Pastry es un personaje emblemático de la televisión de ese periodo, caracterizado por su mostacho de morsa, su traje negro y su bombín. (*N. del T.*) <<

[11] La palabra que utiliza es *floozy*, un término ya en desuso de argot norteamericano que quiere decir «zorra, casquivana, mujer fácil». (N. del T.) <<